

**Soledad**

**Enciclopèdia Catalana**

**Alianza Editorial**

**Víctor Català**



...ración de cubierta- EL REPOS, 1891 (fragmento) de A. Mas i Fontdevila  
...eo de arte. Moderno de Barcelona, Foto: R. Manén





Digitized by the Internet Archive  
in 2022 with funding from  
Kahle/Austin Foundation

<https://archive.org/details/soledad0000cata>

Soledad

or Català

Biblioteca de Cultura Catalana

Las edicions catalanes estan patrocinades pel Departament de Cultura i el Govern de Catalunya. Les edicions catalanes estan patrocinades pel Departament de Cultura i el Govern de Catalunya. Les edicions catalanes estan patrocinades pel Departament de Cultura i el Govern de Catalunya.

Versión española de Emilio Lora

Alianza Editorial / Enciclopedia Catalana

Los editores expresan su reconocimiento al MINISTERIO DE CULTURA y al DEPARTAMENT DE CULTURA de la *GENERALITAT* por el apoyo prestado a la publicación de la «BIBLIOTECA DE CULTURA CATALANA».

Víctor Català

## Soledad

Versión española de Basilio Losada

Alianza Editorial / Enciclopèdia Catalana

Título original: *Victor Català*

*Solitud*

© Herederos de Víctor Català

© Ed. cast.: Enciclopèdia Catalana, S. A., Barcelona

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986

Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45

ISBN: 84-206-4505-2

Depósito legal: M. 15.792-1986

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.

Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)

Printed in Spain

CATERINA ALBERT:

## UN RETRATO

*Uno de los paisajes más resplandecientes del litoral catalán es el del golfo de Roses, con sus tierras bajas cercado el mar y, a lo lejos, el telón de fondo de los Pirineos, el soberbio cabo de Creus, la árida estampa del monte Montgrí. Las puestas de sol se deshacen aquí matizadas, pastosas, mientras un vendaval de tramontana adquiere una violencia y una diafanidad metalizadas. Y están las horas de niebla, su pesado alienato, y las de un sol radiante sobre la mar en calma... Al sur del golfo, el pueblo de L'Escala.*

*Las casas se arraciman en pendiente en torno a una breve playa donde son varadas las poderosas traineras. Antes, L'Escala era un pueblo primordialmente pesquero. Pero sus casas no conocían la cal en la fachada, sino que, austeras, semejaban las de una población del interior. Este elemento en apariencia insignificante retrata hasta cierto punto el ambiente en que vivía la población, tan abierto a la mar como recluso en el estatismo agrario. Así, en L'Escala hubo un movimiento federalista y anarquista notable, mientras la propiedad rural dejaba igualmente sentir su jerarquizante dictado. Ahora, cla-*

ro, el alud turístico lo ha trastocado todo. Al menos, de puertas afuera.

Caterina Albert y Paradís, hija de una acomodada familia local, había nacido en 1869. Yo la conocí en el otoño del 1965, un día de enloquecida lluvia. Murió a principios del año siguiente. Solitud había aparecido en 1905... Este baile de fechas parece hasta inverosímil: cerca de un siglo vivió aquella extraña mujer, hito y mito de la moderna literatura catalana. Hoy, probablemente acudiría a verla con una curiosidad mezclada de respeto, de asombro ante tamaña longevidad llena de energía e inteligencia. Pero, entonces, me enfrentaba a ella una cierta aversión y una determinada posición.

La primera provenía de Josep Pla, con el que durante unos años mantuve una intensa relación, desde luego estimulante como acaso ninguna otra he conocido en el ámbito literario, pero que también resultaba tendenciosa. Lo mejor y lo peor de Pla radicaba en sus excesos. «Nada es en exceso», reza una inscripción de Delfos. Pero no sé... Pla, de Palafrugell, había habitado mucho en L'Escala. Acompañándole, conocí todavía al legendario Arquímedes de la fonda de Ca la Neus. Abrigaba, pues, el lúcido y socarrón autor de El quadern gris, tres cargos contra doña Caterina Albert: la condición de propietaria rural que ostentaba ella, mientras los Pla habían sufrido toda clase de angustias económicas y además sus amigos de L'Escala provenían del anarquismo; el naturalismo literario de Víctor Català —pseudónimo, como es sabido, de Caterina Albert—, tan ajeno a los postulados veristas, realistas, que seguía Pla, y las habladurías pueblerinas que atribuían a la señora Albert una excesiva amistad con personas de su mismo sexo... Pla lo resumía todo diciendo que Solitud, que los relatos de Víctor Català, eran tenebrosos, casi policíacos, que expresaban una tendencia al disimulo, a la maldad.

Venía luego mi posición: yo publicaba en la época una serie de entrevistas en la revista en catalán —casi la única permitida por el régimen del general Franco— Serra d'Or. Tu vieron un extraordinario éxito y se hallan reunidas en mi libro

Grans catalans d'ara —en castellano, Los catalanes de hoy, aparecido en 1971. Se trataba de indagaciones extensas, impertinentes, hondas. Tenía que hacerle una a doña Caterina Albert.

Le pregunté hasta la saciedad, por tanto, sobre los turbios instintos que anidaban en sus personajes, sobre si constituían un reflejo de la visión del mundo que tenía ella. Me contestó invariable, entre aspavientos que querían ser pueriles: «Soy como un pajarito, como un perrito, todo lo que he escrito ha sido por intuición.» Sin duda, mentía. Pero mi torpeza resultaba aún más deplorable: ¿a qué atosigarla sobre lo que era evidente? Además, ¿por qué no tenía que ser así? Recluida por la sociedad en la jaula de las convenciones, su libertad se manifestó tumultuosa en sus libros.

Sólo en dos ocasiones manifestó un asomo de acritud, aunque disfrazada. La una, al preguntarle sobre Narcís Oller, gloria que había sido de la novelística y el naturalismo catalán en la juventud de la señora Albert, y después enconadamente olvidado. Hacía poco que habían salido las memorias póstumas de Oller, rezumantes de amargura, en las que señalaba que una de las escasas personas que le había animado siempre había sido Víctor Català. «¡Ah, pobre señor Oller! Fueron injustos con él, muy injustos. No se lo merecía.» Bien: algo semejante había ocurrido con ella.

Escondida tras su seudónimo —que pronto fue desvelado, causando estupor, admiración, rechazo, el hecho de que fuera una mujer la autora de una narrativa tan bravía—, del 1902 al 1907 había editado no sólo Solitud, sino también tres libros de cuentos: Dramas rurales, Ombrívoles (Sombrías será su traducción) y Caires vius (¿Esbozos en vivo?). Lo de dramas rurales caracteriza con absoluta exactitud el contenido de cada una de sus grandes páginas. Pero por entonces soplabla impetuoso el Noucentisme, con sus postulados civilistas, su mesura estilística, algo así como la magnificación —exagero— del cuello de pajarita y del Paseo de Gracia barcelonés. Atacaron a los modernistas, su floralismo medievalista, su exaltación

del sentimiento. Y, abrumadoramente, decretaron que el naturalismo y, más aún, el campesino representaban la más burda reacción cavernícola.

La señora Albert, ya con cuarenta años encima, contempló aterrada cómo el antifeminismo, el exquisitismo, la volubilidad de la moda, firmaban su excomunión. Tardó mucho en volver a publicar: 1920, la novela *Un film* (3.000 metros). Pretendía ponerse al día. Pero no consiguió la densidad de su obra precedente. Esta fue su tónica en la década de los veinte. Con la II República, con la guerra civil y la posguerra, calló. En 1950 comenzó a publicar de nuevo, y como punto final, dos libros de cuentos. Tampoco alcanzó en ellos, ni renovó, su primera imagen. Se la consideraba, en verdad, una superviviente ¡del 1900! En mi visita me dijo una cosa que no publiqué porque, en aquellos tiempos de persecución del catalán, hubiera sonado a traición: «Estoy trabajando en una novela en castellano.» ¿Recordaría aún la anciana, la enormemente anciana Víctor Català, cuánto había sufrido medio siglo atrás, sentiría el rencor de haberse visto convertida en un mausoleo histórico, en un escritor marginado del hirviente comercio de la actualidad? Lo imagino.

El escritor catalán —quiero decir en catalán— sufre una circunstancia que el autor en español acaso no pueda ni comprender en toda su magnitud: si el ambiente se le vuelve en contra, queda ahogado, ya que siendo el mundo cultural catalán breve a causa de su reducida demografía y de las adversidades que ha padecido, no le deja espacio para sobrevivir por libre o en una zona distinta a la oficial u oficiosa. Ambiente poco menos que unidimensional, controlable por la corriente mayoritaria surgida en su mismo seno. El afán gremialista, corporativista, del catalán, presentado comúnmente como sinónimo de democracia, de hermandad, puede ser igualmente contemplado a la luz del dirigismo colectivista. Una defensa contra la agresión exterior —contra los virreyes, generales, gobernadores, llegados «de Castilla», claro—, evidentemente. Pero también un corsé de la ortodoxia uniformista interior.

Eugenio d'Ors topó con ello. Era orgulloso, dispendioso. Políticos, corporaciones administrativas y culturales, literatos, le expulsaron de sus cargos, le volvieron la espalda. ¿Había también en tales actitudes una larvada envidia ante sus éxitos? Quizá. D'Ors, separado, se apoyó en sectores castellanistas y cenetistas de Barcelona. Pero resultaban precarios, arrabaleros. Emigró a Madrid, cambiando de idioma. Y éste es el factor trágico de la cuestión: el marginado, para sobrevivir, se ve forzado al exilio total, a renegar de algo tan sustancial para el escritor como es la lengua.

He llevado demasiado lejos este problema en *Caterina Albert i Paradís*. Su prudencia fue invariablemente hasta enfermedad. Pero... Después de su muerte, nadie ha hablado de que hubiera dejado original ninguno, en castellano o en catalán. Aunque también me detalló otra labor que estaba realizando: coleccionaba refranes en unos cuadernos de contabilidad, horizontales. Y, sintomáticamente, tenía unos cuatro mil en catalán por unos diecisiete mil en castellano...

Vayamos a la segunda acritud que manifestó aquel día la señora Albert. Adelanto que se trata de mero pintoresquismo. Pero revelaba por un igual la vejez de Víctor Català y el liberalismo que, a la postre, había impregnado la existencia de L'Escala en el siglo pasado, y que tanto debió de influir en aquella señorita de pueblo para, sin perder la obligada compostura social, arrojarle espiritualmente a todas las libertades y sentimientos.

Me hablaba la señora de un ataque carlista a L'Escala hacia los años 70 del siglo XIX. Le recordé que en la primera carlinada había muerto, en el curso de otro ataque de los «cruzados de la causa» —que hubiera dicho Valle-Inclán— a la población, el padre del que después sería fiero general de don Carlos, Francesc Savalls. Se alteró: no lo sabía. Y respondió, severa: «Aquí, en L'Escala, queríamos muy poco a Savalls, ¿sabe?»

Solitud, Soledad, es una novela de gran intensidad, de un insólito equilibrio entre desmelenamiento y contención. Los

*contrastes, sí, la jalonan, hay en ella tanta sencillez como complejidad. Incluso su idioma está hecho de dualidades: pericia y torpeza se alían, así como dialectalismos y elaboración cultista; en todo caso, el catalán de Caterina Albert y Paradís es enérgico, expresivo, dúctil, nacido de una mente capaz de sorber en las prístinas raíces del terruño y en la más alambicada literatura. No servirá como modelo de estilo, pero arrancará la emoción del lector.*

*Caterina Albert había leído mucho. Me contó que un librero de la cercana Figueres pasaba con su mercancía por L'Escala una vez a la semana. La joven Caterina adquiría cuanto se le antojaba, desde los folletines de Pérez Escrich a los novelones de Emile Zola, sin que sus padres le pusieran el menor reparo. También me dijo: «He tenido un gran interés por todo, he sido, y soy aún, toda vista y oídos.» Y añadió, cautelosa: «Bueno, puede que haya descrito la gente de este pueblo, la de por aquí...» Este era su bagaje objetivo. Sólo su encendida subjetividad lo convertiría en literatura, a menudo excelente literatura.*

*En Solitud una mujer joven, Mila, hecha de represiones digamos que normales, payesas, y provista de sentido común y de sensibilidad a partes iguales, se sumerge paulatinamente en una atmósfera de exaltado panteísmo montañés. Su marido es una nulidad. Pero la figura de otro hombre, el pastor, se erige en idealista contrapunto: especie de arcángel entre infantil y cósmico, poético y folklórico. Sugestionará a Mila, la precipitará hacia los más abrumadores ensueños, los eróticos. Pero ni se planteará el colmarla. Ella quedará más frustrada aún. Cuando Anima, un tipo primitivo, esquivo, sombra siniestra a lo largo de la novela, cobrará una repugnante dimensión de hado maléfico y asesinará al pastor, violará a la mujer. Solitud acaba con estas palabras: «Las filtraciones de la soledad habían cristalizado amargamente en su destino.»*

*Sí, sí: el naturalismo zolesco, su prudente trasplante en Cataluña por «el señor» Oller. Pero en Solitud alientan muchas más influencias, corrientes, tendencias creadoras. Por*

*ejemplo, los últimos ecos de las transidas voces románticas. (Me viene a la memoria ahora que Caterina Albert también dibujó, y un autorretrato posiblemente de la época de Solitud será acaso representativo para mi argumentación: es romántico, un lápiz o carboncillo enérgico, la mirada y la expresión tensas, un efectismo de claroscuro.) Jacint Verdaguer, con sus magníficas evocaciones de la Naturaleza, las había transmitido. El modernismo estaba aún impregnado de ellas. Maragall, por aquellos años, andaba predicando la palabra viva... Caterina Albert fue receptiva a todo ello. Y al impresionismo, a la realidad conseguida a través de la intensidad de la luz que la diluye y la reconstruye en partículas, en sensaciones. Después, la psicología. No sólo los caracteres, sino incluso los resbaladizos recovecos psicológicos, incipientes aún en la ciencia y en el arte europeos, asoman en muchas páginas de Víctor Català. Junto al costumbrismo, para ponerle la guinda al pastel.*

*Pero no hay tal pastel, en sentido peyorativo. La novela es buena, es de las buenas novelas que en la época fueron publicadas en España. Doña Caterina había bebido en diversas fuentes, el naturalismo además la había formado, pero era una auténtica creadora y Solitud posee, entre sus virtudes, la de una notabilísima pericia narrativa y la de una homogeneidad, una fluidez, una redondez —con contadas excepciones, como son algunos cuadros costumbristas de excesivo relieve—, de escritor de primera línea, sólido.*

*Mila y las figuras secundarias son tipos perfectamente cuajados, el drama avanza con habilidad de recursos, la atmósfera es tentacular y absorbente. Y la Naturaleza rebosa tan pronto cautivadora, divina, como sórdida, brutal, reinando sobre toda la novela casi como si ensayara un magno poema. Una Divina Comedia de la montaña, con todas sus gamas y momentos y sacudidas. Naturaleza que podría redimir al hombre, pero que con su colosal y eterno y ajeno discurrir lo que conseguirá será convertir al ser humano en otra de sus degradadas bestias...*

*Nadie niega ni podría negar ya la firme categoría literaria de Caterina Albert. Solitud no falta en la más exigente antología de la novela catalana. Y sus mejores relatos constituyen por su clima obras maestras en el género.*

*El triunfo de Víctor Català... He contemplado fotografías tuyas de cuando, en los amenes de la juventud, aún luchaba por la gloria. Sus mandíbulas, su faz, son anchas, las mejillas a temporadas tienden al moflete. Rostro de mujer de pueblo, harto diferente del que plasmó en el autorretrato romántico. Cuando la conocí, su arrugada cara, de gruesos rasgos, semejaba la de un viejo y grandilocuente actor. Su voz era varonil, sonora, y silabeaba a la perfección, con técnica teatral, pasando de un tema a otro: bromeaba riéndose a chorro, relataba en tono altisonante la muerte de sus hermanos, evocaba dulcificadísima arcádicos recuerdos... Gesticulaba con el rostro, con los brazos, sin parar. Sus cabellos grisáceos se desbarataban. «Me hubiera gustado hacer teatro», declaró. Lo creo.*

*Me recibió en la cama, las sábanas blancas, compuestas sin mácula. Ella se hallaba medio incorporada, su piel era fina, cuidada. Vestía un camisón también albo, excelente ropa de hilo, recamada. En la mano derecha llevaba un grueso anillo con una piedra negra, sería un ónix. A su alrededor, unos periódicos perfectamente doblados, dos montoncitos de cartas atados con una cinta, un libro, una pequeña cazuela de barro con tintero y pluma. Un decorado perfecto. Su vitalidad, su agudeza mental, no concordaban con las que habitualmente tiene una persona de noventa y cinco años.*

*Me dijo que prácticamente no dormía, que apenas comía. Parecía extraño... Excepto unas horas por la mañana, en que se levantaba, estaba siempre acostada y desde hacía diez años no salía a la calle. La cama era vasta, alta, antigua. En las paredes había fotografías tuyas de infancia, otras con gente de renombre, imágenes religiosas, una colección de láminas en colores de amantes famosos: Otelo y Desdémona... Pero nada de esto era, para ella, definitivo: iría pronto a Barcelona, al*

---

oculista, porque sólo podía leer y escribir con dificultad, y con unas nuevas gafas retornaría a trabajar con afán. Murió.

*En la casa había un jardín, frondoso, con una estatua alegórica. Debe de continuar allí, si los bulldozers no lo han barrido para convertirlo en la piscina de un hotel. En la fachada de la casa eran hermosas las barandillas de hierro de los anchos balcones. Ya he anotado que llovía a cántaros: un veloz alud de agua sucia descendía por la calle, me anegaba hasta los tobillos. En el horizonte el mar se encabritaba, rugiente. Las nubes, inmóviles y bajas, oprimían el mundo... ¿Y qué? Nada, nada más. Excepto que todo gira, va girando.*

BALTASAR PORCEL



## Capítulo I

### LA SUBIDA

Pasado Ridorta habían subido a un carro que seguía su mismo camino, y Matías, para evitarse luego una decepción, preguntó al carretero si los quería llevar hasta los pasos de la montaña. El campesino, risueño y encantado de encontrar un rato de charla, le hizo en seguida un sitio a su lado en la travesa, y le dijo a Mila que se acomodara tras ellos, sobre la estera. Ella miró agradecida a aquel desconocido que le hacía tal merced. Pese a la buena pierna que tenía, estaba fatigada. Su marido le había contado que desde Lisquents, donde los dejó el recadero, hasta Ridorta, había una media hora de camino, y llevaban ya andando cinco cuartos de hora bien cumplidos cuando vieron negrear el pequeño campanario del pueblo en lo alto de la loma cubierta de verdor: desde entonces hasta encontrar el carro había pasado otro cuarto largo y, entre el sol, el polvo y la contrariedad, la pobre mujer se había ido poniendo de mal humor.

Luego, encovada en su nido de estera, con el hatillo de la ropa al lado y adosada al adral, deshizo el nudo del pañuelo que llevaba en visera sobre la cara y, cogiéndolo por las puntas, lo agitó contra las mejillas. Estaba acalorada, y el aire fresco del pañuelo le pasó por el cuello y las sienas como una caricia dulce y levemente estremeceadora que la recorrió toda; y, al dejar de abanicarse, se encontró más reposada y serena para observar la belleza de aquellos caminos que tantas veces le había ponderado Matías.

Miró a un lado y otro. Tras el carro huía, cuesta abajo, retorciéndose y sesgándose, la carretera vecinal, cubierta de baches, de roderas

profundas y de crestas de barro reseco, que el paso de las ruedas iba mellando poco a poco, con tan porfiada lentitud, que hasta pleno verano no quedarían aplanadas. Se nivelaría entonces la carretera con capas de polvo durante una temporada, hasta que volvieran a deteriorarlo los chaparrones del otoño.

A la izquierda del carro se alzaba un margen alto, más saliente por arriba que por la base, como a punto de caer sobre el camino, pero contenido por contrafuertes secos y desiguales, panzudos aquí y allá y más peligrosos que el mismo margen. En lo alto se aferraban los setos de los bancales, formados a trozos por pitas rebanadas, cuyas hojas, tiesas y carnosas, herían el espacio como espadas arracimadas, y, a trechos, con tamariscos de ramaje agitado o filas de escaramujos que iniciaban entonces su blanca floración circundada de espinas.

Al otro lado, y a unas cuartas bajo la carretera, se tendía la plana de Ridorta, abrazada a la loma y enteramente dividida en porciones simétricas, como un gran tablero de ajedrez. Estas parcelas eran huertos de regadío, la riqueza del pueblo, compartida a pedazos entre todos los vecinos gracias a antiguos establecimientos enfiteúticos. Destacaban ahora por todas partes las notas frescas y alegres de las hortalizas tiernas, moteando el pardo oscuro de la tierra, entre reguerillos de agua clara que destelleaban al sol como espejos fragmentados.

Mila quedó prendada de tanta hermosura. A ella, hija de la gran llanada, magra por falta de brazos, de agua y de abono, le pareció que aquello no podía ser verdad, que lo que veía era un espejismo fantástico, aquella otra planicie mínima que, comprimida entre una loma cubierta de casas y unas montañas de peña cruda y yerma, tenía una vida tan fecunda y risueña. ¡Ni un palmo de barbecho, ni un mal matojo absorbiendo los zumos de la tierra! ¡Todo cultivado, todo vuelto de arriba abajo por la azada o por la laya, todo acariciado y exhibido señorialmente, todo fructificando con altivez, con liberalidad de amor y generosidad!

Allá abajo, en la tierra de Mila, la gente se dispersaba por los campos espaciadamente, marcando distancias entre unos y otros, y por las lindes y márgenes amplísimas, cubiertas de follaje y hierbajos de todo tipo, verdeaban luganos al sol y cuatro vacas flacas pastaban los matojos resecos mostrando el costillar, descarnado como una parrilla, y con los huesos de las ancas asomando punzantes como si fueran a horadar la piel. Pero aquí no se veía ni un animal escuálido, y la gente andaba junta como los dedos de la mano: un montón de mujeres, como piezas de la partida dispersas por el gran tablero, se movían, afanosas y ajetreadas como abejas, sobando la tierra, haciendo subir y bajar las cadenas de los pozos, preparando la comida o reposando bajo la fronda de una higuera; todas con las faldas arre-

mangadas, los pañuelos sobre la cara, brazos y piernas al desnudo, curtiéndose y atezándose al sol.

Mila, mirándolas, sintió que se desbocaba su alma ardiente de campesina y que un anhelo, un ansia dulcemente sofocada, la empujaba a saltar del carro, a quedarse en aquellos huertos y acariciar también, como aquellas mujeres, la tierra tibia, las hojas húmedas, el agua regalada que fluía entre los juncos, cuyas flores de oro cabeceaban señorialmente a ras de la orilla.

Tenía razón Matías: era hermosa y acogedora la tierra de Ridorta, aquel pueblecito apiñado en lo alto del cerro y cercado por el vistoso anillo de una franja de llanura; y, siendo alegre la comarca, la ermita de la montaña no podía ser triste, como alguien le había dicho. Mila la imaginaba como un pequeño nido colgado en un árbol, y pensó que si asomaba la cabeza por la ventana vería abajo la maravilla de aquella gran mancha fascinante. ¡Oh si con el tiempo pudiera, también ella, tener un huerto mirífico para sí, ya no le dolería haber tenido que dejar su tierra para siempre!

Animada por estos pensamientos se volvió deseosa de charlar con su marido, pero a la vista de las dos espaldas que se erguían ante ella, se fundieron sus palabras en la lengua, y la idea alentadora que iba a brotar de su mollera se adentró bruscamente de nuevo en ella como una bestezuela temerosa.

Los dos hombres estaban hablando cachazudos; sin reparar en las palabras, ella oyó vagamente *frío... tristeza... terneros... demasidado alto...* pero no supo de qué hablaban porque el corazón y el pensamiento huían de aquel carro, volviéndose hacia su tierra. Pero estaba ya roto el encanto. Bella como antes, la tierra no logró reavivar el rescoldo de aquel primer anhelo. Con aire triste desvió la mirada, alzándola: el cielo era un gran patio lleno de claridad deslumbrante que hería dolorosamente los ojos saturados... Miró por el resquicio que quedaba entre los dos hombres; algo verdeaba uniformemente a lo lejos como una hermosa alfombra extendida... Volvió a clavar la mirada en las dos espaldas: una, la del labriego, era magra y huesuda, como las vacas aquellas de la gran llanura, y llevaba pegada, como si fuera otra piel, una camisa de bordes carcomidos que olía a sudor y a terruño. La otra espalda, amplia y blanda como un cojín, parecía desbordar el chaleco negro que la oprimía, tenso de axila a axila con una amenaza constante de rotura.

—¡Cómo ha engordado este hombre desde que se casó! —pensó Mila, comprobando de nuevo que todo se le había quedado pequeño, hasta el punto de hacer que pareciera contrahecho y enfardelado como un pelele. Incluso el sombrero de fieltro, que tan bien le quedaba antes, iba poco a poco tomando el aspecto de un solideo

de cura, y, a uno y otro lado del solideo, se le disparaban las dos orejas, encendidas y transparentes a contraluz como dos asas de vidrio espeso. Más abajo, la raya travesera del cuello planchado, resaltando entre el negro del chaleco y el tono cálido del pescuezo carnosos, tenía una cruda frialdad de mármol.

La sombra de los dos hombres abrigaba a Mila como un manto fresco, y la mujer se sentía cómoda en su yacija de estera, con el cuerpo encogido y el espíritu en reposo.

El carro, mientras tanto, avanzaba cachazudo, hasta el punto de que se hubiera dicho que se balanceaba sobre sí sin moverse del sitio, como si no tuviera otra cosa que hacer más que desmochar las crestas del camino. Desde que apuntaba un árbol ante ellos hasta que lo dejaban atrás habría podido rezarse un rosario con toda calma: y aquella parsimonia bien mecida acabó por apagar la animación de la mujer, hasta darle ganas de tenderse y quedarse dormida en cualquier sitio.

Estaba ya cansada de mirar las espaldas, el cielo y el colorido de los huertos, le dolían los nervios del cuello de tanto mantener vuelta la cabeza. La sacudió como para liberarse de aquel entumecimiento doloroso y, buscando la buena postura, se quedó inmóvil, de espaldas contra un adral y cara a la estera de enfrente: un primor de estera, deshilachada por todas partes hasta parecer una red espesa de seda amarilla moteada de estrellas de oro, por la claridad que rebotaba desde la margen opuesta. Invasada por una dulce modorra, apareció ante sus ojos un cendal rojo, luego azul, después negro...

Un batacazo en la espalda la despertó de pronto.

—¡Ay! ¿Qué pasa? —murmuró trastornada.

—¡Venga! ¡Que hay que bajar! —le decía su marido, de pie ya en el carro parado.

Ella se despabiló, se levantó tambaleándose y saltaron a tierra.

—¡Salud, amigo! ¡Que Dios te lo pague!

—¡Salud, ermitaño, y la compañía! ¡Ya subiré a veros por San Poncio!

—¡De acuerdo! Y te invitaré a un trago...!

—Se agradecerá... ¡Hala! ¡Hasta la vista!

—¡Adiós!

La cara del campesino, roja y brillante como un fondo de perol, se ensanchó con una mueca risueña; tiró largamente de las riendas, como si fueran de goma, lanzó cuatro gritos para animar al animal, ¡arre, gabacho!... y el carro reanudó la marcha remolona carretera adelante, dejando tras él a marido y mujer, arrimados a la tosca pared seca del lindero, con aire encantado.

—¿Has oído? —dijo la mujer lentamente—. Te ha llamado ermitaño...

—Porque le he dicho que íbamos a la ermita.

—Me molesta esto... —añadió ella, mirando vagamente hacia la lejanía.

—¿Qué?

—Esto... ¡qué quieres que te diga!... Me parece que no es cosa de jóvenes este oficio de... de viejo o de achacoso...

—¡Eres tonta!... Es un oficio como cualquier otro.

Y el hombre empezó a batir los pies para hacer bajar los calzones, que se le habían enrollado piernas arriba.

Mila sacudió también la falda, lanzando un suspiro.

Cuando los calzones se abrieron en campana al ras de los tobillos, Matías pasó la vara por el nudo del pañuelo, en el que llevaba cuatro piezas de ropa, y se lo echó al hombro.

—¿Qué? ¿Vamos?

Ella metió el fardel bajo el brazo.

—Vamos.

Cuatro pasos más allá se quebraba la pared seca y el lindero se abría dejando paso a un camino. Era una especie de arañazo profundo y desigual, con el lecho lleno de gujarros y pedruscos: una de tantas arrugas de la inmensa faz de piedra de la montaña, por donde fluyen a chorro las lágrimas del cielo, las crecidas de las tormentas del invierno.

Uno tras otro emprendieron camino: él silbando entre dientes, ella lentamente y trastabillando cada cuatro pasos.

No había dado aún cincuenta cuando se detuvo.

—¡Qué camino tan pino!

—Le llaman la Canal de Rompepatas. Será difícil pasar por aquí en invierno...

—¿Más que ahora?

—Esto no es nada...

Pero descubriendo de pronto una nube en la mirada de la mujer, añadió alegremente:

—¡Tenías que ver el Barranco Negro! ¡Aquello sí que es duro!

—¿Y todos los caminos son así?

—¡Estos son los atajos, mujer! El camino verdadero está más arriba, sobre Murons, pero es mejor ir por los atajos. Hoy te cuesta trabajar porque no estás acostumbrada al monte, pero cuando lo estés, no querrás pasar por otro sitio. ¿Ves? Esto, que cuesta arriba es peor que una escalera, de bajada hasta da gusto: es como si uno se descolgara por una cuerda, no puedes frenar y el camino se hace en un santiamén.

Ella lanzó un suspiro y siguieron caminando. Bajo sus pies se

movían los guijarros constantemente, y las zarzales aferraban sus ropas con manojos de garfios.

Poco a poco, él fue dejando de silbar y a ella empezó a pesarle el fardel como un sillar. Cincuenta pasos más y se acogió a un seto, jadeando.

Matías, que iba delante, se volvió.

—¿Otra vez, mujer?

—No... puedo... más...

—Pues no podemos irnos parando; dentro de nada se pondrá el sol.

—¿Falta aún mucho?

—¡Claro! ¡Si apenas hemos empezado!

Ella tuvo un sobresalto.

—¡Virgen santa! ¿Que apenas hemos empezado y desde las cuatro de la mañana ando rodando por el mundo?

El se echó a reír.

—¡Apenas hemos empezado con la montaña, mujer!... No desesperes, que ya llegaremos. —Y volvió la cabeza para despuntar una rama del seto.

Mila, entonces, clavó en él sus pupilas, aquellas pupilas llenas de angustia y desconfianza.

«¡A ver si tenían razón las advertencias y este hombre me va a engañar otra vez con sus exageraciones!», pensó, sintiendo un clavo en el corazón y apartándose del seto.

El la animó:

—¡Animo, mujer! ¡Cuatro pasos más y estaremos en el mojón!

—¡Si no fuera este fardel!...

Pero Matías se hizo el distraído, y continuaron en silencio la subida.

La torrentera era cada vez más empinada y trabajosa. Resbalaban continuamente en el pedregal, y tenían que agarrarse a los matojos de los linderos para no perder pie. Sus jadeos espantaban a las lagartijas, que se ocultaban coleando como posesas, y los brotes tiernos de los ramajes azotaban sus caras encendidas y perladas de sudor. Matías llevaba el sombrero de fieltro en el cogote, y el cuello de la camisa flojo y retorcido como un tripajo.

La margen descendía de vez en cuando para dejar sitio a un olivar, y volvía a ascender de inmediato a un lado y otro encajonándolos y no dejándoles ver más que la franja esplendente del cielo sobre sus cabezas. En uno de estos olivares vieron una yunta parada, con el arado bajo un árbol, y, muy cerca, el labrador echando un trago sentado en el suelo. Los animales se removían para espantar las moscas, abanicándose con la cola y pateando; el hombre tenía en

la mano una cebolla como el puño, y, al lado, un botijo de tierra negra. Los olivos, uniendo sus ramas sobre él, tejían contra el cielo un gran arco de filigrana argentada y, abajo, entre surco y surco, la tierra revuelta formaba amplias franjas de almagre.

Mila miró con envidia al campesino, murmurando:

—Si me atreviera, le pediría un trago de agua... ¡Tengo la garganta como yesca!

—También yo... Vamos allá.

Entraron en el olivar, bebieron y charlaron un poco. Matías explicó de nuevo que iban a la ermita, y Mila se sintió de nuevo inquieta y mortificada sin saber por qué.

Luego, volvieron al camino, con los guijarros redondos y resbaladizos bajo los pies y, a cada lado, en las márgenes raídas, matas de zarzales y cambrones que los arañaban continuamente como garras de animales enloquecidos.

Matías tuvo un acceso de tos, y un pajarillo, un *milhombres* posado en la punta de una pita, huyó con un silbido vivo y penetrante.

Pese a la sombra que llenaba las profundidades de la torrentera, en aquella vaguada hacía un calor de pleno verano. Mila sentía la camisa pegada a la espalda, empapada como si acabara de sacarla de la colada, y el corazón le palpitaba alocadamente.

De pronto, el camino se retorció en un esguince violento y se alzó en el aire como si fuera a saltar un obstáculo. Mila, entonces, soltó un grito de sorpresa al ver todo su cuerpo inundado de resplandor, teniendo aún los pies y las piernas hundidos en la oscuridad del torrente.

Se había acabado éste, y la vaguada, desgajándose en tres ramas, tomaba la forma de una «y» invertida; dos de las ramas caían hacia abajo, a horcajadas de un estribo montañoso, y la tercera, un poco de lado, seguía monte arriba. En la juntura de las tres ramas se formaba un replano prolongado, lleno entonces de sol como abajo en la llanura.

—Podemos descansar un poco aquí —dijo Matías.

Mila no esperó a que se lo repitiera y se dejó caer al suelo agotada, deshecha, con punzadas en las muñecas y en las plantas de los pies, como si tuviera un febrón.

Se miró las botas: ¡Pobrecillas! ¡Iban a quedar buenas!...

Y pensó que si él hubiera dicho verdad sobre aquellos caminos que la esperaban, hubiera podido ponerse alpargatas y no destrozar estúpidamente el calzado de la boda... el único bueno que tenía.

Para ahogar su disgusto, levantó la cabeza.

A la derecha, la torrentera se precipitaba en descenso tan vertical que desde arriba parecía un pozo hendido. Al verlo, Mila se hizo

cruces pensando que había podido subir por allí. Aquello no era un camino de cristianos, sino de cabras o de facinerosos.

Al otro lado de la torrentera había olivos dispersos; a este lado, un roquedal moteado de manchas de garriga y tomillo florido, cuya aroma aventada llegaba hasta arriba como purísimo aliento de ángeles.

La otra rama de la «y», la de la izquierda, serpenteaba más larga, ocultando su extremo en un repliegue de la montaña; y, entre rama y rama, el primer estribo se dilataba y redondeaba en forma de pecho de mujer, sirviéndole de pezón, para mayor semejanza, una excrescencia o menhir natural que cerraba el descampado por la parte de la llanura, destacando, muy recortado, sobre la claridad del cielo. Al pie de este pezón quedaba el rastro de una granizada de pedruscos ciclópeos, y, sobre ellos, incrustado horizontalmente en la roca viva, un trozo de perno de hierro carcomido por la herrumbre.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó de pronto Matías.

—¿Cómo quieres que lo sepa, si nunca he estado en estas tierras?

—Pues estamos en el Roquedal Pequeño. Ya sabes que hay tres Roquedales: el Grande, el de Sant Ponç y éste. Eso —le indicó el pezón que se alzaba ante ellos— se llama el Mojón de los Moros. Dicen que hace tiempo el rey moro tenía ahí un vigía que guardaba la montaña de la mañana a la noche, sin poder cerrar los ojos ni mover un pie en todo el día bajo pena de muerte.

—¿Y la ermita, por dónde cae?

—Allá abajo, detrás de ti, al otro lado del Roquedal... Verás, levántate, te lo mostraré.

Ella se levantó sin ganas, y él, de espalda a la llanura, tendió el dedo hacia el sudoeste.

—¿En aquella montaña tan oscura?

—No. Aquello es el Roquedal Alto. Mira acá. ¿Ves el cauce del Barranco Negro, como una venda que ata las barras de esa otra montaña más bajita? Pues el barranco sale de la Collada de San Ponç, y tirando abajo está la ermita.

—¡Santo Dios! ¿Y hay que subir hasta allí?

—¡No, mujer! Nosotros tomamos el primer desvío, el caminito rojo. Es el sendero.

—Desde la ermita se verán aquellos huertos tan bonitos de allá abajo ¿no?

—Desde la ermita misma, no. Desde aquí, sí se ven...

Y Matías, cruzando la explanada, subió la escalinata del Mojón. Mila quiso hacer lo mismo, pero sus piernas no daban más de sí: cada escalón tenía dos cuartas de alzada.

—¡Dios santo! ¡Vaya escalones!

—Los hicieron los moros... Dicen que entonces todo esto estaba lleno de moros. Verás, dame las manos... ¡Arriba! Ahora ponte aquí, y mira...

Mila sintió un vahido. El vacío inmenso se abría ante ella, a manera de urna de un mundo ausente, y sólo abajo, muy abajo y hasta lejos, muy lejos, se extendía en calma, como un poso maravilloso de la dorada tarde primaveral, la llanada de los huertos, Ridorta, otra llanura mayor, y más y más pueblos, como un vuelo de tórtolas en un entramado de plantíos, arboledas y caminos, en el azul turbio del horizonte.

La mujer unió las manos, asombrada.

—¡Qué maravilla!

—¿No te dije que te iba a gustar? —y él, satisfecho, empezó a decirle los nombres de todos los pueblos y los cerros que divisaban.

Mila, encantada, vencida, abrazaba con amplia mirada circular el espacio como si quisiera estampar en el fondo de las pupilas aquella visión cautivadora. No se habría acordado de moverse si Matías, saltando de rellano en rellano, no le hubiera dicho:

—Bueno, chica, ¿no tienes bastante aún?

Aquella pregunta la devolvió a la realidad; pero antes de bajar con pesar del Mojón, lanzó aún una última mirada deslumbrada.

La cola de la «y» que iba montaña arriba no era tan pina como la de la torrentera, pero el suelo, limpio de guijarros y excavado en piedra viva, estaba lleno de aristas y crestas que herían la planta de los pies más que las mismas piedras.

El cansancio, que notaban aún más fuerte tras aquel rato de pausa, les quitaba las ganas de hablar. Ascendían cabizbajos y en silencio; Mila, oyendo ante ella el jadeo intermitente de Matías, pensaba en la obesidad del marido, que empezaba ya a pesarle.

« ¡Acabará poniéndose como un tonel!... »

Y por primera vez acudió a ella el presentimiento de que aquel ser, sano ahora como un árbol, se marchitaría pronto y acabaría sufriendo de asma.

Matías fue esta vez el primero en detenerse.

Cuando la mujer se le acercó, dejando caer sobre él una mirada fría, le dijo secamente.

—Podías haberme dicho que el camino era tan largo, y habría traído algo de comer... No aguanto más...

—¡No te desanimes, mujer! ¡Dentro de nada estaremos en el sendero y, una vez allí, es como si ya estuviéramos en casa.

—¡Sí! ¡Y ya conozco tu manera de hacer camino!... —respondió ella tristemente.

El no replicó, y siguieron la marcha.

Pero Matías había dicho la verdad esta vez: a pocos pasos dieron con el sendero.

—Si quieres, nos paramos un momento... —dijo él.

—¡Esto es peor que el purgatorio! —dijo ella por toda respuesta.

Se sentaron. Matías sacó la petaca y lió un pitillo. La mujer se quitó el pañuelo de la cabeza, lo sacudió y, como ya no hacía calor, lo dejó flojo al cuello.

Estaban a medio Roquedal de Sant Ponç, que por un lado seguía alzándose, enrojecido por el resplandor anaranjado del sol poniente, y por el otro lado resbalaba en pendientes y vaguadas que se iban llenando de grandes manchas azules.

De la llanada no se veía ya ni rastro, y el cielo extendía de lado a lado su blancura cenicienta y perlada, con un leve tono de oro en el horizonte, sobre el que paseaban lentamente, lentamente, y de izquierda a derecha, rebaños de nubecillas de nácar que cambiaban de forma y de color mientras seguían su camino. Mirándolos distraídamente, Mila descubrió entre ellas un punto negro como una picada de mosca, que poco a poco se fue dilatando, dilatando...

—¿Qué es eso? —preguntó a Matías.

—Debe de ser un cuervo.

—Ahora se queda parado sobre aquel lado de la montaña...

—Justo sobre la Nina... debe haber descubierto algo que los de Sant Ponç han tirado al Barranco. La masía cae justo debajo de la Nina.

—¿Por qué le llaman así?

—Porque vista desde según qué lado, parece una cabeza de muchacha, con el moño en el cogote. Un día te la enseñaré desde arriba del Bram... Al amanecer, aparece azul como el cielo, y parece una pintura.

Matías se calló, con la mirada perdida en la lejanía, y Mila, al verlo en aquella actitud de dulce mansedumbre, pensó que cualquiera podría tomarlo por un santito de nacimiento. Pero, de pronto, como si aquel aire la hiriera con una secreta aguijonada, la mujer desvió la mirada estremeciéndose intensamente.

Con el pitillo en los labios, Matías se levantó y tomaron el sendero.

Era un caminito estrecho y liso como si una muela colosal hubiera pasado por aquel lugar durante siglos. Iba hacia el sudoeste, y en cuanto dieron unos cuantos pasos por el sendero, vieron alzarse el abombamiento inmenso del Roquedal Grande, llenando el espacio, dominándolo todo y señoreando como único soberano, envuelto en su espléndido manto de sombras azul-violáceas que se arrastraban ma-

jestuosamente sobre hondonadas y abismos, dando a aquellos lugares un aspecto imponente que sobrecogió a Mila.

De aquel Roquedal, aún lejano, se desprendía un aliento frío, un extraño hálito de invierno que sorprendía de manera ingrata las carnes colmadas aún de sol de primavera, hiriéndolas con un súbito impulso de volver atrás. Mila lo sintió tan vivamente que se detuvo en seco. Entonces percibió un rumor sordo, que venía de no sabía dónde, como un ronquido de bestia gigantesca que se hubiera dormido fatigada.

—¿Y qué es ese fragor, Matías?

—El aullido del Torrente de la Mala Sangre, que escupe el agua del Bram.

Aquellas palabras recordaron a Mila lo que había contado su marido de unas aguas milagrosas que daban ganas de comer a los inapetentes y curaban a personas y animales las dolencias de sangre floja y raquitismo: la escrófula, el mal herpético, las llagas purulentas, las diarreas terminantes, las pústulas malignas...

Y mientras ella pensaba en males y milagros, el senderillo, subiendo, subiendo y enroscándose, daba la vuelta al Roquedal y penetraba poco a poco en la región de las sombras frías.

De pronto, Mila se detuvo, y luego dio la vuelta en redondo. Una gran impresión la sorprendió... ¡Santo Dios, cuánto habían andado!

Por debajo de ellos sólo se veía el oleaje de las montañas, montañas inmensas y silenciosas que se alebraban, se aplanaban en la quietud sombría del ocaso que, como una neblina negra, se tendía sobre ellas amortajándolas.

Mila buscó en aquel desierto azul la mancha alegre de una columna de humo, de una casita, de una figura humana... pero no descubrió nada, ni la más pequeña señal que denunciara la presencia y la compañía de los hombres.

—¡Qué soledad! —murmuró, aterrada, y sintiendo que el corazón se le ponía tan sombrío o más que aquellas profundidades.

## Capítulo II

### OSCURIDAD

Llamaron a la puerta golpeándola con una piedra y al primer golpe se alzó en la casa una tempestad de ladridos. Otros ladridos respondieron por todas partes.

Mila, asustada, se aferró al brazo del marido, que reía tranquilamente.

—Son las Llufes, mujer; remedan todo lo que oyen...

El terror de Mila creció con aquella extraña explicación, pero no dijo nada, porque del otro lado de la pared se oían unos pasos que se acercaban, medio sofocados por los ladridos de dentro y de fuera. Un resplandor débil se extendió sobre la barda de la pared, llena de aristas de cristal y puntas de clavos; alguien se deslizó pesadamente a lo largo de la puerta y, tras un instante de quietud, una voz incierta preguntó con naturalidad:

—¿Quién llama a estas horas?

—Abre, Gaietá... Somos nosotros.

—¿Qué dice?

—Yo y la mujer, Gaietá... ¡Que abras!

Hubo un minuto de silencio.

—¿Cuándo han llegado? —volvió a sonar la voz de dentro.

—Ahora mismo, porque mi mujer se cayó por el camino.

Mila, que estaba arrimada a su marido, le preguntó al oído:

—¿Por qué tarda tanto?...

—Tiene miedo... —le respondió Matías de la misma manera.

La voz volvió a sonar, inquieta.

—¿Qué decís ahí fuera?

—Le estoy diciendo a mi mujer que tienes miedo... —y Matías, sacando la petaca, añadió riendo—: Ojo arriba, Gaietá, que te tiro la cédula... —y tiró, efectivamente, la petaca por encima de la pared.

Entonces se oyó el rechinar de un cerrojo, rumor de hierros en el suelo, el clic-clac pesado de una llave gigantesca que giraba, y una raya de oro rasgó la puerta de arriba abajo.

—¡Buenas noches! —dijo Matías, empujando.

—Buenas nos las dé Dios a todos... —y la puerta se acabó de abrir, y tras ella apareció un hombrecillo con un hocino reluciente en la mano. Cerca del hombrecillo, un chiquillo de ocho años sostenía un fanalón requemado y la petaca.

Matías se echó a reír al ver la hoz.

—Ibas prevenido ¿eh, Gaietá?

El hombre se echó a reír también.

—La prudencia es media vida ¿sabes?... Además, como por aquí pasan más lobos que corderos, hay que andar alerta...

Y dejó él en tierra la herramienta, que, al moverla, lanzó un relámpago siniestro. Cerró luego los dos batientes de la puerta, ajustándolos de un rodillazo, pasó luego el cerrojo, sujetó la lengüeta con una cadena que colgaba de la pared, dio una vuelta a la llave de la cerradura, y, hecho todo con sobrada calma, se volvió hacia los recién llegados y sonrió otra vez frotándose las manos.

—Ahora ya podemos hablar... Ya pensaba yo que iban a llegar a estas horas... ¡Bienvenidos! ¿Y qué? ¿qué hay de bueno por ahí?

—¡Imagínate!... Traemos unas ganas de tumbarnos... —declaró Matías, y, cogiendo de las manos del niño la petaca, añadió—: No sabíamos que tuvieras aquí a Baldiret...

—Pues ya ve, ermitaño: yo lo echaba de menos, aquí tan solo, en este caserón, y le dije al chaval: «¡Sube, que al menos me darás conversación!». Y él, mientras yo le cuente cuentos... ¿no?

Y el hombre sonrió mirando al chiquillo, y el chiquillo sonrió mirando al hombre, y luego bajó la cabeza con vergüenza.

Mila, que no había abierto la boca después de dar las buenas noches, paseaba mientras tanto la mirada a su alrededor. A la poca claridad del farol vio de manera incierta el patio rodeado de altas tapias y pegado a una casa; en medio del patio descubrió el brocal de un pozo, con el arco de hierro combado; al fondo, una gran arcada rompía la pared de la casa, y, al lado de la arcada, en el ángulo del patio, había una escalera de piedra... No pudo ver más porque el hombrecillo, siempre frotándose las manos y siempre sonriendo, se había vuelto hacia ella y le hablaba:

—Bueno, bueno, ermitaña, así que se cayó ¿eh? ¿Cómo ha sido eso? ¿En qué iba pensando?

—En nada... Fue una raíz de pino que me trabó los pies... No es nada... —y Mila se tocó la frente herida.

—Sangra aún un poco, pero no está aún para sacramentos... Con un puñado de yesca, arreglado todo.

Se volvió hacia el chiquillo:

—Pequeño, coge la falce y vámonos arriba... —y, sonriendo de nuevo al matrimonio, añadió—: ¡Me juego algo a que aún no han cenado!

Matías le dijo que hacía tiempo que no probaban bocado; y, mientras iban subiendo las escaleras, primero el chiquillo con el hocino y el fanalón, y detrás los otros, el hombrecillo explicó que ya lo suponía y que, *por si un caso*, había hecho la cena.

—No sé, ermitaña, si te va a gustar nuestra menestra... ¡A no ser que el hambre apriete mucho!... ¡Menudos cocineros somos el pequeño y yo!... —y el hombrecillo se rió con ganas.

Mila quedó encantada. Le parecía un buen hombre, afable y servicial. Era bajito y desmedrado, pero esponjaba su figura con un chaleco amplio y corto y unos calzones, cortos también y muy holgados, de color gris. Una gorra peluda le comía media cara, y la otra media aparecía limpia de pelo más que recién afeitada, pues parecía lampiño de nacimiento. Llevaba botas herradas, y pisaba reposadamente. Mila le echó unos cuarenta años.

Aunque no hubiera sabido que era pastor, lo habría conocido en seguida por los aires y el tufo de lanar que de él llegaba. Tufo, por otra parte, que llenaba la casa entera: ella lo había notado antes incluso de llamar a la puerta, lo había notado más intenso al entrar en el patio, y ahora, refugiado en los altos de la casa, donde el aire libre no podía aventarlo, le parecía aún más intenso y ofensivo.

Habían atravesado una terracita y entrado en la cocina. Era una pieza muy grande, cuyas paredes y techo, enmascaradas de sombra y de humo, parecían hacerse atrás para que no las atraparan las miradas, y sólo el lengüetazo vivo de una pieza de bronce o de latón denunciaba con certeza dónde estaban. Bajo el faldar de la chimenea chispeaba un puñado de rescoldo, y junto al rescoldo negreaba algo, quizá una olla. Clavada en sus cuatro patas alzadas en la penumbra y en postura erguida, la amplia mesa parecía un animalote sin cabeza dispuesto a embestir a quien entrase.

Mila pudo vislumbrar aún la piedra pulida y resbaladiza de un fregadero, las puertas de un armario, el torno de pasar harina... Pero todo lo demás siguió siendo un misterio para ella: un misterio lleno de sorpresas y secretos.

Mientras hablaba, el pastor había encendido una lámpara de hierro.

—Por esta vez, voy a tratar a los amos como si fueran forasteros. La ermitaña no ha estado nunca por estas tierras, y vamos a tener que enseñarle, ¿hace? Mientras tú pones la mesa, pequeño, yo le enseño la casa. Venga, venga, ermitaña... —y como al volverse viera que ella movía la cabeza de un lado a otro, se detuvo—. ¿Es que tiene miedo de los duendes? Mal amigo el miedo. Hay que quitárselo de encima. Las mujeres no pueden con el canguelo, pero aquí se lo vamos a quitar, si Dios quiere...

Y se puso a su lado para ir avanzando. Mila buscó con los ojos a Matías, pero el hombre se había quedado en la cocina.

Entraron en una sala grande, en la que no había más muebles que un gran reloj de caja, un par de mesas y unas cuantas sillas. En el suelo, sobre las tablas, y arrimada a la pared, una larga viga, que parecía una serpe muerta. Viendo aquella sala destartalada, Mila se acordó de la soledad de las montañas, amortajadas por la niebla negra del ocaso, y sintió un estremecimiento.

El pastor le contó que, antes, se bailaba en esta sala en el día del santo, pero que ahora lo había prohibido el señor cura, por miedo a que se hundiera el piso, que estaba muy resentido.

Por un lado, la sala era ciega; en el otro había dos puertas y, al fondo, un balcón.

—Vamos a entrar primero aquí. Este es su cuarto, ermitaña.

Había una cama dispuesta, con colcha de color de herrumbre, un canterano, sillas y una palangana. Por la ventana, que tenía el postigo abierto y sin cristales, entró una ráfaga de viento helado que estuvo a punto de apagar la luz.

—Siempre soplando pestes este maldito Roquedal...

El pastor cerró el postigo, y luego, alzando la luz, mostró una estampa enmarcada con listones.

—San Poncio, ermitaña... Un santo hermoso, patrón del fisgoneo...

Mila vio al santo, vestido de obispo, con la mitra en la cabeza, el báculo en la mano izquierda y la otra mano alzada, con dos dedos estirados, bendiciendo.

Fueron a la segunda habitación: también allí había una cama, pero ésta sin hacer, un armario, una mesa larga y siete u ocho sillas de paja. En un rincón, una escalerita de caracol se enroscaba pared arriba, y, en el rincón frontero, el suelo se abría dando paso a otra escalera que bajaba. A un lado y otro de la pared, pegados con engrudo y dándose la cara, había dos pliegos de aleruyas, idénticos, de San Poncio, con un grabado que representaba al santo mártir entre dos floreros con rosas.

—Ya está, ermitaña... Se acabó su casa... Para los pájaros que

sois ahora hay jaula de sobras, y para los que vengan también... Los otros ermitaños eran seis... siete... ocho. Ocho, entre pequeños y grandes, y todo el mundo tenía su agujero donde dormir... Ahora le voy a enseñar la capilla, que es cosa de ver, se lo digo yo...

Pero... Una especie de relámpago sonoro pasó en este momento sobre las cabezas del hombre y la mujer, cortándole a él la palabra y dejándola a ella sin color en los labios. Gaietá lanzó una carcajada que hizo zigzaguar la luz.

—¡Qué risa, ermitaña! ¡Cómo se ha quedado, como hay Dios! ¡Vaya susto que se ha llevado!... —y serenándose un poco añadió con aire tranquilizador—: No es nada de temer, eso... La lechuza del campanario, que le da las buenas noches... Mañana la podremos ver. Ahora, la molestaríamos y armaría un revuelo. Pero es usted demasiado asustadiza, ermitaña: me di cuenta en cuanto le eché el ojo encima. En estas tierras va a tener que cambiar, si no quiere pasarlo mal... Los miedos se los mete uno mismo en el cuerpo, que las cosas del cielo y de la tierra se cuidan bien poco de nosotros...

Pero Mila, sonriendo para sí, recordó el hocino en las manos del pastor y el recelo con que les había abierto la puerta.

Las tablas del suelo crujián bajo unos pasos: era Matías que se acercaba gritando:

—¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?

Venía a decirles que Baldiret tenía ya la mesa puesta y que se moría de hambre. Mila iba a seguirlo apresurada, cuando Gaietá la detuvo.

—Antes hay que ir a la capilla. ¿Qué iba a decir el santo si le hace ese desaire? —y empezó a bajar la escalera con la luz en la mano.

Matías se fue, malhumorado, pero ella, sonriente, resignada, bajó tras el pastor.

Un fuerte hedor a cerrado avanzó a recibirlos a media escalera, y cuando, acabada ésta, entraron en la capilla, un frío glacial, de tumba, los cubrió como una sábana mojada. Mila se estremeció y hundió la cabeza entre los hombros.

En el fondo de la nave, baja y seguida como un túnel y como él tenebrosa y húmeda, se movió algo como un relámpago apagado, vago como un brillo de estrellas: era el altar mayor.

Gaietá se había metido el sombrero bajo la axila y, después de persignarse e indicar a Mila la pila del agua bendita, avanzó lentamente, se puso de rodillas ante el altar e inclinó la cabeza. Luego, de nuevo en pie, alzó la luz lo más posible, paseándola de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

Bajo la bóveda de medio punto, rodeado de dorados ennegrecidos, de angelillos con las carnes llenas de mataduras y rasguños, de flore-

ros con rosas de papel descoloridas y abarquilladas, Mila vio de nuevo a San Poncio, menudo de cuerpo, hinchado el vientre, con una larga barbaza cenicienta, la mitra en la cabeza, el báculo en una mano, y alzada la otra con los dos dedos tensos, y asomándole por debajo de las vestiduras retorcidas, como agitadas por una ventolera, un pie largo, colgante y puntiagudo, que parecía la petaca de Matías cuando estaba vacía. Aquélla era la tercera vez que en poco tiempo veía al santo, y nunca lo había encontrado tan feo como ahora, con aquella barba enmarañada, aquel barrigón de mujer gorda y aquel pie contrahecho, que parecía sobrepuesto. A Mila le causó una extraña impresión desagradable, entre asco y angustia, y jamás pudo recordar si el padrenuestro que empezó a rezar maquinalmente llegó o no a su fin.

La capilla estaba cuajada de espeluznos que traspasaban sus carnes, crispándolas con súbitas contracciones.

El pastor hubiera querido enseñarle detalladamente todo; pero viendo que Matías se impacientaba, lo dejó correr.

—Otro día será, ermitaña... Ya lo verá todo poco a poco ¿no? —y mostrándole de paso los racimos de exvotos que colgaban de las paredes: tablillas pintadas, piernas y brazos de cera amarillenta, muletas de madera, cabelleras descoloridas... un montón de cosas rancias, llenas de tufo y carcoma, como trastos en un desván abandonado, pasó tras el altar mayor y salió por una puertecilla.

Mila respiró como si acabara de salir de un calabozo. La puerta daba a una sacristía llena de cajas viejas y utensilios desbaratados, y la sacristía a otra pieza, igualmente abarrotada de trastos, polvo y telarañas. Tan pronto como entraron se vieron amenazados por feroces ladridos y furibundos arañazos tras la puerta del fondo.

Mila dio un paso atrás, y Gaietá gritó:

—¡Ay Mussol si te cojo! ¿Quieres callar de una vez esa lengua deregonero? —y descorrió el cerrojo de la puerta.

El perro se le echó encima, como si fuera a comérselo.

—No se asuste, ermitaña, que no es más que teatro...

Pero el perro gruñía sordamente, mirando a los forasteros, y, entonces, Gaietá, agarrándolo por el collar, lo amorró contra las faldas de la mujer.

—¿Qué es eso? ¿Te atreves a gruñirle al ama? Husméala bien, y como vuelvas...

Lo amenazó con la mano, y el perro dejó de gruñir.

Estaban en el corral. El calor y la intensidad del tufo hacía jadedear a Mila, que pudo ver un albor confuso que iba extendiéndose de extremo a extremo como una nevada en noche negra.

—Es mi colada —dijo el pastor, sonriente—. Un montón de

trapos que me cae del limbo. Fíjese... Mañana le enseñaré las sayas del santo: las más guapas de todas.

En el otro lado del corral se marcaba la arcada del patio, acusada en la oscuridad por los reflejos inciertos de la noche; una valla de tablas impedía que el ganado la traspasara.

Pasaron entre los animales, seguidos por el perro. Mila ya no tenía más faldas que alzarse y, cada vez que aplastaba las boñigas blandas del suelo, un estremecimiento involuntario le hacía cerrar los ojos.

El ganado estaba amontonado, en grupos, pero algunas ovejas, en pie, miraban la luz con ojos encantados. El carnero lanzó un bramido trémulo y dio unos pasos con aire inquisidor.

—¿Qué quieres tú, rey Herodes? —le preguntó el pastor, deteniéndose un momento para rascarle la testa abultada. El carnero bajó la cabeza con delectación, y Mila pudo admirar la fortaleza de la airosa cornamenta en espiral.

—¿Es verdad, pastor, que estos animales son tan malos?

—¡Que si lo son!... Si no fuera que uno les mete miedo...

El pastor hizo retroceder al perro, cerró la cancela, salieron al patio y tomaron escaleras arriba.

—¡Qué frío! —exclamó Mila, mirando estremecida la serenidad del cielo.

—¡Ca! ¡Si hace un tiempo de gloria! Lo que pasa es que, cuando uno sale de este horno, hasta un soplo te acatarra.

—Sí, es verdad. Ahí dentro hace mucho calor.

—¡Que si hace! Más me gusta a mí el calor aquí de mi yacija, cuatro brazadas de paja, que la mejor cama con siete colchones en los cuartos de arriba, ya ve.

La cocina parecía otra. Un quinqué de lata verde con el capuchón brillando como un racimo de diamantes la llenaba de luz. En la mesa se veían las servilletas, una sopera y cuatro platos amarillos que parecían piezas de oro pulido. El pastor apagó la luz y la guardaron bajo el faldar de la chimenea.

—¿Nos sentamos, ermitaños? Ya llevan bastante ayuno encima, digo yo... —pero se detuvo de pronto, sorprendido.

—¡La sopera vacía!... ¿Cómo es eso, chico?

El pequeño, sofocado, sonreía refregándose la oreja con el hombro.

—¡A que lo olvidaste! ¡Maldita sea...! Pues ahora vamos a tener que ir a la olla y quemarnos los bigotes...

Y, diciendo esto, fue hasta el fuego, cogió la olla y volcó la sopa. Se alzó de inmediato un gran aroma y una humareda blanca, como si la sopera fuese un plantel de enredaderas floridas. Todos olfatearon con delicia.

—¡Qué olor! —gritó Mila, sorprendida.

—Sopas de pastor, ermitaña —contestó Gaietá, dejando la olla en el fuego—. Un diente de ajo, unas ramas de tomillo salsero, cuatro gotas de aceite y ¡a hervir! Los hombres no sabemos hacer grandes cuchipandas, como vosotras...

Pese a estas palabras, Mila encontró que la sopa tenía todos los sabores: a cada cucharada notaba que le volvían los ánimos perdidos y, cuando en el plato no quedó ya gota, alzó hacia el hombrecillo sus ojos llenos de gratitud y admiración: ¡qué suerte haber encontrado allí a aquel alma de Dios! ¿Qué habría hecho en su primera noche allí, si hubiera tenido que cuidarse de todo ella sola?

Acabada la sopa, Gaietá trajo una cazuela de arroz con bacalao. Se le escapó entonces a Mila una sonrisa: había unos grumos del grosor de un dedo.

—¡Aquí está! ¡Y la cosa tiene mérito! —dijo satisfecho el pastor—. Este plato me ha tenido toda la noche en vela. Yo cavilaba: ¿qué voy a hacerles que les llene el diente?... No me venía nada a la cabeza, y, rumiando, rumiando, me cogió la albor. Entonces, di un salto, y dejando roncar al pequeño, bajé a ver a la Nina, la madre de éste, tuvimos una sentada y ella me sacó de apuros...

Paró para embuchar tres o cuatro cucharadas.

—¡Pues la verdad es que no me ha salido nada mal!... ¿Qué le parece, ermitaña, usted que tanto sabe de esto?

El hambre hizo milagros, y todos encontraron que el arroz estaba a punto, aunque un poco pasado.

Acabaron de cenar, y las tristezas de Mila se habían desvanecido; ya no le parecía tan grande el desgobierno de la ermita ni tan absoluta la soledad de las montañas. En la presencia del esmirriado pastor notaba como un rescoldo de hogar, grato y alentador.

Se acostó con aquella impresión; pero la extrañeza del lecho, abultado e irregular, la misma fuerza de su cansancio, el rumor continuo, pero incansable, del Torrente de San Poncio, que se filtraba por todos los lados en la habitación, y los silbidos penetrantes de la lechuza del campanario, le impidieron cerrar los ojos durante muchas horas. Y cuando se quedó dormida, ya de madrugada, tuvo una pesadilla tormentosa. Soñó que dejaba la ermita para volver a su tierra, montañas abajo: sólo que, cuantas más montañas dejaba atrás, más aparecían ante ella, y nunca acababa de atravesarlas todas. Hasta que, camina que caminarás, vio a lo lejos un pequeño resplandor. —¡Gracias a Dios! —pensó—. Es la luz del candil del pastor... Y siguió bajando, más animada. Pero, cuando estuvo cerca, se dio cuenta de que aquella lucecita, que de pronto aparecía doble, no era la luz del pastor, sino los ojos de San Poncio; del San Poncio de la capilla, que estaba labrando un olivar, con una mano en el arado, la otra

alzada, con los dos dedos rígidos y arrastrando el pie de lado, aquel gran pie disforme que parecía la petaca de Matías... Mila, al ver al santo, trató de huir, pero el santo la detuvo tirándole a la cabeza unas bolitas rojas, que eran frutos de acebo; y ella, notando que aquellas bolas le bajaban hasta la boca, pensó aterrorizada si tendría el cráneo horadado. Pero, no: las bolas atravesaban por un chirlo de las cejas, una herida abierta como una ventanita, y al pasar le hacían tanto daño que pidió al santo por amor de Dios que dejara de tirárselas. Y, entonces, el santo se echó a reír con unas carcajadas sonoras, agitando aquel vientre de mujerona gorda, y diciéndole, en son de burla: — ¡Ermitaña! ¡ermitaña! ¡ermitaña!... —aquel nombre que le molestaba tanto. Al ver aquello, Mila sintió que se le rompía el corazón, y se echó a llorar desolada; pero el pastor, acariciándola como si fuera una criatura, le iba secando las lágrimas, mientras le decía suavemente: — ¡No tengas miedo... pondremos yesca!

## Capítulo III

### CLARIDAD

Al salir al terradito de la sala, Mila se quedó decepcionada: ¡No hacía sol! La barandilla de hierro chorreaba herrumbre, que, al tocarla, enrojeció sus manos; las losas del patio estaban empapadas, y perleaba el rocío en las aristas de vidrio clavadas en la cresta ennegrecida de las altas paredes.

El gris quebradizo de la mañana parecía lleno de agujas que penetraban en la piel.

Mila se orientó: a mano izquierda tenía la puerta de la cocina; a mano derecha, en el otro extremo del pasillo y encima mismo de la escalera, había otra puerta, en la que no había reparado la noche antes; estaba cerrada con un cerrojo.

— ¡Está llena de cerrojos, esta casa! — pensó ella, pensando en los que ya llevaba vistos.

Siguió y se encontró en otra terraza larga y ancha, que daba al mediodía. Aquella terraza ya la conocía vagamente, por las explicaciones que le había dado Matías, pero no pensaba que fuera tal como la veía. Todo a lo largo, por el lado de fuera, corría una pared caída y llena de tierra donde se desgredaban libremente haces de ramaje tierno. A poniente le servía de abrigo el cuerpo saliente de las habitaciones, y a cada lado, un barreño de hierro despanzurrado y hendidado, servía de tiesto a un arbolillo enclenque, cubierto de desmondaduras secas y de brotes nuevos a punto de reventar. Matías le había contado maravillas de aquella terraza y de la vista que desde allí tenía, pero, para ella, fue una nueva decepción.

---

La terraza parecía rezumar toda ella, como la barandilla del pasillo. Las paredes, desconchadas y con el reboce antiguo lleno de manchas oscuras, se habría dicho que padecían una enfermedad inconfesable. Las baldosas le recordaron a una vecina de su tierra que tenía todos los dientes sueltos, cada pieza por su lado. Lo mismo ocurría con aquellas baldosas: desgastadas, consumidas, roídas como un queso por las ratas, el musgo resbaladizo los tachonaba de verde, y las alzaba la grama que crecía en las amplias juntas.

¿Y la vista? Mila paseó largamente la mirada. Todo lo que vio era del mismo color: de un gris compacto y apagado de ceniza. Gris el cielo melancólico de aquel día encapotado; gris la gran montaña que iba a encontrarse con él en las alturas; gris la niebla pesada que de media montaña abajo lo escondía todo, formas, siluetas, horizontes...

Sólo inclinándose sobre la barandilla se veía algo diferente: por los alrededores ásperos de la ermita, pinos renacientes, matorrales y alguna mota de peñigos enroscados que se alzaban de la tierra, y un pedazo de pared arruinada aquí, un altozano desmochado sin gran belleza más abajo, eran los principales ornamentos del cuadro.

Mila recordó el presentimiento que siempre la había asaltado al pensar en la ermita; recordó las visiones turbias del día anterior, el mismo sueño de la noche pasada, y... se alejó de la terraza con miedo de lavarse tan temprano la cara con lágrimas.

Estaba en la puerta cuando la sorprendió un eco extraño, una especie de bramido prolongado que parecía salir de allí mismo y, al mismo tiempo, venir del otro lado de la montaña... Acabó de pasar. Inclinado sobre el brocal de la cisterna, con medio cuerpo dentro y las piernas colgando por la parte de fuera, Baldiret desvelaba ecos.

— ¡Aaaah! ... — hacía, engrosando lo que podía el tono de su voz; y— ¡Aaaah! —le respondían otras voces misteriosas que resonaban largamente bajo la bóveda. Y el niño, casi cabeza abajo, perneaba alegremente.

Mila lo miraba aterrorizada, temiendo verlo caer de un momento a otro a la cisterna. Pero en aquel momento sonó otra voz, la del pastor, que salía del otro lado del corral.

— ¡Pequeño! ¡Ay como te coja! —y el pastor se acercó diligente a amonestarle a media voz—. ¿Es que no sabes, pasmarote, que están durmiendo aún arriba? ¿Qué es este bramido?

—No todos duermen, pastor... ¡Buenos días! —dijo Mila bajando la escalera.

— ¡Vaya! ¡Conque es usted, ermitaña! ¡Buenas nos dé Dios! ¡Y yo que pensaba que estaría aún roncando!... Pero, por lo visto no descansó muy bien, si se levanta a estas horas...

Mila pensó que debía de haber sido él quien hizo la cama, y no quiso molestarlo.

—Es que tenía ganas de ver la casa.

—¡Ah, vaya! Si es por eso, nada... Ya tendrá tiempo de verla. ¿Y el ermitaño?

—Estaba tan cansado que se ha quedado en la cama un rato más...

El pastor se echó a reír frotándose las manos.

—Bueno, bueno... El ermitaño es muy distinto de usted... Se lo toma todo con cachaza y usted es un manojo de nervios ¿no?

Mila compuso un gesto risueño para ahogar la pena que le daba el que todo el mundo conociera el talante de Matías.

—Mala cosa son los nervios, ermitaña... —siguió diciendo el pastor—. Se llevan la paz y castigan la mollera... Para mí, que su marido lo entiende mejor. Las preocupaciones son como las cometas de papel, cuanto más hilo les das más lejos van... Pero, ahora, hay que desayunar. Yo ya estoy dándole al diente... Pasemos, pasemos adentro.

—No tengo apetito, pastor...

—¿Cómo es eso? No va a ponerse ahora a hacer penitencias ¿verdad? Hay que calentarse los aires de algún modo, y arriba aún hay un rescoldo para encender la pipa... Chico, dame la escudilla... Voy a prepararle un trago de leche.

Mila quiso protestar, pero el pastor no le hizo caso.

—El chico y yo hemos ordeñado ya a la cabra... Por hoy tendrá que ser de oveja... —y, agarrando una por la pata de atrás, empezó la tarea.

Los chorrillos, rectos y finos como agujas de marfil, caían espaciados, primero de una ubre, luego de otra, y la escudilla se iba llenando con rapidez de espuma nevada, que humeaba y crujía levemente. Cuando estuvo rasa, el pastor se levantó, echó al suelo de un soplo toda la espuma y tendió la escudilla a Mila. Una repugnancia extrema sorprendió a la mujer: la leche apestaba a oveja, y en la taza había señales de que antes habían bebido otros: pero el pastor se la ofrecía con tan buena voluntad que Mila no se atrevió a rechazarla. La cogió y la vació sin respirar, dominándose para no hacer una mueca reveladora.

—¡Bueno! Ya verá como ahora le vienen los colores a esa carica tan pálida. Además, mientras el ermitaño duerme, podremos dar un vistazo por ahí fuera...

—¿No sale hoy?

El pastor se echó a reír.

—Es temprano aún. Hay que dejar que se funda un poco la escarcha... Esto no es la llanura, que en seguida parece un horno... Hoy no tendremos sol hasta las diez...

—¿Y cree que a las diez sí tendremos?

—Seguro. Eso no quiere decir que nos saque los colores a la cara ¿sabe?... Pero, algo sí, algo de sol tendremos... —y, mirando hacia arriba, añadió—: El velo es débil...

—¡Por poco que fuese!... —exclamó Mila juntando las manos—. Si hiciera sol, todo parecería distinto... Desde la terraza pone tan triste ese montón de niebla...

El pastor se rió aún más.

—¡Vaya por Dios! Se ve que no es montañesa, que la asusta la niebla... A mí me gusta pasear por los picos soleados y ver allá, más por debajo, todo el mundo cubierto de humo... Caminas por ahí y se oyen voces, voces que llegan de abajo, y no se ve a nadie, y yo pienso que son las brujas que se alzan y se lavan la ropa en la barran-cada... ¡Es hermosa la niebla, no diga que no, ermitaña!

Mientras hablaban habían ido subiendo a la cocina. El pastor encendió el fuego y, entretanto, Mila hizo rebanadas para las sopas y colgó la olla de los garabitos. Luego, volvieron a bajar, quitaron la barra y el candado de la puerta de fuera y salieron tras el niño y el perro, que se habían precipitado por el yermo arriba, alborotando, lanzando gritos y ladridos.

La ermita se alzaba en medio de una ladera que descendía entre accidentes hasta la collada. A la derecha aparecían, un poco apartadas, las manchas oscuras de los pinares de las vertientes, que se espaciaban e iban aclarando Roquedal Grande arriba, y, a la izquierda, la costanera llevaba hasta la cresta pelada del Roquedal Mediano. En la hondonada había trozos de tierra aplanada en bancales, con olivos dispersos en las pendientes, y, más allá, almendros que verdeaban vivamente bajo el cielo gris, como si aún estuvieran asombrados de su pasada floración.

A pocos metros de la ermita se alzaban las paredes medio arruinadas de un corral, con dos pozos sin brocal y grandes balsas hondas llenas de agua de lluvia al lado; y, tras el corral, la ladera se dilataba moteada de matojos y de tomillo florido entre los que destacaban, como grandes corraleras blancas, dos higueras que prolongaban crispados sus mil dedos retorcidos y contraídos de gotoso. Y, al final, y a medio camino de los dos Roquedales, se hinchaba un cabezo liso y macizo, una especie de joroba en aquella larga osamenta de granito que cerraba el fondo.

Bajaron la escalera que llevaba a los bancales, a cuya entrada dos cipreses centenarios se retorcían uno hacia el otro como dos gigantes borrachos, abrazándose en lo alto y confundiendo sus ramajes verdes, rasguñados aquí y allá por las garras del tiempo.

—Mire, ermitaña, qué maravilla de tierra... A ratos, cuando no tengo nada mejor que hacer, me entretengo en trabajarla. El ermitaño

podrá sacar de ella lo que quiera. Si hubiera visto estos almendros tiempo atrás, le habrían encantado... Parecían las montañas de Francia en lo más frío del invierno: todo blanco... Mire, mire, qué granazón...

Pero a Mila le llamaba la atención el cabezo aislado del fondo.

—¿Qué es eso tan extraño, pastor?

—El Orifante... ¡Bueno! La gente de aquí le llama la Mota; pero, para mí, que le cae mejor el otro nombre. Por el parecido, digo ¿no?

Y como Mila le dijera que no sabía qué eran los orifantes, el pastor se lo explicó.

—Pues mire, son los animales más grandes que pisan la tierra, figúrese: cada pata como un pino. Y la piel toda de ronchas, y lo mejor es que tienen dos colas, una pequeña, donde las otras bestias, y una grande, grande, que les cuelga justo de la cara...

Mila miró al pastor: estaba serio, no se burlaba. Mila, entonces, se preguntó con extrañeza si aquel hombre sería tan iluso como Matías, y su admiración por él se vio quebrantada.

—Los ví una vez por el camino de Murons, con gente de esa de las comedias, que van por las plazas. Al principio, al verlos, me asusté; luego pensé que mejor hubiera sido que fueran fantasía... ¡Raros bichos, santo Dios!... No volví a ver otro, y de eso que le cuento hace sabe Dios cuántos años: yo era aún soltero...

Mila se detuvo, sorprendida.

—¿Está casado, pastor?

—Viudo, ermitaña.

Bajaban por unos canchales resbaladizos, y le dio la mano para que no cayera. Luego empezó a contar, calmadamente:

—Pues ya ve, acababa yo de bajar de mi tierra y paraba en el Mas de Sant Ponç, y había allí una criada como una rosa. Estuve semanas y semanas si se lo digo, si no se lo digo, hasta que un día la cogí a solas y le digo: —Pues mira, Luci, a mí me parece que ya me convendría mujer... ¿Te convendría a ti tener marido? Y nos pusimos de acuerdo en seguida, sin discutirlo más ¡ya ve! Parece que ella llevaba también tiempo pensándolo... Y así fue como me casé... Ella era más o menos parienta de la nuera, y como yo les llevaba las cuentas de lo más legal, pues se empeñaron en que nos quedáramos en casa, y nos quedamos... Buena gente, ermitaña, aquella de Sant Ponç... Por eso le tengo ley a la masía. Aún me parece que estoy allá...

—¿Y qué fue de su mujer, pastor? —preguntó Mila, dándose cuenta de que la charla agradaba al hombrecillo.

—Mi mujer duró sólo ocho meses, ermitaña... ¡Pobrecilla! ¡Era buena como el pan!

Hizo el pastor una larga pausa, y luego continuó:

—Un día habíamos limpiado las cuadras y el carro estaba cargado en medio de la entrada, a punto de marcha; ella salió... arrancó el caballo y me la coge entre el montante de la puerta y el cubo de la rueda.

—¡Virgen Santísima!

—¡Dicen que soltó un grito y un treme sí!...

El pastor bajó la cabeza, y, luego, añadió lentamente, con voz incierta:

—Todo el mundo corrió hacia allí, pero como yo estaba lejos, enviaron alguien por el médico, y al chiquillo a que me buscara por el monte... Cuando entré, ya noté el olor... como de un animal cuando lo degüellan... ¡Daba una pena!... Y, arriba, me enseñaron un angelito que cabía aquí, en la mano... ¡Pobre chiquillo! ¡Habría sido como una rosa! ¡Dios los perdone!...

Mila miró con lástima al hombrecillo: tenía los ojos rojos y los labios apretados.

La mujer, por decir algo, preguntó:

—¿Y no se ha vuelto a casar?

El pastor parpadeó y tardó en responder.

—¡No me he visto con fuerzas, ermitaña! Sigo oyendo aquellos gritos, y al angelito lo tengo ante los ojos... Dios sabe lo que hace... y nosotros no somos más que una mota de polvo, pero... aquello...

Y el pastor movió la cabeza como si no se pudiera aún hacer a aquello.

Mila lo miraba ahora de otro modo. También aquel hombre apacible y risueño había sido mordido por el escorpión del dolor y, tras tantos años, aún le sangraba la herida.

Y, pese a todo, no se quejaba ni se pasaba el día llorando: tenía fortaleza suficiente para tomar la vida como venía, y pensar aún en los demás. No era, no, como Matías, y si decía que había visto los orifantes, sería verdad.

Habían dado una vuelta por el lado de la ermita y bajaban ahora hacia los pinares por medio de crestas y estrechas vaguadas en sombra.

El Roquedal Alto parecía desplomarse sobre sus cabezas, y el rumor lejano que Mila había oído durante toda la noche en su cuarto se le iba aproximando lentamente, amortiguando las risas del niño y los ladridos que alborotaban unas veces delante de ellos, otras atrás.

—¿Hacia dónde vamos, pastor? —preguntó la mujer.

—Al Torrente, ermitaña. Oí que hablaba de él y quiero que sea lo primero que vea. El agua es mejor que la de la ermita: un agua

que da salud, puede crearme... Cuando pasó aquello que acabo de contarle, suerte tuve de ella. Me lo tomé de una manera que el médico de Murons estaba asustado. Y Sant Ponç, él solo, me salvó... ¡Un santo de verdad, ermitaña!...

Mila recordó de nuevo el sueño de la noche y el santo contrahecho, con una mano en el arado y tirándole con la otra a la frente las bolitas de acebo. Se estremeció y llevó inconscientemente la mano a la herida.

El pastor se dio cuenta.

—Eso se arregla solo, ermitaña... La matadura está cerrada, y dentro de poco, como si nada hubiera pasado.

El sendero, lleno de curvas, saltaba, bajando entre peñascos, unos vivos, otros desprendidos de la montaña, y el fragor del torrente rebotaba obstinadamente de uno a otro como una fiera enjaulada que quisiera escapar.

Estaba Mila en medio de una estrecha pendiente, cuando notó que, tras una carrera alocada, se le echaba encima el «Mussol», el perro del pastor.

Ella se arrimó rápidamente a una roca y el perro pasó como una bala rozándole las faldas. Baldiret, en lo alto de la pendiente, se partía de risa.

Mila volvió la cabeza, levantándola, y vio casi del revés la cara avispada del chiquillo, con sus ojazos verdes y la piel trigueña. El niño dejó súbitamente de reír y se ruborizó, y Mila, también de pronto, sintió que un aliento febril le abrasaba las entrañas. Viéndola parada, el pastor, que estaba ya abajo, le dijo algo, y Mila acabó de bajar a toda prisa.

De improviso le pareció que la montaña la engullía o que entraba en otra capilla. Frescor, escarcha y humedad llenaban una oquedad, una quebrada abierta en la roca. En el fondo, y a tres metros del suelo, había un desgarrón —la boca de un canal que se retorció misteriosamente en el fondo de la montaña, desconocido de los hombres— y de aquella barrancada bajaba un chorro de plata oscura, que caía, levantando una polvareda de rocío, sobre un aljibe que él mismo había abierto en la roca viva, y del aljibe rebosaba burbujeante para caer otra vez en reguerillos desgredados por la estrechez del torrente abajo, en busca de otro torrente mayor que lo llevara a la llanura.

—¡Qué agua tan clara! —exclamó, alegre, Mila.

—No la hay mejor en el mundo, ermitaña —respondió con entusiasmo el pastor—. Bien pensado, hasta podríamos llevarnos unos cántaros para beber. Pero quiero decirle una cosa: no tome nunca agua del Bacín... allí se remojan personas y bestias enfermas y, aunque el torrente lo lave cada día, da mal a los ojos ¿sabe?

—¿Qué es el Bacín, pastor?

—Toda esta agua mansa que cae del chorro grande... Forma como un cuenco, repare... Aquí me he hecho yo un canalillo para llenar los cántaros. Mire, cuando quiera llenar uno, se amorra el borde y de seguida chorrea.

Para mostrarle prácticamente lo que el pastor decía, Baldiret posó los labios en el canalillo y absorbió ruidosamente.

—¿No le hará daño si ha bebido leche? —preguntó Mila.

El pastor declaró solemnemente:

—No hay memoria de que el agua del Torrente haya hecho daño a nadie, ermitaña: lo cura todo. ¡Si sabrá Sant Ponç lo que se hace! Mire las pinturas de la capilla y sabrá todos los milagros: ¡Cosa increíble, increíble, se lo digo yo!

El chiquillo se había apartado del torrente, mojada su cara avispada de pequeño fauno. Mila lo miró deslumbrada, volviendo a sentir en sus entrañas el aliento cálido de la fiebre.

«¡Milagros, Milagros!», decía el pastor... —¡Veamos pues! —y abocándose también ella a la peña, y absorbiendo valerosamente aquel hielo puro, que le rompía los dientes y le cortaba la respiración, la mujer, mentalmente recitó una oración...

Volvían sendero arriba, y a los ladridos del Mussol respondían, como la tarde anterior, las voces de las montañas.

Mila dijo sonriente:

—Anoche me dio un susto, este ruido...

—¿Es posible que no sepa qué es?

—Matías habló de las Llufes... ¿pero qué son las Llufes?

—Las encantadas, mujer, las encantadas... Veo que el ermitaño no le ha contado nada que valga la pena, pero... Bueno, ya le explicaré yo, cuando tenga tiempo, por qué hacen esta comedia de burlarse de todo lo que oyen...

Baldiret, que iba delante, pescó al vuelo las palabras del pastor y retrocedió atento, colgándosele de la mano.

Gaietá se echó a reír.

—¡Mire el pequeño! En cuanto hablo de alguien, ya lo tengo colgado aquí como una garrapata. Se dejaría desollar por oír un cuento, ¿no?

El chiquillo se frotó la mejilla contra el hombro y se agarró más fuerte a su mano, sonriente.

—Pero, mira... el cuento de las Llufes es demasiado largo y ahora nos espera el almuerzo... ¿Para qué empezarlo ahora?

Baldiret bajó la cabeza, malhumorado.

El pastor se echó a reír.

— ¡No te enmorres por eso, hombre! Ya te lo contaré cuando la ermitaña haya hecho la comida. ¿De acuerdo?

El chiquillo levantó entonces, sonriente ya, su cara de pícaro y, dejando la mano del pastor, echó a correr con el Mussol.

— ¡Eh, pequeño! Cuidado no caigas... Vas a quedar con unas napias de judío, si te das contra los cantos... —gritó el hombrecillo viéndolo correr atolondrado, y añadió con ternura—: ¡Parece una piedra de honda este pequeño!... ¡Un día se va a despeñar, así Dios nos guarde!... ¡Los pocos años, los pocos años!...

—¿No es de la masía de Sant Ponç? —le preguntó Mila.

—Sí, ermitaña, de allí es... El hijo de la nuera... Lo quiero porque no hay en su corazón ni una mota de traición; es como un corderillo. Cuando estas alturas empiezan a pesarme demasiado, me lo traigo para quitarme la añoranza. No me dejaría nunca, este chiquillo... y todo por los cuentos, ya ve... En invierno, cuando vuelve a su casa, me quedo yo aquí inventando otros nuevos para contárselos...

Habían llegado al escarpe de detrás de la ermita, y el pastor levantó la cabeza.

—¿Qué había dicho yo, ermitaña? ¡Aquí está el sol! Pronto nos echará una miradita...

En efecto: entre el Orifante y el Cimalt, una claridad turbia, una flor de luz marchita, se transparentaba borrosamente a través de las gasas apagadas del celaje grisáceo.

Entraron en la ermita; ovejas y corderos empezaron a balar. Bal-diret cantaba como un pajarillo, todas las puertas se abrieron y la casa se llenó de vida. Pero a Mila la hirió una rabia triste: Matías seguía durmiendo como un tronco, sin que ninguna preocupación lo agitara.

Mientras el pastor echaba un vistazo a las sopas, ella fue a despertar al marido.

—¿No te da vergüenza? Ya es hora de almorzar...

Pero pronto oyó al pastor en la sala.

—Ahora que me acuerdo, ermitaña... ¿No quiere ir al campanario antes de almorzar?

—Como quieras, pastor...

La escalera del campanario era estrecha como un tripajo, y los escalones de madera, carcomidos e inseguros. La abertura larga y estrecha de una tronera vertía de cuando en cuando un poco de claridad. Mirando por aquellas troneras como por el ojo de un *tutti li mundi*, Mila vio fragmentos de cuadros compuestos sólo de cielo y montaña, de cielo y montaña siempre.

Llegaron bajo la linterna de la iglesia, que tenía forma de apa-

gacirios. Mila levantó la cabeza y, un poco asustada, vio sobre su cabeza las negras bocas de las campanas abriendo sus labios endurecidos y circulares que dejaban colgar los badajos como lenguas exhaustas; pero no estaban exhaustas, no, porque en cuanto el pastor cogió las cuerdas aquellas lenguas pesadas se agitaron lanzando un griterío ensordecedor que extendió por todas partes una inmensa irradiación sonora.

—¿Qué haces, pastor? —gritó Mila, tapándose las orejas.

—¡Saludo su llegada, ermitaña! Había que hacer algo por recibirla, si no, nadie sabría que tenemos huéspedes nuevos...

Y repicó de firme, riendo con animación. Pero, cuando vio que ella estaba medio sorda, soltó las cuerdas.

—Tiene que acostumbrar el oído a esta serenata, para que el día de la fiesta se entere toda la montaña.

Los fragmentos del cuadro, vislumbrados por las troneras, se habían fundido y se extendían con amplitud, sin más asunto que el eterno, el único: cielo y montaña, montaña y cielo.

El Roquedal Grande por un lado; por el otro el amplio espaldar macizo, de cetáceo, del Mediano, y delante, la amplitud de la ladera en descenso, cubierta de maleza, con montañas que se alzaban, lejanas, entre mechones de niebla desflecada.

La mujer se quedó mirándolas con los ojos muy abiertos, los dientes apretados y un extraño estremecimiento interior.

El pastor pareció darse cuenta, y se apresuró a decir:

—En cuanto se levante el sol va a ver algo bonito de verdad aquí delante, ermitaña... Todo brilla, como si fuera de sal de roca y de cristallitos de arracada. Las montañas de allá, parece como si la luz les viniera desde abajo, y el Roquedal las mira envidioso y más azul que una seta del diablo. Por este lado, más allá del Coll, se ve Murons, un pueblo grande, grande, y, más allá, el Torrente de la Mala Sangre, que parece que el agua baje siempre roja...

El pastor se interrumpió.

—¿Sabe por qué baja así de roja?

Mila no lo sabía.

—También, lo que es el ermitaño... habría que darle un tirón de orejas... No le ha dicho nada de la montaña... Por eso no entiende todo lo que hay de bonito en esto. Se han de decir las cosas que han pasado aquí, y así la gente le coge ley a todo esto. Bueno, pues hace años, sobre el pueblo, al otro lado del Roquedal, había un castillazo de moros, con rey y todo, que era el amo de estas montañas y no dejaba pasar a nadie, a no ser chiquitas de quince a veinte años, porque entonces se las hacía llevar al castillo, y, si le llenaban el ojo, se las quedaba, y, si no, les cortaba la cabeza de un tajo y las echaba

al torrente de la Mala Sangre, que de ahí le viene el nombre y lo del agua roja. Y todos los años, por Navidad, si la noche te coge sobre el Puente del Golpe, que atraviesa el torrente, se oyen unos ayes y unos gemidos que ponen los pelos de punta.

Mila sintió un escalofrío.

—¿Y qué es, pastor?

—Son las cabezas cortadas de las mozas que no le gustaban, que rebotan en las piedras del puente y se quejan con sus voces tristes de difunta...

El horror de aquella historia estremeció a la mujer; pero la figura apacible del pastor la serenó, como si le dijera que no todo era terrible y doloroso en el cerco de aquellas montañas oscuras. El pastor continuó, riendo:

—Usted siempre mira al aire, como los ciegos... Hay que tender los ojos por todo, mujer... A ver qué me dice de lo que se ve ahí abajo...

Ella se inclinó sobre el alféizar de la ventana.

Ante la ermita se allanaba una gran plaza, toda rodeada de paredes y de cipreses aún más gruesos que los de los bancales, pero erguidos y frondosos, con los troncos descoloridos por la vejez y gruesos como pilastras de pórtico. Una escalinata con apoyo de piedra descendía de la plaza hasta los pinares de más abajo. A Mila le gustó aquella plaza de aire severo y lleno de majestad, y, al mirarla, descubrió, entre dos capuchas verdes de cipreses, algo azul, como una mancha, que se removía.

Sus ojos de pájaro adivinaron inmediatamente qué era aquella mancha.

—¡Un hombre, pastor! —exclamó admirada, como si acabara de encontrar de nuevo algo que pensaba haber dejado lejos para siempre.

Se nubló la frente del pastor.

—El Anima —dijo; y volviéndose muy serio a su acompañante, añadió—: Tenga cuidado con este hombre, ermitaña... Es lo más ruin de estas montañas.

El sol pálido había arrinconado las gasas sutiles que lo velaban, y un baño de oro rebajado se extendió por la cresta desnuda del Rovedal Mediano.

## Capítulo IV

### LIMPIEZA

Mila pasó diez o doce días en plena embriaguez de mujer: limpiando. Con las puertas y las ventanas de la casa francas a todos los vientos, y ella con las faldas hasta media pierna y el pelo alborotado, no paraba desde que salía el sol hasta que era ya noche negra.

Lo había encontrado todo como un establo; las paredes, sin enjalbegar desde hacía muchos años, estaban llenas de manchas de nombres, de dibujos groseros, muestras de la insolencia de los visitantes que subían hasta allí en los días de fiesta; las arañas, amas y señoras a unas cuartas por encima del suelo, quedaban suspensas de las vigas y tejían rinconeras en todos los ángulos; en el suelo había una capa de mugre que no se sabía qué podía esconder debajo, y los maderos, por todas partes, estaban pidiendo un buen cepillado de mano de carpintero...

En lo que a limpieza se refiere, todo en la casa andaba más o menos igual, pero lo peor en los altos era la cocina y, en los bajos, la capilla.

A Mila, lo que más la asustó de momento fue la cocina, porque era donde iba a tener que azacarse todo el día.

¿Quién iba a ser capaz de aclarar aquellas paredes y techos cubiertos de humo? ¿Quién iba a ser el esforzado que arrancara el lodo endurecido que atascaba el desagüe? ¿Quién podría devolver su lustre a aquella maravilla de bronces y latones que colgaban, al desgaire, carcomidos por el cardenillo y cubiertos de cagadas de mosca bajo la costra de polvo?...

El pastor, al verla tan atribulada, la consoló:

—¿Sabe, ermitaña? Esta ermita es un cielo, pero si en el cielo no hubiera gente limpia habría que cambiarle el nombre. La ermitaña de antes era la cosa más marrana que ha salido de entrañas de madre. En los diez años que pasó aquí, ni se cuidó de dar un maldito escobazo a todo esto... Los cerdos campaban por todas partes, sin que les faltara compañía, y las gallinas venían a picar de los platos mientras uno estaba comiendo. Yo aguanté como pude, porque no soy, digo yo, de la misma carnadura que el resto de los mortales, ya ve... Hasta me confesé con el señor cura de las malas ideas que se me acudían a veces, y el señor cura entonces los puso verdes; pero, como si nada: quien es así, es así, y no hay nada que hacer. No se cambia tan fácilmente. No hubo más remedio que echarlos de aquí... Las casas no se arreglan solas, digo yo, y la pobre ermitaña era poca cosa para arreglar nada. ¡Pero, usted! No se mate a trabajar... Con cuatro golpes por aquí y cuatro por allá va a quedar todo como una patena...

Mila entornó los ojos y se lanzó de cabeza a la tarea como un nadador se tiraría al mar. Matías quería llevarla primero a Murons, y a un montón de sitios más, con el intento de aplazar aquella limpieza a fondo que anunciaba su mujer, y que inquietaba su humor reposado de holgazán, pero Mila se negó en redondo.

—Mientras esta casa sea un estercolero, no me vengas con paseos; puedes ir tú solo si quieres, a ver al señor cura y a buscar comida...

Y Matías tuvo que resignarse a dejarla hacer y a hacer él a su vez su turno de furriel hasta que todo estuviera en orden. Al fin y al cabo, prefería aquel encargo a estar sacando agua del pozo constantemente y oír el montón de cosas que ella le pedía tan pronto lo veía a tiro. Mila decidió ir con orden, de lo más pasable a lo más difícil, empezando por los altos y acabando por los bajos, y no se metió en la capilla hasta que todo lo otro estuvo tan limpio y ordenado que, según el pastor, parecía que los ángeles hubieran pasado la lengua por allí.

Pero, en cuanto entró en la capilla con escobas y limpiatelarañas, se hubiera dicho que la montaña se venía abajo. Los santos temblaban en sus altares, huían las ratas, asustadas, de todos los rincones, caían trozos de molduras carcomidas, se partían brazos y piernas de cera... Y, en medio de aquella tronada y de las nubes espesas de polvo sofocante, se veía a Mila moviéndose y braceando valerosamente, repasándolo todo y sin perdonar rincón ni abertura. La fiebre de la limpieza se había apoderado de ella con tal locura que sentía una excitación voluptuosa entregándose de lleno a aquel trajín revolucionario.

Y he aquí que una tarde, cuando estaba subida a un resalte del altar, encima del ara, quitando la mugre que entre dedo y dedo tenía un angelote que hacía de candelabro, al notar que, de pronto, menguaba la claridad, volvió la cabeza y vio a un hombre parado en el umbral de la capilla.

De prisa, y algo confusa, bajó del altar, procurando que no se le vieran demasiado las piernas. Estaba roja y agitada; los ojos limpios, cristalinos le brillaban bajo las pestañas blancas de polvo, y el pañuelo rojo que se había atado a la cabeza para cubrir el cabello, le daba un aire de mocetón travieso.

El hombre se la quedó mirando, como sorprendido.

Era un campesino de mediana edad, amazotado, con un chaleco deslucido de terciopelo azul y unos pantalones de pana amarilla desgarrados y ceñidos a la cintura por un cordel de esparto. Iba despechugado y descalzo, y bajo la barretina, colocada al desgaire, con el colgante atrás, entre el cogote y la oreja, asomaba un saliente huesudo de color de aceite y una maraña de cejas que ocultaban unas oquedades en cuyo fondo se removían inquietantes, como dos insectos en la espesura, dos ojuelos pequeños, pequeños, de no se sabía qué color.

—Buenas tardes —le dijo Mila.

Pero el hombre, suspenso, mirándola fijamente desde las profundidades de debajo de las cejas, no le respondió.

Mila notó que enrojecía aún más bajo la mirada desconocida, y sonrió sin saber qué hacer. Entonces, el hombre, como volviendo en sí, desvió las pupilas ocultas y se echó a reír también.

—¡Hu... hu... hu! ¡Buenas tardes!...

Tenía una voz ronca, y reía de manera contrahecha, entornando los ojos y metiendo hacia dentro el labio superior. Mila reparó en seguida en que sus dientes eran blancos y brillantes como botoncitos de piedra, y las encías rojizas, de un color parecido al chocolate.

El hombre se rascaba la cintura, con la mano dentro de la cincha de los calzones, como si no supiera qué hacer. De pronto murmuró a borbotones y sin mirar hacia ningún sitio concreto, que bajaba de Peu Gall, junto a Cimalt, y que tenía tanta sed que había entrado para pedir un trago de agua.

—Bueno —dijo la mujer amablemente—: ¡Suba! ¡suba! —y tomando la escalerilla que daba a la habitación, atravesaron toda la casa hasta la cocina.

Mila le alargó una silla y el porrón, pero el hombre no tenía ganas de sentarse: quería calmar la sed y bebió largamente, largamente... La garganta le hacía un ruido rítmico, como el de una botella al vaciarse, y la nuez, puntiaguda, enorme, le subía y le bajaba como un

resalte. Cuando hubo bebido, jadeó satisfecho, y como estaba sudado se quitó la barretina para secarse la frente.

Mila vio entonces la cabeza más extraña que hubiera visto en su vida: una frente que no parecía de persona. Alargada como una pera, tenía el frontal y los parietales rebajados como a consecuencia de una violenta constricción circular, y las sobrecejas tan salientes que de sien a sien formaban una cornisa volada: aquel resalte huesudo que salía de la barretina.

El hombre contó que ya antes del alba andaba por la montaña en busca de madrigueras adonde llevar mañana al hurón; que la semana pasada se había hecho con seis conejos en un día, y que dentro de muy poco esperaba conseguir más; que los vendía todos en Murons, en los hostales y en casas de señores, y que el hurón era *peor* que un mozo de escuadra para rastrear...

Le costaba trabajo explicarse y, mientras hablaba, su mirada huía de las personas con aire huraño y asustadizo, y la voz ronca se le ahogaba completamente, como si se le pusiera un velo en la garganta.

Cuando el hombre, atravesando el patio, se hubo ido, Mila, por el corral y el trasaltar volvió a la capilla.

El sol entraba por la puerta abierta de par en par, se extendía por el embaldosado y sacaba de todas partes reflejos y sombrajos que espejaban por las paredes alegremente.

Mila subió de nuevo al altar y, mientras limpiaba la manecilla y la pierna del angelote de madera, la atormentaba un pensamiento.

—¿Dónde habré visto yo a este hombre? Porque estoy segura de que le he visto en alguna parte. Tengo muy presentes esas encías tan extrañas y esos dientes blanquísimos...

Pero, como la memoria, perezosa, no quisiera precisarle los recuerdos, tras esforzarse un rato acabó por distraerse enteramente de aquella preocupación, borrada por el ansia de acabar de limpiar el ángel y los exvotos.

El santo, imagen antigua y mal tallada, tenía unos ojos hundidos que a Mila le causaban malestar. Al párpado de abajo, colgante y mostrando el interior rojizo, como el de ciertos viejos, se le añadían unas pupilas tan desniveladas que, ellas solas, hacían que toda la cara pareciera torcida. Esto, y el vientre inflado y redondo y el enorme pie en forma de bolsa, le recordaban siempre a Mila la pesadilla de la primera noche y la burla cruel del santo, que tanto la había afectado.

Y, por su parte, los exvotos, aquellos bracitos y piernecitas enclenques que parecían miembros desgajados de niños muertos, aquellas muletas resudadas por manos sucias, aquellas cabelleras arrancadas de las cabezas que las aguantaron, y aquel florecimiento inmenso de tablillas oscuras que se incrustaban en paredes y pilastras, le parecían

cosas capaces de atraer todos los males que contaban y lamentaban, con un cinismo lóbrego de lisiado. Por eso, tan pronto tocaba con la punta de los dedos tanta reliquia polvorienta de la enfermedad, un escalofrío la sacudía de arriba abajo, y retiraba vivamente la mano, dejando la ingrata tarea para después, siempre para después, como con la vaga esperanza de que alguien se cuidara de realizarla.

Y volvía a repasar los altares, a sacudir el polvo de las losas y a cambiar de sitio los cirios: aquel bosque de cirios de todas las medidas, algunos tan gruesos como brazos y piernas de hombre, y todos rodeados de guirnaldas, de letras doradas, de papeles rizados.

Pero cuando ya los dorados mortecinos y pelados hubieron lanzado más reflejos de los que podían, y los santitos, pulidos como si fueran de fiesta mayor, sonreían desde lo alto de su zócalo con su media sonrisa encantada de bienaventurados, y cuando los flequillos estuvieron todos recosidos y los blandones, blancos y bienolientes, alineados de lado a lado del presbiterio, y como no hubiera comparecido aún el ayudante deseado, Mila no tuvo más remedio que pensar decididamente en lo que iba a hacer con todos aquellos exvotos que colgaban por todas partes como estalactitas en una cueva y goteando en la quietud del olvido quimeras dolorosas.

— ¡A ver si me ayudas, Matías! ¡Hay tanto que hacer que, sola, no voy a acabar nunca! ... —le pidió a su marido, con los ojos claros llenos de una angustia temerosa. Pero Matías se rascó lentamente el cogote y disculpándose, dijo que precisamente aquel día le había dicho el cura que fuera a verle...

La sonrisa helada de Mila cortó sus explicaciones...

—Pues vete, hijo, vete a ver al señor cura, que no te eche de menos, pobrecillo...

Y con una fogarada de despecho, sacó del pozo un cubo de agua, cogió jabón y estropajo y se fue a la capilla. Sola allí, y con una prisa agitada que parecía multiplicarle las manos, la emprendió con los exvotos, empezando por las tablillas. Una a una las fue descolgando, quitándoles el polvo, lavando, rascando, hasta que perdieron todo rastro de la pátina que el tiempo y la suciedad les había ido dando. Y fue para la mujer una sorpresa tranquilizadora ver brotar, bajo la áspera maraña del estropajo, un mundo desconocido, lleno de colores abigarrados, de objetos y de escenas identificables: montañas que recortaban sobre el cielo sus crestas simétricas como quijadas de encaje; mujeres que caían desgrefiadas por las escaleras abajo; caballos rojos desbocados en prados de esmeralda; casitas de feria devoradas por grandes incendios; barcos de través, con toda la tripulación alineada en cubierta alzando los brazos al cielo, como is griegas de silabario... Un relampagueo deshecho de tonos violentos, de posturas de una

plástica bárbara y extraordinariamente expresiva, donde aparecía, infantil, un arte efectista y candoroso del que brotaba una especie de encanto recóndito, de perfume de fe silvestre, que llegó hasta Mila, arrumbado poco a poco su prevención y desvelando en ella curiosidades pasajeras, relámpagos de simpatía, estremecimientos nada ingratos que de inmediato la dejaban perfectamente tranquila. Desde aquel momento, las tablillas pasaron a ser para ella objetos corrientes; y cuando, ya limpias y resplandecientes, como acabadas de hacer, las extendió al sol para que se secaran, hasta la hicieron reír. Se comparó con el *Viejo de los romances*, un hombre larguirucho y flaco que todos los años, por la feria, iba al pueblo y ponía su tablado en la plaza, de extremo a extremo de las paredes del herrero: un despliegue imponente de papeles de colores doblados por el medio y colgados de cordeles tirantes. En aquellos papeles, que la dejaban boquiabierta de niña, también había incendios, caídas, gente arrastras... facecias extremosas de todo tipo, y actitudes y leyendas aún más extremosas que las facecias. Igual que en las tablillas, sin mayor diferencia que decir *desgracia* en aquéllos y *milagro* en éstas y no haber en los primeros ningún santo en devoción, mientras que en las segundas no faltaba nunca San Poncio en un rinconcito cualquiera, en un cerco de nubes, con la eterna mano alzada y la otra soldada a la muleta pastoral.

Aquel prestigio tan extendido del santo, pregonado por todo lo que ella veía, era lo que Mila no podía entender muy bien; y, de pronto, alzando los ojos para mirarlo con atención meditativa, procuraba, con todo el esfuerzo de su voluntad, encomendarse a él con respeto y veneración; pero un escepticismo inconsciente la llenaba de dudas y le hacía sentir de manera confusa que siempre habría algo incompatible, como una secreta enemistad, entre ella y el glorioso patrón de la comarca.

—Este santo no parece un santo como los otros —meditaba—. Se diría que me acecha con una malicia oculta...

Y, para distraerse de aquella impresión, que la inquietaba muy a su pesar, se lanzaba de nuevo a la tarea con redoblado empuje.

Después de las tablillas, les tocó el turno a los huevos de avestruz llegados del otro extremo del mundo y colgados de hilos de torzal; a los barcos no mayores que un puño, llenos de cordajes y poleas como los grandes; a las cabelleras ásperas y crujientes como manojos de espigas, que, cortadas al cercén y muertas hacía muchos años, parecían aún soltar un tufo a sudores insanos; a los zapatos contrahechos, como pezuñas, que calzaron pies deformes; a los rosarios traídos de Jerusalén y con cuentas grandes como almendras, a... a tantas cosas heterogéneas como se apilaban con un embrollo jeroglífico en aquel cubil de devociones, dándole un aire de bazar morisco.

Pero, de entre tantos objetos que nada le decían, hubo uno que conmovió especialmente a Mila. Era un vestidito de seda blanca, guarnecida con encajes antiguos de finura imponderable. La seda había tomado ya un tono marfileño, los encajes volaban a trozos con el airecillo de su respiración, y la humedad de la capilla, durante tantos años encerrada, había cargado de polvo hasta formar como una capa de goma seca que lo mantenía rígido, Mila había ido a quitarle el polvo, pero encontró los pliegues aplastados uno contra el otro y picados igual que por un taladro. Y la idea de que pudiera deshacerse como un azucarillo si lo movía en exceso, la obligó a dejarlo cuidadosamente. Pero cuando lo veía colgado rígido en la pared, su imaginación añoradiza le hacía llenar el vacío de aquellas ropas con las carnicillas rosadas y blandas, los puñitos temerosamente cerrados los ojos muy abiertos y la boquilla de pez de un chiquillo de pocos meses; una divina fruslería con la que siempre, incluso de soltera, había soñado.

Al fin, tal y como había hecho con todo lo demás, hizo también con los exvotos; y, libre ya de ansias y alegre el corazón, limpiaba las losas con la última calderada arrodillada en la placita, cuando vio al pastor doblar la cresta del Roquedal Mediano, seguido de Baldiret y el ganado. El pastor bajaba tranquilamente con el gorro peludo sobre las cejas y el cayado de serbal al brazo.

Mila, sin saber por qué sintió un impulso irreflexivo por llamar su atención y se puso a cantar, con voz lo bastante alta como para ser oída desde la cresta, *La hija del buhonero*. El pastor alzó la cabeza y la vio.

Mila, entonces, también sin saber por qué se arrepintió de lo que acababa de hacer.

El pastor, dejando que el niño y el ganado siguieran el descenso por el camino que llevaba al corral por levante, tomó por el atajo y bajó a la plaza.

—Buenas tardes nos dé Dios... ¿Aún así, ermitaña? Se está pasando... Eso es ya de más... la verdad es que los pobres santos esos no están hechos a lucir tanto. A ver cómo les sienta la mudanza... No me quiere creer, y hace mal: hay que tomarse las cosas con calma, ermitaña, si no, si en un día lo arregla todo, no va a saber qué diablo hacer por estos andurriales, mujer...

Y el pastor se reía con las piernas en compás, bajo un ciprés.

A Mila le entró una alegría de pájaro y, muy contenta, le mostró los resultados de la limpieza.

El pastor lo alababa todo con aquellas palabras suyas, tan sencillas, que parecían grandes halagos.

—Bien, ermitaña, bien: ¡qué le voy a decir! Nunca se había

visto tan majo nuestro San Poncio... Todo reluce como el oro... En cuanto la vi me dije para mí: esta vez la hemos acertado... Mañana, con el alba, me acercaré a Murons para decirle al cura que venga a darle un vistazo a todo esto... Se va a poner como un chiquillo haciendo palmitas...

—¡No, no, pastor! —dijo Mila asustada—, que no venga hasta que estén los manteles limpios y planchados; entonces sí que estará bonito...

—Esperaremos pues, por los manteles, con tal que no tarde mucho... porque yo ya estoy que me muerdo las uñas... ¿entiende?... —y, bruscamente—: ¿Ha repasado ya todos los milagros?...

—Llevo tres días que no hago otra cosa, pastor... —y con un brillo de picardía en los ojos—: ¡Para mí, que hasta hizo demasiados milagros este San Poncio!

—¡Ay, hereje, hereje, a ver si el santo le da con el bastón! Y no diga que eso no es herejía ¿o no? —preguntó el pastor medio en broma, medio en serio.

—¿Hereje yo, pobre de mí?

—¡Que no la coja yo arojando al santo, pobrecillo! —y el pastor cortó la risa para aconsejar gravemente—: No está bien eso, ermitaña, no está bien. Tiene que querer al santo ¡Si viera la de trabajos que tiene que aguantar el pobre!... Usted se pone aquí, de rodillas, le cuenta sus cosas bien contadas, y, al cabo de un rato, verá como vuelve los ojos y se la queda mirando fijo... Y con esa mirada, el corazón salta como un pájaro ¡y allá van todas las penas!... ¡Oh, San Poncio, San Poncio!

Y el pastor movió la cabeza, meditabundo y conmovido.

A Mila le pareció como si en aquel momento se alejara de ella, yéndose hacia otro mundo.

Pero el pastor regresó en seguida: volvió la risa a sus labios y le chispearon los ojos nuevamente.

—¿Sabe qué se me ocurre, ermitaña? Que esta limpieza hay que verla a modo... —y como ella lo interrogase con la mirada, añadió—: Voy a meter los animales en la corrala, que el chiquillo está ya abao. En seguida vuelvo.

Y a zancadas subió por la plaza.

—¡Quién diría que es tan buen hombre! ¡Si hasta parece el padre o el hermano de todos!... —pensó Mila viéndolo desaparecer, hundiéndose, ahora las piernas, ahora el cuerpo, ahora el gorro, en la vaguada. Y cuando ya no veía nada de él, se arrodilló para coger del suelo el cubo, que había dejado a medio llenar.

Era un cubo viejo, de latón, que tenía alrededor una leyenda latina hecha con letras largas y pegadas que la mujer no entendía.

En la parte plana, un guijarro había hecho una abolladura como media avellana, y Mila se había dejado las uñas y el zumo de medio limón para quitar el cardenillo que llenaba el hueco. Pero ahora pudo ver como en un espejo su cara, menuda, menuda, pero clara y detallada como en una fotografía coloreada.

—¡Qué bonita soy así! —pensó, mirándose fijamente; y, de repente, acercando el cubo a los labios, se besó a sí misma en la abolladura.

Apenas lo había hecho, se puso roja como la grana y miró azorada a un lado y otro.

—¿Pero qué tonterías se me ocurren hoy? —pensó confusa y notando que se le llenaban los ojos de lágrimas. Y cuando volvió el pastor, le sonrió con una sonrisa tímida de niño que acaba de romper algo.

El pastor venía muy animado, blandiendo una larga caña y pidiendo candela. La caña estaba hendida por un extremo y él incrustó en la grieta un cabo de sebo.

—A ver, ermitaña, ¿quiere ajustar un poco la puerta, por favor?

Mila bajó distraída capilla abajo. Cuando estuvo en la puerta, arrojó un batiente, luego el otro, y sin dejarlos ir se quedó encantada mirando por el resquicio la mancha de carmín que había dejado el sol poniente y que parecía un rastro de sangre al ras de la última montaña del horizonte.

—¡Qué extraño, el sol!... Parece que haya muerto... ¡Qué triste tenerse que morir!... —y, como relámpago, una sensación morbosa, la idea de la muerte atravesó la inconsciencia inquieta de su espíritu, dejándola con la sangre helada.

Cuando se volvió, no pudo contener un grito. Todo lo que en la capilla había que pudiese arder, hachas, blandones, cirios, estaba llameando. Sobre un entramado de oro destelleante se removían en la oscuridad las puntas de fuego como si todo el altar fuera un tapiz maravilloso agitado por manos ocultas.

Desde media capilla, el pastor, descubierto y aún con la caña en la mano, contemplaba el efecto.

—¡Virgen Santísima! ¿Pero por qué ha hecho eso?

El pastor se le acercó lentamente.

—La gente de aquí no es muy avispada. No sabe hacer las cosas a su punto. Le lleva cirios al santo, y el santo está a oscuras todo el año. Hasta el día de la fiesta no encienden nada, y aun así, en cuanto acaba el oficio, lo dejan otra vez a oscuras... Y no hay nadie que repare en las cosas ni que tenga un poco de devoción... No están más que por la comida, por los bailes y por emborracharse, como si estuvieran todos locos... Dan pena a veces... ¿Se ha dado cuenta de

que las fiestas para todos no son fiestas para nadie?... A mí me gusta más estar aquí, a solas y tranquilo... Así no se me despararraman los pensamientos...

Tocó el brazo de la mujer que lo siguiera iglesia abajo, hasta el rincón más oscuro, bajo el coro, y la hizo sentar en las losas... Él se sentó a su lado.

—Fíjese bien, ermitaña... ¿No es más bonito este resplandor ahora que cuando el sol se pasea por todas partes?... Pues los burros de por aquí, no lo entienden. A veces me dan pena. ¡Si supiera, ermitaña! ¡Pobre gente! Se van del mundo sin saber lo que es bueno...

Se calló. Con el rabillo del ojo, Mila lo vio quedarse inmóvil, con los ojos clavados en la gran luminaria del fondo; y ella, en el recogimiento de aquel rincón oscuro, y sintiendo a lo largo de su brazo derecho el calor suave del cuerpo del hombre, y contemplando la expresión extática de aquel rostro lampiño y la blancura dorada de la frente, crispada por largas meditaciones ensoñadas, comprendió de nuevo que lo tenía lejos, lejos, infinitamente lejos... en apartados parajes misteriosos.

Y, entonces, la indiferencia que había rodeado siempre la vida de la mujer como un largo muro, continuado y sin relieve, empezó a agrietarse, y comenzaron a filtrarse por los resquicios, como sigilosos espíritus de la montaña, maléficas y turbadoras sensaciones desconocidas.

Cuando un día, a la caída de la tarde<sup>1</sup>, Mila, en la placita de la ermita, cogía la cabellera de mujer —aquella cabellera tan larga y frondosa, que parecía totalmente un haya—, para quitarle el polvo, vio al pastor que con Baldiret y el rebaño, bajaban de la montaña hacia la ermita.

Llegaron a la plaza cuando la ermitaña, tras darles las buenas tardes, se encaminaba hacia la capilla para dejar la cabellera en su sitio. Entonces el hombre, cogiéndola del brazo con el gancho de la cayada, se lo impidió.

—A ver si sabe, ermitaña, cómo se llama eso que tiene en la mano...

—No... ¿lo sabes tú acaso?

—Todos lo saben por aquí... Es una buena historia, ya verá...

—¿Ah... sí? ¡Cuéntamela, pastor, por favor! —rogó Mila, presa de la curiosidad.

---

<sup>1</sup> Unico fragmento que se ha encontrado de los dos capítulos inéditos extrañados, a los que alude el autor en el prólogo.

—No se necesitan muchas palabras, ermitaña... —y, volviéndose hacia Baldiret, le ordenó tranquilamente, como de costumbre, pero con una media sonrisa maliciosa—: Mete el ganado en el corral, pequeño, mientras le explico aquí una cosa...

—¡Ay! —dijo el chiquillo, súbitamente, y con pesar en la mirada.

—¿Te duele algo? —le preguntó el pastor, guiñándole el ojo a Mila.

—No... —dijo el niño, sorprendido.

—Como veo que te quejas... —y, viéndolo enrojecer—: ¡Vaya! Conque es por el cuento ¿no?... ¡Alabado sea Dios! Bueno, hombre, pues no te pongas triste por tan poco... No nos vendrá mal un poco de parada mientras acaba de esconderse este sol tan rico... Los animales no se van a quejar ¿verdad? Ha hecho un buen día por el Cimalt.

Y sentándose en el murete que rodeaba la plaza, mientras el rebaño, disperso por la solana, ramoneaba los hierbajos que crecían en las juntas de las losas y los escalones, contó, sin que la mujer y el niño le quitaran la vista de encima.

—Además, ermitaña, esta cabellera no es como las otras... El caso es que hace muchos años había una noble dama que tenía una cabellera tan, tan hermosa que el pueblo le puso por nombre *Sol de Murons*. Con aquella mata de pelo en la cabeza, relucía tanto, que ni hecha de trozos de espejo... A los dieciséis años, esta dama había tenido tantos pretendientes como vuelos en las enaguas, y mire que entonces las enaguas eran muy holgadas, que las mujeres no ahorran ropa... Al revés de ahora, que parece que vayan metidas, de tan estrechas, en un roquete de monaguillo, ya ve... Bueno, pues, volviendo a la dama, a los dieciséis años, como iba diciendo, había tenido tantos pretendientes como estrellas hay en el cielo; los había tenido de todas clases y costumbres, no crea; los había muy entonados y muy sencillos, ricachones y de ir tirando, guapos y feos, viejos que apenas aguantaban los zapatos y jóvenes, tan jóvenes, que si se les apretara el pico soltarían aún la leche que mamaron; no había viudo ni soltero en siete horas a la redonda que no estuviera prendado de ella y quisiera emparentar como fuese. Pero ella los despreciaba a todos, uno tras otro, por buenas ofertas que le hicieran y por regalos que llevaran a su criada para que hiciera por ellos. Hasta que empezó a correr el dicho de que *Sol de Murons* estaba tan pagada de su belleza que sólo sería para quien fuera de príncipe para arriba. Y como el dicho empezó a correr, los pretendientes, enfadados, empezaron a hablar mal de la dama y a burlarse de su soberbia. Pero se equivocaban, ya ve, porque no era orgullo ni mala voluntad lo que hacía que los rechazara a todos, sino que estaba enamorada de un primo suyo que también la quería, y ella le había dicho que sería suya y de

nadie más. Pero aquel primo suyo era pobre como una rata de desván, y los padres de la dama no querían que su hija tomara estado con quien no pudiera ponerle carroza y un estrado con alfombras; los padres, ermitaña, no son tan locos como los hijos y saben muy bien que tres y dos son cinco. En vista de esto, el primo, él sí, se va a las Américas a hacer fortuna. Y ella se queda esperándole, resignada, sin hacer caso de nadie y bien cierta y segura de que él va a volver para hacerla feliz...

—¿Y volvió el novio, pastor? —preguntó Mila, muy interesada y con los ojos brillantes.

—¡Vaya si volvió! ¡No iba a volver cuando lo estaba esperando *Sol de Murons!* Lo que pasa es que las cosas no se arreglan así como así... y no se hace dinero como se cogen caracoles tras una noche de agua. Bueno, pues el primo volvió, pero hacer fortuna le costó por lo menos veinte años, si no más. Así es que, vuelto aquí, encontró que la moza andaba ya por los cuarenta, y ni de lejos era ya tan guapa y regalada como él la había dejado.

«Esto, claro, lo fastidió un poco, pero como la prima llevaba aún en la cabeza ese chorro de oro que la hacía de tan buen ver, el primo fue consolándose poco a poco; y se hablaba ya del día del casorio, cuando, vete aquí el diablo, que anda siempre a ver qué maldad hace, le mandó al novio unos tembleques y unos sudores tan extraños que hubo que llamar corriendo a los cirujanos y a los saludadores para que lo curaran; y los cirujanos y los saludadores lo vieron todos a una y pensaron que lo que tenía era una peste maligna que no había manera de curar y que, salvo un milagro, había que ir pensando en el entierro. ¡Puede pensar cómo quedó *Sol de Murons* cuando oyó tal sentencia! Y como no quería morir soltera después de haber esperado la boda tanto tiempo, se echó a los pies de San Poncio, que siempre había sido santo de su devoción, y le pidió un milagro. Pero el primo iba de mal en peor, y el milagro no llegaba. Entonces, la dama junta las manos, alza los ojos al cielo y le dice al santo que si salva a su amor le dará lo mejor que tenga. Y el santo, cuando la vio tan atropellada, tuvo lástima de ella y le dio a entender que podía estar tranquila, que todo iba a arreglarse.

»Y, realmente, todo se arregló gracias a la mediación de San Poncio. Desde aquel mismo instante el primo empezó a mejorar, volviendo de la muerte a la vida. En vista de una ayuda tan manifiesta, la dama cogió el bastidor y empezó a bordar una preciosa cinta. El enfermo dejó la cama, y, ella, a lo suyo, a bordar. Al día siguiente, por la mañana, sin decir palabra a nadie, coge unas tijeras de filo fino y, anda que anda, tira montaña arriba. Con el corazón dolido, subía por los senderos hasta que llegó a la ermita, y cuando sintió el pri-

mer tajo de las tijeras le cogió una debilidad en las piernas que a punto estuvo de caer desmayada. Pero había hecho una promesa y había que cumplirla, si no quería caer en las penas del infierno; con las cosas sagradas no se juega, ya se sabe... Así pues, se lo pensó muy bien pensado, volvió a coger las tijeras y trac... trac... trac... hasta el último. Luego ató la cabellera con la cinta bordada y la colgó de un clavo de la pared. Cuando bajaba la montaña, no parecía la misma que acababa de subir, la verdad sea dicha. Así es que, cuando el primo la vio ante sus ojos, jadeante como si escapara de galeras, todo era recular y hacerse cruces, como si estuviera viendo un fantasma. Se le quebraron los colores que empézaba a tomar, y por poco vuelve a ponerse enfermo. Durante un tiempo, y como pudo, hizo de tripas corazón, pero un día, cuando menos lo esperaban todos, se largó de Murons y se volvió a las Américas, y desde allá le envió una carta a la prima diciéndole que había llegado bien, a Dios gracias, pero que los negocios no le iban como quería y que iba a quedarse allá para siempre, y que, en lo de la boda, vistas bien las cosas, a la edad que tenían, lo mejor era dejarlo correr... La dama, al leer esto, entonces sí que cayó al suelo como herida por el rayo, y al mes justo entraba de novicia en Santa Clara... Como he dicho, desde entonces estaba esta cabellera colgada de la pared sin que ni polilla ni epidemia alguna la hayan maltratado. Cuando vine yo a estas tierras, aún brillaba como un espejo, y era porque la ermitaña vieja la limpiaba y carmenaba una vez al año, y por eso daba gloria verla. Pero, la última ermitaña, que, como he dicho ya otras veces, era una dejada de la mano de Dios, ni la tocó, y por eso está ahora tan deslucida ¿sabe?...»

Aquella historia enternecedora conmovió el corazón de Mila, inspirándole el deseo de hacer como la cuidadosa ermitaña vieja; al fin y al cabo, aquella pobre reliquia de la dama enamorada, que al principio le daba un poco de asco, no iba a ser menos que lo del resto de la capilla. En vez de colgarla en la pared, al día siguiente por la mañana la llevó a la terraza, y allí, a resguardo de curiosos y fisgones, fue deshaciendo muy lentamente el nudo de la cinta, de seda, descolorida y enroscada como si fuera papel, que crujía y se agrietaba al menor contacto; y después se pasó hasta el mediodía a pleno sol, enjabonando, aclarando, escardando, una vez tras otra, la inmensa mata de pelo, que ondeaba lentamente en el barreño lleno de agua, como una mata de anguilas filiformes. Y la alegría se apoderó de su corazón cuando vio que aquella masa compacta, ahuecándose a medida que la iba lavando y aclarando, se esponjaba espléndida bajo sus manos hábiles perdiendo la rudeza y el aspecto apagado de cosa muerta, para recobrar el lustre y la flexibilidad que debía de tener antes. Una vez

bien limpia, escarmenada y abrigada con cuatro gotas de aceite, la dejó extendida a cubierto para que se secase, y entró a comer. Cuando volvió a la solana quedó asombrada ante el espectáculo que vieron sus ojos; la cabellera toda, seca, resplandecía como un inmenso joyel llameante... ¡No habían sido, pues, mentirosas, las ponderaciones del pastor! Entonces comprendió por qué le habían puesto a la dama el sobrenombre de *Sol de Murons*, y comprendió también la magnitud del sacrificio de la antigua enamorada: pues, hasta arrancada de la cabeza que un día la sostuvo, era soberano el poder y el encanto de aquella hermosura. A Mila, al contemplarla, le dio como un estremecimiento de alegría y, agitadas las aletas de la nariz y entreabiertos los labios, hundió las dos manos en aquella madeja esplendorosa, la refregó voluptuosamente por sus carnes, hundió en ella el rostro, la enroscó en sus brazos como una serpiente tibia... De pronto, alzando la cabeza con orgullo de mujer soberbia y entornando los ojos deslumbrados, murmuró con cálida y reconcentrada voz:

—¡Ni por todos los hombres del mundo habría dado yo tal riqueza!

## Capítulo V

### SUMANDO DIAS

Mila tenía acabada casi la limpieza de la ermita, y no se sentía ya tan forastera. Se podría escudriñar todo de cabo a rabo sin hallar ni una mota de polvo, un rincón olvidado, un guiñapo fuera de lugar. Los trastos viejos habían salido del trasaltar, donde estaban amontonados, y los bajó al subterráneo que había bajo la capilla; en el suelo del corral había extendido una capa de paja seca que el pastor trajo de los yermos próximos e hizo secar luego en la solana del mediodía; hasta el caño por donde fluían las aguas del fregadero había sido desenfangado y baldeado a cubos, y los escalones inseguros del campanario estaban ya reclavados, firmes y fuertes. Yendo y viniendo de Murons, camino que le obligó a tomar la torpeza de Matías, que no era capaz de hacer nada a derechas, Mila llenó la despensa —ahora un cuarto de trigo, luego un saco de patatas, el bacalao seco—, y adornó la campana de la chimenea con una amplia franja de papel verde, y el vasar con algún plato blanco y media docena de tacitas. En el zaguán de fuera movían irónicamente sus morritos unos cuantos conejillos; en el cuarto oscuro del corral incubaban, a ciegas, dos cluecas; en el bancal había un pequeño espacio de surcos muy derechos donde ya reventaban las semillas y, finalmente, en una serie de ollas resquebrajadas y de lebrillos alineados sobre el murete de la terraza, abrían de par en par sus ojos de fuego los geranios resplandecientes, estallaban las maravillas dobles y se dejaban besar desvergonzadamente por el sol los claveles rojos.

Aquellas matas enjoyadas, la nota más alegre de la ermita, las

---

debía Mila a la delicadeza del pastor. Como ella dijera un día que prefería las flores a la comida, el pastor, al día siguiente, la acompañó hasta la masía de Sant Ponç y, una vez allí, rogó a la nuera que diera a la ermitaña algunos esquejes. Y la mujer, que tenía el huerto como un ramillete y era generosa de verdad, le dijo a Mila que cogiera lo que quisiese, y ella misma le preparó el tiesto y le dijo a su hijo Arnau que arrancara las matas con tierra y todo, para que no se marchitaran.

Mila veía aún al muchacho, recio y gallardo como una encima joven, sin nada en la cabeza y con las piernas en puente sobre las matas, dando un tirón tan seguro que el macizo salía entero y sin una raíz quebrada. El pastor le había contado a Mila que aquel Arnau había entrado en quintas hacía dos años, que hablaba con una moza de Ridorta, y que se iban a casar en cuanto ella cumpliera los veinte; y Mila había calculado qué brotes tan lozanos iban a salir de tal planta humana.

Además de las flores, en Sant Ponç le habían dejado las cluecas y vendido los huevos para poner, y Mila quedó tan agradecida que muchas veces, yendo o viniendo de Murons, no podía evitar el acercarse a la masía para saludar a aquella gente como si fuesen conocidos de toda la vida. Y siempre encontraba a la abuela, que la hacía entrar y descansar un rato a su lado, junto al fuego, y a la nuera, que le hacía algún pequeño encargo para el pueblo: el jabón de fregar, el paquete de fósforos, las sanguijuelas nuevas que precisaban...

Era una mujer alta y magra, la nuera; decían que había sido guapilla, pero el sol, los fríos, todo el ajetreo de la vida labriega y, además, ocho partos y los cuidados consiguientes, habían marchitado el brillo de la juventud, y ahora tenía la piel arrugada y llena de manchas confusas, y los bordes de los ojos, y las comisuras de los labios, estriados de finas arruguillas como rayas hechas con el filo de un cuchillo. Pero sus pupilas doradas, su aire diligente y su voz clara y vibrante, estaban llenas de una franqueza tan sencilla y atractiva, que en seguida la hacían agradable y estimada por todos.

Al poco de conocerla, Mila se atrevió a hacerle un ruego:

—Escucha, Marieta: ¿qué hacéis con tantos hijos a vuestro alrededor? Tenéis más de los que necesitáis para el trabajo de la masía... Y yo, en cambio, no tengo ninguno, ¡con lo que me convendrían en aquel destierro! ¿Por qué no me dejáis a Baldiret para siempre? ¡Nos hace tanta compañía allá en lo alto!

La mujer sonrió. Le pedía precisamente su ojito derecho, el más querido por el padre y la abuela, y ahora, cuando había ya que mandarlo a la escuela, a ver si aprendía algo de letras... Pero, viendo que Mila se ponía triste, y aun diciéndole que tenía toda la razón, la

nuera trasigió en seguida, conformándose con dejárselo una temporada... *hasta que estés acostumbrada a la ermita.*

Aquella mañana, al llegar a casa, Mila buscó por todas partes a Matías, y al encontrarlo dormitando a la sombra de los cipreses del bancal, le dijo cuatro frescas:

—¡Gandul, más que gandul! ¡Te traigo una buena noticia!... Vamos a tener un niño...

Matías dio una vuelta en el suelo y se la quedó mirando. Mila, sorprendida de pronto, se puso colorada hasta el blanco de los ojos y, poniendo la mano en el hombro del marido, le contó muy seria lo que había acordado con la Marieta de Sant Ponç.

—¡Ah, vamos! ¡Sabe Dios lo que pensé!... —y Matías alargó una pierna que tenía encogida, y entornó los ojos.

A la mujer la hirió aquella indiferencia, y, poniéndose en pie, se alejó sin decir nada más, pero todo el día estuvo descontenta sin saber por qué, y aún a la mañana siguiente no se le había ido el malhumor. Lo supo con la irritación que se apoderó de ella al ver salir de la sala a Matías, muy sonriente y con un zurrón a la espalda y una cajita de madera con portezuela de cristal colgándole del pecho. En la cajita, forrada de papel rojo aterciopelado, y en lo alto de un zócalo guarnecido de almezas y conchitas de mar, un San Poncio de medio palmo, con el cuello torcido y un color amarillo de tísico, se aguantaba rígido, entre colgajos, escapularios, pichelillos de estaño con rosas pintadas y rosarios benditos.

—¿A dónde vas con eso? —exclamó ella, trémula de improviso y sabiendo por adelantado que sobraba la pregunta.

Matías se echó a reír, muy satisfecho.

—Dicen que esto da mucho... Aún ayer me decía el Ánima que el otro ermitaño casi se habría podido mantener con esto sólo.

Mila estalló:

—El Ánima puede decir lo que quiera, ¿no te da vergüenza, a ti, un hombre hecho y derecho, ir mendigando por el mundo?

Lo dijo con los dientes apretados y con toda la rabia hiriente de un gran pesar y un gran desprecio.

Matías se desconcertó, como siempre que ella lo embestía directamente.

—¿Yo? ¡Pues vaya!... Bien tengo que pedir... Para el santo...

—¡Para el santo! ¡Para el santo!... —y se echó a reír mofándose dolorida—. ¿Sabes por qué quieres andar pidiendo? ¡Para entretener la gandería, porque hasta a ti mismo te da vergüenza estar tumbado todo el día! ¡Señor, Señor!... ¿No era bastante cruz para mí que me hicieses vender la casita del tío, que me arrancases de mi tierra, que me enterrasen viva en este nido de raposas, y tengo que verte

encima con la mochila al cuello yendo de puerta en puerta como un perdulario o un muerto de hambre?

La desolación de Matías fue enorme. ¡Hacía veinticuatro horas—desde que el Anima lo había convencido— que no pensaba más que en andar mendigando, prometiéndose maravillas de provecho y distracción, y ahora, precisamente, su mujer le salía con aquello, reprochándole su proyecto! Pese a todo, no se atrevió a llevarle la contraria ni a protestar abiertamente. Conocía a su mujer, y sabía que, como todos los mansos y resignados, era capaz de estar incubando en silencio y durante años sus contrariedades, pero que cuando se le acababa la paciencia, el estallido era tremendo y súbito. Y él temía aquellos estallidos: era débil y cobarde, con toda la debilidad y la cobardía de un ser inactivo; se sentía en falso ante ella, carente de ingenio para convencerla cuando se emperraba en una idea, y carente de fortaleza y decisión para doblegarla cuando se ponía furiosa. Por eso cedía en cuanto veía venir la tempestad, pero, así que ésta pasaba, su remolonería pasiva y cachazuda volvía a sobrenadar y a mantenerse inalterable como una boya.

Aquel día, hizo lo mismo que siempre: cubriéndose la retirada con un «¡Vete al carajo!», mascullado a media voz, emprendió la huida y fue a pasear su decepción por los alrededores de la casa.

El pastor se enteró de la disputa por boca del mismo marido, y viendo que cuarenta y ocho horas después aún Mila le preguntaba y le respondía sin mirarlo, pensó en hacer algo que los distrajera de su disputa.

Un chaparrón le obligó a cobijarse y pasar el mediodía en casa; cuando tuvo el ganado bajo cubierto y sus cosas arregladas, subió a la cocina, tan risueño como de costumbre.

—Se me ocurre una cosa, ermitaña, ya que ha llovido, podíamos hacer una caracolada. Tengo unos bichos ya purgados, más grandes que castañas. Son del Pas del Llop, allí se crían los más hermosos de toda la montaña ¿Qué me dice?

A Mila le parecía muy bien, pero el caso es que ya tenía la comida como quien dice a punto.

—¡Eso, nada, mujer! No hay que preocuparse: se deja para la noche y así tendrá hecha la faena. Con un plato de sopa y los caracoles hay para pasar un día de guerra.

Matías acogió la idea entusiasmado, y el pastor se frotó las manos.

—Bueno, pues... ¡Trato hecho! Mientras la ermitaña me deje el mortero para hacer una cucharada de allioli, porque sin allioli y pimienta los caracoles no valen nada, ermitaño, coja un brazado de ramas secas de ahí fuera y llévelas al mirador de la solana, a aquel replano que hay, redondo como una mesa.

Dejaron todo para ponerse a hacer la caracolada. Cuando el pastor tuvo dispuesto el allioli, lo echó en un plato de tierra roja, y, seguido por Mila, que traía el pan y el porrón, y por el chiquillo con la caracolera cogida por el asa de mimbre, se dirigió hacia el altillo de la solana. La mujer no paraba.

—¡Hay que ver cómo cascabelean tus caracoles, pastor!

—Pues aún van a hacer más música cuando les quememos el culo, ermitaña...

En el mirador los esperaba Matías, junto al haz de ramaje seco, sentado al sol, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la barbilla apoyada.

—¡Hombre, ermitaño! Ya podía haber prendido las ramas... Cuando el fuego esté listo, el allioli va a estar ya como un jarabe de tan deshecho. A ver, prepádeles un buen lecho en seguida, para que los pobrecillos de los caracoles estén bien cómodos antes de morir... mientras tanto, aquí la ermitaña y el chiquillo escogerán los mejores, y yo prepararé los tenedores... tenedores a estrenar... Aquí tengo un brezo que ni pintado...

Volcó la caracolera en el círculo. Marido y mujer rompieron en exclamaciones entusiastas: no se acaban de convencer de la magnitud de los caracoles, enormes, oscuros, fuertes de boca y en el caparazón. unos salientes de casi medio dedo. Baldiret fue apartando los que tenían mejor aspecto.

—¿Qué tal, ermitaña? ¿Qué le parece esta maravilla? A que no son tan majos los de la plana ¿eh? Y lo mejor no es la presencia. Si por ahí adelante conocieran el sabor de los caracoles de los Roque-dales, el gobierno tendría que mandar soldados para guardar la montaña... ya ve...

Sobre los ramajes aplanados los fueron extendiendo en espiral, bien espesos, tocándose boca abajo. Mila y el pequeño los elegían, y ella y Matías los colocaban; y, a veces, al topar de manos marido y mujer para colocar un caracol en el mismo lugar, se echaban a reír, él de buena fe —que no era hombre para aguantar hocicos—, y ella hasta sin querer.

—¡Largo de aquí!

—Largo tú, que el mío es más grande...

Cuando el círculo tuvo un vuelo regularcillo, Mila consultó al pastor:

—¿Qué te parece, Gaietá, habrá bastantes?

El pastor que, arrodillado en el suelo, había pelado las ramas de brezo y estaba sacándoles punta, reconoció sin levantar la cabeza:

—No ahorre municiones, ermitaña. Yo tengo más arranque que la bajada del Peu de Gall, y no me gusta quedarme a medio camino.

Y el chico es un monaguillo que no hace quedar mal al señor cura. Además ¡fuera cuidados! No se van a acabar los caracoles del reino; con las cuatro gotas que han caído hoy, voy a hacer una buena recogida...

—¡Todos, todos! —gritó Baldiret.

—Bien, pequeño, bien, veo que hay gazuza...

Y fila tras fila, los círculos fueron ensanchándose hasta que entró toda la carga de la caracolera, dejando aparte los rotos y los muertos.

—¡Ahora me toca a mí!... —y el pastor, que había pulido ya los brezos puntiagudos rascándolos con el filo del cuchillo, dispersó la broza que quedaba y la extendió a puñados sobre el redondel, poco a poco, hasta que hubo una buena capa: después la apretó suavemente con las dos manos, y prendió fuego.

La broza se esponjó al punto, entre crujidos y llamaradas.

—¡Hala, pequeño! ¡A ver si saltas la hoguera! ¡Vamos!

—¿Lo hago? —preguntó el niño con los ojos brillantes.

—Si saltas de extremo a extremo sin meter el pie, te doy el más grande de todos, el abuelo; pero si resbalas o te quemas las uñas, esta noche no hay cuento.

El chiquillo se hizo unos pasos atrás para tomar carrerilla, escupió, se ajustó los calzones, que siempre se le iban para abajo, y, tras inflar los carrillos, echó a correr.

Mila y el pastor palmoteaban, encantados.

—¿He tocado el fuego? —preguntó Baldiret, volviéndose tras vacilar unos pasos.

—¡Qué va, chico! Al menos pasaste el través de un dedo por encima! —exclamó riendo el pastor—. Has ganado el caracol gordo. Cuando lo hayas comido, colgaremos la closca, como un cascabel, en el cuerno del carnero.

Empezaba a bajar la llamarada, dispersándose aquí y allá, y bajo ella se oía el crepitar de los caracoles que se iban asando.

—¡Cómo crujen, pobres animales! —murmuró Mila.

—No se ponga triste, ermitaña: todo ha de tener su fin en este mundo... Piense además que hasta ahora no se lo habían pasado muy bien tampoco... Más de un mes sin probar bocado, pobrecillos... ¡Bueno, venga! A preparar los cacharros, que ya me llega un olorcillo...

Pusieron al alcance de la mano el allioli, el pan, el vino y los cuatro brezos puntiagudos.

—A ver qué dicen ahora... —y el pastor levantó un manojo de broza encendida y, acercándose, pasó revista.

—Piden aún más fuego, estas ánimas del purgatorio; silban todas, y escupen como condenadas. Atice por su lado, ermitaño.

Como por el lado de Matías el redondel estaba casi a punto, cargaron el fuego hacia el lado opuesto.

El olor penetrante a tostado y a cosa cocida llenaba las proximidades.

Cuando se apagaron las llamas, lengüeteando sólo ahora con unos chispazos, luego con más, quedó solo un redondel negro punteado de motas ardientes.

—¡Pequeño, amórrate, que ahora es la nuestra! Vamos a ver quién sopla más fuerte.

Y, a cuatro patas, en el suelo, estirado el cuello y con los ojos entornados, soplaron el niño y el pastor como un brote de tramontana haciendo volar al ras del suelo, mirador allá, las partículas oscuras o chispeantes de la broza consumida.

—¡Ay, ay! ¡Todos se han quemado! —gritó Mila con falsa alarma, así que empezaron a descubrir, aquí quemados, allá calcinados, todos sucios de ceniza y enrolladitos como ensaimadas, los caparzones de caracol.

—Ya me lo diré de aquí a un ratito, ermitaña; si no llega al centenar, me despido para siempre jamás de ir a Barcelona cuando me toque la lotería.

Y volvieron a soplar y a sacar con la punta de los dedos ramitas y briznas hasta que el redondel quedó limpio, pero unido todo como de una sola pieza, con los caracoles soldados entre sí por aquel engrudo pardo y pegajoso.

—¡Tilín... tilín... tilín!... La campanita del señor cura, almas de Dios... ¡Vengan antes de que se enfríen!...

Y el pastor, echándose el gorro atrás y palmoteando alegremente, se sentó el primero junto al redondel, cruzando las piernas.

—¡Dame un punzón! —gritó Mila.

—¿Dónde ponemos el allioli? —dijo Matías, con el plato en la mano.

—Donde todos lleguen... Aquí, junto a los caracoles... Y déjenle al pequeño ese gigante tan grande de ahí en medio... Se lo ha ganado con aquel salto...

Echándole la mano, el niño levantó el caracol, con la boca espumeando babas verde-amarillentas.

—¡Mirad! ¡Mirad! —exclamó mostrándoselo al pastor con admiración.

—¡La de maldiciones que habrá soltado antes de palmarla!... ¡Cómo le ha quedado la boca!... Pero ojo con él, no lo rompas, que va a servir de esquila del carnero, ya te lo he dicho...

Todos se habían acomodado y, a cuatro patas, cada uno por su lado atacaron juntos el redondel. Los punzones de brezo hurgaron figones en las cáscaras; con un giro hábil extraían las pulgas verdosas, acabadas en un tirabuzoncillo blanco o lodoso, las revolcaban en el plato del allioli y se las llevaban a la boca con extraordinaria diligencia.

Los extremos del redondel iban menguando rápidamente, y, alrededor de los cuatro comedores, el Mussol, el perro del pastor, iba recogiendo los caparazones vacíos, lamiéndolos y triturándolos después con un chasquido como si comiera huesos.

—¡Alabado sea Dios! ¡Buena cosa es el almuerzo para la salud!... ¡No hay bocado como éste! Pequeño, si guardas las cascas enteras, el día de San Poncio te haré fanalillos para ponerlos en vuelta a la terraza.

Mila no pudo contenerse y exclamó con entusiasmo amistoso:

—Pastor, tú tienes maña para todo...

El pastor se echó a reír tranquilamente.

—Si quiere más, la espero esta tarde en el Pas del Llop, y allí verá mañas de verdad...

Un silbido vivo y claro, como de jilguero, salió de debajo mismo del mirador. Los de arriba dejaron caer sus miradas, vivaces y curiosas.

Un hombre subía por la rampa, silbando, con la cabeza baja y los brazos balanceándose desacompasadamente.

Matías rompió a gritar a voz en grito:

—¡Anima! ¡Eh, Anima!

El hombre levantó la cabeza, entornó los ojos y luego casi los cerró y mostró los dientes. Mila reconoció en seguida al payés a quien había dado de beber días atrás.

Sin apretar el paso acabó de subir hasta el terrado y allí se detuvo.

—¡Hu... hu... hu!... Ya sabía yo que estabais de caracolada... De lejos he visto la hoguera... —olfateó de lado a lado, como un lebel—: ¡Hu... hu!... ¡Vaya olorcito!

—¿Quieres probarlos? ¡Ricos como un pastel!... —dijo Matías, haciéndose a un lado para dejarle sitio.

El hombre se hacía el remolón, pero al segundo embite amistoso de Matías, reforzado por una media carcajada de Mila, se arrodilló y se sentó en los talones.

Como no había punzón para él, sacó del bolsillo una navaja de cuerno, con la hoja corta y ancha, pero aguda como un puñal. No obstante, aun teniéndola en la mano, casi siempre comía los caracoles con la mano, los partía de una dentellada como quien rompe un almendruco, y, luego de escupir los fragmentos de cáscara a un lado y otro, se comía lo blando. Al ver aquel modo de tragar, Mila

sintió que lo comido le subía y bajaba en el estómago. Pero, de vez en cuando, el hombre, pese a todo, utilizaba la navaja; era cuando quería revolcar los caracoles en el plato del allioli. Y, entonces, la mujer reparaba en que el Anima tenía las manos casi negras, largas, delgadas y cubiertas totalmente de pelo espeso y áspero, como chamuscado.

Desde que apareció el hombre, el pastor no decía nada, comiendo tranquilamente; pero cada vez que alzaba el porrón, la vivacidad penetrante de sus ojos entornados caía casi a plomo sobre el invitado.

De pronto, Mila lanzó un grito de sorpresa.

—¡Nos dejamos la sopa!

El pastor volvió la cabeza hacia ella.

—¡Maldita sea! ¡Pues tiene razón! Bueno, eso quiere decir que no hacía falta... Y ahora no es cosa de ponerla a la cola de este bien de Dios... Yo, al menos, ya tengo bastante.

En aquel instante, Mila sorprendió, bajo las cejas de bardal del Anima, un relampagueo que iba derecho hacia el pastor. Pero aquel relampagueo se apagó en seguida: el Anima había entornado los ojos y reía con aquella risa suya tan particular.

—¡Hu... hu... hu!... ¿Me dais un caracol para la mujer?

Lo miraron sorprendidos, sin entender.

El, entonces, tiró del cordel que llevaba atravesado por el pecho e hizo venir de atrás para delante un trozo de red anudada, en uno de cuyos repliegues había una mota color de almagre. Era el hurón.

Baldiret se agitó como azogado, con los ojos abiertos.

El hurón se debatía inquieto en la red y asomaba, sacando el morrito blanco entre las mallas.

El Anima aplastó un caracol, le quitó la casca y se lo dio al animal.

—¿Come también de esto? —preguntó Matías.

—De todo: menos huevos ¿eh?, que tendría que comprarlos... —y el hombre se echó a reír entornando sus ojillos, como de costumbre.

—Pero ¿dónde he visto yo a este hombre? —se preguntaba mentalmente Mila.

—Es bonito cazar con hurón —dijo Matías.

—Todos lo dicen... ¡Hu... hu... hu!... Podéis venir esta tarde, y lo veréis.

Matías se animó.

—¿Es muy lejos?

—Sólo hasta la Garganta de las Tres Pintetas...

—Pues voy. La verdad es que, aquí en la ermita, no sabe uno cómo pasar el día...

Se frunció la frente de Mila.

—¿No querías hoy cavar un poco los planteles?

—Los cavaré mañana... ¡Hay tiempo!

Baldiret se arrimó al hombro del pastor, y se refregó dulcemente contra él.

—¿Qué quieres, pequeño?

El niño murmuró poco a poco, sin quitar los ojos del hurón:

—¿Me deja ir?

El pastor lo miró muy serio.

—Eso no es para ti, pequeño... Eso, cuando seas mayor...

—¡Pero, hombre! ¡Déjalo!... Nos traerá los conejos ¿verdad, Baldiret? —dijo Matías, divertido.

El niño volvió a mirar al pastor; éste hubiera querido decirle que no, pero aquellos ojazos verdes le dirigían un ruego tan tierno que no tuvo valor para negarse.

—Bueno, hoy y basta. Sólo una vez... —concedió de mala gana, añadiendo como para sí—: Ya me cuidaré de que no vuelvas a pedírmelo...

Y cuando, acabado ya el último caracol, los dos hombres y el niño bajaban de la solana, el pastor, reteniendo por la carlanca al Mussol, que intentaba seguirlos, se volvió hacia Mila, aún sentada, como él, junto a las cenizas, y le dijo moviendo la cabeza:

—¡Buena la hemos hecho, ermitaña!... Este pájaro de mal agüero anda rondando la ermita desde hace tiempo. Vuelvo a decirlo: ¡jojo! ¡jojo! No es cosa de tomarlo a risa, se lo aseguro...

—¿Pero quién es este hombre?

—¿Que quién es? ¡Vaya usted a saber! Algún borde que sabe Dios de dónde ha salido... Dicen que andaba mendigando con un viejo, de niño, y, cuando el viejo murió, se quedó sirviendo por estas masías, hasta que acabaron todas echándolo por vago y mala pieza... Ahora caza conejos de furtivo, para no trabajar; caza en cualquier tiempo, ya ve: hasta que haya acabado con las camadas todas. A mí no me puede ver porque adivino lo que piensa... Cuando él vigila un agujero, yo voy y le planto por allí un espantapájaros, le asusto los conejos y se largan... Pero repito: no es de fiar. Hay que andar muy listos con él... Si pudiera, no me la perdonaría. Mire: antes tenía una escopeta... Ya le he dicho que me gustaba pasear por los altos en las mañanas de niebla... Pues un día que andaba por la Cresta del Follet, que es una montaña tan sola que se nota una mosca de una hora lejos, oí el silbido de una serpiente y me pasó una bala rozándome la oreja. No pude ver a nadie, porque abajo había niebla espesa, como una bola de algodón, pero que pierda la luz de estos ojos si no fue esa mala pieza quien me disparó. Después, como hacía todo el mal que podía, los civiles le quitaron la escopeta, pero ni aún así me fío

un pelo, ya ve... Lo sabe todo, sabe imitar toda clase de voces y siempre lleva en la mollera alguna maldad dispuesta. Bien pensado, no podría ser de otra manera ¿Ha visto esas manazas de loco? ¡Si tiene más pinta de mono que de persona!... .

Mila tuvo como una revelación.

—¡Calla! ¡Ahora sé de qué lo conozco! No es que lo haya visto nunca, no: es que tiene los mismos dientes y las mismas encías que una perra que había en casa de mi tío cuando yo era pequeña... Exacto, exacto... ¡Ahora lo he encontrado! —y, mirando extrañada al pastor, añadió en voz baja—: Tienes razón... Más de mono que de persona...

## Capítulo VI

### CUENTOS

En los atardeceres, más frescos que regalados en aquellas alturas, se reunían todos en la cocina, que reía, toda ella, con grandes carcajadas de luz. De cada matorral seco que se ponía en la llar, brotaba un nuevo ramillete de fuego que hacía serpentear sus lenguas encendidas brincando como batidas por una ventolera equinoccial, llenando de intensas y súbitas claridades las paredes sombrías y rodeando de resplandores rojos, como pequeños diablos de comedia de magia, las figuras del chiquillo y del pastor.

El niño tenía a su lado el montón de matojos e iba alimentando periódicamente aquel pequeño infierno, mientras el pastor, con las piernas estiradas y el gorro sobre el cogote, pelaba las varitas de almez que más tarde serían collares para los carneros más inquietos, bastoncitos para los mozos presumidos de las masías y látigos silbadores para los carreteros de Murons. Matías solía tenderse en el banco de junto a la mesa, boca arriba y con los brazos en el cogote sirviéndole de almohada, y Mila trasteaba con el oído atento, o bien sentándose, cuando podía, junto al fuego.

El pastor, mientras hacía su trabajo, contaba cuentos a Baldiret, y su palabra, reposada y suave, llena del encanto forastero que había heredado de sus parajes de origen, se alzaba en la calma enrojecida del cuarto con la majestad sencilla y misteriosa de un rito druídico. El primero de los cuentos que Mila le oyó contar fue el de las Llufes.

Veámoslo, como ejemplo.

El pastor hablaba así:

—Erase una vez, cuando aún los animales hablaban, que había un viejo muy viejo reviejo que vivía desde hacía siglos por estas montañas. Y esto era porque Dios lo quería así, y lo dejaba vivir más que a los otros hombres porque no era pecador ni había tenido trato jamás con mujer nacida. En vez de chaleco y calzones, como la gente de por aquí, llevaba por único vestido sus cabellos, tan largos relargos que por detrás lo abrigan como una capa, y la barbaza blanca, que por delante le colgaba hasta las rodillas...

El niño lanzaba una exclamación admirativa que el pastor comentaba con una sonrisa y con estas palabras:

—Ya ves, pequeño, qué pinta tendríamos nosotros si fuéramos ahora así... ¡Sería cosa de ver!... Volviendo a lo del viejo, he de decirte que era un santo, que no tenía otra cosa en la mollera más que rezar a Dios día y noche, y comer por toda mantención raíces de plantas y, además, alguna almeza para postre.

—¿Almeza? —decía Baldiret con nueva sorpresa, recordando que también él solía comerlas.

—¡Como lo oyes! Y quizá hasta eran del almez de Afrau, del mismo del que comemos tú y yo cuando pasamos por allá.

El niño quedaba maravillado ante esta posibilidad, y el pastor seguía:

—Tan santo era aquel hombre, que los otros santos no se atrevían a ponérsele delante por temor de que Nuestro Señor les reprochara la poquedad de la comparanza. Y he aquí que unas veces uno, otras otro, iban bajando todos los hombres a la llanura, hasta que llegó un día en que en estas montañas no quedó nadie más que el viejo reviejo y las encantadas. Ya te he contado otras veces que el Torrente de la Mala Sangre, la Garganta de las Tres Pintetes y las Sitjes de Bellsolera estaban más llenas de encantadas que una carroña lo está de moscas. Sólo que no se veían ¿entiendes? Y uno podía andar paseándose entre ellas creyéndose solo, y ellas, al verlo, ¡figúrate lo que se reirían! Porque has de saber que las encantadas eran gente muy juguetona y les gustaba pasarlo bien y tomar el pelo a los jóvenes. De eso precisamente viene lo que te voy a contar. Y es que, una vez lejos ya todos los hombres de la montaña, las encantadas no sabían cómo matar el tiempo y empezaron a sentir añoranza, y a ponerse tristes, hasta que se les ocurrió que quien tenía la culpa de todo era el viejo aquel de las raíces, y decidieron hacer algo para vengarse. Y he aquí que un día se juntaron todas en al Afrau de la Nina, y todas fueron diciendo la suya: y tantas y tantas dijeron, que acabaron por no entenderse. Las mujeres son así, un poquito ligeras de lengua, y gastan mucha saliva en vano... La verdad es que nunca habrían llegado a un acuerdo si no fuera la más pequeña de las en-

cantadas, que era muy avispada, y dijo, saltando en medio del corro: «¡No hablemos más de eso, comadres! Hasta ahora habéis estado pensando en cómo se podría perder a un hombre, por santo que sea, y ahora os digo que dejéis éste para mí, que yo me encargo de él...» Tal cosa pasaba hoy, decimos, y he aquí que mañana, con el alba, el viejo estaba de rodillas rezando, cuando vio una gran sombra en el suelo. Levantó la cabeza y ¿a que no sabes lo que vio? Pues vio un pajarillo, pequeño, pequeño, y todo de oro, y con tres plumitas rojas que talmente parecían gotitas de sangre, en vez de cresta...

Los ojos verdes del chiquillo resplandecían como dos lumbreras, y sus manos, inmóviles, olvidaban el camino de los matorrales secos. El pastor empezaba a descortezar una nueva vara de almez.

—Verlo el viejo y quedar boquiabierto fue todo uno; y he aquí que, mirando, perdió el hilo del padrenuestro que estaba rezando. Y como el pajarillo alzó el vuelo y se fue hacia el Cimalt, todo era pensar y pensar y decirse: «¿Cómo puede ser que tan poquita cosa haga esta sombra si no hay chispa de sol sobre la tierra? Y, además, ¿de qué casta será este pájaro, que yo no había visto nunca uno igual, con los años que tengo?... ¿Será un puput? ¿Será un estornino? ¿Será un martinete? ¿Será un verderol?...» Pero, por más que rumiaba, no encontró en su memoria nada semejante...

El pastor se calló para hacer saltar con la navaja un brote que cayó en el fuego crepitando, y en la cara del niño y en la de Mila se enturbió un momento la expresión cándida y abismada con que escuchaban, y hasta Matías, medio dormido, tumbado a la larga en el banco, se removía inquieto, refregando la espalda contra la madera del banco y entreabriendo incluso un ojo interrogante si el pastor tardaba mucho en reanudar el cuento. El filtro de la palabra humana obra tan poderosamente en los sentidos de los hombres que, cuando se corta, éstos se sienten angustiadamente nostálgicos.

Pero los cuentos del pastor no se interrumpían demasiado: se deslizaban generosamente, sin esfuerzo, como el caudal de un manantial.

—El viejo era inocente como un niño de teta, y podría pensar lo que fuera menos que en el mundo hubiera algo con pinta de malicia o intención secreta. Porque ya tú habrás pensado que todo aquello del pajarillo era una picardía de las encantadas ¿o no? Tanto que, al día siguiente, apenas se había arrodillado cuando volvió a ver al dichoso pájaro ante sus ojos: pero esta segunda vez no le bastó con piar y dar saltitos, sino que soltó unos gorjeos tan vivos y tan dulces que se podrían comparar con los del ruiseñor de lengua más templada... Ya te he dicho que el viejo era inocente como un niño, y como los niños son, como él, medio aturdidos, y quieren tocar siempre todo

lo que ven, he aquí que al viejo le dio por alargar la mano para coger a aquel pájaro tan rebonito que tanto se le acercaba. Pero, en cuanto ve el intento, el pájaro alza el vuelo y, ¡otra vez hacia el Cimalt! ¡No me preguntes lo que hizo el viejo desde entonces! Ni se acordaba ya de rezar a Dios, ni de desenterrar una raíz, ni de meterle el diente a una triste almeza. Y, de noche, en vez de venirle un buen sueño, sólo le venía este pensamiento: ¡el pájaro, pájaro de oro! Eso quiere decir que aún las estrellas andaban haciendo guiños por el cielo cuando él ya estaba de rodillas en el sitio de cada día, aguantando un lazo corredizo que había hecho, a la espera del pájaro. Y así que aclaró el día y el pájaro empezó a revolotear, va él, lanza la trampa y...

El pastor se detenía para acabar de pelar la vara, y veía que los ojos de Baldiret, redondos como los de un pez, parecían petrificados.

—¿Y lo cogió? —preguntaba el chiquillo, anhelante.

—¡Justo, justo por el cuello, pequeño! Y, en cuanto lo tuvo, el viejo cantó en son de burla.

*¡Ay pajarito dorado  
Ya te he atrapado!*

Pero se quedó de piedra cuando oyó que el pájaro le respondía:

*¡Ay viejecito de la montaña  
No aprietes tanto con tu lazada,*

que no soy el que tú piensas! Soy un cautivo del Rey de Morería, que por mis pecados, he sido entregado a las encantadas, hasta que encuentre un viejo muy viejo que no haya conocido mujer nacida y me quiera liberar! —El viejo, al oír esto, se puso muy alegre, y pensó que era cosa de Nuestro Señor, y que por su mediación quería hacer lo nunca visto. Y así fue que dijo al punto:

*¡Ay pajarito doradito  
te dejaré liberadito,*

pues yo soy el hombre viejo reviejo que nunca ha conocido mujer nacida. Dime, pues, qué tengo que hacer. —Quítame dos plumas de la cresta —le responde el pájaro— y clávate una en cada ojo—. El viejo le quitó dos plumas de la cresta y se clavó una en cada ojo, y, en seguida, se quedó más ciego que antes de nacer. ¡Ay, triste de mí, que he perdido la claridad del día! —gritó espantado—. Pero el pájaro soltó una carcajada, se quitó la última pluma de la cresta y se la clavó

justo en medio del corazón. En el acto le volvió la vista al viejo y... ¿a que no sabes lo que vio mismo delante de él?...

Baldiret, fascinado, había perdido la voz.

—Pues una chica bonita como una Virgen, pero también, como él, sin nada de ropa y sólo con una guirnalda de rosas que le envolvía el cuello y luego se le arrastraba por el suelo...

El pastor se interrumpió, risueño.

—¿A que no sabes quién era aquella mocita?

—¡La encantada!

—¡Anda! ¡Pues lo has acertado, pequeño! ¿Y la guirnalda de rosas?

Baldiret se quedó sorprendido, miró hacia arriba, miró hacia abajo, se frotaba la mejilla contra el hombro y... no se le ocurría qué podía ser la guirnalda de rosas.

—¡El cordel de la trampa, hombre! ¡El nudo corredizo!

—¡Maldita sea! —y el niño se mordía la lengua despechado por no habersele ocurrido una cosa tan sencilla.

—¿Y qué pasó? —preguntó a su vez Mila, llena de curiosidad.

—¡Pues imagínese, ermitaña! Las encantadas. Cuando las encantadas se ponían a su oficio, sabían muy bien lo que hacían, y el pobre viejo era un santo varón que nunca se había visto en un lío como aquél. Así que, viéndose tan cerca de la moza aquella tan ligera de ropa y que clavaba los ojos en él, el pobre quedó tan avergonzado que se envolvió en su larga cabellera y se tapó la cara con las manos. Pero se había dejado lo mejor, que era quitar la plumita del encanto que llevaba clavada en el corazón; así pues, por más que se cubriera la cara, seguía viendo al otro lado a la encantada, como si los dedos fueran de cristal. Y quedó pasmado cuando ella, acercándose, le habló así:

—*¡Ay; viejito de la montaña,  
quítate las manos de la carita,*

que no quiero hacerte ningún mal. Yo soy Floridalba, la más pequeña de las encantadas del Barranco, y he tenido compasión de ti. Si quieres venir conmigo, te haré el hombre más rico de la tierra. Entrando por la sima del bramido, tengo un palacio en el corazón de la montaña, un palacio hecho de luz de estrellas y de conchas de la mar salada: los miradores son de coral pulido, la portalada de plata blanca y las pilas-tras de la sala están talladas de los huesos del gigante Veutacrusques, a quien mató mi padre porque se quería casar conmigo. Si vienes a vivir allí, te haré dormir en un lecho de oro encortinado, en una cámara de espejitos cubierta de pederería; para comer, te daré peces de los ríos de leche que pasan por debajo de la tierra, y para beber, resolis

que cuelan y recuelan todos los días las trescientas mujeres del Rey de Oriente... —Y dicho esto, la encantada se detuvo porque creía que él ya tenía promesas de sobra para seguirla. Pero el viejo, que se había recuperado un poco de su espanto y pedía a Dios que le diera valor, volvió de pronto la cara y dijo gritando: —Huye de mí, malvada encantadora, que más quiero yo la gloria del cielo que todas las riquezas de la tierra! —Al oír esto, la encantada lo miró con rabia, y en el acto desapareció por arte de encantamiento...

Una expresión decepcionada se dibujó en la cara de faunillo de Bal-diret. ¿Cómo era posible que un hombre que no tenía más vestido que su cabellera renunciara así como así a un palacio hecho de pedacitos de estrella, con miradores de coral y portaladas de plata?

—¿Y volvió la encantada?

—¿Que si volvió, ermitaña? ¡No son mujeres las encantadas como para dejar las cosas así!...

El rostro del fauno se iba serenando.

—En todo aquel día el pobre viejo no supo lo que le pasaba. Intentó pasear por el Bram de l'Estimbada y desde el Peu de Gall hasta las Cabiroles, volvió a sus penitencias y oraciones. Con nada podía borrar de delante los ojos de la encantada, con aquel cabello como de polvillo de oro y la guirnalda de rosas enrollada al cuello. Mediada la noche, no pudo aguantar más, y se puso de rodillas en el lugar de siempre. Pero, espera que esperarás, no venía a verle ni el pájaro ni la moza... Y pensó él: —Si viniera, le daría mi cabellera para que cubriera sus carnes, porque es una vergüenza que una moza como ella ande así. Pensó esto y, de pronto, se presenta la encantada, y él, en vez de darle la cabellera, la mira de reojo, baja los ojos y empieza a temblar, sin poder decir palabra. Y la encantada, va y le dice: —Aunque ayer me echaste de aquí, yo tengo piedad de ti y vuelvo. Ya que no te interesa ser rico, si quieres venir conmigo te haré el hombre más poderoso de la tierra. Te daré una túnica de pedernal, una espada hecha con la punta de un rayo y un caballo más corredor que el viento, y con esta túnica, esta espada, y este caballo, podrás ir por el mundo conociendo reinos y haciendo tuyos los que quieras, que nadie se podrá oponer a ti, pues si alguien quiere matarte, tu túnica, por cada golpe que te den, les devolverá un chorro de fuego; y si quieren huir de ti, tu caballo los atraparé en seguida, y si no quieren entregarse, tu espada, hecha del fuego del rayo, los convertirá en un santiamén en ceniza viva... —El viejo escuchaba a la encantada, muy mohíno y cavilador, y ella, viéndole, le preguntó qué decidía. Entonces, el viejo tuvo como un sobresalto y, como antes, dice enfadado: —¡Largo de aquí, malvada encantadora, que más quiero yo la gloria del cielo que

todo el poder de la tierra! —Ella lo miró con peor cara aún que el día antes, y desapareció por arte de encantamiento...

El pastor se detenía un momento para estirar los brazos fatigados y pasarse el gorro por la frente, pero la impaciencia del chiquillo lo hirió en seguida como un agujón.

—¡Sigue, sigue!

—Tranquilo, chico, que tengo que respirar... Piensa que en los cuentos no se puede ir como a casa del boticario... Pues bueno, después de echar de allí otra vez a Floridalba, le quedó al viejo una especie de tristeza tan fuerte que se pasó el día llorando como una viudita, y, mientras lloraba, cavila que te cavilarás, iba diciendo: «Debe de ser la gloria, tener un palacio dentro de la montaña y dormir en un lecho de oro encortinado, y comer peces de los ríos de leche, y beber resolis colados y trascolados por las mujeres del Rey de Oriente, en vez de dormir al raso y matarse los pies pisando espinos y no comer más que raíces amargas y el agua clara que cojo con el hueco de la mano... Pero no soy más que un triste pecador, y si Dios no me ha dado eso por su decisión, es señal de que no lo merecía...» Y, diciendo esto, se quedaba un rato más tranquilo, hasta que se le ocurría otro pensamiento: «¡Sin embargo, la encantada me ha prometido algo bien bonito! Ir y venir por todos los reinos de la tierra y hacer míos los que me apetezcan. Si estas montañas tienen cuatro días de camino ¿cuántos debe de tener el mundo? ¿Diez, quizá? ¿Doce? ¿Quizá tantos como dedos tienen los pies y las manos?... Cuando yo era pequeño, un cuervo me contó que había tantos tipos de hombres como pájaros, y que también tenían la palabra y el plumaje distintos unos de otros... Si eso es verdad, va a ser cosa de verlo, pero yo no sé si el cuervo me contó una mentira. Él decía que había viajado por todo el mundo, y yo no me he movido nunca de estas montañas. En mi juventud hubiera debido bajar de la montaña y correr mundo, no es precisamente divertido el pasarse la vida aquí como un lagarto...» Y he aquí que, rumiando estas cosas que nunca hasta entonces se le habían pasado por la cabeza, lo atraparon las sombras de la noche; y aún no clareaba cuando se fue al sitio de siempre, y se arrodilló esperando a la encantada. Le decía el corazón que iba a volver y, aunque él estaba muy decidido a rechazarla, no por eso se conformaba con no verla, que el gusto por la compañía es la cosa que antes cogen los hombres...

—¿Y volvió, pastor? —dijo Mila, interesada.

—Más temprano que otros días. Antes del alba la tenía ya allí, sentada a su lado, mirándolo con unos ojos brillantes como los del Mussol, y diciéndole con voz más dulce que cuando hacía aquellos gorjeos de pájaro dorado: —No sé qué me has dado, viejo de mi corazón, que no puedo alejarme de ti por más que me ofendas. Yo, de todos

modos, quiero hacerte una gracia, y ya que no quieres ser el hombre más rico ni el más poderoso de la tierra, serás el más sabio. Sabrás todo lo que pasa en el mundo y fuera de él; verás subir la savia por el tronco de las plantas y crecer las flores y las hojas; verás la hormiga que corre por el otro lado de la tierra y el barco que navega por lo más apartado del mar grande; verás los caminos ocultos de las estrellas y las cavernas del infierno, llenas de malas bestias y de condenados que se retuercen y se clavan las uñas; verás los designios en el corazón de los hombres y a los niños en el vientre de las mujeres; nada habrá oculto para tus pupilas desde poniente a levante, en el cielo o en la tierra... Y lo oirás todo y lo entenderás todo: la lengua de los pájaros en el aire y el habla de las bestias terreneas; lo que dicen los peces entre ellos y las sirenas en el fondo del agua, y los rumores del viento, y el resonar de los truenos, los gemidos de las montañas y toda clase de fragor o murmullo que salga de cosas creadas cerca o lejos de ti... Y con eso sabrás por adelantado todos los secretos del mundo y dónde está el bien y el mal para evitarlos o tomarlos. —Mientras la encantada iba diciendo esto, el viejo la miraba y se le iba fundiendo el corazón. «¿Qué harás, triste de ti?», se preguntaba a sí mismo. «¿La escuchas o no la escuchas?, ¿la sigues o no la sigues? Si la rechazas y huye de ti, te morirás de nostalgia, y si la sigues, estarás condenado hasta el fin de los tiempos, que ella, bien lo veo, es una bruja, y su poder sólo es poder para el mal... ¡Ay, triste de ti, qué has hecho, que has pecado con la vista y el oído y estás perdido sin remisión!...» Y, en estas, va la encantada y le dice: —Ahora te he dicho ya todo lo que puedo darte: dime tú de una vez para siempre si quieres venir conmigo o si no quieres venir... —El viejo, entonces, se echó a llorar amargamente exclamando: —¡Déjame tranquilo, malvada encantadora, que no puedo aguantar más! —y, con la cabeza entre las rodillas, empezó a rezarle a Dios. Pero ella se acercó y le dijo muy lisonjera al oído: —¡Ven conmigo, viejo de mi corazón, que estoy enamorada de ti y quiero hacerte el hombre más poderoso y el más sabio de la tierra!... —El viejo se tapó las orejas para no oírla y, haciendo un esfuerzo con todas sus fuerzas le gritó con un gran grito: —¡No y no!... ¡Sal de delante de mí, mala consejera, que prefiero la gloria del cielo a todo lo mejor de lo mejor que haya en la tierra!... Y he aquí que, dicho esto, se volvió todo oscuro como si el mundo se acabara; y era que él creía que la encantada había desaparecido, como los otros días...

—¿Y no había huido? —exclamaba Mila con los ojos de un palmo.

—¡Qué va, ermitaña! ¡Qué iba a huir! Aún no había acabado su trabajo, ya he dicho que no era mujer de dejar las cosas a medias... Pues he aquí que cuando vio al viejo tan cabizbajo, ella le pasó

el brazo por el cuello y le va diciendo poco a poco, como si se estuviera confesando: —Bueno, ya veo que eres el hombre más sencillo y santo de la tierra, y contigo no hay quien pueda... Yo me había enamorado de ti y quería que fueras mi marido, pero por tres veces me has rechazado y me tengo que ir en seguida; nunca más sabrás nada de mí, ni me verás, ni me oirás... Pero, antes de irme, quiero dejarte un recuerdo que dure mientras el mundo sea mundo... Y diciendo esto, se acercó a él, y le dio un beso largo, largo, y desapareció por arte de encantamiento.

—¿Y no volvió?

—No, ermitaña. De esta vez, no volvió, si no, no acabaríamos el cuento... —y el pastor se echó a reír mirando la cara de Mila.

—¿Qué? —dijo ésta, sorprendida— ¿que se ha acabado ya?

—Queda sólo la moraleja... Pero no se ponga tan triste, mujer. Ya verá qué pasó. En cuanto hubo dejado al viejo, la encantada se subió a una ventolera que pasaba y le ordenó que la llevara al Afrau de la Morta, donde estaban las otras encantadas haciendo punto y charlando de sus cosas; y, cuando llegó allí, dijo con un gran grito:

*Amigas, mis amiguitas  
Dejad las agujitas,  
coged el peine de diamante,  
y el espejo de la luna llameante,  
el collar de ojos de serpiente  
que vuelve ciega a la gente,  
el vestido verde con flores de espino  
bordado con escamas de peces del abismo,  
y las chinelas de satín  
¡que todos los hombres vuelven hacia aquí!*

¡Imaginad qué gritos se alzaron cuando oyeron tal noticia! Todas las encantadas preguntaban cómo había sido aquello, hasta que la más pequeña contó que había seducido al viejo de la montaña. Las encantadas no lo querían creer y se hicieron explicar todas las pruebas tal como habían ido, y viendo que no había podido sacar nada tentándolo con las riquezas, con el poder ni con la sabiduría, que son bienes que los hombres desean, y que, pese a todo, ella seguía diciendo que lo había dominado, todo era preguntarle de qué herramientas, de qué cadenas, de qué brebajes o de qué conjuros se había servido para obrar el milagro; hasta que ella dijo que lo había encantado con sólo un beso... Pues, desde que el mundo es mundo, no se ha encontrado aún brebaje, ni cadena, ni ingenio, ni embrujo o conjuro tan poderoso para los sentidos y la cordura del hombre como un beso de

hembra... En estas estaban, y como las encantadas menos listillas se echaran a reír, he aquí que se empieza a oír una voz profunda, profunda y confundida como el eco de una ola que viniera de muy lejos. Escucharon atentas y oyeron que aquella voz decía sólo: ¡Floralalba!... ¡Floralalba!... ¡Floralalba!... Era la voz del viejo, que corría desesperado de un lado a otro, tan pronto por la cresta del Follet, como por el Anap del Rei, como por el Bau de les Olives, buscando por todas partes a la encantada y rogándole que lo aceptara a su lado, que por otro beso de sus labios daría de buena gana, no sólo todas las venturas de la tierra, sino incluso la misma gloria del cielo... Y, al oír tal cosa, las encantadas, muy divertidas, se dispersaron por todos los lugares de la montaña y empezaron a burlarse del viejo, repitiendo con grandes risotadas lo mismo que él decía... Y de ahí les viene ese vicio tan feo refeó que aún les dura...

—¿Y qué fue del viejo pastor?

—Murió al cabo de cien años, de mal de amores: y como había muerto enloquecido de amor y sin arrepentirse, no pudo entrar en el cielo ¡Dios nos guarde a nosotros! Y, aún ahora, ermitaña, en las noches de tempestad, cuando repica el campanillo del Cimalt señalando una desgracia, se ve pasar su alma en pena, como un fuego fatuo, por las vaguadas y las torrénteras, y su voz, oscura y prolongada como un eco de ola de mar, no para de gritar: ¡Floralalba!... ¡Floralalba!... ¡Floralalba!... hasta que el día se alza.

## Capítulo VII

### PRIMAVERA

Los primeros días de mayo fueron una maravilla; toda la montaña, embalsamada de aromas, resplandeciente de claridades, llena de gorjeos de pájaros, había perdido su aspecto hosco de milenaria y parecía volver a su juventud de montaña, con todas las dulzuras de doncella y todas las alegrías de novia. Todos los días, al levantarse, Mila descubría una nueva belleza no percibida el día antes; y descubría aún más: descubría que aquella belleza nueva se reflejaba en ella y que en ella también, al ritmo de la montaña, se operaba una intensa transmutación regresiva. Sus ojos, limpios y claros, pero llenos de serenidad melancólica, se animaban con súbitos relampagueos, sus labios enrojecían con una intensidad hasta entonces desconocida, sus pechos resurgían con turgencia de pechos de madre joven, y una levedad grácil y armónica ritmaba todos sus movimientos. A estos cambios externos respondía, en el interior, una plenitud exaltada de sentimientos y una impresionabilidad tal que incluso a ella la desconcertaban por lo insólito, haciéndola sentirse como si su ser se multiplicase y la hiciera una mujer nueva para cada momento de su vida. Como en las otras montañas lejanas del fondo de la ladera, parecía que también a ella la tornasolara entera, en cuerpo y alma, una misteriosa luz interior. Y este cambio que sentía en sí, también los otros lo notaban.

Un día, el pastor, abrigándola de arriba abajo con una mirada afectuosa, le había advertido:

— ¡Bueno, ermitaña, no se podrá quejar de Sant Ponç! Ha hecho

---

en vos una especie de milagro. Cuando vino aquí se le transparentaba el alma a contraluz, y ahora da gloria verla; es la mujer más lozana y regalada que haya visto en mi vida.

Otro día, un domingo, Arnau de Sant Ponç subió hasta la ermita de caza, y entró para saludarlos.

— ¡Ave María! —gritó desde la puerta del patio, anunciándose.

— ¿Quién hay?... ¡Suba! —respondió Mila, desde la cocina; y, dejando los platos que estaba fregando, salió al pasillo balconero y se asomó a la barandilla.

Arnau se detuvo a media escalera, y luego, con un punto de vacilación, exclamó sorprendido:

— ¡Virgen santa!... Pues no te había conocido... Pareces otra...

Y, durante el rato en que allí estuvo, Mila, trasteando y sin mirarlo a derechas, notaba cómo él no le quitaba los ojos de encima, siguiéndola con mirada sorprendida por todas partes.

Otra vez, un mediodía ardiente en el que parecían incubarse todos los calores veraniegos, ella, después de comer y acabar las tareas de la casa, cogió la cestilla de la costura y fue hacia el huerto. Se sentó allí bajo un almendro y se puso a zurcir una camisa de Matías.

Detrás de ella la ladera empezaba a empinarse; a la derecha, y lejos, la Volva envolvía su joroba en un azul luminoso; cuatro pasos a la izquierda, un cercado de maleza ponía límite a la tierra cultivada y, el almendro, sobre la cabeza, extendía sus ramas inclinadas por el peso de la gran cosecha que había predicho el pastor. Bajo el dosel verde, que apenas dejaba clarear el cielo, pasaba un frescor suave que contrastaba con el ardor de la atmósfera sofocante. A Mila, presa de la pereza por el tiempo y por el madrugón, aquel frescor le dio el deseo de tumbarse un rato y sin apartar siquiera de la falda la ropa que estaba cosiendo, echó el cuerpo hacia atrás dejándose caer de espaldas sobre el suelo en declive. En el pecho sentía, como en la atmósfera, el calor de un rescoldo de vida oculta; en los ojos, un deslumbramiento embriagador de verdes intensos y de manchas de luz, y un deseo mortecino y laso de tensar los nervios le había hecho apartar los brazos del cuerpo y dejarlos reposar en la hierba, palmas arriba, y con la sangre pesadamente parada en las venas. En esta posición se quedó dormida: pero el sueño, burlón e impúdico, la abrió un poco la parte delantera del vestido, cuyos botones altos había desabrochado por el calor, y le encogió una pierna en forma de puentecillo y le hizo girar el busto de frente, hacia la maleza. Quedó con la cabeza hacia atrás, la boca entreabierta, la blancura del cuello destacando sobre el vestido y soberbiamente acusada la blandura suave y perfecta de sus formas... Dormía tranquila, quieta, pero, de súbito, como presa de una pesadilla, empezó a dar señales de agitación, se

estremeció su busto, frunció las cejas, el brazo derecho saltó en el cuello con un movimiento nervioso, la frente, pálida por el reposo, cobró color de nuevo... Mila abrió los ojos, parpadeó, miró, y... de un salto estremecido quedó sentada en el suelo. Dos chispas relucían entre la maleza: dos pupilas de lobo cervical, llenas de ansia, clavadas en sus carnes como agujas al rojo.

Al verse descubierto:

— ¡Hu... hu... hu...! El hurón se había escapado... ¡Hu... hu! ...

Y el *Ánima*, apartando los zarzales que se aferraban a él, y riendo sordamente con su extraña risa gutural, fue retrocediendo, retrocediendo, y desapareció... No se le veía ya, y aún Mila, mirando hacia el seto como obsesionada, sentía sobre el pecho los latidos de su corazón y tenía clavadas en el cerebro la vivacidad relampagueante de aquellas pupilas y la hiriente blancura de aquellos dientes. Luego, de pronto, dobló el cuerpo sobre los muslos juntos, ocultó la cara y se abrazó las rodillas espasmódicamente. Una oleada ardiente, hecha de vergüenza, de felicidad, de miedo y de deseo, todo al mismo tiempo, sé apoderó de ella ascendiéndole desde los pies a la cabeza y, enrollándole el alma sobre sí misma en vertiginoso remolino, casi le hizo perder el conocimiento.

Cuando se levantó, tenía la cabeza turbia, frío en el espinazo, y los agujeritos del dedal fuertemente estampados en la carne del brazo izquierdo.

Tomó la cesta de la ropa y se encaminó lentamente hacia la casa.

Matías, como de costumbre, había dicho que iba a ver al señor cura, y ella, recordándolo, pensó que aún no había ido a confesarse y que tenía que ir. Ir, sí, muy bien, pero ¿para confesar, qué?

Hacía días que pasaban por su vida, como estrellas fugitivas o abejorros negros, rabias mortecinas, extraños ardores, decepciones de no sabía qué, temblores secretos de venturas inciertas, pero ¿eran aquellas impresiones a veces resplandecientes, otras veladas, pecados, propiamente pecados, cosas malas que hubiera que confesar? Le pareció que no; que no eran cosa para ser dicha al cura, a un confesor de verdad, cualquiera que fuese, sino a otro tipo de persona... ¡Al pastor! se le ocurrió en seguida por el encadenamiento lógico del pensamiento... Pero enrojeció en un impulso de protesta: ¡no, no! Al pastor de ninguna manera. ¿Por qué?... ¡Porque... no! El pastor era un hombre extraño, un hombre que no parecía de la tierra... Seguro que si ella le contaba lo que le pasaba, no la iba a entender... Quizá se riera de ella, quizá la miraría de otra manera... El decía que San Poncio lo curaba todo, él no sufría de angustia alguna, un día le había dicho que era una hereje, parecía no darse cuenta de nada de lo que por el mundo ocurría... ¡No, no... al pastor, no!

Mejor, en todo caso, a Matías... si Matías hubiera sido otro tipo de hombre; un hombre como los otros, que la mirara como los otros hombres la miraban: con los ojos admirados de Arnau de Sant Ponç, por ejemplo, con los mismos ojos de buco del Anima, hasta con los húmedos y fieles del Mussol... con mirada de persona o de bestia, pero que dijera algo. Pero Matías no tenía mirada alguna: ahora se daba cuenta ella por primera vez en su vida. No tenía mirada alguna porque en él reinaba la paz; la paz del animal, pero de un animal anormal; más animal que los otros pues era un animal sin celo...

Aquella anormalidad, ahora por primera vez analizada, perseguía y dentelleaba en Mila como el recuerdo de un delito, de una bajeza, de algo que hacía indigna y miserable su vida. Y, con una vergüenza secreta de sí misma, encaminaba, sin darse cuenta claramente, todos sus esfuerzos hacia el restablecimiento de lo que debía ser. Sorprendida y confusa descubría en sí misma aires de gata en celo, posturas equívocas, zalamerías pérfidas, languideces fingidas, dejes insinuantes, modulaciones plenas de promesas, turbadoras caídas de párpados, jadeos contenidos... toda una esgrima de armas ilícitas, cuya existencia y uso había ignorado hasta entonces y que ahora manejaba con una felonía amarga de despechado... Y cuando veía que ni con aquellas armas alcanzaba el fin deseado, abría la herida deseada; cuando veía que todo permanecía tranquilo e inalterable en el campo contrario, ella, vencida, abatida, presa de una desesperación sombría y sin relieve, sentía deseos de arrastrarse por el suelo, de morderse calladamente a sí misma, de morir de hambre en un rincón, de transformar todo su ser lleno de inquietudes en algo insensible, petrificado, muerto en vida... — ¡Quién fuera como ellas! — se decía tristemente, viendo desde la plaza de la ermita bajar por la collada a las leñadoras de Rí-dorta, como una fila de hormigas, dobladas todas bajo el haz, tres veces más grande que ellas, todas sin instintos, sin fiebres, sin claridad de pensamiento, sin más noción de existir que el peso que gravitaba sobre su espalda pesadamente, pero no tan pesadamente como aquel otro peso que ella llevaba en su interior. Y, con el pensamiento, rehacía su tarea diaria. Levantarse en plena noche, coger las cuerdas y los sacos, reunirse con las vecinas y, todas juntas, subir montaña arriba con el frescor del alba, contándose chismes de vecindad, cuentos burdos de arriero o historias maravillosas, como las del pastor. Una vez en las cimas, recoger matas y más matas, llenar los sacos, cargar con aquella cruz pesada y, abajo de nuevo, hasta dejar la carga junto a la puerta de los panaderos de Murons, donde cobrarían dos realillos cada una antes de volver a casa con los cuerpos fatigados, pero con la conciencia descansada tras haber hecho la tarea y haber pasado un día más.

Pero Mila se encallaba a medio pensamiento. Pensándolo bien,

tampoco le parecía bastante mansa, bastante aburrida, bastante muerta, la vida de la leñadora; pero ser planta, libre de toda servidumbre, de toda necesidad, de todo trabajo, de toda angustia... ¡o, mejor aún, montaña áspera y cruda como los Roquedales!...

De pronto, los animales, que siempre le habían sido indiferentes, ocuparon un lugar en su corazón. Se encariñó con un corderillo lechal que tenía el vellón como un copo de nieve. Le daba migas de pan, y el corderillo la seguía como un perro, se subía a ella en cuanto la veía sentada, y con su morrillo de felpa le cogía de la boca las hojas verdes que ella le ofrecía; y Mila sentía una extremosidad deliciosa cuando la suavidad tibia de aquel morrillo rozaba sus labios dejando en ellos un aliento grato como aliento humano. De la mirada del corderillo estaba ausente también, como de la de Matías, el pensamiento, pero ¡qué otra dulzura, qué ternura distinta, tan inocente, tenía ésta! Cuando el corderillo la miraba, Mila, conmovida, sentía ganas de echarse a llorar.

Otros animalitos desbancaron al cordero.

Y he aquí que un día llega el pastor todo trastornado.

En el mas de Sant Ponç habían echado a una gata glotona que se comía los polluelos; tanto la castigaron, que la gata perdió el gusto por la casa y se refugió en el Barranco, allá cerca, donde cazaba pajarillos con gran maña. En el Barranco parió cuatro gatitos pecosos y huraños como ella. Pasando por allá, el Anima los vio, sacó la red, cogió a la gata, la atormentó un rato por diversión y al fin la despanzurró a patadas. Luego, se alejó muy tranquilo, entornando los ojos y regañando las encías. Los cuatro gatitos, cuando tuvieron hambre, se amorraron en los pezones y chuparon de su madre muerta; al día siguiente maullaban de hambre.

Baldiret, que lo había visto todo, se lo contó al pastor; el pastor se indignó y se lo dijo a Mila.

—Le juro que este malasangre me la paga. Mañana mismo le alboroto todas las conejeras que anda vigilando... ¡Matar de hambre a unos pobres animalitos!... ¡Más vale hacerlo de un cantazo... que no sufran al menos!...

Mila se estremeció y, por la tarde, bajó hacia el barranco con el pastor y Baldiret. Ya de lejos oyeron los maullidos y vieron a los cuatro animalitos, con el pelo como erizos, huyendo despavoridos, moviendo como podían sus patitas torpes. De nada valieron mimos de voz ni tentaciones de ningún tipo. Las fierecillas, escondidas entre las matas, no querían ni salir ni dejar que se acercaran a ellas. Pero desde aquel momento Mila tuvo ya una tarea marcada: todas las mañanas y todas las tardes bajaba al barranco llena de cosas para los gatos. Uno se murió allí mismo sin querer comer, pero los otros tres se dejaron

coger al fin, más muertos que vivos, y fueron llevados a la ermita. A fuerza de paciencia y de cuidados, se salvaron dos, que fueron reverenciados como en el antiguo Egipto. Quien se atreviera a tocarlos para hacerles algún mal, hubiera visto ponerse a Mila como nadie la había visto jamás. Pero los gatos acamparon allí, crecieron, aprendieron a comer solos, jugaban como locos todo el día, y ya no necesitaban a Mila para nada. Entonces, el corazón de la mujer, volvió a sentirse vacío y añorante; añorante de querer y de sacrificarse hasta la ceguera...

Un día que estaba probándole unos tirantes a Baldiret, el aliento de fiebre que le había enardecido las entrañas en la proximidad del Bram, se reavivó convirtiéndose bruscamente en llamarada; de golpe, cogió la cabeza del niño, frotó su cara contra ella y luego lo llenó de besos famélicos, a boca llena... Bajo aquella tempestad amorosa el niño abrió los ojos un palmo y se encogió perdido, como un pajarillo caído del nido. Y mientras el chiquillo del mas de Sant Ponç pasaba a resplandecer con vivacidades de hoguera o de sol alto en la soledad sombría de Mila, él, más contento y halagado por la ermitaña, no habría podido decir ya a quién quería más, si a ésta o al pastor.

## Capítulo VIII

### LA FIESTA DE LAS ROSAS

Mila desandaba por primera vez el camino que había hecho el día de la subida a la montaña. Hasta entonces había bajado siempre por el lado de Murons, pero le dijeron que los huevos y la lechuga de Ridorta eran tan buenos, y a Ridorta se iba a comprar para el día de la fiesta.

Era de madrugada, pero el sol, ya muy por encima de la Volva, hacía llamear sus resplandores en toda la extensión de la lejanía.

Mila, a paso menudo y seguido, iba por aquel sendero —liso como si por él hubiera pasado una muela colosal— muy distraída, pensando en no sabía qué, en cosas vagas e imprecisas como nubes del pensamiento.

Por debajo de ella veía el Planell de la Fita, aplastado y redondeado como una sartén, y con el mango —el segundo tramo de la Canal de Trencacames— erizado sesgadamente. Cuando dejó el sendero para tomar por este segundo tramo, recordó lo que le había dicho Matías de aquellos caminos de mal subir, «a la bajada, las piernas no pueden pararse y el camino dura lo que un pensamiento». En efecto, le pareció a Mila que le habían dado cuerda, que bajaba sin hacer el menor esfuerzo por sí misma, y en seguida se encontró en el descampado. Un hombre viejo, con un saco sucio a la espalda, reposaba en el lugar donde ella había descansado a la subida. Mila dio los buenos días y se encaminó hacia el mojón: tenía ganas de ver la llanura desde aquellos altos.

Buscando lugar donde encajar los pies y asideros para las manos,

---

logró encaramarse y miró ávida. La impresión y la sorpresa de un mes antes se repetía sin mengua.

Toda la llanada de Ridorta estaba cubierta de rosas, con tanta profusión que, guiñando un poco los ojos, parecía rosada toda ella.

—¡Virgen María! ¡Qué bonito es esto otra vez! —pensó Mila, deslumbrada.

En efecto, bajo aquel cielo de un azul purísimo de ojos de virgen, el cerro, matizado de verdes primaverales, cubierto de casitas rosa y ceñido por la banda de gasa del llano rosado, tenía más apariencia de fantasía mágica de pintor iluminista que de cosa real y verdadera.

Pero, ¿qué era aquella verga de arco de San Martín que ella no podía distinguir? Mila se decidió a preguntárselo al hombre que estaba descansando.

—Son las rosas de San Poncio, buena mujer... Las rosas que hay que bendecir. Ahora los huertos están llenos, pero pasado mañana no verá una: todas huyen a la montaña.

Al día siguiente, Mila pudo descubrir la verdad de aquellas palabras.

Ya al levantarse, a las cuatro de la madrugada, vio subir por la collada una hilera inicial de rosales humanos, de ramilletes olorosos que se abrían, al ascender, a los aires frescos de la mañana; y, más tarde, a medida que el día se iba levantando, los ramilletes se iban multiplicando y adensándose, surgiendo de todos los lados, por caminos y atajos, por hondonadas y crestas, lo mismo en el fondo de los torrentes que en el despeñadero de Peu de Gall. A las diez de la mañana toda la montaña estaba florecida como un inmenso jardín maravilloso. Las campanas de la ermita, repicando desenfrenadas, parecían llamar a la gente con su clamor de alegría frenética, y la gente, sintiendo que toda aquella alegría les penetraba las entrañas y rebotaba en sus ojos brillantes, en las voces mágicamente entonadas y en los gestos grandilocuentes, iban subiendo sin parar, abrazados a las rosas perseveradoras que lo embalsamaban todo en su agonía: tierra, aires, cerebros.

En lo más alto del cerro, en los alrededores de la ermita, se alzaba un rumor de colmena: gritos, risas, maldiciones, murmullos, canciones... el aliento sonoro de la romería.

Toda la vida de la comarca, desde Llisquents hasta el mar y de Roquesalbes a la llanura lejana, se iba concentrando en aquellas cimas yermas de Sant Ponç, que, no pudiendo contener tanta gente, la dejaban resbalar ladera abajo, por las solanas, hacia el Bram, hacia los pinares y caminillos, donde se detenían, formando manchas inquietas que hacían acampadas pintorescas. A media mañana se veían por todas partes, como señales misteriosas de un plan estratégico, los monton-

bitos de tres piedras del fogón silvestre y, dispersos por las cercanías, las cestas y zurroneos de las vituallas; y, más tarde, numerosas y blancas humaredas atravesando rectas la quietud de los aires, levantándose como árboles difuminados de una blanca espesura de quimera. Por el camino y los atajos del lado de Murons, podían subir, aunque con dificultad, caballerías y hasta tartanas de alquiler, con tiros de pata dura y gente valiente, a prueba de sacudidas; y por allá pasaban también, con todo el ajuar al cuello o montados en burrillos, los feriantes de la romería de Sant Ponç; vendedores de rosquillas y caramelos, de confites, de vino blanco y de aguardiente, de avellanas y piñones tostados, de almarrajas y cantarillos de vidrio, de soldados de plomo y trompetas de hojalata; el hombre del tiro al blanco y el de las baratijas, el ciego del violín que convertía en lastimeras melopeas el relato de crímenes vulgares, y Cristófol, el bobo de Llisquents, que hacía muecas y visajes en medio de los corros de curiosos, imitando a todos los animales conocidos, desde el ruiseñor al cochino y desde el asno a las lagartijas.

Todos aquellos feriantes montaban sus tenderetes en la plaza de la ermita y, alineados bajo los cipreses, extendían sus mesas o mostraban sus habilidades ante el concurso de pasmarotes boquiabiertos, compuesto principalmente de viejos y chiquillos vestidos de solemnidad, con chalecos y calzones holgados de telas acartonadas, con faldas largas que se pisaban, con pañuelos de cabeza llamativos y con barretinas nuevas, de un rojo tan vivo, que hacían que toda la plaza pareciera punteada con puntitas de minio.

Mila, que no había visto romería semejante, estaba deslumbrada y despavorida. Había subido una buena docena de veces al campanario, pidiendo por amor de Dios que dejaran en paz las campanas, que le destrozaban el cerebro; pero su ruego era inútil: legiones de chiquillos y de grandullones, de aquellos mismos que en la plaza se habían cansado de mirar tenderetes y muecas, subían y bajaban como paletos por las escaleras de la capilla, se habían hecho los amos del campanario y reinaban en él despóticamente. Colgados en racimos de las cuerdas de las campanas, repicaban sin parar, y los que no encontraban cuerda donde clavar las uñas, asomaban la cabeza o el cuerpo por las ventanas y manoteaban con fingido espanto, lanzando al espacio carcajadas y gritos que nadie escuchaba. El jefe de aquella banda de chiquillos endemoniados era Baldiret: desgreñado, con las ropas caídas, los tirantes sueltos y el grito a flor de labio, se movía como un azogado. Tal alborotado y fuera de sí lo vio Mila, que renunció a reñirle y a poner orden en el campanario.

También ella se sentía desquiciada con aquel barullo de la fiesta, y no sabía qué hacer: iba del balcón al patio, del patio a la cocina y

de la cocina al mirador, entre un alud de gente que subía y bajaba y la perseguía preguntándole cosas. Desde tiempo inmemorial, la ermita dejaba a poco precio cazuelas para cocinar, y vendía huevos, aceite, lechugas, anís y vino blanco, y, además, preparaba comidas a los numerosos holgazanes que no querían hacérsela por sí mismos. Atrinchadas tras baterías de peroles, cazuelas y cazos, dos cocineras de Murons, con sus correspondientes ayudantas, todas cuchillo en mano, hacían guerra sin cuartel a gallinas, patos y ocas que chillaban y se debatían desesperadamente antes de dejarse poner el cuello en el tajo.

De los conejos se había encargado el Ánima. La noche antes trajo once, todos con las cabezas aplastadas a pedradas o a puntapiés, o bien con las ancas desgarradas por los dientes del hurón. Pero viendo que con una docena no bastaba, había prometido traer más por la mañana. Y, al día siguiente, Mila vio que el Ánima, arrinconado en el faldar de la chimenea, no paraba de desollar conejos como si por arte de magia se los sacara del bolsillo.

Constantemente entraban en la cocina hombres y mujeres:

—¿No tendrías algo de comida para vender?

El Ánima ofrecía en seguida el animal que estaba desollando, regateaban, cobraba, se quedaba con la piel y, al cabo de un momento, otro conejo, enganchado por la pata de atrás, colgaba del clavo bajo la campana de la chimenea.

Mila no pudo evitar el pararse un momento para contemplar aquel desollar implacable: jamás había visto manos tan rápidas como las de aquel hombre. De una sola cuchillada cortaba en redondo la piel a ras de las canelas, dejaba las patas calzadas con su peúco felpudo, se atravesaba el cuchillo en la boca y, tirando con las dos manos de la sotanilla gris, forrada con una película luciente y fina como un velo de cebolla, la arremangaba rápidamente muslo abajo, dejando al descubierto los músculos y los nervios. De vez en cuando se encallaba la piel en una herida, hacía un esguince y caía un chorrito de sangre contenida; el cuchillo daba una pasada y seguía la piel. Cuando llegaba al cuello del animalito, el Ánima parecía hacer juegos de manos. Enrollaba en la izquierda la piel, con la derecha hacía correr rozando la carne el cuchillo ensangrentado, crispaba los ojos y los dientes y, dando un tirón, dejaba al conejo despojado de su vestidura, balanceando del gancho, todo él rojo, rojo, desrabado y sin orejas, mostrando los dientecillos blancos y con las manecitas trituradas. Al verlos así, desnudos, con el cuello tieso, salientes los huesos de las caderas, desventrados, con las patitas de delante encogidas y las de atrás tendidas todo lo que daban de largo, Mila pensaba, con un estremecimiento, que aquella cosita parecía un hombre, un hombre que no había podido crecer pero que, muerto y todo, sentía lo que le estaban haciendo y

reía exasperadamente con esa mueca cínica de calavera que el sufrimiento pone en la cara de los torturados. Y cuando el *Ánima* hundía el cuchillo en el vientre de aquella especie de homúnculo para arrancarle las entrañas, Mila tenía que cerrar los ojos, sintiendo que un relámpago de horror atravesaba su corazón, como si el cazador furtivo fuese un verdugo desalmado y repugnante que se entregaba al placer de destripar hermanos inocentes. Por eso, al decirle alguien que la llamaban en la sala, Mila escapó de debajo de la campana de la chimenea respirando profundamente, como si hasta entonces la hubieran retenido a la fuerza, como si huyera, con el corazón oprimido, de un lugar privado donde se hacían cosas de esas que no se han de ver.

En la sala, todo tenía otro aspecto. Bajo el repique alocado de las campanas, que bajaba como una cascada turbulenta por la escalera del campanario y entraba en oleadas sonoras por el balcón y las ventanas abiertas de par en par, la cobia de Murons afinaba sus instrumentos y los seis o siete curas de los pueblos vecinos iban y venían de aquí para allá, atareados, llamándose unos a otros, riéndose, bromeando e interrumpiendo, con la amplia nota negra de las sotanas, los resplandores vivos de los metales bruñidos. Todos se preparaban para la misa, la misa solemne de San Poncio.

Cuando Mila entró en la sala, oyó que el señor cura de Murons ordenaba al pastor que fuera a hacer el primer toque; y así que el pastor, ahuyentando a los chiquillos del campanario, cogió las cuerdas para voltear las campanas solemnemente, ella, que había salido al balcón, se dio cuenta de que la multitud de la montaña se conmovía toda en el mismo instante, como un hormiguero sorprendido por un chaparrón.

Todo era movimiento, limpieza precipitada de los pollos, multiplicación de las hogueras... Y, cuando se oyó el último toque, un sacudirse las faldas, abigarramiento súbito de pañuelos en las cabezas, y aquella masa se precipitó toda ella hacia la puerta de la capilla. Al aparecer ante el altar el señor cura de Murons, rodeado de los otros párrocos, radiantemente majestáticos bajo los rígidos ropajes litúrgicos, bordados y engalonados de oro, dentro de la ermita no habría cabido una aguja de punta. Hombres, mujeres y niños, prensados, mezclados, se insultaban y se hacían reproches mutuamente en voz baja, intentando hacerse sitio y respirar. Y como la capilla resultaba pequeña para contener tantos miles de devotos, se llenó también la plaza, se llenaron las escaleras, los muros y hasta los pinares de abajo: todos estirando el cuello desafortadamente para vislumbrar lo que pasaba en el altar, y todos alzando y preservando en lo posible de empujones y restregones los ramos multicolores de rosas y capullos.

Mediada la Epístola, junto al altar mayor, una cara amarillenta abrió desorbitadamente los ojos, dilató las pupilas, bajó lentamente los párpados y cayó contra una espalda vecina... Costó Dios y ayuda abrir un sendero entre aquella masa de cuerpos para sacar al aire a la desvanecida; al Evangelio tuvieron que repetir la operación con un viejo y un chiquillo, y en las últimas oraciones no se veía ya en la ermita a una sola persona con su aspecto natural: todo eran rostros congestionados o blancos como copos de nieve.

El olor intenso del incienso y de la cera quemada, el aroma profundo de las flores y el hedor de aquel amontonamiento de cuerpos, cortaban el aliento; la luminaria del altar y la danza roja de los sacerdotes en torno al celebrante hacían flamear los cerebros, y el murmullo del coro, con los chorros quebrados y reanudados de voces humanas, con los chillidos prolongados de los violines y las tronadas graves del fiscorno, inflándose y resonando hiperacústicamente, embriagaban de ruidos armónicos hasta al oído más inalterable. A medio oficio, casi todo el mundo estaba ya cansado: los pechos funcionaban como bombas, el sudor, en lluvia quieta, chorreaba por las sienes y, como esposas de hielo, oprimía las muñecas haciendo abrir los dedos y aflojando la tensión de los nervios; pero nadie quería ceder, todo el mundo seguía clavado en su sitio como un calzo, esperando anhelante el instante supremo: la bendición.

Al fin acabó la misa, y mientras se cantaban avemarías y ponían al señor cura la capa pluvial y, a empujones y remolinos, salía la mitad de la gente de la capilla; la otra mitad, ya casi serenada, se alineaba tras las andas del santo, suavemente alzadas sobre las espaldas de cuatro hombres. Comenzó la procesión; el alboroto delirante de las campanas, repicadas sin parar, se oía a una legua de distancia; bajo la bóveda de cañón, el coro litúrgico se nutría inmensamente, y la montaña entera estalló, de súbito, en frenéticas aclamaciones de saludo:

— ¡San Poncio! ...

— ¡San Poncio! ... ¡San Poncio! ... ¡San Poncio! ...

Era que la pequeña imagen extraña y melancólica del santo, más carcomida y vieja aún entre aquel restallar de vida y aquel cuadro en eterna renovación, acababa de destacarse en el rectángulo oscuro de la puerta,alzada sobre la espesura de cabezas, inmóvil entre los pilares salomónicos de su dorada jaula, el cuello mínimo torciéndose bajo el peso de la mitra, empuñado el báculo episcopal y con los dedos acalambrados, enviando a las multitudes dolientes la salud de su eterna bendición.

Y aquel gesto santo, rígido y muerto, se hizo dulcemente vivo cuando el señor cura alzó el hisopo para revestir de poderes recónditos las rosas presentes, y el gentío, herido por un relámpago de emo-

ción ante el impenetrable misterio del gran milagro, enmudeció y, como si les segaran las piernas, doblaron todos las rodillas y se humillaron hasta el suelo.

Entonces, Mila, que había salido al balcón otra vez, vio sólo en toda la extensión de la plaza una masa negra recubierta de rosas alzadas agitadas con un temblor de ventura y triunfo, como si por ellas pasara, acariciándolas y haciéndolas revivir, una divina ventolera. Todo se había rendido, todo desaparecía, todo se aniquilaba en aquel reinado oloroso, fuera de los sentidos que, despiertos y exasperados por la belleza embriagadora del espectáculo, rozaron en un momento las intensidades del éxtasis.

Mila se sintió también herida con aquel chasquido de honda.

Sin darse cuenta, se encontró con la frente apoyada en el pasamanos del balcón, el rostro cubierto de lágrimas y el corazón agitado por una turbulencia deliciosa. Todo lo de la tierra desapareció de ante sus ojos, y los resplandores alba del más allá iluminaron su espíritu.

—¡San Poncio! ... ¡San Poncio! ... ¡San Poncio! ... —aullaban de nuevo las multitudes; y aquel clamor, repetido enloquecidamente con todas las inflexiones de la emoción, le hizo sentir a ella por primera vez algo grande, puro, excelso: el imperio augusto de la santidad...

Tras la primera bendición, la procesión siguió su curso por el lado derecho de la plaza. La marea se abría dificultosamente al paso del tabernáculo para volver a unirse de inmediato tras la cobla; las estridencias que irradiaba ésta eran mitigadas por las salvas de los cazadores que saludaban estrepitosamente al santo patrón, y bajo el cielo empalidecido por todas las claridades cegadoras del mediodía los fanales blancos de los cirios punteaban castamente la oscuridad de las ropas con lumínicos besos de ángel.

Llegada a las escaleras del centro de la plaza, la procesión se detuvo, y el señor cura, alzando de nuevo la diestra, repitió la bendición sobre las rosas, sobre todas las rosas de la comarca, sobre las que se retorcían en sus jarrones de carne y sobre las otras, las que estallaban aún lujuriosamente en las mismas ramas del rosal.

Y, después de presidir aquella última bendición anual, acabó de recorrer lentamente la plaza, y balanceándose triunfalmente sobre los hombros de los portantes, San Poncio volvió a su capilla, con la interminable fila tras él.

Faltaba aún por hacerle el último saludo; y mientras se echaba el arroz a las cazuelas, y se cortaban rebanadas de pan en medio de cada corro de gente, y el olor de la comida abría el hambre al más inapetente, toda la ermita volvió a resonar con las alabanzas de las aleluyas repetidas a coro por miles de voces vibrantes:

*«Salisteis de vuestra madre  
antes que cualquier mortal  
por dejar así burlada  
la gran astucia infernal.»*

Y al entusiasmo cálido de aquellas voces respondía a cada estrofa, y, con más entusiasmo aún, el estribillo suplicante:

*«Pues que de Dios conociste  
la más alta perfección  
dadnos la salud y vida  
glorioso Mártir Sant Ponç.»*

Entonces, las rosas, sintiendo que se acababa su fiesta y les llegaba dulcemente la buena muerte, se inclinaron sobre sus tallos verdes y, despojándose, cubrieron la montaña con una lluvia de pétalos marchitos.

## Capítulo IX

### ALBOROTO

De extremo a extremo de la sala habían dispuesto dos largas mesas —alquiladas, con manteles y demás ajuar, a un hostel de Murons, y montadas sobre caballetes—; en la cámara del canterano había dos mesas más, estrechas e inseguras, una redonda en el cuarto del campanario, y otra más en el patio, dispuesta sobre el brocal de la cisterna; eso sin contar la de la cocina, que el personal de la casa y los ayudantes circunstanciales —el *Ánima*, las cocineras y los pinches— habían intentado reservarse, sin que lograra triunfar su intento.

Poco después del mediodía, todas aquellas mesas —salvo la redonda, dispuesta para los curas— estaban rodeadas de gente hambrienta y alborotada que no paraba de moverse.

En cuanto se acabaron las salmodias en la capilla, todos los que no llevaban vituallas habían asaltado tumultuosamente la casa, como un ejército conquistador, e iban y venían arriba y abajo, metiéndose por todas partes, tocándolo todo, manchándolo todo y gritando todo y a todos. Vagabundeaban por el patio, entraban por grupos en la cocina, estorbando a las pobres mujeres atareadas, haciendo cola para sus necesidades en el bancale, derribaban los cercados, apaleaban el tronco de los cipreses, invadían la terraza y arrancaban las flores a puñados, escupían en las albercas, trepaban a los almendros para hacer caer el fruto, tiraban piedras a los borregos encantados que arrimaban el morro a la puerta enlatada del redil, y, en fin, como una tronada, no dejaban tras ellos cosa entera.

Pero, a medida que los iba dominando el hambre o que se cansa-

ban de fisgar, pasear o hacer barbaridades, se concentraban en los altillos y se sentaban en los refectorios improvisados. Y allá aumentaba el barullo.

Unos arrastraban sillas, disputándose las; otros, encontrando la mesa torcida, la enderezaban torpemente arrugando los manteles y haciendo tintinear la vajilla; éste, cogiendo con la mano como una pinza un lápiz tiñoso y mordisqueado, escribía en la pared palabras obscenas con ortografía zulú; aquellos palmoteaban y retorcían el cuerpo imitando estúpidamente una especie de danza serpentina... Formando coro junto al balcón, un grupo de majaderos se ponía a cantar a media voz en cuanto veían a un cura aquello de:

*Un fraile y una monja  
dormían juntos...*

adobándolo con guiños y codazos que hacían poner cara de vinagre a dos viejas devotas que andaban como perdidas entre la juventud. Otra pandilla de badulaques de casa bien, con corbatas llamativas y las gorras nuevas echadas sobre la oreja, hacían chistes alzando mucho la cabeza y mirando alrededor como invitando a todos a celebrar sus gracias. Eran ellos los que, cuando pasaban y repasaban Mila y las ayudantes, alargaban la pierna para hacerlas tropezar, o arriesgaban un pellizco, o las cosquillas bajo la axila. Y ellas, mujeres hábiles y sofocadas, pasaban como rayos entre el barullo llevando platos de ensalada, alineando sillas, llenando los porrones, haciendo advertencias que nadie escuchaba y reproches de los que nadie hacía caso. También Matías tenía su tarea. De corro en corro, metiéndose con preferencia donde más faldas había, iba enseñando a todo el mundo la capillita de San Poncio, aquella capillita forrada de papel aterciopelado que le había valido la reprimenda de su mujer; y, enseñándola y dando largas explicaciones de los caracolillos que la adornaban y de los milagros del santo, vendía aleluyas impresas en papel de color paja, con letras grandes como granos de maíz, estampas transparentes que se enrollaban y desenrollaban con el aliento, medallitas de latón con el relieve de los Roquedales, rosarios y escapularios benditos... Y, cuando no le querían comprar nada, pedía, sonriente, cinco centimitos de limosna para la fiesta del santo, sin que lo desconcertaran las insinuaciones malévolas de quienes querían saber a qué santo iban a parar aquellas monedas, si a uno de madera o a uno de carne y hueso, ni las preguntas osadas de los deslenguados, que le hablaban de la hermosura de su mujer en términos groseramente ponderativos. Él se dejaba decir todo sin enfadarse, y Mila, lanzándole al pasar rápidas y relampagueantes miradas, lo veía traficar, contento y parrandero, pero

embolsándose los céntimos con aire socarrón e interesado de gitano blanco, mientras a su alrededor se agrupaban todos los chiquillos de la sala como una bandada de moscas, sin quitarle los ojos de encima y pidiéndole, los más osados, la capillita aterciopelada, y, no pudiéndola tener, retorcían pateando y gritando, en pleno berrinche, que querían irse a casa, que tenían sueño, que les dolía la barriga, o... todas las artimañas imaginables juntas.

Y la impaciencia de todos y el barullo aumentaban con la tardanza de la comida, y unos amenazaban con irse sin probar bocado, y otros se alzaban furiosos. Hasta que, de súbito, apareció en la puerta de la sala, alzada sobre unos brazos morenos, la primera cazuela de comida humeante. Un grito unánime la saludó, y entonces fué un correr apresurado a los asientos, una aglomeración entre empujones y reniegos, un pisotearse y tirar de las faldas y amontonarse todos, apretujados como higos en banasta. En un santiamén quedaron soldadas alrededor de las mesas dos anillas humanas, macizas y firmes como anillas de hierro. Pero la cazuela pasó a lo largo de aquel desfiladero de espaldas, atravesó la sala dejando una estela de olorcillo estimulante, y entró en la cámara del campanario: era para los señores curas.

La gente, al notarlo, al comprender que iban a servirlos primero, alzó un murmullo de protesta general, una especie de corriente eléctrica excitó el instinto cleróforo que anida siempre en el repliegue más íntimo del alma de las multitudes, y una rabia secreta, un arranque de impotencia celosa que parecía quemarlos por dentro, hizo lanzar hacia la cámara del campanario miradas provocativas y palabras cargadas de despecho.

Y cuando, al fin, llegaron las cacerolas hacia las mesas largas y hubo comida abundante para todos, aquel despecho, aquella rabia, aún latente, como si cubriera de pimienta la comida, llevaron con ellos calor a los comedores y las sangres se encendieron rápidamente en las venas, y rápidamente se llenaron los cerebros de humaredas rojas.

Los estrechos anillos humanos se rompían y volvían a soldarse a cada instante por los que iban y venían. Unos, con mucha prisa, se iban apenas acababan de comer; otros, por no haber encontrado lugar aún, esperaban turno para sentarse a la mesa, pero el amontonamiento de gente no se espaciaba, y la comida se prolongaba sin medida. El rumor de las dentelladas, el gorgoteo de los que bebían del porrón, el tintinear de platos y vasos, roto por la charla y las carcajadas, llenaban las habitaciones, y el aire apestaba con el tufo de carne asentada, de alentadas impuras, de vino bebido, de comida engullida y por las nubes hediondas de tabaco quemado. Antes aún de haber comenzado, el banquete había ido tomando el aire desordenado de una saturnal. Echaban chispas los ojos de los hombres, los labios gruesos se abrían

de oreja a oreja en carcajadas estúpidas, los dedos, trémulos, se alargaban para palpar la primera carne que les caía a tiro, y palabras y conceptos inauditos rebotaban en las orejas como una granizada sobre el tejado.

La mujeres, sueltas o formando grupos de amigas, pero sin ningún hombre al lado, empezaron a desfilar avergonzadas; las siguieron las pocas familias que allí había, llamadas por el padre, hermano o marido, que gruñía malhumorado, y, al fin, los curas, asomando cautos los rostros congestionados a la puerta, y espantados con el barullo del comedor, se retiraron más que de prisa, deslizándose a la callada por la escalerilla que daba a la iglesia.

Entonces fue cuando el pastor, que hacía rato que iba y venía atento a todo, detuvo a Mila junto a la puerta y le dijo con súbita autoridad:

—No entre aquí, ermitaña; ahora esto es un cubil de bestias... ¿Recuerda lo que le dije el otro día?... No piensan más que en hacer barbaridades, y en seguida pierden la cabeza... Vamos a tenerlos que echar de aquí a escobazos...

Mila, sin protestar, volvió a la cocina, donde la gente de fuera no paraba de comer; y en la sala y en la cámara había un bullicio de saturnal desvergonzada, bajo la vigilancia del pastor que, huraño y cejijunto, miraba con desprecio a aquellos animales llamados superiores retorcerse y aullar, ebrios de alegría, de sustancias mal digeridas, de contactos furtivos y, también, de algo de vino: de todo lo que no se embriagan los otros animales llamados inferiores.

A plena claridad, aquellas turbulencias expansivas tenían serenidad muy distinta. Las risas sonaban armónicas y se respondían unas a otras como cantos de pájaros, el rojo de las caras entonaba con el azul claro del cielo, y los miembros, con lasitud perezosa, encontraban posturas gráciles de estatua clásica; los bálsamos ingratos se disgregaban y huían por los aires, y los agradables quedaban suspendidos entorno de las cabezas como un halago al olfato. En las manos alzadas, los vasos de vino resplandecían con vivacidades cristalinas de ópalo y granate, los cubiertos destelleaban al cortar las frutas abigarradas, y los vientres satisfechos, avivando el calor de las ideas, inspiraban bromas y picardías ingeniosas de cuento popular...

En cada bancal reía una familia, se congregaba una parentela bien avenida, libre de la postema corruptora de los miembros residuales: de los holgazanes, de los golfos incapaces de formar una familia, de las avispas humanas recluidas allá arriba, en las jaulas de la ermita, donde desbravaban los excesos viciosos de sus goces.

Por aquellos bancales, quienes más libremente hacían de las suyas eran los niños, gritando, revolcándose, comiendo por cuatro cada

una de aquellas boquitas de piñón, refregando luego los dedos pringados por los rostros de las madres, en caricias interminables, y embarullándolo todo con sus parloteos y su bullicio. Y allí, junto a ellos, los asnos y los caballos sujetos a las varas aterradas de los carros, alzaban la cabeza de los sacos y quedaban un momento suspensos, con las briznas de paja o de alfalfa colgándoles de los hocicos rociados por el aliento, y contemplando aquella animación insólita con sus ojazos oscuros llenos de pensamientos inexpresables; luego volvían a inclinar la cabeza y, con filosófica indiferencia, mascando lentamente los tallos resecos y espantando con la cola las moscas insistentes, dejaban que hirviera a su alrededor la vida humana, fuera de sus hábitos normales, fermentando y escupiendo sus impurezas bajo el sol esplendoroso de mayo.

Entre el bullicio, y aprovechando las flaquezas que la alegría del bien comer provoca en los hombres, iban y venían los feriantes. Un tuerto forastero con una caja llena de cadenas de reloj, botonaduras baratas, tirantes de goma, lápices y carteritas; la mujer de las avellanas tostadas, con su carona roja y arrugada como una manzana pasada y el cuerpo torcido bajo el peso del cesto de caña lleno de sabrosos cascabillos; el que llevaba los cucuruchos de los anises y los caramelos, medio fundidos en sus cuadrados de papel con cagaditas de mosca; el de las naranjas, alzando el brazo y haciendo relampaguear en su mano atezada un pequeño mundo de oro al grito vibrante de: «¡Dulces y regaladas, para las mozas!»; el tabernero de Murons, con sus botellas de jarabes y gaseosas... Todos listos, vivaces, insinuantes, ricos en palabras melosas e insistencias tentadoras, que daban a todos ganas de comprar en un prurito contagioso.

Y los padres y los abuelos, incapaces de resistir los ruegos de las vocecitas infantiles, compraban los caramelos pegajosos y se retorcían divertidos cuando los veían pegados a las mejillas frescas y relucientes de los pequeños; y los jovencitos presumidos se rascaban con pesar el bolsillo antes de decidirse a sacar una peseta para los botoncitos de piedra azul que tan bien quedarían con su camisa color malva; y el enamorado, leyendo en los ojos de su amada un antojo prematuro, le llenaba la falda de naranjas, pidiéndole al oído que le dejara mordisquear un poco, allá donde ella acababa de clavar sus dientes.

Mientras tanto, por los setos y los cercados próximos, bajo la sombra de los pinos intensamente aromatizadas de resinas, y al abrigo de los carros, inmóviles como cureñas de cañón, los hombres, satisfechos ya y presa de súbitas ansias de holganza, a cabeza descubierta y en mangas de camisa, se tendían a lo largo en el suelo, cerca de la mujer que cantaba mortecinamente una nana mientras hacía

bailar al chiquillo medio dormido sobre el regazo, o a la vista de la mocita casadera que clavaba en ellos miradas atentas en las que se leían entregas de mujer y devociones de sierva hacia su varón y dueño.

Y aquí, al socaire de la pared, un brazo firme ceñía estrechamente un cuerpo que se abandonaba a la caricia, y allá, partiendo de grupos lejanos, dos miradas lánguidas topaban y retopaban sin parar, y, más arriba aún, tras el altillo que los ocultaba, un cuello presa de súbito desfallecimiento caía sobre un hombro, y dos bocas ardientes se clavaban con frenesí anhelante.

En la quietud colmada y encantada de la digestión, el instinto de vida, excitado, casi incontenible, seguía su curso, desafiando las vigilancias descuidadas y las risas indulgentes de los ojos entornados. Hasta que vino a embestirlo y hacerle cambiar de camino el primer gorjeo del flabiol que anunciaba las sardanas.

Erguidos sobre los poyos a cada lado del portal, y arrimados a las paredes de la capilla, los músicos de la cobla, con el cuerpo rígido y la cara llena de muecas, parecían una exposición de estatuas grotescas. Hacían con toda seriedad la cómica pantomima, alzando y bajando las cejas, haciendo girar recelosamente los ojos, inflando y desinflando los carrillos, mientras por las prolongaciones metálicas, con formas estrambóticas, de sus labios, escupían torrentes de notas que caían sobre la gente como un mágico exorcismo, conmoviéndolas extrañamente y haciéndolas moverse de un extremo a otro.

Y, como en un estanque tranquilo cuando caen unas gotas dispersas, en la plaza abarrotada de gente se fueron dibujando apresuradamente círculos y más círculos, corros perfectos y concéntricos que giraban, ahora un poco hacia aquí, luego un poco hacia allá, tejiendo rítmicamente, matemáticamente, la antigua danza sacra, mientras los márgenes y setos y las extensiones de yermos y pinares quedaban desiertas, salvo alguna pareja remolona que, silenciosa, los ojos clavados en los ojos y las manos en las manos, quedaba olvidada de todo y presa de su misma ceguera. La casa también se vació a los primeros sonidos de la música, y sólo quedaron en la cocina las mujeres, debatiéndose con montañas de platos sucios, y, en la capilla, alrededor de una docena de devotas arrodilladas ante los altares, alzando las pupilas hacia el santo de su devoción y rezando fervorosas oraciones aprendidas de memoria, y algún curioso poco amigo del bullicio, que, con la gorra en las manos y estas a la espalda, daba vueltas, mirando detenidamente las cosas que atraían su atención y silabeando a media voz las leyendas ingenuas de los exvotos.

Y el sol, entretanto, suspendido en el azul pálido del cielo y ca-

mino ya del poniente, doraba la romería con el sofoco de sus rayos que se rompían destelleando sobre los tricornios charolados de los guardias civiles y sobre el metal de los instrumentos de la cobla.

De súbito, sin que nadie pudiera decir cómo ni por qué, sonó un grito aislado, el estampido de una bofetada, tres o cuatro chillidos de espanto, y, en el lado de la plaza opuesto a aquel donde estaban los números de la Benemérita, se alzaron al aire las cachabas y se juntó un remolino de gente.

—¿Qué pasa?...

—¿Qué pasa?... —preguntaron, aturcidas, algunas voces.

—¡Se pegan! —respondieron otras voces, no menos alarmadas, mientras el barullo, creciente, se desplazaba con rapidez hacia el centro de la plaza.

Se rompieron las sardanas más próximas, después las otras, todos los corros se descompusieron y, en medio del nudo compacto que se formó de inmediato, relució la hoja de un cuchillo, y el ruido aterrador de un disparo rasgó los aires.

Se alzó un griterío infernal, una especie de bramido dominado por los chillidos y los sollozos de una mujer, y los músicos, blancos como la cal de la pared, con los ojos petrificados en sus cuencas y sus muecas cuajadas en las caras, no tuvieron valor para apartar de las bocas sus instrumentos, repentinamente mudos.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaban los civiles, abriéndose paso a través del caos; y cuando llegaron al núcleo de las peleas, haciéndose escuchar, repitieron la intimidación. Nadie les hizo caso. Un montón de hombres entrelazados, engrosado a cada momento, bramaba sordamente escupiendo dicerios y blasfemias, y, a su alrededor, otros hombres intentaban separar a los que peleaban, tirando de ellos por todos los lados mientras chillaban las mujeres, abrazándose las unas a las otras asustadas.

—*Pero ¿qué es esto, brutos?* —gritó imperioso el cabo de la pareja—. *Apartarse en seguida u os...*

Y, completando la idea con la acción, hizo intento de soltar un culatazo al luchador que parecía el capitoste. Pero entonces ocurrió algo extraño. La batalla se paró en seco, y todas las caras se volvieron hacia los civiles. Hubo un momento de tensión, como el del toro que retrocede para embestir, y, de repente, una voz trémula y clara lanzó como un cohete un grito de:

—*¡Fuera!*

La masa entera pareció reavivarse.

—*¡Fuera!*

—*¡Fuera!*

—¡Fuera! —gritaron veinticinco voces al mismo tiempo con aire de protesta.

El cabo se alzó en toda su estatura y miró desafiador a todos.

—¡Alto he dicho, o va a haber fandango!

El jefe de los que se batían se debatió hasta soltarse, como una panocha que se desgrana, y los que le rodeaban, animados por la actitud del público, plantaron cara a los civiles con arranque provocativo.

Un insulto, luego otro, fueron a la cabeza de los guardias. El cabo perdió la paciencia y, en un arrebato, sacó el arma; su compañero lo imitó, y entonces la plaza entera se convirtió en un guirigay. El público, alentado en un abrir y cerrar de ojos, se puso del lado de los revoltosos y una lluvia de maldiciones cayó furiosa sobre la pareja, aislada en medio del tumulto. El vino y el aguardiente, encendiendo las sangres y soltando las lenguas, hacían su obra civilizadora entre aquel retazo de humanidad. En vista del temporal, rucios y mulas fueron atropelladamente metidos en varas, y las familias, los feriantes y toda la gente de orden, cargando fardos y ensacando residuos, emprendieron la huida a regueros, como cábilas espantadas y corriendo a más no poder. Caminos y senderos se llenaron de gritos y de comentarios aterrorizados.

—Les han plantado cara a los civiles...

—Dicen que ha habido un muerto...

—Y diez heridos...

—El cabo estaba llorando de rabia...

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado?

Nadie lo sabía de cierto, pero un detalle de uno, otro del de más allá, se fue ordenando la trama.

Rutlet, el Esquerrá, el Orellamoix, y Cirretes, cuatro buenas piezas de las parroquias de Llisquents, Ridorta, Murons y Roquesalbes, cargados de vino y recordando antiguas rivalidades, se habían desafiado a ver quién punteaba mejor las sardanas. Declarándose campeones de sus respectivos pueblos, y cada uno con su grupo de danzantes, formado allí mismo, bailaron la primera sardana como Dios les dio a entender.

Acababa la sardana, disputas, reproches, discordancia con el fallo, y nuevo desafío para la segunda. En el primer contrapunto de ésta, nadie sabía ya por dónde iba, unos tiraban hacia la derecha, otros hacia la izquierda; el más sereno se detuvo para hacer alguna advertencia; el menos sereno se sintió ofendido por aquella observación y, alzando la mano, confirmó a su compañero; la poca serenidad del más sereno se alzó al cielo como un turbión y, al oírse la bofetada, se armó la gorda. Desde aquel momento en adelante, el pandemonium no hizo más que crecer.

Resultado: que con penas y trabajos, y pidiendo ayuda a los serenos de Murons y a todas las autoridades de los pueblos vecinos que se encontraban en la Romería, la pareja logró reducir a los más penderos y llevárselos detenidos; los que también habían dicho y hecho más de lo que convenía, pero que no querían sufrir las consecuencias, escurrieron el bulto y desaparecieron entre el gentío, y los restos de éste, un centenar de hombres que quedaban en la plaza, no sabiendo qué hacer y exaltados aún todos y convulsionados por la pasada contienda, siguieron a los civiles y a los presos montaña abajo.

Al atardecer, no quedaba más ánima forastera por las cimas de Sant Ponç que la pobre vendedora de avellanas, sentada en la cocina de la ermita y con su carita de manzana camuesa llena de lágrimas. Sin saber cómo, se había encontrado en medio de la pelea, y rebotando de uno a otro de los bandos de la contienda, había ido a parar hasta la puerta de la plaza, donde rodó escaleras abajo.

Matías recogió a la pobre mujer pasada la pelea, medio desmayada y cubierta de sangre, con una oreja desgarrada y un brazo descoyuntado; y ella, la mujer, entre gemido y sollozo, no paraba de dar las gracias al santo patrón bendito por haberla dejado salir a sus buenos ochenta y tantos años sin más estropicio de cuerpo.

Junto a ella, Baldiret, inquieto, esperaba ansioso a que Mila y el pastor acabaran de empaparle en vino los verdugones y mataduras; y cuando vio que el pastor iba al fregadero a lavarse las manos, le tiró suavemente de la manga de dril, fregándose la mejilla contra el hombro.

—¿Qué quieres, pequeño?

—¿Y las luces?

—¡Alabado sea Dios! ¡Estamos para luminarias, hijo mío! —exclamó Mila, entristecida con el recuerdo de lo pasado.

Pero el pastor, secándose los dedos grasientos, sonrió afectuosamente al niño.

—¿Cómo? ¡Pues tiene razón el pequeño! No vendrá nada mal un poco de luminarias tras el nublado de la tarde. ¡No todo va a ser andar a palos! —y, haciéndose el entusiasmado, palmoteó—: ¡Hala, hala, chiquillo! ¡Prepara las candelas!

Y, mientras las sombras de la noche caían como un gran vuelo de cuervos sobre la tierra, el pastor y el chiquillo fueron llenando de aceite los caparazones de los caracoles que el día anterior habían clavado en la fachada de la capilla, resiguiendo, como guirnaldas de fanalillos minúsculos, la portalada, el balcón y las ventanas. Una hora después, en la soledad alta de las montañas desiertas, donde aún parecía latir y aletear siniestro el espíritu de la violencia, aquella ermita, dibujada en las tinieblas por los puntos luminosos, parecía un palacio encantado, una morada de hadas de algún cuento fantástico.

## Capítulo X

### RELIQUIAS

Muy temprano, al levantarse, el pastor vio que la puerta del patio tenía descorrido el cerrojo, y salió a ver quién había madrugado tanto. Dio una vuelta por los alrededores, y no tardó en descubrir a Mila, parada en un alto, con los brazos colgando y la mirada abismada en la profundidad, toda ella en una postura extraña de ave herida.

El pastor fue hacia el altillo, y, cuando estuvo cerca, y viendo que no lo oía, le gritó:

—¡Ermitaña! ¿Qué hace aquí tan de mañana? ¡Parece un avefría!...

Mila se volvió lentamente y miró al pastor. En el fondo de sus ojos había un aire de desolación como el día que le mostró las montañas desde el campanario, y su rostro pálido, sin expresión, parecía el de una estatua de mármol con los labios policromados. El pastor la miró sorprendido. Ella intentó bajar del alto y sus pasos eran torpes, como si tuviera las piernas trabadas por ataduras invisibles. El pastor se apresuró a subir, deteniéndola a media pendiente.

—¿Le pasa algo, ermitaña? —preguntó inquieto.

Ella le cogió su mano reseca con su mano blanda, y con un movimiento rápido e imprevisto, como una arremetida de halcón, tiró de ella en silencio y lo hizo acercarse al borde del cabeza.

—¡Mira! —murmuró con voz áspera, como la de quien acaba de levantarse de la cama. Y señaló, con el dedo tenso, uno, dos, tres puntos en la vaguada. El pastor comprendió en seguida la causa del estado de ánimo de la mujer, pero no tuvo valor para decir nada. Mila

volvía a tener la mirada hundida en las profundidades y se mordía el labio nerviosa. El pastor quiso retirar la mano, pero ella la retuvo con más fuerza.

— ¡Oh! ¡No es eso sólo! ¿Qué creías? —y sin soltarla, bajó como un alud hasta el canchal. Parecía que la mujer tuviera alas, y el pastor, a remolque, la seguía con dificultades. Lo llevó hasta debajo de las higueras, junto al huerto, a la garganta del Bram, a los pinares... En cada nuevo punto, los dientes se clavaban más en el labio, rabiosamente rojo, y se alteraban más sus ojos. Hasta que el pastor, poniendo la mano libre sobre la que oprimía la suya, detuvo a aquella máquina que andaba como una posesa, diciéndole con voz y alma condolidas:

— ¡Bueno, bueno! ¡No me enseñe más desgracias! ¡Yo sé del llano más que usted!

— ¿Pero has visto qué desgracia, pastor? —y en la voz de ella había sollozos contenidos.

El hombre se encogió de hombros.

— ¡Qué le vamos a hacer, ermitaña!... Hace tiempo que ando pensando que en el mundo no hay tanta gente buena como debiera, y que en el infierno no van a caber todos los que se lo han merecido... Pero no vale la pena desesperarse, que con eso no se arregla nada... En los grandes males, ya Dios ayudará, ¿sabe?...

— ¡Nos lo han destrozado todo!

— Valen más las cazuelas que las costillas... ¡Pregúnteselo a la pobre avellanera!...

Trató de sonreír, para animarla, pero la expresión de ella no se lo permitió.

— No pagaron nada, y encima lo destrazan todo...

— No hay que hacerse mala sangre... ¿recuerda lo que le dije anteayer? Sobre todo, ermitaña, ni un diente de ajo al fiado ¿eh? Es usted buena de más, y no entiende el talante de la gente. A quien venga con las manos vacías, una buena palabra de despedida, y ¡hala!... Yo no dejé salir a nadie de la sala sin pagar...

— ¡Aquí está todo lo que sacamos!... ¡Los otros decían todos que pagarían al devolver las cosas!

— Pero, cristiana. ¡Es usted un niño de teta! En días así, lo que no se cobra de inmediato está perdido. Cuando están hartos, y más si han comido de fiado, ponen en orden lo que es suyo cuando es suyo y, si no, patada a la cazuela y salen dos de una, luego tiran al blanco contra el porrón, va la cuchara a los zarzales y ya está, arreglado todo bien rápido y sin que sufra el bolsillo.

— Creí que la gente había huido con la pelea, olvidada de todo, pero que volverían más tarde, primero uno, luego otro, y que las cosas

que les presté las encontraría dispersas por aquí, pero ¡cuando vi este desastre!... —dijo la mujer, humillada.

El pastor sonrió compasivo.

—Ya la vi ayer, ermitaña, y no dije nada ¿para qué?, por más que me temía todo esto... Vuelvo a decirlo: paciencia y más paciencia, ermitaña, y no piense más en esto, déjelo estar así, que si no le dolerá aún más... Haga cuentas de que lo cobró todo y que luego un ladrón se lo llevó.

Mila sintió un nudo en la garganta.

—Es que no sabes aún una cosa, que Matías se gastó con lo de ayer todo lo que teníamos...

El pastor alzó la cabeza, alarmado.

—¿Qué me dice?

—En casa no había nada ¿recuerdas? Y todo lo pusimos nosotros... Él decía que íbamos a ganar tanto y cuanto... y el cura, y en Sant Ponç también lo decían. Pasamos quince días sin parar, venga a traer comida, venga a traer manteles, los cubiertos, todo... hasta que no quedaba un cuarto... ¡Y ya ves!

—Ya lo pensaba yo, ermitaña, ya lo pensaba... y tenía aquí como un dogal apretándome la garganta... se lo digo yo... Lo veía venir.

Calló un momento, y luego añadió, como de mala gana:

—¿Y ahora?... ¿Qué piensa hacer?

Mila lo miró de hito en hito; sus ojos verdes tenían una tranquilidad misteriosa, de hondonada profunda.

—¿Ahora?... Ahora hemos perdido la casita del tío, todos nuestros ahorros y, si no nos vienen a pagar lo de ayer, nos quedamos en esta maldita ermita más pobres y desnudos que Adán y Eva.

Y notando en el corazón una oleada salvaje, añadió sordamente:

—¡Éstas son las reliquias que nos dejó San Poncio!

La energía contenida con que hablaba transmudaba sus facciones, que se iban endureciendo y la hacían parecer más vieja.

El pastor, mirándola de soslayo, se dijo:

—Mal anda esta pobre mujer... Si no desahoga como sea, lo va a pasar muy mal...

Y la miró a los ojos, pero la mujer los tenía secos como la yesca.

Fueron de aquí para allá, a paso rápido, y encontraron toda la montaña como un campo de batalla. A cada paso, vajilla rota y porrones destrozados, y muy de tarde en tarde, una pieza entera —puchero, tenedor, plato—, que ella iba recogiendo, hosca, y apretando los dientes, como si aquellos residuos olvidados no fueran más que los vestigios de su quimera. En un recodo, sobre unos pellejos que alfombraban el suelo, vieron un pañuelo de bolsillo muy arrugado y con un

nudo en un ángulo; en el nudo, que el pastor se entretuvo en deshacer, había una pieza de dos reales y otra de diez céntimos.

—Mire aquí, ermitaña... el tesoro de alguna chica que quiso librarlo de los lobeznos.

Y el pastor, benevolente, intentó arrancar una sonrisa de la mujer; pero el rostro de ésta, contraído, no se aclaró.

Mientras caminaban, encontraron aún una alpargata, un botijo recién comprado, nuevo de trinca, una servilleta marcada y caída al otro lado de unos zarzales, un cuchillo roto: todo estaba lleno de fruslerías perdidas o abandonadas entre montones de papeles pringados, de mondas de naranja, de rosas aplastadas, de huesos mondos, de carnadas de pollo, negras de hormigas, de redondeles de ceniza fría... de todas las inmundicias repugnantes de la romería.

Cuando llegaron a casa, encontraron a Matías que acababa de levantarse, bostezando y desperezándose aún, con la cara embotada, los ojos como cuevas y sin ganas de charlar. Cuando los vio acercarse a la cocina, se dejó caer en el banco, con aire de chiquillo malhumorado, y gritó, frotándose los ojos:

—¡Bueno! ¿Se puede saber de dónde vienes? ¿Es que no está aún el desayuno?

Mila, ante aquella acogida, se quedó parada; después, de pronto, notó que le subía la sangre a la cabeza como un pistoletazo. Se le crisparon los labios, y los ojos destellearon como los de un gato, la frente se le llenó de manchas rojas... Se acercó a su marido con el impulso rápido de un animal en plena acometida.

—¿Almorzar, eh?... ¡Almor... zar!... Vete, vete ahí fuera y encontrarás el... almuerzo...

No pudo decir más; las palabras le salían como las cuentas de un rosario: de una en una, encadenadas por puntos suspensivos y jadeos trémulos.

Tenía uno de sus claros accesos de ira explosiva, y jamás el pastor la había visto tan airada.

Matías, despabilado como por milagro, la miraba en actitud de huida, con los ojos muy abiertos y sin entender de qué le hablaba.

El pastor se lo explicó con una prolijidad exagerada, para dar tiempo a que la mujer se recuperase.

Matías quedó estupefacto al saberlo todo. De codos en la mesa, con las pupilas encantadas, siguiendo las junturas de las tablas, pasó cinco minutos en completa perplejidad. Luego, empezó a liarse en una red de preguntas vacías, de suposiciones cándidas, de amenazas vacías de propósito...

Mila acabó por contemplarlo con la mezcla de pena y desprecio que solía sentir por él cuando lo veía tan nulo y, sin darse cuenta,

por encima de su cabeza abatida, los ojos de la mujer buscaron los del pastor como un refugio. Los encontró clavados en ella... Aquellos ojos, siempre llenos de fortaleza, de previsión, de serenidad, la inundaban con una amplia mirada cálida, devota, infinita...

Mila sintió como un disparo en el pecho y que le faltaba la tierra tras ella; todo se oscureció, como después de un rayo...

En aquel momento la voz de Baldiret sonó en la puerta:

—¡Viene el mozo! ¡Viene el mozo!...

En efecto, Arnau de Sant Ponç, con el látigo colgándole del cuello, los pantalones remangados sobre los tobillos y el sombrero de paja sombreándole el rostro moreno, entró inmediatamente en la cocina. Con él pareció entrar un aliento poderoso de juventud.

El pastor y Matías se adelantaron a recibirlo afectuosamente, mientras Mila, extraña a todo, se quedaba arrimada a la pared como si no lo conociese.

Arnau venía con el carro a buscar todo lo del hostal para devolverlo.

Almorzaron juntos, y, mientras almorzaban, sólo se habló de lo que había ocurrido en la víspera: de las peleas, de la vajilla hecha añicos, de la estafa a los ermitaños... Hasta que Arnau dijo:

—¡También nosotros hemos recibido lo nuestro! A mi madre le robaron todos los conejos.

—¿Qué me dices? ¿A tu madre?

—Y en la masía de abajo también... ¡Parece que tenemos un buen conejero en la montaña, ¡el condenado!

En aquellas palabras de Arnau leyeron todos un nombre concreto, y sintieron que el mismo nombre acudía al mismo tiempo a los labios de todos. Aquel nombre desveló en Mila el temor y, en cuanto acabaron de almorzar, y mientras los hombres disponían una carga de leña en el carro, ella se encaminó al corral.

Al levantarse, con la idea de seguir hacia la montaña, había entrado una regazada de comida y la había tirado en un rincón sin reparar en nada. Ahora, aquella comida estaba casi intacta. Sólo dos conejas preñadas, redondas como bolas, alzaban en medio de la basura sus largas orejas cenicientas. Buscó y registró por todas partes: los otros conejos habían desaparecido. Sonrió amargamente. Desvanecida la ira de la mañana, no le quedaba ya más que aquella desolación fría con la que siempre veía caer sobre su vida las contrariedades.

Cuando los hombres hubieron acabado con su tarea, y el pastor se fue por las suyas y Matías estaba arreglándose para bajar a Murons a pagar las cuentas, Mila llamó a Arnau y le mostró el corral.

—Eso, ya podíais pensarlo. ¡Qué había más a mano que los vuestros! —se echó a reír—. ¿Pero no será que han escapado también?

Y, como Mila no lo entendiera, rebuscó de un lado a otro hasta que encontró pegado a la pared, tras un saliente de roca, un agujero excavado en el suelo.

—¡Mira aquí!... ¿No lo decía yo? —y metiendo el mango de la tralla en el agujero, hurgó en él.

—Vaya, sí, da a la parte de fuera... igual que en casa. Nadie podrá decir que se los ha llevado... ¡Mira que es taimado, este maldito!

—¡Ahora sé de dónde sacaba tantos conejos!... —exclamó Mila—. ¡Y yo, maravillada ante aquella cacería!... ¿Pero qué ha sacado de hacer esos agujeros, si todo el mundo sabrá que ha sido él?

—¡Y qué le importa a él, ermitaña! Está acostumbrado ya a su mala fama, y mientras no lo puedan atrapar...

Y los labios de Arnau se distendieron en una mueca de desprecio. Mila se fijó entonces en aquellos labios: eran carnosos y rojos, y tenían no sé qué apariencia extraña de fruta sabrosa. El esmalte limpio de los dientes y la línea negra del bigote naciente los hacían resaltar vivamente, convirtiéndolos en la nota dominante de sus facciones.

Por un salto brusco de ideas, Mila preguntó de improviso, sin darse cuenta siquiera:

—¿Cuándo te casas, Arnau?

Arnau pareció sobresaltarse; lanzó una mirada rápida a la mujer. bajó la cabeza y se puso serio.

—No me caso ya... —dijo a media voz.

—¿Cómo? ¿Que no te casas? —exclamó ella riendo.

—Ya te lo he dicho. No me caso... —repitió Arnau, sin levantar la cabeza y jugando con la cola del zurriago.

—Bueno, ya supongo que no será ahora mismo, pero...

—Ni ahora mismo, ni nunca —insistió él con presteza.

Mila quedó asombrada.

—¡Vaya! ¡Estás de broma!... Si te vi aún ayer en la romería con la novia...

—¡Pues no me verás más!...

—¡Virgen Santa! ¿Y cómo es eso?

Arnau vaciló, se puso rojo y murmuró poco a poco:

—¡Ayer rompimos!

Mila le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué me dices?

Y, viéndolo abatido y cabizbajo, añadió dulcemente:

—Y, ¿por qué, Arnau?...

Arnau parecía incómodo; deshizo el rollo que había hecho en el dedo con la correa del zurriago, lo volvió a hacer y dijo con dificultad, encogiéndose de hombros:

—¡Psché!... Cosas que pasan...

Mila lo miró, inquisitiva, de arriba abajo.

Plantado ante ella, en medio del corral, alto, erguido, fuerte, todo él respiraba seguridad y salud; sin ser realmente hermoso, tenía el atractivo seductor de la fuerza. No encontrando nada que decir, y recordando lo contentos que estaban con la boda en la masía de Sant Ponç, se preguntó la mujer: —¿Pero por qué lo habrán dejado, a este muchacho? —y con esta pregunta muda siguió inquiriendo en voz alta:

—¡Vaya! No puedo entender lo que me dices... ¡Yo creía que era ya cosa hecha, y que pronto íbamos a comer confites!...

—Bueno... Pero las cosas a veces cambian ¿sabes?... Y ahora uno piensa una cosa, y luego otra...

Arnau se quitó la tralla del cuello y empezó a hacer agujeritos en el suelo con el mango.

—¡Decían que te quería tanto!

—Bueno...

—Y que también tú estabas muy enamorado...

El chico abatió más la cabeza y siguió hincando el mango en el del zurriago en el suelo.

—Antes... quizá sí... —acabó diciendo.

Mila estaba cada vez más sorprendida.

—Es decir ¿que ya no te interesa?... ¡Santo Dios! ¡La que te habrá hecho!

Arnau alzó vivamente la cabeza y dijo resuelto:

—No me ha hecho nada. No tengo nada que decir de ella... La culpa es mía...

Ante la actitud del joven, y ante su resistencia a hablar, Mila se sintió intrigada y curiosa:

—¡Vaya! Pues no lo entiendo, hijo... ¿No tienes nada que decir, la culpa es tuya y la dejas?

Y Mila sonrió maliciosamente.

Arnau la echó otra rápida mirada; luego levantó el brazo y chasqueó el látigo en los aires. Las dos conejas preñadas atravesaron el corral despavoridas.

Viendo que el muchacho no parecía dispuesto a responder, Mila, como si tuviera brasas en la lengua, insistió, haciéndose la inocente:

—¡Ya digo yo que me gustaría saber qué es lo que tenéis en la cabeza los hombres!...

Arnau levantó los ojos y pareció decidirse de pronto.

—¿Lo quieres saber? Pues la he dejado porque no se puede querer a dos personas al mismo tiempo, y no se puede engañar a la gente.

Mila se quedó parada.

—¡Ah! Así que...

—¿Sabes aquella canción? «La que me dan no me gusta — la que

quiero...» —se interrumpió y mirándola a los ojos con un arranque de valor, añadió, en tono muy distinto—: ¡Ah, si la que uno quiere, sintiera lo mismo!...

Mila sintió de nuevo una impresión punzante, entre dolorosa y atemorizada, pero vacía de sorpresa. Y notó al mismo tiempo que, sin haberlo calculado, *sabía ya* que *también* él la quería, que ella reinaba en él desde hacía días, que había adivinado el secreto motivo de sus frecuentes subidas a la ermita, el sentido oculto de sus miradas llenas de admiración. Un velo de prudencia, de pudoroso temor, había intentado amortiguar hasta entonces aquellas miradas, y en un desfallecimiento peligroso del instinto, acababa de desgarrar el velo que lo ocultaba todo, y ahora las miradas se atacaban directamente, la herían con toda evidencia exigiéndole una respuesta categórica a cambio de la revelación exigida.

Arnau, de pie en medio del corral, envuelto en sol, y firme como una encina joven, estaba a dos pasos de ella. Mila lo entendió todo y sintió miedo: miedo de aquellos ojos penetrantes con el mismo empuje del deseo, miedo de aquellos labios encendidos y provocadores como un creador de voluptuosidades, miedo de aquel tronco gallardo pleno de masculino ardor, miedo de aquella oleada vertiginosa de vida pasional que la embestía de lleno en su soledad reseca de mujer olvidada...

Mila temió una lanzada del destino e, inmediatamente, dio un paso hacia atrás.

Arnau, que, anhelante, no le quitaba los ojos de encima, la vio vacilar, ponerse su rostro primero rojo, luego palidecer intensamente, y, trémulo a su vez, avanzó el paso que ella había retrocedido.

Se quedaron midiéndose francamente como dos soldados de ejércitos enemigos, en los que habla la sangre haciéndoles olvidar diferencias convencionales e inspirándoles el impulso de abrazarse. Pero fue sólo un instante; repentinamente alguien se interpuso entre ellos.

Unos ojos aislados, sin rostro que los enmarcara, unos ojos mágicos, que no eran los de Arnau, abrigaron con una amplia mirada cálida, devota, infinita, a la mujer lívida. Y aquellos ojos, como si encerraran en su fondo una fuerza más serena, más dominante, más poderosa que el mismo instinto de vida, hicieron refluir y alejarse instantáneamente la oleada turbulenta. La mujer cobró de nuevo el dominio de sí.

Se pasó una mano por la frente y tendió la otra a Arnau con gesto tranquilizador.

—Arnau... no seas niño. Si la chica te quiere y tú quieres un buen consejo cástate, Arnau... La suerte nos pasa por delante sólo una vez en la vida.

El joven, expectante, adivinó en el acento forzado de aquellas palabras afectuosas un reto, una orden irrevocable. Recibió a pie firme el golpe, y, luego, bajó la cabeza, herido, sometido, sin protesta. Pero en su rostro moreno surgió tan claramente la sacudida del dolor que Mila sintió su corazón oprimido.

—Arnau —dijo ella débilmente para consolarlo—, lo mismo vale un refrán que una canción, y ya sabes aquel que dice: «Si no tienes lo que amas, ama lo que tienes...»

El pobre muchacho hizo con la mano un gesto de desesperanza, y colgándose la tralla al cuello, salió del corral sin mirarla.

Mila, viéndolo marchar, desconcertada, sintió con una angustia inexplicable que acababa de matar algo en aquel inocente y en sí misma.

## Capítulo XI

### MAL DE MONTAÑA

El verano habría pasado lánguido o cruel para Mila, si no la hubiera distraído un poco la gente que subía a la ermita.

A veces eran grupos de cazadores de la ciudad, con grandes sombreros nuevos, corrajes relucientes, vestidos cargados de bolsillos grandes o pequeños y los cuerpos ceñidos por correas y cananas, seguidos de traíllas de perros de raza, estropeados por la holganza, con el pelaje como un espejo y las grasas danzándoles a cada carrera: unos y otros, hombres y animales, iban y venían por la montaña como locos, atronándolo todo con carcajadas y ladridos, molestando a los guías y disparando a diestro y siniestro tiros en balde. Sólo por milagro aquellos cazadores volvían con una pieza colgada en el zurrón, complicado y lujoso, pero en cambio solían llegar a la ermita con un hambre de buitres, y cuando como una tempestad entraban en la casa no había huevos bastantes para hacerles tortillas ni tiempo suficiente para matar pollos y asarlos a toda marcha. Y, mientras comían, cada uno por cuatro, Mila los veía divertirse locamente con bromas de chiquillo, admirándose unos a otros, por el rabillo del ojo, las bonitas vestimentas o el aire bélico, y contando proezas hiperbólicas con aplomo y seguridad ciranesca. A la mujer también le divertían a su manera aquellas alegrías de chiquillo que ha hecho novillos, comparaba en su magín a aquellos cazadores de estrena con los de la comarca, rústicos andrajosos, con los calzones remangados y rotos, las alpargatas reven-tadas y la canana atada con un cordel, pero con el morralillo encos-

---

trado de sangre seca y los cañones de la escopeta mordidos en la punta como un encaje a fuerza de escupir plomos hirientes.

Otras veces, los grupos eran más pacíficos, de gente morigerada, de familias devotas que, con su correspondiente capellán, iban a oír una misa a San Poncio en cumplimiento de una promesa hecha en situación apurada. Aquellos grupos, oída la misa, también reían y bromeaban, pero de otra manera, más reposada y menos parrandera que los primeros.

Incluso, aunque menos frecuentes, subían también grupos tristes y entristecedores hacia las cimas embalsamadas del Roquedal Mediano. Mila tenía bien presente uno que vio aparecer por la boca de la collada en los últimos días de agosto. Delante iba un viejo, bien vestido y con el bigote blanco recortado a punta de tijera; tras él seguían como media docena de personas alrededor de un caballo en el que cabalgaba, a mujeriegas, algo que era un espectáculo repulsivo: un adolescente amarillo como la cera, con el cuello rígido y la boca descentrada por la cavidad de un viejo absceso. Llevándolo de la mano, cuando los accidentes del camino lo permitían, iba a pie, junto al caballo, una señora guapetona y lozana aún, pero con los ojos apagados, como de vieja, y con una mortecina expresión de fatiga.

Cuando Mila salió a recibirlos a doscientos pasos de la capilla, la comitiva se detuvo y la señora de ojos apagados relató a la ermitaña el porqué de la subida a la montaña. Se trataba de un pobre escrofuloso que, cansado de médicos y medicinas, y habiendo dejado de creer en los remedios de los hombres, confiaba aún vagamente en el remedio de los santos: en el milagro. Quería bañarse en las aguas del torrente del Bram, en las famosas aguas que muchas veces le habían asegurado con verídico acento que lo purgarían de sus malos humores, que limpiarían sus sangres apestadas.

Y, mientras descansaba, temblando de frío en pleno verano, de las fatigas del camino, Mila, sola con el servicio, supo que la señora era de la ciudad, una mujer muy rica, viuda y sin más parentela en el mundo que aquel hijo contrahecho, aquella miseria humana que se descomponía en pestilencia casi desde el nacimiento. Con ella iba de un lugar a otro pidiendo a todo y a todos, ya que no la curación absoluta, sí, al menos, la limosna de una mejoría, un compás de espera ante la muerte, que le permitiera prolongar, con aquella apariencia dolorosa de vida, la inmensidad trágica de su tortura y de su sacrificio.

Y cuando, más tarde, ayudó a darle el baño al enfermo, cuando pudo ver en su auténtica magnitud la miseria de aquel pobre cuerpo raquíptico, lleno de bultos y de llagas, contrahecho de miembros, mostrando a las miradas extrañas toda su desnudez repugnante con la impúdica indiferencia de la cosa humana asexual por la enfer-

medad, la mujer sintió un estremecimiento, y por primera vez sospechó que la maternidad, aquella soñada fuente de venturas entrañables y de consuelos de toda pena, podía ser a veces algo terrible, una especie de castigo por adelantado del más espantoso delito que se pudiera cometer en otras vidas.

Fuera de aquellas caravanas de gente que iba y venía, alegre o melancólica, y que le aportaban algo de distracción y beneficio, Mila estaba siempre sola, y pasaba las mañanas atareada en casa y las tardes arreglando el huerto o cosiendo al cobijo de una sombra fresca. Baldiret y el pastor estaban con el ganado por el monte, y Matías andaba pidiendo por los pueblos de la plana, hoy aquí, mañana allí.

La fiesta de San Poncio había sido bancarrota absoluta del matrimonio. A la pérdida miserable de todos sus posibles, y como si no fuera bastante vinieron a unirse una infinidad de deudas, confesadas poco a poco por Matías; deudas al hostel de Murons por las cosas prestadas para la romería, deudas en tabernas y mesones por bebidas y víveres que no había pagado en el momento de la compra, deudas con el señor cura por las aleluyas y las estampas pedidas a Gerona. Muchas deudas: deudas pequeñas, de poco montante, pero numerosas y punzantes como un vuelo de mosquitos que, al manifestarse, dejaban yerta de asombro a Mila y que luego se convertían en yesca y motivo de perpetua angustia. No pensaba más que en aquellas deudas y en la manera de pagarlas, y por ellas cedió y pasó la vergüenza, no sólo de ver a Matías pidiendo con la capillita al cuello, sino de consentir ayudarse, para fines distintos al servicio del santo, del fruto de aquel vagabundaje limosnero.

—Otro día cuando venga una racha de suerte, cuando ya sin deudas pueda hacer unos ahorros, lo devolveré todo, todo, hasta el último céntimo, a la capilla... —se decía Mila todos los días, como para descargar su conciencia: pero se le caía la cara a trozos cuando su marido, al volver de sus correrías, le mostraba la bolsa, calculando lo que podrían hacer con el dinero reunido. Ella hubiera querido taponarle la boca, hacerle sentir la ignominia de lo que hacía, evitar a toda costa que el pastor se enterara de aquella ignominia y los juzgase por ella. Era el suyo un juicio mudo, un juicio que, estaba segura, no se revelaría jamás en palabras o en acciones, como si lo hiciera una estatua, pero no por eso menos severo, menos implacable. Y ella que, sin darse cuenta con claridad, hubiera querido levantarse y envolverse en resplandores, como una santa, a los ojos de aquel hombre, veía con rabia y confusión que aquel juicio la envilecía, la aplastaba, la llevaba a un nivel más bajo que los ladrones camineros, porque los bandidos del camino real exponen su vida para robar a los hombres, y ellos, sin ningún peligro y con la confianza de un cargo, robaban a los mismos santos.

Pero, lejos de venirle la buena suerte esperada y el momento de quitarse las deudas de encima, cada día aquella se le alejaba más y éstas la hundían en mayor cautiverio. Con la marcha del verano fueron espaciándose los grupos de visitantes, y con ellos la mayor parte de las ganancias de la ermita. Por septiembre, cuando el sol quemaba aún en las vaguadas al mediodía, pero ya las sombras empezaban a ser traspasadas por vientos acanalados, llenos de malos presagios, ya sólo subían a la ermita personas sueltas, que daban un higiénico paseo desde los pueblos vecinos, algún cazador fatigado que pedía cuatro gotas de aguardiente con agua, o algún matrimonio burgués con la mujer llevando un cirio en una mano y un cestillo con la merienda en la otra.

De éstos, los segundos pagaban la bebida, y los otros, tras hacérselo enseñar todo detenidamente y marearla a preguntas inútiles, echaban en el cepillo de las limosnas una moneda de cinco céntimos, daban otra de diez a la santera, pagándole así el tiempo que les había dedicado, y se iban montaña abajo, muy satisfechos de su espléndida liberalidad.

Al fin, también éstos faltaron, y con un frío que calaba los huesos, Mila vio llegar el invierno a largas zancadas por la montaña desierta, amenazando con sus rigores a la ermita pobre, con la despensa vacía, el arca sin pan y el desconsuelo más negro por la imperfecta convivencia de quienes la habitaban.

Entonces, la placidez de carácter de aquella mujer se transformó en acedumbre e iracundia, y la negrura de sus pensamientos cayó en rociada constante y agresiva sobre Matías, el hombre más tranquilo e inalterable por costumbre, provocándolo y haciéndole perder la tranquilidad. Siempre estaba tras él, fastidiándolo, riñéndole, diciéndole abiertamente que se fuera de casa, en busca y persecución de las malditas monedas. Y él, acosado y exasperado por aquel martilleo venenoso, fue cediendo, cediendo, hasta obedecerla poco menos que a ciegas. Sin atreverse a remolonear en la cama, dejaba las sábanas temprano y, con la capillita al cuello, emprendía su largo peregrinaje por la llanura. A los pocos días se conocieron los resultados de aquella actividad inusitada: rápidamente perdió aquellas carnes sobreras de holgazán bien cuidado, tan parecidas a las de un cebón; desinfló la papada su saco grasiento, en los hombros, acojinados de por sí, apareció el entramado de músculos, se borrarón los hoyuelos que convertían sus manos en manos de abadesa, y el cinturón ya no le dejó en torno del cuerpo ninguna señal roja. Hasta de aire cambió; sus movimientos perdieron la lentitud gandula que en él era habitual, y en su cara apareció una expresión avispada, como la de los otros hombres.

Mila habría dado gracias a Dios por estas mejoras, si hubieran ido

acompañadas de otras más positivas, pero, lejos de esto, cuanto más crecía el celo y la obediencia de Matías, más triste era la recompensa.

—Dios nos castiga por el pecado que estamos cometiendo —se decía cruelmente la mujer a cada nueva decepción; pero el recuerdo hiriente de las deudas, y la necesidad imperiosa de pagarlas, le hacía cerrar los ojos y espolear incluso a Matías con persistentes demandas.

Hasta que un día, al atardecer, el pastor, viendo entrar a Matías a deshora, lo amonestó así, reposadamente:

—¡Ermitaño, ermitaño! No ande por ahí a estas horas, créame. la montaña tiene muchos recovecos, y los cuartos huelen de lejos... Por pocos que lleve encima, no es bueno que se acostumbren a verle a estas horas...

Matías dijo que no tenía miedo, y que si quería sacar algo, tenía que ir cada día más lejos.

Mila pensó también que el pastor era demasiado asustadizo, y desde aquel momento dejó de inquietar tanto a Matías.

En una de sus salidas posteriores, al llegar la noche Matías no apareció por la ermita, y al día siguiente explicó que había tenido que ir muy lejos y se había quedado a dormir en casa del Ánima.

A oír esto, el pastor le clavó las pupilas, y luego, mientras Matías iba a dejar la capillita en la sala, murmuró receloso, dirigiéndose a Mila:

—Me parece que el otro día metí la pata diciéndole aquello al ermitaño... Puede que sea peor el remedio que la enfermedad.

—¿Por qué, pastor? —le preguntó la mujer, extrañada.

—¡Qué quiere que le diga! ¡Tiene tan mal veneno ese borde de Ánima!

Mila sonrió levemente ante este temor: se había acostumbrado al odio secreto entre el Ánima y el pastor, pero no comprendía cómo un hombre tan sereno y reposado como éste hacía caso del animal salvaje que era el otro.

Volvía Matías, y, no pudiendo decírselo en voz alta, la mujer pensó:

—¡Será un ladrón de conejos, digo yo, pero de eso a hacerle daño a alguien que vaya a su casa!... ¡Tiene demasiado miedo a la justicia!

Y ni aquel día, ni en todos los de la quincena que pasó Matías fuera, se atrevió a reñirle por quedarse a dormir en casa del Ánima, por miedo a que aprovechara la ocasión y ya no saliera más a pedir. Pero, a partir de la quincena siguiente, las salidas de dos o tres días se fueron haciendo tan frecuentes que la mujer empezó a inquietarse, y pensó que era ya hora de tirar un poco de la cuerda. A las primeras advertencias, Matías, de pronto, pareció desconcertarse; luego, embarullándose como de costumbre, prometió enmienda vagamente, con palabras entrecortadas que nada querían decir: —«Que sí» «que

*bueno...*» «que ya verás» «ya lo intentaré...» —pero eso fue todo, y ni el más pequeño cambio alteró su comportamiento. Entonces, pasó Mila de las advertencias a las prédicas y de éstas a las órdenes terminantes; pero el resultado fue el mismo: todos los esfuerzos se estrellaron contra la resistencia pasiva que le hacía amoldarse aparentemente, doblegándose como un junco ante la tormenta, para erguirse pasada ésta como si nada hubiera pasado. Salía de casa cada vez más temprano, y al hacerle prometer ella que volvería antes de caer la noche, lo prometía sin obligarla a insistir, pero al atardecer no regresaba y a menudo tampoco lo hacía al día siguiente; y era en vano intentar tratar de retenerlo con cualquier pretexto o que quisiera hacer algo en casa: él se escabullía como una anguila y cuando iba a buscarlo, ya no lo encontraba. La gandulería y la holganza parecía que se le hubieran fundido como las grasas del cuerpo, y a veces ella le descubriría una vivacidad de gamo y habilidades de vulpeja para engañarla y hacerle perder su pista. Pronto se dio cuenta Mila de que el cambio del marido era más profundo de lo que al principio había sospechado; que algo inesperado había podido más que ella, que había entrado en su vida, forzando la puerta cerrada de su indiferencia bestial, un elemento nuevo que lo alteraba interiormente, y que aquel elemento misterioso encerraba en sí una fuerza hostil a la mujer, que la rechazaba y la apartaba de su vida aún más de lo que siempre había estado.

La mujer sintió ante la nueva derrota un despecho furibundo de animal agrillonado, y, por la noche, en el vacío del lecho matrimonial, mordía con la boca terrosa el frescor húmedo de las almohadas.

Y como para hacerle más dolorosa la derrota, fue viendo que, cuanto más alargaba él sus estancias fuera de casa, más pobre volvía y más impaciente por huir de nuevo. Habló al fin Mila con el pastor de aquel misterio, y Gaieté le dijo:

—No me gusta tener malos pensamientos, ermitaña, y de lo que voy a decir, no es que esté seguro... pero, vaya. Tengo para mí que su hombre no anda por ahí pidiendo como dice... Estaba yo el otro día ahí por la banda de las Cabiroles y, de repente, veo dos bultos que se movían allá abajo, por el Bau de les Olives, sobre el Salt del Crestat. Estaban muy lejos y no los pude ver claramente, pero juraría que eran su marido y ese maldito *Ánima* que Dios confunda... El Bau no es camino para ningún sitio, y los pájaros del cielo no llevan los bolsillos llenos de onzas... Conque no podían ir de pedigüños, ya ve... Yo diría que el otro debe arrastrarlo a rondar por las conejeras, y como su hombre es así... que no es capaz de preocuparse de nada... Pero no le diga nada por ahora, ermitaña, hasta saber qué hay de cierto... Ya andaré yo con el ojo atento ¿me entiende?...

Mila no dijo nada, tal como le recomendó el pastor, pero todo

su valor desfalleció ante la nueva prueba a que se veía sometido, y su solicitud se espesó y se congeló en su alma como cuajarones polares. Finaba octubre y los crepúsculos, dejando más espacio a la noche, recortaban cada vez más el día con tijeras de sombra, empequeñeciéndolo considerablemente. Matías pasaba fuera de la ermita cinco días de cada semana; Arnau de Sant Ponç no había vuelto desde aquella charla en el corral; el Anima, desde el día de la fiesta; no se veía a nadie en la montaña, fuera de las leñadoras de Ridorta, siempre aplastadas bajo su carga de matojos, y hasta el pastor ya no acorralaba a las horas de sol, como hacía en verano, para volver a salir con la fresca, sino que paseaba el rebaño desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y, al retirarse, en vez de ir a la cocina a charlar un rato, cogía de la mano a Baldiret y bajaban a Murons, donde el niño recibía una hora de escuela a cargo del señor maestro hasta que, llegado el invierno, bajarían ya definitivamente a la masía y entonces podría ir a la escuela normalmente. El pastor había ideado aquello para no tener que arrebatarse de golpe el chiquillo a la ermitaña, pero poco provecho sacaba ésta del ingenio del pastor. Sola en casa todo el santo día, sola en la cocina oscura y desierta en las veladas interminables y llenas de frío, sin trabajos precisos que ocuparan sus horas vacías, iba sintiéndose invadida por la tristeza más fuerte y dolorosa. A media mañana había terminado ya el trabajo; la comida borboteaba en el fogón, y ella, libre de cualquier trabajo y de todo deseo de holganza, se asomaba a la ventana de la cocina, que daba hacia la espalda del Roquedal Mediano, o bien en la barandilla de la terraza que daba a levante. Y desde allí veía salir el ganado, precedido por los gritos de Baldiret, rodeado de los ladridos y las carreras enloquecidas del Mussol y seguido por el pastor, a retaguardia, con su zurrón de piel de oveja colgando de la chaqueta de dril, el gorro de piel bien hundido en la cabeza, la capa plegada al hombro, el cayado suspendido horizontalmente de la mano, y clavando en el suelo las suelas herradas con cachaza solemne, desprovista de cualquier sentimiento de pereza o torpor.

Las ovejas se dispersaban por una u otra banda de la montaña, extendiéndose sobre la tierra húmeda y parda como una nevada corredora; el chiquillo saltaba trastabillando y volviéndose a cada instante para enviar a Mila palabras de despedida y sonrisas retozonas. También el pastor solía volverse una o dos veces para hacer con el cayado un movimiento afectuoso, y cuando la nevada se perdía más allá, y se hacía sutil como una polvareda y los pastores se fudían en ella, Mila quedaba aún más inmóvil en su ventana, y sus ojos abiertos y encantados se abrillantaban poco a poco, se llenaban de agua, y al fin se desprendían dos lágrimas plenas, que caían sobre sus brazos cruzados.

Otras lágrimas acompañaban a las primeras, quietas, seguidas, abundantes, temblando una tras otra del hilo de plata que ellas mismas hilaban a lo largo de las mejillas y que al fin estallaba en llanto: trémulo e inseguro al principio, como el de un niño perdido, después precipitado y estremecido y, al final, ya desenfrenado, tempestuoso y lleno de sollozos y gritos histéricos. Era un llanto de añoranza, de aburrimiento, de angustia, de agonía del alma, que se prolongaba durante tiempo y tiempo, sin que la voluntad ni cansancio lograran detenerlo; un llanto que tenía que vaciarse con el chorro sofocante, y que, cuando acababa, por su misma duración, muriendo lentamente con gemidos entrecortados y ronquidos nasales, la dejaba rendida y liberada a un tiempo, pero con los ojos hinchados y un gran peso doloroso como una bala de plomo entre ceja y ceja. Después, desalentada, llena de cansancio y aturdida, rondaba por la casa o por los yermos, topando y retopando la mirada turbia de sus ojos sanguíneos, unas veces en las paredes tristemente enjabelgadas, otras en el cielo puro y sin caligine o en las montañas recortadas, de contornos nítidos y precisos que ya empezaban a tomar el tono del invierno. Viéndola ir de un lado a otro sin norte ni propósito, como un alma en pena, se habría dicho que esperaba algo incierto, inquietante, que había de venir y no venía. Después, ni ganas de salir tenía ya, cayendo en una pereza ensoñada que la tenía horas y horas tendida en el lecho, o sentada en una silla y cara a la mesa, huyendo de la claridad.

Se fue desmejorando a ojos vista; no comía ni hacía nada, y ella misma notaba cómo le huían los colores y la suavidad de la piel y cómo se borraba la claridad y la viveza de la mirada para quedar apagada y débil como la de la viuda rica, la madre del muchacho escrofuloso. Perdió el gusto de todo, hasta el de arreglarse, e iba desgredada, con la falda torcida y las medias con carreras, y dejaba que se deshilaran los codos de la chaqueta de Matías, sin fijarse siquiera en ellos, y que se desfondaran los bolsillos de los calzones.

El pastor se alarmó ante la actitud de la mujer.

—¡Ermitaña! —le dijo un día en que la encontró llorando, y ella tuvo que confesarle claramente que no sabía por qué lloraba—: hace tiempo que no va como debiera, y a esto hay que ponerle remedio... y no quiero decir remedio de boticario, ya ve... Le ha cogido el mal de la montaña, estoy seguro. Y es una especie de enfermedad de tristeza que sólo se cura aireándose y divirtiéndose un poco. No es que por aquí haya muchas diversiones, que digamos, pero va a haber que arreglárselas para encontrar alguna. Primero, y para empezar, nada de estarse aquí sola, en casa, como un mochuelo en su agujero. La compañía es media vida ¿no? Mañana, cierra la puerta y se viene con nosotros ¿de acuerdo? Por aquí no sube ya ni un alma, fuera

del ermitaño, y si éste sube y lo encuentra todo cerrado, que se espere o que se vuelva: maldita la falta que nos hace.

Y endulzando con un tono ligero y una sonrisa la seriedad de estas palabras, decidió él solo, sin esperar el consentimiento de la santera, en que se la llevaría a la montaña.

—No vaya a creer que allí se está tan mal... Ya me lo dirá, y si no lo cree, pregúnteselo al pequeño...

Mila no puso ningún impedimento ni resistencia, como si tuviera amortiguada o secuestrada la voluntad. Y al día siguiente se dejó llevar tras el rebaño mansamente y con una docilidad de niño. Por el camino, el pastor la fue entreteniendo con su charla. Luego se detuvieron a beber bajo la Volva, más tarde vio al chiquillo jugar y apedrear los aires con la honda, y, más tarde aún, se comieron los dos la pitanza que el pastor llevaba en su zurrón...

Cuando bajaban por la ladera del Roquedal Mediano, las ovejas se precipitaron, embistiéndose entre sí, hacia la ermita, la mujer recordó muy sorprendida que, desde hacía muchos días, aquél era el primero que se le había pasado sin darse cuenta; y un aliento de frescor estimulante, anunciador del próximo crepúsculo, la abrigó de arriba abajo y pareció desentumecerla, reavivando gratamente sus energías.

## Capítulo XII

### VIDA ATRAS

Reinaba el otoño, y el tiempo había refrescado bastante. Era una sucesión de días grises, en los que la niebla planeaba sobre las cosas, fundiendo las lejanías y velando de casta poesía la montaña. Ni un destello de resplandor, ni un relieve de planos notables hería la mirada, que se podía clavar reposadamente en todas partes, sin miedo de deslumbramientos ni reverberaciones. Todo tomaba la apariencia suave y difuminada de un sueño plácido, y parecía convidar al espíritu a suavizar y apaciguar también sus aristas y crudezas.

Entre aquellos paisajes templados, llenos de reposo sedante, como figuras animadas de un cuadro inmenso, vagaba Mila con sus acompañantes, lentamente, lentamente, paseando por todas partes las plejidades virginales de su convalecencia.

Había ido rehaciéndose poco a poco, con una seguridad reveladora de buenos augurios, y de esta recuperación acompañada extraía sorpresas y goces imprevistos. Como si la mano divina hubiese arrancado el aguijón a las avispas de sus penas, éstas ya no punzaban como antes, contentándose con vagar por su cabeza sin maldad, o zumbando sordamente con una especie de cancioncilla que no llegaba a impacientarla. La ermita no era ya para ella aquel lugar desagradable donde la tenían encarcelada a viva fuerza, sino el nido, el cobijo en el que se recogía, como los pájaros, en las horas de reposo en que no podía volar.

Las solitarias asperezas de la montaña, ricas en perspectivas y puntos de vista majestuosos, una vez se dejaba el cerco de la capilla,

y seguidas de un lado a otro por caminos nunca señalados por mano de hombre ni limitados por hitos postizos, sino elegidos libremente y según el impulso de la voluntad, en la gran extensión libre, se volvían parajes de atractiva distracción en los que sentía fundirse las horas del día sin pesar y sin tristezas atormentadoras. Hasta Matías se había convertido en el prójimo tolerable, contemplado con benévola indiferencia desde la cima de su pacífica serenidad; ya no le reñía, ya no lo perseguía con sus censuras, ya le dejaba hacer lo que él quería, sin inquietarse ni inquietarlo, como si el vínculo violento con que hasta entonces había tratado ella de retenerlo se hubiese roto de pronto sin roce y sin dolor, dejando para siempre desaparejadas sus vidas incansables, y, con el íntimo divorcio, desvanecidas todas las causas de discordia que nacían de la oposición constante de sus hábitos. Se sentía libre y dueña de sí misma, y con la secreta libertad, la armonía surgía espontánea de sus sentimientos y reinaba sobre sus actos; cierto es que se trataba de una armonía apagada, sin nervio ni empuje, pero por eso mismo grata a su estado, pues no le reclamaba ningún esfuerzo fatigoso.

Mila revivía con lentitud, como un soldado desangrado en el campo de batalla y que ha de recobrar su sangre gota a gota; y así como cuando se acaba la vida el instinto se aferra con fuerza y quiere gozar de ella intensamente y de una vez, es muy diferente cuando la vida retorna. El deseo, incierto y tembloroso de por su misma debilidad, no atreviéndose aún a marchar solo hacia su realización, se detiene sin ánimo y luego, mientras espera el refuerzo de la potencia, retrocede y se lanza vida atrás; en vez de actuar, recuerda. Mila, al recobrase, recordaba.

Durante aquellos días, andaban por los alrededores de la Cresta del Follet, en una ladera empinadísima que reunía las pocas caricias del sol que caían sobre la tierra. El rebaño se entretenía por pendientes y bancales, siempre de morro al sol, ramoneando la hierba pajiza que brotaba como manchas verdes entre las verrugas de roquedal; el Mussol se alegraba haciendo cara al sol ocultadizo, parpadeando y con la borla del rabo sobre el muslo; Baldiret hacía jeringas de sabuco con ramas cogidas en la llanada, o redondeaba, repicándola continuamente con media herradura de caballo, la bola de piedra que había empezado a labrar seis meses atrás, y, finalmente, Mila y el pastor tenían largas y reposadas horas de charla.

Haciéndola asomar a cada precipicio terrorífico, enseñándole a afirmar el pie y a equilibrar el cuerpo en los lugares de peligro y obligándola a mirar atrás a media subida por un canchal, mientras se reía divertido de sus miedos, la animaba en su temores y la sostenía cuando la vencía el vértigo; Gaietá había dirigido a la mujer en su aprendi-

zaje de montañesa, logrando triunfar al fin de su naturaleza asustadiza de cervatilla: y ella, ahora, serena de mente y corazón, se divertía jugando con los escalofríos que relampaguean por las carnes cuando se transita por las alturas escarpadas, y sintiéndose aspirar el alma y las pupilas por el encanto tenebroso de las grandes profundidades.

Sentada en la Punta de Miranius, a centenares de metros sobre el mundo de la llanura, el chal a las espaldas, las piernas colgando sobre el escarpe terrorífico, viendo las nubes blancas pasar rápidamente sobre su cabeza como manadas de caballos salvajes y el Barranco Negro abrir a sus pies, allá, abajo de todo, su inmensa bocaza desdentada, Mila se encontraba como en casa, y, por contraste tal vez con la grandiosidad soberbia de todo lo que la rodeaba, acudían a ella los recuerdos más tiernos de su juventud.

Con la mirada perdida, borrosa, en las lejanías de la memoria, hablaba, hablaba, sin cansarse, y el pastor, sentado a su lado y labrando a punta de cuchillo cualquier fruslería para el chiquillo o para los animales, la escuchaba atentamente sin interrumpirla.

—Si hubieses visto a mi tía... ¡Era tan buena! Tenía la cara pequeña, pequeña, y morenita como una nuez, y el pelo le caía sobre las orejas como cortinillas blancas... Ella le llamaba *bandós* a aquel peinado. Cuando le pasaba el escarpidor, le hacía un moñito como una moneda de dos pesetas a cada lado de la sien, y ella me sacudía las faldas haciendo ver que me pegaba. Me quería mucho, pobre tía... Nadie hubiera dicho que no era realmente mi tía. Cuando murió mi madre, que en el cielo esté, fue ella quien me recogió. El tío estaba mal de los riñones, y como no podía trabajar tenía miedo de coger uná carga más, pero la tía le dijo: «¿Es de tu sangre y la dejas así? ¿Qué harías entonces si fuera mía? Yo soy sólo su madrina, y la quiero como si la hubiera llevado en las entrañas...» ¡Pobre tía! El tío se burlaba siempre de ella, como madrina. Decía que había repasado no sé cuántos calendarios buscando un nombre bonito y que al fin me había puesto Camila para que yo fuera tanto como la heredera del castillo, que se llamaba así. «Y, ya ves —solía decirle para hacerlo enfadar—, en definitiva son iguales, para el caso, si una tiene el castillo, la otra tendrá la barca...» Porque mi tío era barquero ¿sabes? Antes de hacer el puente había una barca blanca que cruzaba de orilla a orilla el río por una maroma tendida. Más arriba, estaba el vado para los carros, pero las personas pasaban todas en la barca. Los domingos y días de mercado daba gloria verla, llena de payeses con las barretinas nuevas y vistosas como ramos de claveles rojos. Por San Pedro Pescador hacíamos la fiesta en la barca, y la adornábamos toda con claveles de verdad: claveles, rosas y todas las flores que encontrábamos. Un año, siendo yo grandecita, y entonces me cuidaba más

de la tía, los chicos del pueblo le pusieron una guirnalda alrededor, y en la proa un ramo grande sujeto con gomas blancas y azules. Lo hicieron de noche, y al ir nosotros por la mañana, nos esperaban escondidos en medio de los juncos para oír nuestras exclamaciones. Vino mucha gente a verla aquella mañana... Parecía que por el camino del río hubiese una procesión...

Mila se detenía un instante, encantada por los recuerdos, y luego añadía:

— ¡Qué cosa tan bonita es un río, pastor!

— ¡Todo lo del mundo es bonito si se mira con buenos ojos, ermitaña!

— Pero unas cosas más que otras... Mira: desde que tengo memoria, nada me ha gustado más que aquel trozo del río a horas bajas. Cuando no había gente, yo cogía lana y agujas, empujaba la barca hasta el medio del río y me quedaba allí. La corriente era poca y la barca me mecía como una cuna, trim... tram... trim... tram... trim... tram, poco a poco como si me quisiera adormecer; y yo, mientras trabajaba, tranquilamente, iba mirando cómo se ponía el sol, encendido como un mayo detrás mismo de los troncos de los álamos, y escuchaba los gorjeos de los pájaros que charlaban en la enramada de las orillas antes de recogerse a dormir, y las risas de los aserradores que bromeaban continuamente en lo alto de los chopos. Todo parecía que ocurriese lejos, lejos... y los carros que pasaban por el vado salpicando agua ¡hacían más bonito...! Nunca me habría movido de allí... ¡Qué quieres que te diga! Me encontraba a gusto, como en una iglesia cuando no hay nadie, y sólo me daban ganas de rezar padrenuestros por los muertos y los vivos de mi casa... ¡Ay, Dios! El puente fue la desgracia de todo aquello: la del río y la nuestra. En dos o tres años cortaron las mejores arboledas de las orillas; pronto quedó inservible el vado, e hicieron una fábrica más arriba y, al caer el sol, en vez de encontrar el reposo y la quietud de antes ¿sabes lo que encontraba una? Pues a los obreros de la fábrica, que acababan su turno e iban a beber a la casilla, espantaban los pájaros a pedradas y también a las mujeres, cantando canciones feas. ¿Y la barca, pobrecilla? ¡Partía el alma! Estaba siempre solitaria, amarrada a las estacas como un animalito enfermo. El tío no la había querido retirar, y sólo de vez en cuando montábamos en ella para dar un paseo, él, la tía y yo; pero el puente cerraba la vista a un lado y otro, y el tío lloraba cada vez viendo pasar por allá arriba a la gente, como si nada... ¡Aquello lo mató, puedes creerme! Ya estaba bastante mal de los riñones, y al ver la barca boca arriba, se puso peor y peor. Mientras podía ir por sus piernas, salía de casa por la mañana y se iba al río. Como nosotros no desbrozábamos la orilla, los árboles se inclinaban sobre la barca y formaban

como un toldo. El se quedaba en aquel escondite, y más de uno dijo que lo había oído llorar. Lo cierto es que volvía a casa con los ojos como naranjas, y se enfadaba si la tía le preguntaba si le dolía algo. Después ya no se podía mover de la cocina, pero aún por San Pedro se hizo llevar al río en un carro y quiso que en recuerdo de los otros años adornásemos la barca. ¡Ojalá no lo hubiéramos hecho!, ¡Daba una pena verla toda llena de rosas, aquella pobre barca destrozada y cubierta de musgo! Aquel día no fue sólo el tío quien lloró!... Cuando se murió, la tía quería venderla, pero ya no llegó a tiempo. Hacía agua por todos los lados, y, después de estar tanto tiempo a la sombra y sin repintar, las maderas estaban podridas... Entonces fue cuando conocí a Matías. Venía con el mayordomo de la fábrica, que era el comprador, y mientras el mayordomo y la tía hablaban, él no me quitaba los ojos de encima. Poco después me pidió que nos casáramos... Parecía buen chico, y mi tía se estaba muriendo... Me habría quedado sola... Le dije que sí... ¡Ay, Señor, si las gentes se trataran más antes de dar ciertos pasos!...

Al topar con Matías, los recuerdos de Mila se encallaban día tras día como si al detenerse se quedara triste, dejando caer la mirada hacia las profundidades del Barranco Negro, con un desfallecimiento encantado. El pastor, que llevaba el alza y la baja de las impresiones, sabía que había llegado el momento de entrar él en acción. Dejando al lado varillas y cuchillos, se desprecizaba para quitarse de encima el encogimiento del cuerpo y se ponía en pie.

—¡Ah, ah! Ya tengo esta pierna como la pata de una silla, y me parece que el aire empieza a refrescar... Podríamos dar una vuelta por ahí... —y sonreía a la mujer con su sonrisa fulgurante y bondadosa.

La mujer levantaba la cabeza para contemplar la simpática figurita cubierta por el gorro de piel,alzada sobre la punta misma del Miranius, con los pies bien afincados en el suelo, pero recortada toda sobre el cielo y alta, alta como si de pronto hubiera crecido. La mujer le devolvía la sonrisa, levantándose también. Las ovejas estaban dispersas, en motas, por una gran extensión, y Baldiret y Mussol distraídos en sus entretenimientos.

El pastor daba un vistazo a sus dominios y luego se ponía a andar tranquilamente por la bajada, seguido por la mujer en todos sus vaivenes: y caminando, caminando, su índice se estiraba señalando diversos lugares próximos o lejanos.

—¿Ve el último olivo de la pendiente? ¡Hace tiempo pasó ahí una buena, buena de verdad!... El caso es que había en el valle de Llisquents un señor muy aseñorado, un tipo que se las traía... No tenía cosa mejor que hacer que desgraciar doncellas, comer y beber

de lo mejor y andar siempre de caza por el monte... Una vez, resulta que vio una chiquilla hilando a la puerta de su casa. El va y la hace prender por sus hombres, la tiene una noche con él, y a la mañana la pone en la puerta del castillo. Al verse despedida de aquel modo, la chiquilla se vuelve hacia la ventana y dice así mismo: « ¡Ay, señor del Valle de Llisquents! ¡Como a bestia me has tratado, ojalá pueda verte yo como bestia antes de morir! » Y se fue, y nunca más supo nada de ella nadie del valle... Pasaron los años, y he aquí que el señor de los Roquedales invitó un día al señor de Llisquents a una cacería en su territorio, y el de Llisquents que se viene aquí con toda su gente. Caza que te cazarás, como era un atolondrado, se apartó del grupo y llegó solo hasta este despeñadero. Llegado que fue, ve una especie de cabritilla muy, pero que muy bonita, con las cuatro patitas puestas en el pico mismo de aquel cucurucho de roca. El, que había andado muchas tierras, dijo: « ¡Ahora sí que voy a cazar una buena pieza! Este no es animal de por aquí, seguro que ha bajado de las montañas altas. ¡Será un buen regalo para mi amigo el señor de los Roquedales! » Y como parecía que la cabritilla lo estuviera esperando, prepara la ballesta y le tira una flecha; pero la cabra da un salto, y echa a correr montaña arriba como loca. El cazador piensa entonces: «Ya llevas la flecha en el cuerpo: no vas a correr mucho...» y corre tras ella, para atraparla. Pero la cabrita iba como el viento, y el cazador la perdió de vista en seguida. «Caerá en lo alto de la subida... descansará un momento, y luego seguiré sus huellas...» volvió a pensar; pero en este mismo momento, en la cresta de aquella ladera aparece otra cabritilla. «¿Cómo es eso? ¿Macho o hembra? ¡Aún va a ser mejor el regalo! » Y pone otra saeta en la ballesta y dispara. Y vio claramente, como el resplandor del sol, que la saeta se clavaba en el cuello de la segunda cabritilla, pero ésta, en vez de caer en seguida, dio un salto y huyó monte arriba como la primera. El señor de Llisquents no supo lo que le pasaba, y ¡piernas para qué os quiero! echó a correr todo lo que podía. Llegado a la cima, no podía con su alma. Mira aquí, mira allá y no ve por ningún lado el rastro de las cabras, ni vivas ni muertas. « ¡Ahora sí que la hemos hecho buena! —exclamó el hombre—. No veo ni un matojo ni una roca que las puedan ocultar. ¿Dónde se habrán metido? ¡A no ser que hayan caído en un salto por el Crestat! » Pero el Crestat estaba al menos a una media hora de allí y las cabras, por piernas que tuvieran, no podían haber hecho tal carrera... Pero aquello había picado al señor de Llisquents, que no era hombre para pararse en reflexiones. Quería llevarse las cabras fuera como fuera. Y sin darse cuenta cabal de lo que hacía, ni del cansancio ni de la tirada que había hasta allí, tiró hacia el Crestat. «No puede ser: las dos llevaban las saetas clavadas y no podían sobrevivir; las

encontraré desangrándose en la hondonada.» Llegó a la hondonada más muerto que vivo; va de aquí para allá, busca, mira, y no ve a las cabras en ningún lado. El señor de Llisquents se quedó de piedra. Si aquello no era un milagro, no sabía qué podía ser. Lo recorrió todo otra vez, como si en ello le fuese la vida, y nada. Ya estaba a punto de rendirse y deshacer el camino, maldiciendo todo lo que hay en el cielo y en la tierra, cuando he aquí que levanta la cabeza y ve en el hermoso pico del Badador a una de las cabritas, con el cuello muy estirado y olfateando a un lado y otro. El señor de Llisquents da un grito de alegría y apunta bien, para no fallar. Entonces ve que aquella cabrita no era ninguna de las dos primeras; era mucho más pequeña y no llevaba ninguna saeta clavada. «¡Es la hija! ¡Qué más da! ¡Mientras pueda hacerme con ella!» Estaba tan empeñado con las cabras que, viendo perdidas las grandes, contaba ya con la pequeña. Pero como ésta era tan pequeñita y estaba muy lejos, tuvo miedo a fallar el tiro y, sacando fuerzas de flaqueza, empieza a andar por la vaguada para aproximarse. Cuando encontró un buen sitio, preparó la ballesta y le clavó la saeta en medio del vientre a la cabritilla. «¡Ahora sí que la he matado!» gritó el señor de Llisquents viendo que la cabrita vacilaba como si fuera a caer, pero la cabra se rehace y, de pronto, como muerta de miedo se lanza desde el pico abajo. «¡Esto es cosa de brujas! —piensa el cazador, temblando de pies a cabeza—; pero si se lo cuento a mi anfitrión, dirá que me volví loco, o me tendrá por mentiroso. ¡Tengo que llevar las cabras muertas o vivas, o no vuelvo nunca al castillo!» Miró sus vestidos y no eran más que andrajos, por las aulagas; se miró los pies, y, por donde pasaba, dejaba un rastro de sangre; pero aún la quimera le encendía una chispa de valor en el pecho, como una brasita de rescoldo. Empezó a andar. Las sombras de la noche caían ante él como una rociada de ceniza, y llegó un momento en que ya ni sabía dónde ponía los pies, pisando piorno azul en vez de poner el pie en las piedras. Y, como subía derecho, aquí caía y se hacía daño, y allá se encontraba ante un precipicio y tenía que dar la vuelta para buscar un paso nuevo. Cuando llegó a lo alto del Badador, era ya noche negra. «¡Qué he hecho, loco de mí que ya no podré ver a las cabras!» Y sin aliento para decir una palabra más, se dejó caer al suelo como muerto. Al cabo de un rato lo despertó un eco lejano. «Son mis compañeros que andan buscándome», pensó el señor de Llisquents; y aquel pensamiento le dio valor. Se pone a escuchar, y escucha que te escucharás, le pareció que aquel eco no era eco de cuernos de caza, sino de campanas. Mira aquí, mira allá, y ve una claridad borrosa abajo de todo de la montaña por la banda del naciente. Mirando, mirando, el señor de Llisquents notó que los ojos le crecían, le crecían hasta llenar las

cuenas, y se le volvían redondos y poderosos como los del mochuelo. Entonces vio que allá abajo, al pie de la montaña, había una abadía, y que andaban las monjas en procesión, y aquella era la claridad que había visto. Las campanas de la abadía doblaban a muerto, y las monjas, de dos en dos y con un cirio en la mano, cantaban responsos. El señor de Llisquents sintió frío en el alma y quiso cerrar los ojos, pero no pudo: los ojos le llenaban toda la cara y eran como dos cristales de linterna; entonces, asustado, quiere tapárselos con la mano y encuentra que, en vez de brazos, tenía dos alas negras y cubiertas de plumas, que hacían un rumor sordo, como de viento, cuando las movía... « ¡Ave María Purísima! » quiso gritar el señor de Llisquents, pero en vez de palabras le salió un silbido muy largo que rodó por toda la montaña. En seguida, las alas se le desplegaron y empezó a volar; vuela que volarás por medio de las tinieblas, no paró hasta el borde de unas gargantas que había sobre la abadía. Junto a las gargantas había una encina vieja, que tenía mil quinientos años, y sabe Dios cuántas cuartas de copa. Se paró en una rama de aquella encina y vio debajo de él el campanario, con las cañpanas que iban acá y allá tocando a muerto, y una fila de ventanitas que eran las de las celdas de las monjas. ¡Una de las ventanitas estaba abierta!, y se veía una camita blanca como papel de escribir, y en la camita una monjita con un crucifijo en las manos, y, en la cabecera, un fraile con una gran capucha blanca hasta los pies. La monjita se estaba muriendo y el fraile la ayudaba a bien morir y la procesión de las monjas le cantaba ya los responsos. El señor de Llisquents mira la cara de la monja, la mira bien, y ve que era la chiquilla que hacía años había tenido por compañía toda una noche. Entonces, el señor de Llisquents comprendió que lo que le pasaba era un castigo de Dios por el pecado que había cometido con la chiquita, y empieza a gritar desde lo alto de la encina: « ¡Perdón para mí Marialena de la Vall! ¡Perdón para mí, pecador! » pero quedó aterrorizado él mismo al oír que en vez de palabras de persona le salían otra vez silbidos tan fuertes que despertaban a toda la gente y a los animales que dormían en la montaña. Las monjitas que cantaban los responsos interrumpieron el canto para mirar hacia la encina y soltando los cirios salieron corriendo como locas; el fraile de la capucha blanca cayó de rodillas haciendo la señal de la cruz, y la monjita que estaba en las angustias de la muerte, volvió los ojos desorbitados hacia la ventana. Entonces vio sobre las ramas de la encina un pajarraco de color negro como las tinieblas, doble de grande que el águila del Evangelista, y con unos grandísimos ojos redondos que se encogían y se ensanchaban, resplandeciendo como dos fogones. El señor de Llisquents, al ver que ella lo miraba, volvió a decirle su arrepentimiento: « ¡Perdóname a mí, pecador, Marilena de la Vall! » y tiende

las dos alazas como pidiendo clemencia. Entonces, la monjita enferma, da un gran salto y une sus manos: «¡Oh, Dios Todopoderoso! ¡Esta es la voz del señor de Llisquents cuando me echó de su castillo! ¡Qué contenta estoy, porque como pajarraco nocturno me sacó de mi nido y como pajarraco nocturno lo veo antes de morir!...» Y, dicho esto, quedó muerta después de alentar tres veces. Al día siguiente, muy de mañana, he aquí que el señor de Llisquents abre los ojos y se ve tendido en medio de la llanura del Badador, con las ropas destrozadas y los pies cubiertos de sangre. Junto a él ve a un pastorcillo agachado y mirándolo, y por toda la ladera de la montaña oye subir ¡bim... bom... bim... bom...! unos grandes toques de campanas. El va y se levanta, y se pone a hablar con el pastorcillo, y, pregunta va, respuesta viene, el pastor que le dice que la noche antes ha habido un gran milagro. Ha muerto una monjita de la abadía de Cabrides tenida en fama de santidad, y todas las campanas de las parroquias y monasterios doblan por ella... «¡Ya ve si era santa! —dice el chiquillo—, el Mal Espíritu, no encontrándole pecado en vida, la quiso condenar a la hora de la muerte, y, con aspecto y plumaje de un búho, se puso en las ramas de la encina de las gargantas y silba que te silbarás, intentaba distraerla para que hiciera una mala confesión... Pero no se salió con la suya, y cuando vio que el alma de la monjita iba derecha al cielo, la armó tal que toda la montaña quedó llena de truenos, relámpagos y hedor de azufre... La encina de las gargantas ha quedado hecha astillas como una globularia negra, y el fraile blanco y las monjitas de la abadía aún están temblando después de haber visto con sus propios ojos a Lucifer en persona. ¡Dios nos libre de él, amén!» El señor de Llisquents preguntó al pastorcillo quién le había contado todo aquello, y el pastor le dijo que otro pastor que había dormido más abajo, y a este pastor se lo habían dicho las mismas monjas, e iba por el pueblo contando a todos el milagro. El señor de Llisquents no quiso saber más, y, arrepentido de todas sus culpas después de este aviso de Dios, bajó al castillo y dio cien libras de oro a cada uno de sus hombres, regala a la abadía de Cabrides todos sus bienes y los señoríos que le pertenecen y luego, con los mismos vestidos que llevaba el día de la cacería, pasó por los caminos que le habían enseñado las cabritillas y llegó hasta las gargantas, que la gente empezaba ya a llamar Gargantas del Búho, por lo que había pasado allí la noche aquella. Los rayos habían astillado toda la encina, tal como había dicho el pastor, y, en vez de las raíces, había un agujero, hondo, hondo que daba miedo. El señor de Llisquents lo tomó por casa, y aún hoy aquel agujero se llama la Cueva del Cazador, en memoria del señor de Llisquents, ya ve... Y, según cuentan las historias de los viejos, aquel pecador se convirtió en un penitente de tanta santidad y sabi-

duría, que el Santo Padre de Roma, cuando tenía un pleito muy complicado que resolver, le enviaba un propio con sus razones, y luego obraba según los consejos del penitente... Y aquí se acaba el cuento de las cabritillas; y fueron felices y comieron perdices, que dice Bal-diret.

Cuando el pastor dejó de hablar, Mila no recordaba ya lo de su boda con Matías ni nada triste que pudiera velar la placidez de sus recuerdos, y como al día siguiente habría otro cuento, y luego otro y después otro —porque la imaginación del pastor parecía eterna e inagotable como las olas del mar—, Mila acabó por perder de vista su propia vida mínima y esmirriada de modesto ser humano, para entrar de lleno en la vida fantástica de la montaña. Al conjuro de la fantasía pródiga y fogosa de su amigo, la mujer veía ensancharse los confines de los Roquedales hasta tener allí cabida el mundo entero, poblado constantemente de visiones, de sueños y de quimeras extraordinarias. De cada paraje, de cada roca, de cada matojo, se veía brotar una leyenda, y el sentido de lo maravilloso se despertó en ella como una nueva conciencia superior. Al mismo tiempo se le despertó una devoción extática por aquel hombrecillo que a fuerza de ingenio y de bondad la había hecho ascender hasta espacios serenos que jamás había conocido hasta entonces.

Un día, cuando él acababa de hablar, ella, mirándolo con mirada rendida, y resumiendo en cuatro palabras toda su admiración, le preguntó:

—¿Cómo te las arreglas, pastor, para saber tantas cosas?

El pastor sonrió sencillamente.

—Yo no hago nada por saber nada, ermitaña.

—¿Quién te ha enseñado, pues, todos estos cuentos?

El pastor se echó el gorro atrás, y la palidez de su frente, preñada de pensamientos, pareció iluminarse con una especie de resplandor.

—Unas, las más pequeñas —respondió con lentitud—, me las contaron los abuelos de Sant Ponç; las otras... Nuestro Señor...

Y, como viera que la mujer seguía mirándolo sin pestañear, aclaró la misteriosa respuesta:

—Cuando veo un paraje nuevo en la montaña, me siento muy solo y me lo miro bien, bien, durante un rato; y, al mirarlo, siento un calor en la boca del corazón, y poco a poco ese calor me va subiendo arriba, arriba como una humareda, y me llena la cabeza y me hace rumiar, rumiar... Y como si una voz me las fuera diciendo, me vienen a la cabeza todas las cosas que deben de haber pasado en estos parajes... Y por eso digo yo que me las cuenta Nuestro Señor, porque, dígame si no: ¿puede ser otra voz y no la de Nuestro Señor, la que un hombre siente aquí mientras va rumiando?

Y en los ojos serenos del pastor resplandeció la firmeza de una santa convicción enteramente inocente de vanidad, mientras Mila notaba que, ante la altura de aquel hombre, ella se humillaba hasta el polvo de la tierra.

## Capítulo XIII

### EL CIMALT

Había llegado el momento en que el pastor dejaba la ermita para pasar la invernada en la masía de Sant Ponç, en el corral grande, a cobijo del inmenso mojón granítico de la Nina Brava. Conociendo por ciencia y experiencia que él era el alma de aquella casa y que, estando él fuera, la mujer quedaría a merced de las desgracias que la acechaban, había procurado retrasar la bajada lo más posible, pero ya no podía esperar más. Se le venía encima la época de las lluvias, y ya más de un día el ronroneo constante le había impedido sacar el ganado, obligándolo a él a pasar las horas muertas en la cocina, haciendo cualquier fruslería o hablando con los cabreros de Murons y de Ridorta, que también habían tenido que refugiarse allí con los animales a medio pasto. En Sant Ponç ya se le habían quejado alguna vez porque tardaba, diciendo que Baldiret se retrasaba en sus estudios, pero, en realidad, lo que sentían era la mengua de abono que aquel retraso representaba para el huerto. Y hasta el Ànima, aquella alimaña del Ànima, un día que se dio de cara con la Marieta del mas en los pedregales de la Calavera, y el camino los obligó a ir juntos un rato, se atrevió a decir que no esperaran al pastor en todo el invierno, pues tenía mucho que hacer en la ermita, ahora que Matías estaba fuera y nadie le molestaba. Marieta se lo contó al pastor, insistiendo en la maldad del Ànima, y éste, pese a haber respondido a la joven con una risa tranquila y divertida, se había dicho a sí mismo resueltamente que era ya hora de dejar la ermita de una vez. Aquella misma tarde se lo dijo a Mila. Estaban los tres, él, Mila y el niño,

en la cocina, cara al hogar. Matías aún no había subido, o, lo que era más seguro, no iba a subir ya.

El pastor acababa de avivar la llama naciente con tres o cuatro ramas secas e, inclinado aún para asegurarlas, se volvió a medias hacia la mujer.

—Bueno, ermitaña, tendré que ir trayendo leña antes de marchar... Mañana mismo el pequeño y yo llenaremos la leñera ¿has oído, chico?

La mujer se volvió vivamente.

—¿Queréis iros ya?

El pastor aplastó los matojos con la palma de la mano.

—Hoy es sábado ¿no?... Pues ahí por... mediada la semana que viene...

Había querido decir el lunes o el martes, pero no se atrevió. Mila sintió un aliento cálido en las mejillas, y se limitó a murmurar:

—¿Ah, sí? —pero, acto seguido, sus ojos se llenaron de agua. En la oscuridad llena de resplandores, al pastor le pareció que se pasaba disimuladamente el dedo por el lagrimal, y volvió la cara hacia el otro lado para no tener la seguridad total.

Baldiret recortaba con todo cuidado los dibujos de un pliego de aleyuas que le había dado el cura, y sólo estaba para su trabajo.

La mujer silabeó con voz confusa:

—¿Y qué voy a hacer ahora yo aquí, tan sola?...

El pastor volvió a remover los matojos, y estos empezaron a crujir como papel restregado. Como no contestase, la mujer se quedó con la duda de si la habría oído. Al cabo de un momento, volvió a decir en el mismo tono:

—Me habías prometido que subiríamos al Cimalt...

Esta vez el pastor la oyó perfectamente.

—¡Claro que subiremos, si Dios quiere! ¡No faltaría más, que se quedase sin ver la cumbre! Desde lo alto, donde está la cruz, se ve medio mundo...

—Pues si vas allá...

—Tenemos tiempo aún... Y para ir necesitamos más de un día... Piénselo. ¿Qué le parece?

—Por mí, sí. ¡Para lo que tengo que hacer aquí!...

—Mañana toca misa... ¿Y si fuésemos el lunes?

El domingo llovisqueó, y Mila se sintió durante todo el día presa de un temor extraño, pero al caer la tarde se serenó el cielo y el pastor prometió buen tiempo para el día siguiente. Se levantaron antes del alba, y la luna se veía en la frialdad azul como una uña blanca.

Mila había pasado la noche con fiebre y un leve desvarío que

la privaba de saber si soñaba o si discurría normalmente, y le había dejado una especie de azoramiento sobrecogedor. Mientras hacía rebanadas de una hogaza negruzca que había sobre la mesa, el pastor aconsejó a la mujer que fuera bien abrigada porque la madrugada iba a ser fresca como una hoja de daga.

Baldiret, con las manos en los bolsillos y la cabeza hundida en los hombros, estaba acurrucado junto al fuego, bostezando hasta descoyuntarse las quijadas. Aquel día quedaba dueño de la ermita y de cuanto allí había, pues como Matías también estaba fuera y él había ido ya muchas veces al Cimalt, lo dejaban para que cuidara de los animales y empezara a sacarlos si a la hora de pastar no habían regresado aún Mila y el pastor.

Las estrellas se habían fundido todas cuando éstos dejaron la ermita, bajando por los yermos hacia los primeros pinares.

Detrás de ellos se oían los ladridos del Mussol, exasperado al no poder seguir al pastor, y una voz tierna e insistente que, desde la terraza les gritaba: «¡Adiós!... ¡Adiós!...» entre los ecos sarcásticos de las Llufes.

El pastor había acertado: hacía un frío intenso, acentuado al romper el alba. Aún no había nevado, pero la escarcha blanqueaba el suelo y parecía que fueran pisando trozos de cristal. A los cinco minutos de haber perdido de vista los tejados, a Mila le dolían los dedos de frío y, como Baldiret, avanzaba con el cuello entre los hombros. Se acercaban al Bram, y el fragor del torrente, regolfando por la cueva y rebotando luego de peñasco en peñasco, llevaba hasta lo lejos el jadeo de la montaña.

Cuando estuvieron cerca, aquel fragor, centuplicado por las ilusiones hiperacústicas de la noche, impresionó a Mila de tal modo que, asustada, se pegó al pastor.

Iba éste callado y presa de sabe Dios qué pensamientos; al sentir a la mujer contra su brazo, volvió la cabeza, y la iniciada sonrisa se le borró en los inciertos resplandores del alba.

—Qué bueno es andar por el mundo a estas horas ¿no? —dijo con voz suave, y, sin esperar respuesta, volvió a mirar fijamente hacia delante.

Mila sintió entonces lo que ya muchas otras veces había sentido: que mientras estaba cerca y percibía fuertemente la presencia de aquel hombre, él, llevado por las alas de pensamientos misteriosos se ausentaba de ella, olvidándola enteramente.

Semejante revelación, que siempre le resultaba nueva y le causaba la misma sorpresa, la hacía apartarse del pastor con una especie de vergonzosa pudibundez. Lo mismo le ocurrió esta vez. Atravesaban los pinares de la doble vertiente para tomar un senderillo de cabras

que seguía por los repechos intrincados del Roquedal Alto. La mujer dejó que él fuera delante, avanzando entre la semioscuridad desteñida, y lo fue siguiendo unos pasos atrás.

Las primeras claridades del día empezaban a caer imperceptiblemente como una polvareda suavísima, y su misma vaguedad, más que las tinieblas, llenaba el bosque de sospechas y recelos. Los términos y las proporciones se confundían y todo tomaba apariencias mágicas, como en los cuentos del pastor. Mila, mientras avanzaba maquinalmente, iba mirando a un lado y otro, cada vez más a menudo, sintiendo que en el fondo de su ser se desvelaba un miedo ilógico, que ya la había martirizado intensamente de pequeña. Unas veces la sorprendía la sensación de que andaba sin tocar con los pies en el suelo, otras le parecía que de cada repliegue de las rocas, de cada matorral, iba a salir una blanca mano huesuda para tirarle de la falda; y los pinos, aquellos pinos de siluetas fantásticas y borrosas que dejaban grandes claros de vez en cuando para agruparse densamente aquí y allá, adoptaban a sus ojos el aspecto de apariciones protervas que, inmóviles y acechantes, esperaban que ella pasara para juntarse todas y correr tras ella con intenciones malignas. Y, entonces, sentía ganas de salir corriendo también bosque adentro, hacia no sabía dónde... Así anduvo un buen rato hasta que, de improviso, la uña despojada de una rama de brezo le desgarró el delantal, y, entonces, el impulso fue tan enloquecido que, incapaz de contenerse, lanzó un chillido, precipitándose torpemente hacia el pastor. Este se volvió como movido por un resorte y se quedó bruscamente parado.

—¿Qué le pasa, ermitaña?

Su voz sonaba alterada por la fuerte impresión.

—¡Ay! No sé... No sé... nada... Una tontería —y la mujer, avergonzada de su temor, enrojeció bajo la mirada del pastor.

Éste se tranquilizó repentinamente.

—Los brezos ¿no?... Y yo que me pensaba sabe Dios qué, con ese chillido... ¡Veo que no ha mejorado mucho la enfermedad, ermitaña! ¡Hay que ver qué quejica es...!

Y como arrepintiéndose de haberla tenido olvidada tanto tiempo, no se apartó ya de su lado. A causa de la estrechez de los senderos sus cuerpos se rozaban a veces, y en el frescor seco de la mañana la mujer creía sentir el calor del contacto y un estremecimiento deleitoso movía sus hombros ceñidos por el chal. Caminaban en silencio, lanzando a cada paso por la boca y la nariz humaredas blancas que, como desgarrones de niebla, vagaban ante sus caras, y el único rumor que oían era el roce de sus pies sobre la escarcha.

Iban dejando la espesura del bosque, y el desfiladero, ya estrecho de por sí, se hacía más angosto a medida que se iban aclarando los

pinos, acanalándose como el surco divisorio de dos pechos entre las ásperas vertientes del de los Roquedales gemelos. Se erguían éstos a cada lado, imponentes como muros ciclópeos, y parecía que se fueran acercando con el deseo de unirse y aplastar entre ellos aquellos dos bultos humanos que se atrevían a turbar su reposo a aquellas horas inadecuadas.

Mila, de nuevo inquietada por una extraña sensación de ahogo, clavaba los ojos en los retoños florecidos de las márgenes, y seguía subiendo, arriba, arriba, hasta encontrar el velo turbio del firmamento. Rozando aquella sesga de seda unida y sin lustre aún, percibió, bruscamente, algo así como una fosforescencia sonora, un cuchicheo continuo y movedizo que parecía suspendido en el aire, planeando ligeramente sobre la collada de Sant Ponç y sin fuerza para aplomarse quebrada abajo.

—Es la Pajarera —dijo el pastor mostrándole la altura con un alzar de párpados—. Ahora y a última hora, si la pillaran allá arriba, los pájaros le arrancarían los ojos. Son miles y miles... No se lo puede imaginar... Desde aquí se lanzan contra los graneros de la llanura y no dejan nada que lo valga...

Un poco más abajo de la Pajarera, el muro de la derecha se quebraba como cortado a tijeras, y dos crestas dentadas surgían atrevidamente como dos grandes garras embrionarias.

—¿Qué es eso? —preguntó Mila al verlas.

—Los Peines. Estos dos son los grandes, y al otro lado de la collada está el pequeño. Desde la cadena del Bandador se ven los tres alineados, y por eso a la garganta que hay debajo le llaman la Garganta de los Tres Peines. En tiempo de los moros dicen que eran de plata y que las encantadas los mojaban en las aguas muertas de la garganta y con ellos peinaban luego a quienes no querían bien para que, en plena juventud, se les quedara el pelo blanco como el cáñamo.

El pastor, sin ganas de hablar, no alargaba las explicaciones, y volvían a caminar en silencio hasta que un nuevo accidente del paisaje desvelaba de nuevo la curiosidad en Mila.

Hasta entonces, la cárcava se había ido cerrando y al llegar debajo mismo de los Peines, el pastor y Mila se encontraron en el lugar más abrupto. Las paredes se abrían en forma de V, y las paredes de gruesas costras que salían unas de otras como una granazón pétreo en la piel escamosa de un gran monstruo, chorreaban agua como si acabara de caer un chaparrón, y relucían las rocas cenicientas, como los azules nacientes del cielo que reflejaban apagadamente. Arriba, reventaba el día, y su claridad parecía oscurecer aún más lo sombrío de la collada.

—¡Qué miedo da esto! —murmuró Mila siguiéndolo todo con la mirada y apretando los brazos contra el cuerpo.

—Estamos en lo más hondo del desfiladero de los Rayos. Si hay alguien que la quiera mal, no se le ocurra pasar por aquí... Una piedra que tiraran desde los Peines lo dejaría a uno plano como una hostia. Hace ya tiempo que yo no paso por aquí con el rebaño... No hay que fiarse...

Y una súbita seriedad arrugó la frente del pastor. Mila, ahora, viéndolo en aquella oscuridad, examinó de cerca las facciones del hombre y encontró en él algo extraño y como sobrepuesto: una expresión que le era desconocida. Un temor atravesó su corazón. ¿Y si fuera él mismo aquel de quien hablaba antes, y se volviera de repente contra ella? La mujer notó que se ponía pálida, y se detuvo en seco. El pastor, creyendo que lo hacía por la estrechez del camino, la rebasó tranquilamente. La capa roja, plegada y atravesada a los hombros, le tapaba el cuello y la espalda hasta el codo, y el zurrón hinchado, oculto bajo el chaleco, formaba como una joroba. La mujer clavó largamente en aquella espalda las pupilas, dilatadas aún por el espanto. No: el pastor no la quería mal; ella estaba tan segura como de su misma vida; pero... —y la sospecha tomó un camino desviado para desvelar de nuevo la inquietud— pero... los hombres, hasta sin ser malos, tienen locuras que a veces les hacen caer, que se apoderan de ellos y traspasan todas sus intenciones y les vuelven la consciencia del revés. Dice el refrán que la ocasión hace al ladrón, y ellos, en aquel momento, estaban en un abismo, lejos de la vista y el oído de cualquier persona; sólo Dios sabía que estaban en aquel lugar y podía ser el único testigo de sus actos; pero quien tiene arrebatos, no se acuerda de esconderse de Dios; piensa sólo en los hombres...

Y Mila, estremecida por un prolongado escalofrío, recordó, en la tiniebla helada del Paso de los Rayos, aquella mirada cálida, devota, infinita, que borró allá, en el corral, en la mañana del desastre, el rojo de los labios de Arnau de Sant Ponç, cortando la corriente de atracción que se había establecido entre el muchacho y la mujer. Aquella mirada parecía una revelación, una promesa... ¿Qué tendría de extraño, pues que...? Y la mujer, con la sangre helada, admitió la posibilidad de aquella ocurrencia pavorosa.

Fue un nuevo minuto de terror instintivo. Pero, de repente, como si abrieran la puerta de un sarao en plena noche, todo lo que la rodeaba se llenó de resplandores que la deslumbraron, y una turbulencia sonora la ensordecía. De pronto vio claro en el fondo de su alma y sintió sin sombra de duda o de misterio que si hubiera ocurrido u ocurriera *aquello*, ella, vencida, rendida antes de luchar, no hallaría en su seno un impulso de revuelta o de defensa. No: si él, hombre sabio y bueno, allá en la tranquilidad serena de las cimas, o aquí, en la oscuridad tentadora de las profundidades, se hubiera acercado a ella

y la hubiera tomado en sus brazos, tal como tomaba al corderillo apenas salido de las entrañas de la oveja, ella no habría tenido temple para gritar, no habría tratado de huir, no habría encontrado una palabra de rechazo o un aliento de despecho... No, no: ella se habría dejado tomar mansamente, alegremente, se habría dejado apretar contra aquel pecho protector y, aniquilada en la delicia de las delicias, habría dado de buen grado al amigo la claridad de sus pupilas, el ardor de sus labios, la ventura sobrante de su corazón... Y con la mirada nublada por el deliquio del sueño, la mujer saboreó la dulzura del amoroso abrazo y se sintió arrebatada hacia las cumbres de misterio que visitaba él solo cuando su alma se ausentaba de la tierra.

El pastor se volvió repentinamente.

—¡Vaya por Dios! ¿Es que se rinde ya?

Mila, caminando maquinalmente, se iba quedando atrás y acabó por detenerse de nuevo. Las palabras del hombre la sobresaltaron como un inesperado disparo. Trató de sonreír, y contempló al pastor con la mirada atónita con que se mira lo incomprensible, lo que está fuera de lo natural.

Allá, a una docena de pasos, estaba él, esperándola, parado con su aire tranquilo y sereno de costumbre, y con la eterna sonrisa vagando sobre sus labios.

La mujer se vio amargamente ridícula a sus propios ojos. ¡¿Tener él una mala idea?! ¡¿Tratar él de tomarla con la avidez loca del deseo o con la fortaleza osada de una gran voluntad?! ¡Qué tontería!... Y la evidencia de aquella nueva decepción azotó vergonzosamente su rostro como un sarcasmo. Se sentía bella, sabrosa, codiciable por los hombres; las fieras viciosas de la romería primero, los grupos ciudadanos de cazadores después, y a toda hora la plenitud anhelante de su alma se lo habían demostrado. Pues, si era así, ¿por qué no la codiciaban también, por qué no la mordían como fruta dulce y madura, en sazón, aquellos dos hombres —Matías y el pastor— a quienes ella había querido hacer don generoso de sí misma? Matías la tenía como se tienen las cosas habituales: sin ningún encanto, sin ninguna sorpresa, sin ningún sentimiento: ni una chispa del rescoldo sagrado había podido prender en aquella alma fría para animarla y hacer brotar en ella la llama enajenante. ¿Y el pastor? El pastor no la tenía, ni querría tenerla de ninguna manera. Tanto antes como después del desastre, había sido para ella lo mismo que para la joven de la masía, que para Baldiret y hasta para los propios animales del rebaño: una especie de providencia benefactora que lo amparaba todo por igual, sin distinciones ni preferencias.

De repente, aquella providencia tocó el brazo de la mujer, que, sorprendida en sus meditaciones, dio un salto atrás.

—¡Siempre se asusta, mujer! Ni que estuviera hecha de azogue...  
¡Ay, estos nervios, estos nervios, ermitaña!...

Y el pastor la amenazó cariñosamente con su mano coriácea.

—Iba distraída —confesó la mujer.

—¡Eso, seguro! ¡No hace falta que lo jure! Y tiene una manera de ir distraída, que nunca ve nada. Quería decirle sólo que ahora ya podemos hablar. Mientras se va por lugares escondidos y a oscuras, prefiero mover los ojos en vez de mover la lengua. Uno sabe todo lo que por la montaña puede haber, ¿me entiende? Ahora, cuando uno puede tender la vista, ya es otra cosa.

Entonces, Mila se dio cuenta de dos cosas que le habían pasado inadvertidas: una, que ya era día claro; la otra, que estaban a punto de salir de la collada de Sant Ponç. Veinte pasos más allá, el muralde de la derecha caía casi a plomo y la collada desaparecía súbitamente como una calle que se acaba. Llenaba el vacío un paño de cielo claro y liso como la luna de un armario y desde lo alto del pico, rematándolo, se levantaba un peñascal solitario y airoso como la torre vigía de un castillo medieval.

—Parece el Mojón de los Moros —dijo Mila, indicándolo.

—¡Hay no poca diferencia, ermitaña! —le respondió el pastor—. El Mojón es un granito de maíz frente al Judío de Pom-Xisqueny... Esto puede tener una altura como dos campanarios de la ermita, y, colocado allá arriba, un hombre no tiene más tamaño que un mosquito... Subí todo derecho hasta ahí hace años y estuve a punto de palmarla. ¡Qué cosa más empinada!

Fuera de la collada, toda amplitud risueña del espacio se volvía contra la montaña, amasando dulcemente subidas y precipicios y dando a los últimos términos transparencia y coloraciones irisadas de cristal veneciano.

—¡Oh! ¡Qué hermosa es la claridad! —pensó la mujer, sintiendo que el corazón se le expandía como el espacio, y como él se liberaba repentinamente de la inquietud destructora que provoca la oscuridad. Levantó la cabeza, serenada ya de ideas venenosas, y respiró a boca llena el fresco resplandor que la cercaba. El aire de la mañana, cortante como una hoja de afeitar en aquellas cimas, la embistió de frente, con franca topada de amigo, y se amoldó a su rostro como una máscara de metal.

El pastor se detuvo apoyándose en el cayado de almezo.

—Ya ve, ¡qué regalo de día, ermitaña! ¡Ni un velo de niebla en la tierra, ni un grumo de nube por el cielo adelante! ¡No podíamos encontrar otro mejor, como hay cielo!... Desde arriba vamos a ver hasta el fin del mundo... —y, atraído, fascinado, paseó de un extremo a otro la mirada, con la majestad con que un rey pasea la púrpura.

—Nunca dirías lo que me pasa, cuando subo tan alto —dijo de repente la mujer, cerrando los párpados y echando atrás la cabeza.

—¡Yo qué sé, Madre de Dios, yo qué sé! —dijo el pastor, bromeando—. Dicen que a las mujeres siempre les pasan cosas raras.

—Sí, es raro lo que me pasa... Mira: los ojos se me empañan, y me parece que el cielo da vueltas como una rueda de molino, con lo de arriba para abajo; y cuando lo veo debajo de mí, como en una balsa de agua, me dan ganas de dejarme ir y hundirme toda en el cielo...

El pastor la miró sorprendido.

—¡También a mí me ocurre algo así, ya ve! Sólo que yo no siento ningún deseo de ir cabeza abajo, como una piedra, sino hacia arriba, como los pajarrillos de Nuestro Señor.

Y volvió a caminar al sesgo por la montaña sin camino, subiendo siempre, buscando, como las cabras, el camino mejor entre los tomillos y los matorrales, tan llenos de escarcha que se habría dicho que estaban espolvoreados de azúcar. De vez en cuando se volvía para animar a su compañera.

—¡Qué! ¿Le gusta, ermitaña? No pierda la paciencia, que pronto vamos a llegar a un buen mirador.

—No me canso, pastor... ¡Si estoy como si acabara de salir de casa! ¡Esto son como escalones, y este aire, que la anima a una a subir!...

Y, en efecto, la mujer animada como un soldado que marcha tras la bandera, subía con ímpetu, sintiendo en el pecho el calorcillo dulce del nido, que le hacía aún más grato el vivo frescor de la atmósfera.

A su paso, los matorrales removidos dejaban caer los dedales vacíos de las bugallas, y las ramas del tomillo, aún floridas, rociaban las faldas espolvoreándolas con los cristalillos de escarcha que los cubrían.

La mujer recordó entonces la primera subida a la montaña, con Matías: aquella subida tan triste, tan fatigosa, tan cuajada de turbios presagios en medio de la tranquilidad real de su vida hasta entonces. ¡Qué diferencia entre aquella subida y la de ahora, tan agradable, tan rejuvenecedora en plena crudeza invernal, en plena pobreza y desventura matrimonial! En pocos meses todo se había hundido a su alrededor, había huido de ella cualquier cosa que pudiera causarle alegría, y, pese a ello, sólo ahora empezaba a sentirse animada y segura sobre la tierra, agarrada fuertemente a algo que, queriéndolo o no, la mantenía a flor de agua, sin dejarla hundirse al fondo con todo lo demás.— ¡Oh! ¡Lo que son las buenas compañías! —pensaba la mujer mientras sus ojos acariciaban de nuevo, pero ahora sin turbulencias insanas, aquella espalda combada que avanzaba ante ella. El pastor detuvo el paso de nuevo.

---

— ¡Mire el Anap d'el Rei! —e indicó montaña abajo con un gesto seguro de guía que se sabe de memoria los parajes por donde anda.

— ¡Dios mío! ¡Parece un cucurucho! —exclamó Mila, admirada...— ¡Calla! ¿No es la Nina Blava, aquello? ¡Y la masía, y el Puente... y...!

— ¡Eso es! Y Rocapera y la Cadireta del Penjat, y el Bau de les Olives... Todo lo que hay por el camino de Murons...

— ¡Tanto espacio que hay de una cosa a otra, cuando se va a pie, y aquí parece todo tan cerca!...

Efectivamente, En el fondo de aquella especie de embudo que formaba la hondonada de unión de los tres Roquedales, se veía, amontonado todo como los restos del poso en un colador, una maravilla de paisaje de Nacimiento, lleno de quebradas, de caminillos, de lomas y de modestas bellezas sobrepuestas por la mano del hombre, como en la preparación y búsqueda de una buena perspectiva.

— ¿Ve aquella especie de pelota de color rosa que parece que va rodando contra el Bau? Es Rocapera. Si pusiera la oreja en el suelo cuando cambia el tiempo, podría oír bramar dentro de él como una mala bestia que estuviera muy furiosa...

— ¿Y qué es?

— ¡Sabe Dios, ermitaña! Los que saben, dicen que toda la montaña está llena de cavernas y agujeros como un hormiguero, pero en grande, y que ese rumor es el del mar, que ruge a muchas horas de aquí...

Satisfecha Mila de contemplar el paisaje desde aquel hermoso mirador, volvieron a ponerse en marcha por el escarpe de la pendiente, haciendo zig-zags, ahora adelante, luego como si volvieran sobre sus pasos, pero subiendo, subiendo siempre. Y, a medida que subían, los Roquedales crecían y se ensanchaban, descubriendo a cada paso, ante la mujer llena de curiosidad, todos los lugares que le habían hecho conocer los cuentos del pastor. Quizá no eran aquellos lugares todo lo hermosos e imponentes que la palabra magnificadora del hombre le había hecho creer, pero era tan claro el día, tan vivificante la hora, y la ascensión tan distraída y placentera, que Mila todo lo encontraba maravilloso.

En uno de los retrocesos hacia levante apareció ante ella de pronto, justo debajo, como una gran capa tendida de terciopelo verde con el vuelo en la falda de la montaña, y ciñéndola más allá, hacia una semiesfera plomiza que parecía hacerle de valona y que acababa a su vez en una franja rojiza y corta que se habría dicho que era la tira del cuello.

— ¿Conoce eso? —preguntó el pastor, indicando algo. La mujer clavó la mirada.

—¡Es la ermita! —y con una alegría de niño—: ¡Qué menudita, qué limpia, qué hermosa!... ¡Mira la terraza! ¡Y el tejadillo de la cocina... y el campanario, estirado y blanco como un pescuezo de oca... y la solana, y los pinares!... ¿Cuáles son aquellos tan espesos, los primeros, o los segundos?

—¡Los primeros, mujer! ¿No ve la cabeza del dragón del Bram, sacando el morro entre ellos?

—¡Ya, ya lo veo! Hasta oigo el rumor... —se volvió decidida hacia el pastor—: ¿Por qué no me trajiste antes? Es el mejor trozo de la montaña...

—¿No se ha fijado quizá en aquellas manchas de matojos quemados y sin una hoja? Los cabreros de Murons plantan fuego para tener brotes tiernos en primavera, y ahora los animales no encuentran más que ceniza ¡Buena comida para ellos! Por eso voy yo siempre hacia el otro lado. Aquello es más tranquilo, y nadie va allá como a la guerra, a prender fuego...

Mila seguía mirando con fijeza la ermita.

—¿Qué estará haciendo ahora el pequeño? —preguntó a media voz.

—Ordeñando, para almorzar —respondió el hombre; pero, corriéndose en seguida, añadió—: ...o haciéndose una tostada al fuego... Veo un poco de humo saliendo por la chimenea...

Y los dos, él y ella, enternecidos repentinamente por el afecto común, vieron con los ojos de la voluntad a la criatura amada que por primera vez, y movidos quizá por un inconfesado deseo de encontrarse a solas, habían dejado sin pesar.

En efecto: durante las largas y erráticas paseatas de su revivir, tan llenas para la mujer de encanto recóndito y de ansias de intimidad, la presencia de Baldiret le había resultado más de una vez molesta por sus irrupciones intempestivas, sus gritos atronadores y su ir y venir constante. Sin haber menguado en absoluto, su delirio por el chiquillo no era tan absorbente y único desde hacía un tiempo, como si en ella volvieran a dominar los sentimientos de la mujer sobre los de la madre; y, sin decírselo siquiera, más de una vez había tenido la esperanza de una de aquellas huidas de todo y de todos con las que sueñan eternamente los enamorados, con doblada razón cuando el instinto, si no el cálculo preciso, parecían sugerirle que sólo por aquel camino llegaría quizá a fundirse el hielo de la indiferencia o de la reserva impenetrable, convirtiéndose en algo importantísimo para su vida, en algo irrevocable. Pero el curso de los hechos no es nunca el que les señala la fantasía de los hombres, y ahora lo veía ella muy bien. Ya había llegado a la huida a solas, al dulce aislamiento con el ser querido, y, pese a sus temores y prejuicios, no había ocurrido nada,

no había tenido lugar ninguna enormidad. Fuera del momento tenebroso del Paso de los Rayos, cuando la dominaron turbaciones y desfallecimientos que, ahora, a pleno sol, la avergonzaban, el paseo de aquella mañana le parecía igual a todos los otros, quizá más tranquilo, más inocente, más desprovisto de emotividades ocultadizas. ¡Sí, aquello era lo cierto! pero, así y todo, ¿de dónde la venía aquella alegría plena de vida que endomingaba su corazón hoy más que nunca?

El pastor pareció darle la respuesta. Cansado de verla parada y como abstraída, mirando la ermita a vista de pájaro, dio una sonora palmetada, como para despertarla, y dijo:

—¿Qué? ¿Despertamos, ermitaña? Se ha quedado tan pensativa mirando su casita que hasta me duele sacarla de esa quietud. Pero, ya ve, el sol corre tan rápido como un ciempiés, y nosotros, así, con las paradas que vamos haciendo, no vamos a llegar nunca al final.

—Tienes razón. Vamos, vamos... y, cada vez que me pare, me puedes dar un buen pellizco. ¡Es que me encanta esta montaña tan bonita!...

—¿No se lo decía yo, cuando andaba tan preocupada y llena de miedo, que todo lo encontraba peor que un pecado mortal? Las cosas hay que pensarlas bien, antes de hacer barbaridades...

—¿Qué le vamos a hacer, pastor, si yo no tengo tu tranquilidad? —respondió rápidamente la mujer, con una animación súbita que a ella misma le hizo gracia.

También se la hizo al pastor, que exclamó sonriente:

—¡Así me gusta verla, mujer, y no con el pico bajo el ala, como antes! ¡Alabado sea Dios, que le ha quitado el embrujo de una vez!

—Gracias a ti, pastor —dijo ella, seria de nuevo.

—¡Justamente a mí! No me haga reír... ¡En todo caso, a San Poncio glorioso!...

—Deja estar a San Poncio, que hace tanto caso de mí como de nada. Tú, tú solo has hecho el milagro con tus historias, que le dan la vuelta a todo y lo muestran por el lado más bonito... Sin ti, estaría ya muerta, en esta montaña; estaría ya haciendo compañía a la ermitaña vieja bajo la losa de la placita.

El pastor no respondió, porque vio a cuatro pasos a un joven que trepaba por el escarpe, muy cabizbajo, con una vara de sauce en la mano derecha, y balanceando la izquierda como un péndulo. Tras él, un rebaño de cabras, con la cara avispada y la barbita inquieta, hacían diabluras dispersas por el canchal.

Cuando se cruzaron:

—¡Hola, chico!...

—Buenos días, Gaietá...

—Madrugas mucho...

—¡Qué le vamos a hacer!... Estas brujas acabarían comiéndome a mí...

—¡Para eso nacieron!... ¡No te canses!

—Adiós, Gaietá, y la compañía...

Y se alejó cansinamente, canturreando.

—¡Cómo me habría gustado ser pastor! —dijo entonces Mila.

—¿Como éstos? —exclamó el hombre con desdén—. Pandilla de gandules que lo único que quieren es no dar golpe... ¡Ya les daría yo!... Pena me da el verlos al sol en el invierno, a la sombra en verano, tumbados por ahí, sin una idea en la mollera ni voluntad para nada. A los pobres animales los matan de hambre o de hartos, y luego los tratan a pedradas... Y todo gandulería ¿sabe?... ¡Que se pierda la juventud así!... ¡Como si no pasara nunca!...

Y el rostro del pastor, siempre apacible, se puso serio, con expresión severa.

Y volvían a ver, un poco más arriba y yendo hacia poniente, el Anap del Rei, un poco cambiado de aspecto, pero siempre hundido como un embudo y con su paisaje adornadito, de belén, al fondo. Y volvieron a ver también los Tres Peines que, apartados y un poco por debajo de donde ahora estaban ellos, cortaban el azul del cielo, y luego la garganta del Paso de los Rayos, como una gran cuchillada que hendía el roquedal a los pies mismos del altivo Judío de Pom-Xiscleny, y, tras todo esto, empezaron a descubrir remotas turbulencias polícromas y que no eran otra cosa que las difuminadas tierras de la llanura.

Entonces, Mila se detuvo un momento para preguntar:

—Oye, pastor ¿no hay otro camino para ir arriba, aparte del que tomamos?

—¡Claro que sí! Los que quiera. Toda la montaña es camino y puede coger el que más le guste.

—¿Sin pasar por el Paso de los Rayos?

—¡Ah, eso no! ¡A no ser que tire por lo derecho, pero eso no es camino para piernas de mujer; o por el Ojo de Corberes... Vamos a ver, quiero decir ese alto que queda a levante, al otro lado del Roquedal...

—¿Sí? Pues bajemos por allá, a la vuelta...

—Si tiene fuerzas ¿por qué no? Pero es un camino empinado como una pared, y no tiene gran vista...

—Es igual, también me gustará.

El pastor se echó a reír.

—Ya le veo la intención, ya... Quiere aprenderse toda la montaña...

—Eso es, eso es, pastor...

—Pues, bien... Volveremos por allí... Tiene aguante usted y quizá le gusten también los deslizaderos de la Calavera.

Mila había salido con la suya. No quería volver a pasar por el Paso de los Rayos, lo único desagradable de aquella esplendorosa paseata.

¿Qué le importaba destrozarse los pies mientras no volviera a enturbiársele el bienestar con pensamientos angustiosos de mujer descaminada, que eran su vergüenza y su tortura?

Y siguieron subiendo, siempre trazando ángulos agudos, de levante a poniente. Ya las miradas de la mujer, codiciosas de horizontes, empezaban a dominar la cadena del Roquedal Mediano; ya la atravesaban, vislumbrando al otro lado la amplia línea de la llanura; ya veía hundirse la Volva en la montaña, como un bólido inmenso caído del cielo; ya disminuía poco a poco, hasta parecer un cabezo insignificante, el Roquedal Pequeño, con su Planell de la Fita pelado como una cicatriz enmedio; ya el sol, de un amarillo de oro puro, golpeaba sobre aquella columnata espesa, rascada en la desmochadura de la cantera que tenían enfrente, y que el pastor llamaba el Órgano, por la disposición de sus rebabas verticales, que recordaban confusamente la de los caños de un órgano de iglesia; ya, en fin, la mujer dominaba, sin obstáculo visible, las nueve décimas partes del espacio, cuando el pastor, que iba un poco adelantado, después de detenerse y mirar atentamente hacia un punto concreto, le hizo señal para que tampoco ella avanzara más.

Mila obedeció, observando con sorpresa cómo el pastor buscaba desesperadamente algo, y, después de coger una piedra como una pelotita, compuso la actitud intrépida y grácil del hondero, hendiendo vertiginosamente los aires con un diestro giro de su brazo derecho. La piedra partió como una bala, y del punto donde fue a dar se alzó cosa de tres palmos algo que cayó en seguida. Todo esto pasó en menos tiempo que el que se emplea para contarlo, y cuando Mila se dio cuenta, ya el pastor, agitando su brazo estirado, le mostraba un animalito peludo que tenía prisionero.

—Le digo que hoy tenemos a los ángeles de nuestra parte... Mire qué maravilla de liebre acabo de atrapar. Está a punto de muda y va a resultar más tierna que una hoja de lechuga.

Sujeto por las frías orejas, la cabezota hendida y lleno de sangre y traspasándole la piel los estremecimientos, el animal agitaba con esguinces pronunciados las patas de detrás. Un soplo de aire pasó rápidamente, abriéndole crenchas y redondeles en el pelo, largo como de una pulgada y más leve y fino que la borrilla del viento en los caminos. El pastor lo golpeó contra el suelo tres o cuatro veces para rematarlo, y explicó a la mujer, admirada de la sencillez de aquella caza, las costumbres de las liebres.

— ¡Qué cosa más rara! Ya ve: el animalillo más listo que pueda imaginar, es más asustadizo que usted misma. Todo le parecen enemigos, y en cuanto se espanta, huye como el viento. Pero mire, todos los excesos se pagan, y las liebres, por correr demasiado para huir del peligro, se meten en él de cabeza. Cuando está bien cansada, tiene que reposar, y busca entonces un sitito llano con buena vista, se mete de culo contra una peña o un matojo que le sirva de trascacho, y se queda allí tan dormida que parece muerta. No ven ni oyen nada, nada... Y no es ésta la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que me ocurre que me acerco hasta cogerlas sin que se muevan. Hasta se me pone algo aquí, en la boca del corazón, cuando les tiro, pero ya ve, si no mueren en mis manos, morirán en las de otro. Entonces dejo la lástima para otra ocasión y las seco de una buena pedrada... —y el pastor se echó a reír, pero viendo que la mujer había fruncido el entrecejo mientras miraba la liebre, añadió—: ¡Pero, mujer! ¡No se me ponga ahora a llorar! Al fin y al cabo no es un funeral... Y cuando le clave los dientes en el muslo, ya me dirá si no ha sido buena idea la mía de arrancarla de este mundo. Porque no me diga que no hay diferencia entre comerse una tostada con ajo o una buena liebre a la brasa... Y, si no me equivoco, ésta va a ser más sabrosa que una moza casadera...

Mila se sacudió el pesar de inmediato, y convinieron ambos en que asarían la liebre tan pronto llegaran al Órgano. Y mientras por instantes se iba enfriando la piel del animal y sus miembros iban perdiendo flexibilidad, hombre y mujer siguieron adelante con ímpetu doblado y charlando amigablemente. A cada dos por tres soltaba Mila carcajadas frescas e inmotivadas, y su eco dilatado animaba la soledad de la montaña y la quietud profunda de las cimas, como si en ellas nacieran súbitos manantiales.

Llegaron en seguida al Órgano, la desmochada roca cortada de arriba abajo por profundas estrías desiguales hechas por la escorrentía de las aguas que bajaban como cataratas en la época de las lluvias. Por levante ofrecía un abrigo tentador a la pareja, que hasta entonces había subido por la umbría batida por el viento y sólo muy de vez en cuando acariciada por un rayo de aquel sol que ahora se derrumbaba allí en magnánima abundancia. Tan pronto sintió sobre su piel, enrojecida por el frío, la caricia de aquel bien de Dios, Mila recordó una impresión semejante en su primera subida a la montaña: la impresión de su llegada al Mojón, saliendo del Canal de Trencacames. Pero entonces estaban aún en primavera, y, por grato que fuera el sol después de la sombra, no podía serlo tanto como ahora, en medio del frío del invierno. Mila se detuvo, entornó los párpados con delicia, estiró el cuello, y, con un pequeño gemido de satisfacción, ofreció las

mejillas, primero una y luego la otra, a aquel sol, como pidiéndole que la besara. Y el sol la besó largamente, como recreándose también sobre sus mejillas frescas, sobre su cuerpo abrigado y estremecido.

—¡Veo que le gusta el sol! —le dijo su compañero, viéndola tan enajenada.

—¡Ay, y cómo devuelve la vida! —respondió la mujer—. Hasta ahora, andando, me parecía que no podía estar mejor, pero ahora me doy cuenta de que hacía mucho frío. Tengo los pies helados. No me encuentro muy...

—¡Claro! ¡No iba a tener frío! Con la humedad del suelo y con esos zapatos de mujer, que no parecen de cuero... ¿Sabe qué podría hacer?... Mientras busco leña, quítese los zapatos, póngalos al sol y frótese los pies, para devolverles el calor.

Mila lo hizo. Se descalzó y, con las medias, se dio unas friegas muy fuertes hasta poner roja la piel de aquellos pies suyos, más blancos e insensibles que pies de estatua, y luego, en vez de volverse a calzar en seguida, los dejó desnudos sobre el suelo tibio y bajo el calorillo placentero del sol, hallando un goce intenso en seguir a través de las venas el cosquilleo de la sangre que volvía a circular libremente. Y allí, acurrucada en un abrigo soleado, vio el ir y venir del hombre, y luego sostuvo firmemente las patas de la liebre mientras él, cuchillo en mano, arrodillado ante ella, la desollaba reposadamente.

La mujer, entonces, se sintió feliz como nunca lo había sido; sus labios reían, reían sus ojos, reía su alma y reía al fin todo el espacio y toda la montaña a su alrededor. Hasta que, en medio de aquel sonreír espontáneo de la vida, la acometieron impulsos de besar: unos impulsos apresurados, frenéticos, irresistibles, de besar a alguien... Involuntariamente, temblorosa, se inclinó hacia el pastor que, con la cabeza descubierta e inclinado sobre la liebre, le ofrecía al alcance de sus labios la bóveda de la cabeza.

Pero... antes de finalizar la acción, ocurrió algo sorprendente. Sin saber por qué, sin haber oído el más pequeño rumor, sin obedecer a ningún signo externo, el pastor y ella, con un mismo movimiento instintivo, alzaron la cabeza, alarmados, para mirar hacia arriba. Y se quedaron sin aliento. Allá, en lo alto de los cañones del Órgano, una mancha oscura, otra cabeza humana que planeaba en la altura sobre las suyas, se hizo vivamente atrás y desapareció sin dejar rastro. No fue más que un relámpago, que una sospecha casi, y pese a todo, la mujer y el hombre se quedaron rígidos, sin pestañear, durante más de un minuto, viendo aún bajo el cielo, como si hubiera quedado estampada allí, la mancha oscura de la cabeza y el blanco resplandor de unos dientes de chacal.

El pastor fue el primero en recuperarse. En su rostro desfigura-

do apareció la expresión cruelmente decidida del combatiente a muerte. Clavó con gesto brusco las uñas en el gorro, y lo apretó haciendo crujir los dientes, como para vencer la primera acometida de un anhelo destructor. Después, miró fijamente a la mujer.

—¿Ha visto? —preguntó con lentitud—. ¡Como hay Dios que lo estaba esperando! ¡Estaba seguro de que nos venía siguiendo los pasos! Pero ¡ah! —y su rostro apacible enrojeció como una fogarada—: ¡Que no me busque, que no me busque, porque le juro con todo el alma que va a acabar mal!

Y de una certera cuchillada abrió resueltamente el vientre del animal.

## Capítulo XIV

### EN LA CRUZ

Todas las serenidades de su alegría se habían fundido en las nubes de la preocupación que los invadió.

El pastor, poco después de desollar la liebre, encendió un fuego en un hueco entre las rocas, hizo una parrilla con ramas retorcidas de un serbal solitario que había allí cerca, y en la parrilla puso la liebre, abierta por la mitad y bien frotada, por dentro y por fuera, con un diente de ajo y cuatro gotas de aceite. Con aquel adobo y el de su misma sangre a medio correr, se asó la liebre y ellos, cabizbajos y rumiando cada uno sus pensamientos, la comieron ardiendo y con hambre, pero sin placer; y aquel almuerzo que, según el pastor, había de ser más sabroso que una moza casadera, y que los habría tenido realmente sin la amargura del extraño desayuno, no fue más que la triste satisfacción de una necesidad animal.

De vez en cuando, y mientras comían, Mila, presa de recelos, alzaba vivamente la cabeza como para sorprender de nuevo al espía en la cima del Órgano, hasta que el pastor le dijo:

—No se preocupe, mujer, no se preocupe. No tenga miedo de que vuelva hoy por aquí. Aunque vinieran los civiles a registrar la montaña no iban a encontrar ni rastro del hedor de esta mala bestia... Él va haciendo de las suyas mientras no le ven, pero, cuando lo descubren, es como si se lo hubiera tragado la tierra... Mire cómo no volvió a la ermita después de habernos birlado los conejos... Pero eso hay que arreglarlo como sea, y de una vez, y si él no se acerca a nosotros, no faltará quien se acerque a él...

Mila se quedó con la tajada a medio camino de la boca, y dijo con un temblor en la voz:

—Pastor ¡por el amor de Dios! Déjalo estar, déjalo estar a ese hombre... No le digas nada...

—Coma, coma, ermitaña, y no se preocupe... Eso es cosa mía...

—¡Por el amor de Dios, pastor, que ese hombre debe ser muy malo!... Nunca me había dado miedo, y ahora empieza a dármelo...

—No tema por usted, ermitaña, mientras yo viva. No sé por qué, pero es así. Siempre le he dado más miedo que la cruz al diablo, y nunca se ha atrevido a mirarme cara a cara con sus ojos de vulpeja... Lo de los conejos, en la ermita, le salió bien al muy sinvergüenza porque cuenta con la voluntad del ermitaño, pero con usted, ermitaña, no se va a atrever, porque sabe muy bien que no se lo iba a perdonar...

El pastor dijo estas palabras con tono despreocupado, pero a Mila le fueron directas al corazón. Conmovida, y con un nudo en la garganta, dijo sólo:

—Pastor... pastor... —y dos lágrimas gruesas, claras, le rodaron por la cara.

El pastor se despabiló de inmediato, como un lirón sorprendido por el día.

—¡Cómo es eso, ermitaña! ¡No quiero que coja miedo, si no, vamos a reñir! —se echó a reír, con esfuerzo—. No haga caso de las palabras. Son cosas que uno dice... A veces, uno habla, habla, sin pensar que tiene delante a una mujer, y luego... ¡Vaya! ¡Déjemos estar aquí y no se hable más! ¿Me oye? Vamos a enterrar todo esto y volveremos a la subida, si le parece. ¡Si no, iba a tener que venir a buscarnos con un fanal! —y tirando los huesos y deshaciendo el fogón de un puntapié, metió en el zurrón los útiles que había sacado para almorzar, y en un abrir y cerrar de ojos estuvo a punto de marcha.

—¡Me quiere! ¡Me quiere! —se dijo resueltamente la mujer para sí misma—. ¡No lo quiere decir, no quiere que yo lo sospeche, pero me quiere!

Y de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas, pensó qué ventura habría sido la suya si hubiera encontrado en su camino a aquel hombre antes que al otro. Pero ahora, los dados estaban echados, y lo que habría podido ser la felicidad si hubiera ocurrido a tiempo, ahora sólo podría ser una falta, un pecado, una bajeza. Sí: ella no había descubierto esto hasta que vio sobre su cabeza la cabeza perversa del Ánima, pero desde entonces la agujoneaba una idea cruel: ¿Qué mal hacían ella y el pastor bajo aquel cielo de Dios, para que tuviesen que temer la mirada de un hombre? ¡Ninguno, ciertamente! Y, pese a todo, cuando les cayó encima la del mal

espíritu, se sintieron tan trastornados que habrían dado media vuelta para esquivarla. Aquella mirada los había herido como una afrenta, con el intento que le animaba a forzar una reserva de sus vidas, de robar el secreto de una supuesta intimidad clandestina. El pastor y ella no eran unos amantes, pero el *Ánima* lo creía así, y al sorprender aquel pensamiento, la mujer quedó abrumada y llena de un inexplicable terror, como si la hubieran sorprendido atrapada en un verdadero delito. Quizá por haber casi llegado a cometerlo, si no de hecho, sí de voluntad la mujer se angustiaba, porque no duele lo que no está dañado, ni siente la impresión de pecador más que el pecador mismo o el que ya lleva en sí la semilla del pecado. Pero, aunque así fuera, ¿por qué motivo, por qué asechanzas de la suerte había de resultar malo y de ser malo en unas horas lo que en otras habría sido cosa santa y natural? Y con la razón nadando desalentada en un mar de confusión, la pobre mujer trató de descubrir el faro luminoso, la ley oculta de este fenómeno. No logró encontrarla ni librarse de sus efectos. Una cosa sí era cierta y positiva: que la satisfacción sana y cabal que se extrae de lo que se posee a corazón abierto y a la vista de todos no era ya para ella, y que el goce oculto, la ventura fraudulenta, eran envilecimiento, adulterio, pecado... dulzuras reprobadas y repugnantes a la conciencia. ¡Casi era mejor no tenerlas nunca, no desearlas! ¡Casi valía más amarse como ellos se amaban, de lejos, sin provecho, sin término ni final! También era éste un amar incompleto y antinatural, pero había en él mayor honestidad y limpieza...

Y ahora, Mila, de nuevo golpeada por el remolino de sus impresiones, variables como ráfagas de tempestad, admiraba ardentemente al pastor y sentía gratitud hacia él por lo mismo que un rato antes, en la hondonada del Paso de los Rayos, lo había acusado: por aquella quietud de deseos, por aquella reserva con que cubría, con velo de serena castidad, la humanidad de sus sentimientos. Porque él la quería, ¡la quería! No podía dudar de eso, no quería dudar... La mirada de aquella mañana del desastre no había mentido: ¡La amaba! ¡La amaba más que a cualquier otra cosa, y veía por ella!... Y confortada por esta idea, se la repetía, la hundía en su cerebro, se abrazaba a ella como si fuese su última tabla de salvación...

Anda que te andarás, habían llegado casi a la cima del Roque-dal Grande sin haber dejado aún el lado norte. Iban bordeando unas escotaduras llenas de farallones, y levantando la cabeza veían destacarse de la montaña, asomándose osadamente sobre la sucesión de abismos y cantiles escarpados, las enormes Castelles del Cimalt, la cornisa feroz de peñascales pelados y roídos por el tiempo, que pa-

recía la barbacana ruinosa de aquella fortaleza que era todo el Roquedal. Pasando por debajo, Mila inclinaba levemente la cabeza, como temiendo ver deslizarse con estruendo aquellas crestas de un peso incalculable que, sobrepuestas como al azar, se habría dicho que hacían prodigios de equilibrio sobre el vacío. Pero el pastor y ella pasaron de largo bajo las Castelles, y las Castelles quedaron tal y como habían estado durante siglos y siglos, firmes e inmovibles bajo el cielo y como riéndose de los temores de la mujer por las grietas que como bocas numerosas desgarraban la amplitud chata de los roñosos frontispicios. Quien estuvo a punto de caer y rodar montaña abajo fue la propia Mila; virando en redondo, habían dado la espalda al viento norte, y, de pronto, la tierra se fundió y el cielo cayó como un telón de teatro hasta los pies de la mujer.

Ella, de un impulso, se hizo súbitamente atrás. El pastor se detuvo, mirándola sonriente.

A Mila acababa de parecerle que, si daba un paso más, desaparecería por el declive, en cuyo límite último jaras y tomillos erizaban sus ramitas oscuras como púas de un peine espeso visto a contraluz. ¿Dónde estaba el resto de la montaña? ¿Dónde el mundo de los hombres? El espacio se los había tragado, y parecía tragar también la idea de su existencia aquella escasez de elementos visibles que quedaban: el abismo del fondo, cortado por la arista del Roquedal donde estaban clavados hombre y mujer.

Una sensación de libertad, de vacío nunca sentido, invadió completamente a Mila.

—¡Pastor!... ¡Pastor!... —chilló con voz ahogada, tendiendo los brazos y sintiendo que se le iba la cabeza, como si volara por los aires.

Pero, antes de abrir la boca, ya el pastor la había aferrado de un brazo.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Por todos los diablos! ¡Yo la creía más segura!... Tenga cuidado, que éste no es sitio para distracciones, a fe mía. Desde aquí hasta la cumbre vamos a tener siempre un lado desamparado, y cualquier sople de viento la lleva Dios sabe adónde...

Todo había sido efecto de un momento. Una sorpresa del súbito cambio de decoración. Pronto Mila recobró la seguridad y, siguiendo los consejos del pastor, ascendió en silencio y sin distraerse en nada. Sentía el vacío inmenso, unas veces a su lado, otras atrás. Sentía la fuerza que arrastraba sus pupilas para hacerla mirar, muy contra su voluntad, a través de su mismo cuerpo. Sentía a lo lejos, en un vislumbre de su mirada, abismos vertiginosos que se poblaban de espejismos. Pero ella, con la cabeza firme y resistiendo a la

seducción de lo desconocido, serpenteaba arriba entre los matorrales, quemados de nuevo, cuyas ramas ennegrecidas se le aferraban a la falda y desgarraban cruelmente sus pantorrillas.

No se detuvo hasta que el pastor dijo con un profundo suspiro:  
— ¡Alabado sea Dios! ¡Ya estamos!

Estaban en la Cruz. Una gran explanada rocosa coronaba el Roquedal coronándolo como el grano de una medida cuando se ha pasado el rasador. De momento, Mila, mirando hacia el centro de aquella explanada, no vio más que una extensión de pedregal sembrado con las invariables jaras, garrigas y romero. Una ráfaga de viento que pasó de levante a poniente la empujó con tanta fuerza que inclinó su cuerpo, y agitó su cabello.

— ¡Ave María! —exclamó molesta la mujer.

— ¡Oh! Aquí el viento no tiene nada que lo pare: por eso pasa tan rufo. Pero, en cuanto ha pasado, no hay nada tan delicioso. Todo huele a incienso, a juventud, a mar...

En efecto, la cima entera parecía un alipterio. De vez en cuando, nubes invisibles de toda clase de aromas saludables revolaban, invadiendo los sentidos, deliciosamente embriagados. ¿De dónde venían tales aromas? De toda la montaña, del mundo de abajo, que dejaba escapar lo más puro de su aliento, mientras él se envenenaba en el abandono de sus mismas impurezas respiradas. Pero, ¿dónde estaba aquel mundo?

El pastor la cogió por los hombros y le hizo dar media vuelta. Mila se cubrió los ojos con la mano, y notó la agitación de su cabello desgrefinado. Recuerdos de las vistas desde el Mojón, desde Miranius, desde todas las elevaciones de la montaña, ¡qué pobrecillas, qué menguadas parecían ante lo que estaba viendo! ¡Aquello era extensión, aquello era inmensidad desmesurada!...

Le costó trabajo preguntar. Aquella especie de embaldosado ocre y siena que tenía bajo los ojos, era Murons, el poblachón antiquísimo, rayado todo, como con carboncillo, por los surcos de sus calles. Las humaredas que se difuminaban desde sus chimeneas, mezclándose en los aires, planeaban como una neblina azulada sobre los tejados. Aquella gran extensión de manchas rectangulares, matizada con toda la gama de los verdes, que rodeaba el pueblo, eran las huertas y los prados forrajeros. Aquella barra de plata que los limitaba, era el río, el pequeño Nilo que hacía fecunda y rica la comarca; y aquello que, en franjas paralelas a cada banda del río, tomaba una coloración de cobre, eran las arboledas deshojadas, a las que seguían los dilatados cultivos de las tierras de pan. Y más allá, aún más allá, avanzando siempre en línea recta, detuvo la mirada en una desdibujada cordillera de ámbar grisáceo: las montañas de Ro-

quesalbes. Destacándose a la derecha, aquellas montañas se acentuaban —punteadas de pueblecitos minúsculos que brillaban blancos como puñados de anises—, para rematar en un promontorio bravamente incrustado entre cielo y tierra; y, por la izquierda, la cordillera blanca se insertaba en otra, negra y más alta, que en la lejanía ocupaba horizontalmente todo el lado del sur. A trozos ribeteaba la cresta de esta barricada oscura un encaje entre blanco y rosado, tan nítido, que, pese a la lejanía, parecía llenar los ojos.

—Son las nieves de todo el año —dijo el pastor, respondiendo a una pregunta de la mujer—. Suba uno cuando suba, aquí a los Roquedales, se las ve siempre con su manto en la cabeza, las montañas esas... Ellas solas alegran toda la vista ¿no cree?

Pero en Mila, la vista de aquellas montañas no despertó el mismo entusiasmo que en el pastor. Prefería mirar, mucho más cerca, las pequeñas cosas conocidas.

Y empezaron a dar la vuelta a la explanada. El pico del Roquedal era la mayor altura de los alrededores y dominaba una gran extensión. Mila descubrió inmediatamente el Roquedal Pequeño, como una gorra caída a los pies de su hermano mayor; la llanura anular de Ridorta, centrando, como una pupila, su hermoso cerro; el entramado de arboledas, navas y caminos, que acompañaba hasta Llisquents, la rústica villa labriega, acusada en la opacidad de las distancias por la chispa, resplandeciente como una luciérnaga, de la bola metálica de su campanario; las cilíndricas pilastras de Torre-llas; las apartadas marismas arenosas, y tanta y tanta cosa más perdida en aquel gran lienzo de terruño.

Dieron otra vuelta, viendo surgir los barrancos de los Roquedales, la cadena alargada y retorcida del Mediano, semejante, desde aquella altura, a una tripa al descubierto de la gran entraña de piedra; y, tras la cadena, la continuidad de la llanura, ahora de un tono polvoriento por la falta de vegetación, y, al fondo, aún nuevas montañas, azules, con una transparencia de acuarela... Cincuenta pasos más, y el lado de levante se descubrió a sus ojos.

Entonces sí que Mila los cerró bien deprisa, deslumbrada otra vez por un súbito y relampagueante relumbrar de espejo. ¿Qué era aquella raya de luz, larga e hiriente, que dividía el cielo y la tierra? El pastor lo dijo con una sola palabra, con una palabra mágica:

—¡La mar!

Mila se volvió como si la pincharan.

¿Que *aquello* era el mar, aquella cosa imponderable de la que tantas veces había oído hablar?

Parpadeó repetidamente, haciendo una limpieza a fondo de sus

córneas; luego, volvió a mirar, muy abiertos los párpados, fijas las pupilas, resistiendo heroicamente el centelleo deslumbrador.

—¡La mar! ¡Lo nunca visto!... La mar grande de los peces, de los naufragios, de las sirenas, de las grutas abigarradas, de las conchas y las caracolas!... —y por su memoria pasaron como una exhalación los exvotos de la capilla, los relatos del pastor, los refranes y los cuentos de antes de ir a la montaña, todo lo que le había explicado de aquel mar tan temido y ensalzado por los hombres... Un hálito de desilusión la enfrió de la cabeza a los pies.

El pastor leyó el desengaño en su cara y trató de reavivar su admiración con nuevas referencias ponderativas. Mila hizo como si la convenciera, por cortesía, pero no pudo entender ni de lejos que todas aquellas maravillas se refirieran a aquella línea resplandeciente que no parecía más que el filo ensoleado de una espada larguísima de gigante de cuento infantil, y no se parecía en nada al mar grande de su imaginación, lleno de fábulas portentosas. Y dejó de mirarla para seguir dando vueltas y más vueltas, examinando después de las lejanías las ruinas de la abadía de Cabrides, allá, al pie de la montaña, las del castillo del rey moro, que parecía resbalar sobre Murons desde las asperezas de la sierra, las muelas y repechos inaccesibles del lado de la llanura, y la guirnalda de olivos frondosos que guarnecían, en el fondo llano de la hondonada, el zócalo venoso del Roquedal... De súbito, herida su memoria por una idea, Mila preguntó al pastor:

—¿Y la Cruz? ¿Dónde está? No la he visto aún...

El pastor respondió:

—¿La Cruz? Hace tiempo estuvo clavada allá en medio, en aquella peana de pedruscos...

—¿Y ahora?

El hombre la miró sorprendido.

—¿Ahora? Pues ya no está en ninguna parte... ¿Es posible que no sepa la historia de la Cruz? —y como Mila moviera la cabeza negativamente, se la contó en cuatro palabras.

—Debe de hacer cinco o seis siglos que una peste maligna cayó sobre la villa de Murons, una peste que en un amén la limpió de la mitad de sus almas. Por las calles y plazas moría la gente como moscas, y por mucha que enterraran, no daban abasto. ¡Puede imaginarse la de pruebas que hicieron para acabar con la enfermedad! Perfumes salutíferos, procesiones, penitencias... nada servía, nada. Pero, visto que es de ley que todo en este mundo tenga fin y acabamiento, día llegó en que también la peste lo tuvo por sí misma. Entonces, todos los que quedaban con vida pensaron que había que dar gracias a Dios por salir tan bien librados, y poniendo cada

uno lo que pudo, hicieron una cruz de hierro tan grande, tan grande, que plantada en el Cimalt se pudiera ver desde todos los pueblos de esta comarca. Una vez hecha, decidieron subirla ellos mismos, con sus fuerzas, y para que la cosa fuera más agradable a ojos de Dios, pensaron que había que subirla por estos escarpes y pedrizas de la banda del pueblo. ¡Y lo hicieron! ¡Vaya si lo hicieron! Unos, amarillos y flacos tras la peste pasada; otros, por las amarguras y la angustia, todos, ricos y pobres, pequeños y talludos, se unieron y, esforzándose y turnándose, la subieron hasta la cima. Allá donde los atrapaba la noche, se paraban y, comiendo y rezando letanías, velaban la Cruz. Cuatro días estuvieron de camino. Al quinto, llegaron. Al sexto, plantaron la peana, y al séptimo, que justamente era domingo, decidieron celebrarlo con una fiesta por todo lo alto. En éstas, un renegado que había en Murons, hombre mal visto y esquinado por todos, de malo que era, se metió en medio de la gente diciendo que en la Cruz faltaba algo: el Santo Cristo, y que él lo pondría. Y antes de que pudieran detenerlo, subió a la Cruz y en medio del gentío, colgó del palo travesero un cencerro de mulo.

—¡Jesús, María y José! —murmuró Mila, impresionada.

—¡Pero no tuvo que esperar mucho por el castigo, ermitaña! Tan pronto hubo cometido el sacrilegio, y aún no había acabado de sonar el cencerro, he aquí que el cielo, sereno como el de hoy, se abre, y sale un rayo furioso, y se oye un estampido tan grande, tan grande, que todo el mundo quedó tendido boca abajo. Y cuando levantaron la cabeza, uno tras otro, no vieron ni rastro de la Cruz ni del renegado. No quedaba más que la montaña y un hedor a azufre que aturdía los sentidos. Y así fue puesta y quitada la Cruz del Cimalt. Ahora, cuando la gente encuentra cualquier cosa de color blanco y no sabe qué es, se afana a enterrarlo lo más hondo que puede, diciendo: «¡Hueso de renegado, fuera de sagrado!». Pero si encuentra un trozo de hierro viejo, cree que es un pedazo de la Cruz, y se lo pone a la cabecera de la cama para que le defienda de cosas malas. Yo, como no tengo cama, lo llevo siempre en el zurrón... —y el pastor metió la mano y, buscando buscando, sacó una bola roñosa y la mostró a la mujer.

Ésta preguntó, dubitativa:

—¿Y seguro que eso es de la Cruz?

—Bueno... La gente de por aquí lo da por cierto... Yo lo encontré un día bajo la suela del zapato y me lo quedé... ¿Quién sabe? Sea lo que sea, el caso es que mal no me va a hacer, digo yo...

A Mila se le ocurrió que quizá la serenidad del pastor se debería más que a virtud propia, a la de aquel amuleto preservador.

Pero él volvió a decir:

—Lo que sí es cierto, ermitaña, es el eco del cencerro. De vez en cuando suena como sonó cuando el renegado lo colgó de la Cruz. Y eso ocurre siempre que va a pasar una desgracia en la montaña. Dos veces lo oí yo. A la primera, murió mi mujer, que Dios tenga en su gloria; a la segunda, cayó un roquedal de la Nina y los pedruscos arrasaron el corral de Sant Ponç con el establo que allí había.

La sombra de una sonrisa dilató los labios de Mila, y una chispa de incredulidad se reflejó en sus ojos cristalinos. A veces, le parecía que el pastor era un niño grande que daba excesivo crédito a los cuentos que él mismo imaginaba.

Ya habían dado bastantes vueltas por la cima y, saciados de resplandores, de aromas y de aire límpido, el hombre propuso que se sentaran un rato antes de emprender el regreso.

—Van a caer las nueve. Podemos descansar, y, si vamos por la collada pequeña, estaremos en casa hacia las diez.

Mila abrió los ojos como platos.

—¿Sólo las nueve? ¿Cómo puede ser, si hemos andado tanto?

El pastor se sentó tranquilamente, con una pierna estirada y abrazándose por la rodilla la otra, doblada.

—¿Tanto? Pues ¿cuánto diría?

La mujer quiso calcular mentalmente, y no acertó a precisar nada.

—¡Vaya! ¡No se preocupe! Ya se lo diré yo... Subiendo de una tirada desde la ermita hasta aquí, hay dos horas cortas. Todo lo demás se nos ha ido en paradas y en el almuerzo, ya ve.

Mila no parecía conforme. Resultaba que, entre la subida y lo demás, habían empleado sólo unas cuatro horas, cuando ella habría dicho que eran al menos seis o siete.

Se sentó también, no muy lejos del pastor, y, como él, dominada aún por la mala impresión que la había causado el incidente del Órgano, que, más o menos velado, no les había abandonado un momento, se puso a mirar hacia el llano distraídamente. Abajo estaba Murons, la llanura embaldosada, cuadriculada con carboncillo. Pasada la hora de la comida, la calígene que enturbiaba la atmósfera casi se había desvanecido por completo: tan sólo aquí y allá se alzaban aún, escupidas a golpes por las erguidas chimeneas, algunas fumarolas de un color como de aguardiente aguado, que se podrían tomar por sutiles y transitorias columnas de estibina de un gran templo fabuloso, liberado ya de sus porches, bóvedas y artesonados. Bajo el sol que acusaba el relieve y proporciones de los planos, los tejidos mostraban su labrado rectilíneo, como de conchas planas, y las plazas, vacías de casas, los puntitos negros, más pequeños que picadas de mosca, de las pocas personas que las cruzaban.

Mila, con sus ojos penetrantes de pardillo, buscó en la extensa

cuadrícula los lugares más conocidos: la calle de Francia, emplazamiento de las tiendas antiguas, proveedoras suyas, el mercado, la iglesia mayor, la casa rectoral, el paseo, la feria del ganado... La parroquia era lo que sobresalía, por sus dimensiones y por darle el sol de pleno. Con su campanario decapitado, el doble cerco de su O y su portalada roja en medio del gris de las sombras, tenía cierta semejanza con la cabeza de un búho colosal. Mientras la miraba, el sonido, claro y delicado, de las nueve, ascendió lentamente.

Mila pensó de súbito:

—Quizá ande Matías paseándose por ahí abajo —e, inmediatamente, repitió en voz alta el pensamiento.

El pastor volvió la cabeza sin mirarla.

—No lo creo, la verdad... Más bien estará durmiendo.

Mila se sorprendió.

—¿Durmiendo a estas horas? ¡Sería el colmo!

El pastor se volvió un poco, la miró, y pareció vacilar.

—Pues, mire... —murmuró al fin—. No se lo quería decir, porque va a apenarla, pero... es quizá mejor que se entere ahora que yo me voy.

—¿Qué pasa, pastor? —exclamó la mujer, alarmada por aquel preámbulo.

—Le dije que iba a vigilar a su marido porque no me gustaba lo que iba haciendo ¿se acuerda? Pues he vigilado, y...

—¿Y...? —repitió ella, ansiosa.

—Y... Pues que el ermitaño no pide para el santo. ¡Eso es todo!

—¡Bueno! ¡Eso, nada! ¡Ya lo sabía yo! No es nuevo para mí... Debe de andar haciéndole de perro al Ánima... —y una media sonrisa amarga dilató los labios de la mujer.

—Sí, sí, le hace de perro... pero no para cazar conejos... Mire, los domingos, cuando bajo a misa, procuro enterarme... y en el pueblo, con habilidad y ciertos trucos, uno puede saberlo todo, por escondido que esté... Su marido, ahora, es... un jugador empedernido. Pasa la noche dándole a la baraja en un tugurio hasta que clarea, y de día duerme en otro cubil: en la yacija de esa mala bestia del Ánima.

Mila se quedó de piedra.

—¿Matías, jugador?

Si se lo hubiera dicho cualquier otra persona del mundo, Mila habría respondido resueltamente: —¡Mentira!—. Pero era el pastor quien se lo decía, y no como suposición; y ella conocía bastante la seriedad de aquel hombre que pesaba todas las palabras antes de decirlas.

Mirándolo francamente, esperó a que se explicara.

El pastor se explicó.

—¿Recuerda cómo era antes el ermitaño? Un gandul, un haragán que no salía de la cama aunque le prendieran fuego. De no ser por usted, ermitaña, se lo comerían los piojos... Yo, y se lo digo de verdad, no podía mirármelo sin que se me encendiera la sangre... Pero se puso la capillita al cuello y salió a pedir por ahí... y en cuatro días cambió como si lo hubieran vuelto del revés...

—¡Desde luego!

—Yo me calé en seguida que aquella vida de vagabundo no le iba a llevar a buen puerto, y cuando vi que tenía al Ánima de patrón, lo di todo por perdido. El otro es un sinvergüenza capaz de cualquier comedia y, además, en cuanto huele dinero, allá se amorra hasta que se lo lleva. Su marido era una viña; y él se hizo el vinatero. De andar por ahí de caza, pasaron a andar por las tabernas, a no salir de ellas. Se quedaba a dormir en su casa... En seguida se lo tuvo ganado... Se lo jugaba ya todo antes de nacer, pero siempre tuvo una suerte loca... El ermitaño acertó las primeras tiradas, se engrescó, y desde entonces van a medias...

Aturdida y con los ojos inmóviles en sus cuencas, Mila, mientras con el oído seguía las revelaciones del pastor, pensaba por su cuenta: pensaba hechos, dichos, quimeras, sobresaltos, confusiones de su marido; detalles de su vida reciente que le habían parecido insignificantes o estrambóticos, aun sorprendiéndola, aparecían ante ella ahora con toda claridad, sirviendo de contraste a la veracidad de aquellas revelaciones que le caían encima de manera imprevista...

—¿Jugador? ¿Él? ¿Tan gandul, tan haragán, tan apático? ¿Quién lo habría dicho?

El pastor seguía, también como encantado, y con la mirada dispersa por la cuadrícula de Murons:

—Aquella enfermedad suya, ermitaña, aquella flojera, los favoreció a los dos, y no poco... Con el miedo que el ermitaño le tenía, si se hubiera puesto firme, habría aguantado un tiempo... quizá. No es seguro, desde luego, porque, cuando se empieza... Pero usted, ermitaña, le dio cuerda suelta...

La mujer juntó las manos y lo miró desolada.

—¿Y qué iba a hacer yo, pobre de mí, si estaba más en el otro mundo que en éste?

—Bueno, ermitaña... No es que le eche la culpa yo... Digo la cosa, y nada más... —y su mirada clara y segura dejó caer sobre la mujer una absolución ampliamente indulgente.

Se quedaron callados otra vez. Matías, el Ánima, la ermita... gaudulerías, peleas, estrecheces, tristezas... heridas de todo tipo, en vuelo venenoso, zumbaban sobre sus cabezas, creadas por el frescor purí-

simo del Cimalt. Hasta que el pastor, con la mirada aún perdida sobre Murons, volvió a hablar, con voz incierta:

—¡Ah, las villas, las villas!... ¡Cuánto mal hacen al mundo! Cubiles de peste y de maldad... Prefiero yo un pedrusco de la montaña que todo ese sembrado de casas... Sin las villas no habría tantas almas en el infierno, ni vivirían las familias con tanta inquietud... Nunca me he encontrado bien en esas estrecheces, y, siempre que voy, ando buscando el cielo, mirando arriba, como una oveja loca. Mire, en mi juventud, tiempo después de haberme quedado viudo, me dijeron si quería montar ahí una carnicería; me hacían un buen trato, pero no quise saber nada... Y eso que entonces no era aún como ahora: no había tanto vicio, ni tanta casa de perdición hace treinta años...

Mila, sorprendida, preguntó por curiosidad:

—¿Treinta años, dices? Pues ¿cuántos tienes, pastor?

El pastor se volvió hacia ella, de nuevo con su media sonrisa en los labios.

—¿Cuántos me echa, ermitaña?

—¿Yo? Diría... unos cuarenta...

Pese a su estado de ánimo, al pastor, al oírla, se le escapó una carcajada.

—¡Alabado sea Dios! ¡Sí que me mira con buenos ojos! ¡Ja, ja, ja!... Está ciega... —y viendo a la mujer desconcertada por su risa, la redobló—. ¡Santa Lucía le mejore la vista! y, entretanto, si veo a uno que venda gafas, le voy a comprar unas bien bonitas...

—Entonces, pastor, quieres decir...

—Que se deja un buen puñado de años... y no salgo mal librado de sus cuentas...

—Entonces...

—Sesenta y cuatro, haré para enero... si es que antes no me he muerto...

Aquel día había sido para Mila uno de los más colmados de emociones de todo tipo, pero ninguna quizá, ni las del Paso de los Rayos, ni la del Órgano, ni las mismas revelaciones sobre Matías la habían afectado como la que acababa de hierirla. Ni disimularlo pudo: con la frente pálida, como si fuera a sentir un vahído, protestó, con el desconcierto marcado en todas sus facciones, de lo que decía el pastor. Éste, equivocándose acerca de la naturaleza de aquella impresión, y creyendo que la mujer estaba sencillamente admirada, sacó cuentas con los dedos, con gran lujo de fechas y recuerdos.

La mujer no lo escuchaba: su pensamiento saltaba en la cabeza, con las sacudidas encrespadas e irregulares de un pulso febril.

—¡De ahí venía la virtud! ¡De ahí la templanza, el sosiego!

¡De ahí aquella medida!... —clavando los puños en la falda, con un crujir de las articulaciones—. ¡Sesenta y cuatro años! ¡Doloroso error, qué cosa tan repugnante lo que le había ocurrido!... Y mientras estuvo en el Cimalt no pudo salir del círculo vicioso del terrible descubrimiento.

El hombre, tras haber hablado un poco de él mismo, volvió al tema de Matías, haciendo advertencias a la mujer y dándole consejos ajustados.

—No pierda del todo la confianza... A veces... ¿Quién sabe?... Trátelo con cariño, procure que se quede en casa, no le grite... Dígale que no la deje sola. A lo mejor, hace caso...

Pero Mila sentía aquellas exhortaciones externamente, sin llegar a entenderlas, y el aire fuerte y encañado que agitaba como una bandera su delantal se las llevaba rápidamente por el camino de las cosas perdidas. Hasta que el pastor, reparando en su distracción y viéndola estremecerse de pies a cabeza, le preguntó:

—¿No se encuentra bien, ermitaña?

—Sí... no... Tengo un poco de frío...

El hombre se levantó en seguida.

—¡Y por qué no lo dije, mujer! ¡Cómo lo iba a saber yo, si no estoy en su piel! ¡Vamos, vamos abajo!

El mar, aún como un gran filo de herramienta acerada herido por el sol, relucía a lo lejos. La mujer, apartando la mirada con despecho rencoroso, pensó:

—No hay nada cierto en el mundo... Todo son mentiras, fábulas engañosas...

Empezaron a bajar por el lado de levante. No había ni un dedo de llanura en aquel entrecruzamiento de venas y resaltes que llevaban al Ull de Corberes, el nacimiento de la collada. Aquella bajada era conocida como Los Canchales del Esqueleto, por unas vetas calizas que se escalonaban de trecho en trecho como un costillar. En aquel espacio de la montaña crecía una mescolanza de hierbas medicinales que los campesinos recogían en su tiempo para hacer brebajes y cataplasmas para animales y personas; y allí era donde el furtivo había encontrado a la Marieta de Sant Ponç, que andaba recogiendo-las, y había dejado caer sus barruntos malintencionados sobre el pastor y Mila. Y el pastor, al pasar por allí, se acordó, y el deseo de castigo y venganza que empezaba a incubarse contra el espía cobró más fuerza, como una hoguera aventada.

Mila, a su vez, siguiendo al hombre lo más de cerca que podía, no le quitaba los ojos de encima. Fuertemente conmovida por el último desengaño, había recobrado rápidamente la penetración de la mirada y ya no precisaba gafas de ningún tipo. Por el desnivel

de la bajada, la cabeza del pastor avanzaba a cuatro palmos de la suya, y podía hacer un examen implacable. Y ahora sí que lo veía como era, sin telarañas ilusorias. Cierto es que el hecho de ser lampiño, y el pelo corto y fino, de color castaño y sin una chispa cana, y su agilidad de hombre delgado, desconcertaban a primera vista, pero, bien mirado y remirado, los años aparecían como una mancha al sol. Aquellos mismos cabellos oscuros tenían el aire deslustrado, desteñido, de las cosas antiguas; la piel, sin grasa bajo ella, se pegaba a los huesos en prominencias y se fruncía en arruguitas de papel mascado en los extremos de las órbitas, en la caída de las mejillas, en torno al abanico de las orejas; sus uñas tenían la dureza de las del cuervo; y las articulaciones de sus rodillas y muñecas traicionaban, a veces, la herrumbre senil. No, no; bien mirado, no había duda: el pastor no era lo que parecía a primera vista.

Lo comparó con su marido. Éste, un hombre joven con alma de viejo; el otro, un viejo con apariencias de joven. ¡En ambos la anomalía, la eterna anomalía que la perseguía sin descanso, envenenándola y destruyendo su vida!... La mujer volvió a sentir la negra desolación exasperada del vencido contra todo derecho y razón. — ¡Todo deshecho, todo perdido!... ¡Un pobre hombre!... ¡Un viejo!... — Y se mordía los labios con furia hasta hacerlos sangrar, y su cordura se enturbiaba.

—¿Por qué no alargar el pie un poco más de lo debido y acabar de una vez rodando de arriba bajo por los cantiles? —llegó a preguntarse, mientras bajaba con todo cuidado, asegurando, ahora un pie ahora el otro...

En el trecho más peligroso, el pastor le dio la mano para ayudarla. Aquel contacto, entonces, le resultó tan repugnante a la mujer que le revolvió la sangre. Atracciones, ardentías, deseos pecaminosos del Paso de los Rayos, ¡qué bajos, qué ignominiosos le parecieron ahora!

Cuando llegó a la ermita, sentía débil el corazón, y la cabeza como si fuera una esfera vacía con corteza dolorida. Del gran paseo de aquel día, no conservaba más que la tortura de la impresión deprimente.

— ¡Un pobre hombre!... ¡Un viejo!... ¡Un pobre desgraciado!... ¡Un viejo!...

## Capítulo XV

### EL RESBALON

Mila volvía a tener los pies afirmados en el suelo. Caída como de un nido de su extraño arrebató, se había encontrado de nuevo otra vez sola y encarada con la realidad. Ya no soñaba, ya no tenía esperanzas, ya no tenía temores, aquellos temores imprecisos que antes la obsesionaban. La subida al Cimalt había supuesto una conmoción tan fuerte que vacilaron hasta los fundamentos de su ser, quedándole luego una sensación de desajuste, de cosa descompuesta, que, con el paso de los días, acabó convirtiéndose en la calma aplastada de la resignación. Al día siguiente de haber marchado para toda la invernada el pastor y el chiquillo, y ausente de nuevo Matías, la mujer puso en orden todas sus cosas, descuidadas aún desde su enfermedad, y una vez en orden la casa, planchadas las ropas y cavado el huerto, fue a Murons a buscar algunos víveres. Entró de paso en el Mas de Sant Ponç, donde no había estado desde hacía semanas, desde que no bajaba por allá.

Eran cerca de las once, y ante la puerta vio a Arnau trajinando. Tampoco lo había visto desde el día aquel del corral, y le pareció flaco y desmejorado. Él no advirtió su presencia y, cuando, de pronto, la descubrió a cuatro pasos, bajó rápidamente la cabeza y se volvió de espaldas, como buscando algo en el suelo. Ella se detuvo, desconcertada. Luego, comprendiendo que quizá no quisiera ser abordado, entró en la casa, herida por una impresión desagradable. Sentada junto al fuego, como de costumbre, la abuela trinchaba algo en una cacerola puesta en el suelo; las llamas, alzándose sobre el montón de tizones,

llenaban el hogar, contorneando la figura de la vieja con un ribete rojo. Arrimado a sus faldas, un gato de color ceniza tendía el cuello, olfateando y maullando.

—¡Buenos días, abuela! ¿Qué tal? —dijo Mila al entrar, con voz afectuosa.

La abuela, encorvada, volvió la cabeza hacia la puerta, sin apartar las manos de la cazuela.

—¡Ah! ¿Eres tú? —murmuró fríamente al verla. Y volvió a su quehacer como si nada hubiera visto.

Mila permaneció desconcertada en medio de la cocina. No estaba habituada a una recepción como aquélla por parte de la vieja; muy al contrario, era ella, entre todos los de la masía, quien más muestras de afecto le había manifestado desde el primer día. Pero, como tenía fama de arisca, Mila pensó que debía de tener el día o que estaba enfadada con ella por no haber ido por allí más a menudo. Avanzó, pues, y, esforzándose un poco en sonreír, le tocó el hombro...

—¿Y qué? ¿Cómo van las cosas por aquí? ¡Hacía tiempo que no la veía!

—Por ahora, a Dios gracias... ¡Que nunca vayan peor!... —le respondió huraña, sin alzar la cabeza.

—Ya tenía ganas de verla... —añadió Mila, casi sin saber qué decir.

Un borboteo ingrato, que quería ser una carcajada sarcástica, precedió a las palabras de la vieja, en tono incisivo:

—¡Claro! ¡Claro!... No se hable más...

Mila se dio cuenta de que estaba de sobras en la cocina, se despidió con unas palabras desconcertadas y salió afuera. Le temblaba el mentón como si fuera a romper en lágrimas. ¿Qué pasaba en Sant Ponç? ¿Por qué le habían hecho aquel papel tan extraño? De lo de Arnau apenas se sorprendía: con razón o sin ella, debía de tenérsela guardada; pero ¿y la abuela? Repasando en su memoria, no encontraba nada que pudiera acusarla.

—No puede ser más que su genio... su carácter —se dijo al fin, para consolarse. Pero, como le quedara la angustia, bajó en los días siguientes a la masía dos o tres veces más para asegurarse. Y pronto se convenció de que allí todo había cambiado para ella. Cuando encontraba a Marieta, todavía, todavía, ésta la recibía con la afabilidad sencilla de siempre, pero con cierta reserva involuntaria que no sabía ocultar. En cambio, la abuela y Arnau no disfrazaban lo que sentían, él volviendo la cara hacia otro lado y desapareciendo en cuanto la veía, y ella marchándose o encerrándose en un mutismo hostil si estaba la joven, o volviéndole francamente la espalda si no estaba.

Y Mila se rompía la cabeza pensando qué le pasaría a aquella gente

y por qué tan bruscamente habían dejado de quererla. ¿Habrían sabido que era ella la causa de la ruptura del muchacho con la heredera de Ridorta? ¿Sabrían algo de la mala vida de Matías?

Un día en que el pastor, subiendo para los pastos nuevos, entró en la ermita para saludar a Mila, ésta, con el corazón inundado de pesar, no se pudo contener y le contó lo que la atormentaba.

—Dime, pastor... ¿Qué hay de la boda de Arnau? ¿Se hace o no?

—¡Vaya si se hace! Antes de la siega tendremos ya a la chica en Sant Ponç.

—¡Alabado sea Dios! ¡Todo se ha arreglado otra vez! —pensó la mujer, como si se descargara de un peso; pero, de inmediato—: ¿Qué es lo que les pasa, pues, si la cosa está así? —y le habló al pastor del papel que le hacían.

El pastor, siempre tan sereno, se turbó ligeramente.

—¡No se preocupe, ermitaña!... ¿Ha hecho usted algo para que ellos se pongan así?... Pues, ¡tranquila! A corazón limpio, cabeza alta... Todos son líos y maldades, pero ya llegará el día en que Dios haga ver la verdad, y entonces...

—Pero ¿por qué hacen eso, pastor?

Él respondió de mala gana:

—Los de Sant Ponç son buena gente ¿sabe? pero... piensan que yo le tengo más ley aquí, a la ermita, que a ellos, y... —y el buen hombre, perdiendo un punto del dominio que siempre tenía sobre sí, exclamó con furia—: ¡Ah! ¡La lengua de la mala bestia! ¡Se la voy a arrancar!

Mila no preguntó nada más. Aturdida, desesperada, advinó de qué se trataba. ¡No volvería más a la masía!

Por suerte, Baldiret era un niño y no tenía los malos pensamientos de los mayores. Al primer domingo después de haberse ido de la ermita, Mila lo vio entrar por el corral a la carrera y subir la escalera como un loco. Ella salió a recibirle, con no menor entusiasmo.

Cuando se encontraron, el niño se abrazó a sus piernas y frotó la cabeza contra su saya sin decir nada. Aquella explosión de afecto intenso anegó los ojos claros de la mujer. Se lo llevó a la cocina, y allá, sentada en el banco, con el chiquillo entre sus piernas y abrazándole el cuerpo, hablaron arrebatadamente, los dos a un tiempo, con un parloteo sin fin, de pájaros.

—¿Qué? ¿Cómo te va todo? ¿Cómo están los animales? ¿Vas aún a la escuela? ¿Te cuentan cuentos por la noche?... ¿No sientes añoranza, allá, en la masía?...

Y él, tirando ahora de una, luego de otra, de las puntas del chal de pelo de cabra:

—¡Ya sé la tabla! ¿Sabe?... Ayer, uno falló en el *seis por seis*,

y el señor *Carlitus* le dio una torta... La abuela quería que hoy fuera a la doctrina... Pero yo no fui... ¡Vaya! ¡Un domingo! ¿Cuándo habría venido, pues?... ¿Sabe? Ya tengo la bola pulida... El señor *Carlitus* me dijo que el mes que viene ya haré planas. ¡Hay letras más enrevesadas!... ¡puñeta!

Y como, mientras hablaba, se rascara la cabeza con insistencia, ella lo peinó para ver si había atrapado algún bicho; luego le dio carquiñolis y almendras tostadas de las que tenía siempre por si alguien subía a la ermita, y un trozo de randa dorada del vestidito de un *Niño*, que tenía cautivado al chiquillo desde tiempo atrás. Como si hiciera sabe Dios cuánto tiempo que no le hubiera visto, le enseñó las flores de la terraza y las coles del huerto, quemadas por la helada y con las hojas marchitas aplastadas contra los surcos... Y, cuando fue hora de marcharse, lo acompañó un buen rato, camino abajo, y el niño le prometió que para otra fiesta le diría a la abuela que iba a la doctrina y volvería a verla a ella.

Y tras estas dos visitas, pasó un día muy sola, y otro y otro... A veces había intentado que Matías entrara en razón, pero se dio cuenta de que era golpear en hierro frío: Matías estaba perdido, irremediablemente perdido. Curada por la revelación del Cimalt de aquella flaqueza que la había cegado para cualquier otra cosa, veía ahora que durante el tiempo en que había descuidado a su marido, éste había acabado de dar un cambio total. El elemento nuevo que ya ella, al principio de su enfermedad, había presentido que entraba en la vida de él, había hecho en poco tiempo, eficazmente, su obra. El haragán, el indolente, el alma de cántaro, se había transformado, como muy bien había dicho el pastor, ante el embate de una pasión que lo trastornaba. Comido de carnes, cerrada la color como de gente que no duerme de noche, y con la frente llena de arrugas y la mirada de recelo, tenía el aire esquivo del animal cobarde que devora ávidamente a su presa en su cubil, pero que, si uno la quiere coger, la defiende con uñas y dientes hasta dejar la piel. Él, que parecía no haber nacido para nada, resulta que había nacido para jugador. Ya no sería jamás otra cosa. ¡Estaba perdido, y bien perdido!...

Al darse cuenta, Mila dejó de luchar. En todo había fracasado, estaba sola en el mundo, no debía esperar ayuda de nada ni de nadie... Una vez convencida y penetrada por esta idea, le entró a la mujer la fortaleza temperada de quien, habiendo puesto la última moneda y lanzada la última carta, sabe con certeza que sólo le queda perder. Hacía cosa de quince días que vivía así, cuando, una tarde, hacia las dos, el cielo, sereno hasta entonces, se encapotó deprisa; se alzaron castillos de nubes de un blanco lumínico sobre el Cimalt, se extendieron después, ennegreciéndose, sobre toda la montaña, y antes de una

hora estallaba una tamborada fenomenal. Era la primera tormenta que veía Mila en aquellos parajes, y, presa de una excitación de gato electrizado, y fascinada por el espectáculo, fue de una ventana a otra para contemplarlo.

Después de un inmenso trueno resonante, como un redoble gigantesco que señalara el inicio de la tempestad, descargó un chaparrón furibundo que azotó los cristales como una granizada. Mila, clavando la nariz en los cristales del cuarto, vio bajar del cielo una cortina gris que se desplegó sobre toda la montaña, borrando de inmediato la silueta oscura del Roquedal Grande. Aquella cortina,alzada de aquí y allá por los bufidos de una súbita ventolera que tan pronto la arrastraba hacia levante como hacia poniente, y atravesada, a veces, por el zig-zag fulgurante de un relámpago, se espesó tan rápida que pronto se hizo impenetrable. Mila dejó el cuarto y corrió hacia el ventanuco de la cocina. El agua bajaba a cataratas por la espalda del Roquedal Mediano, se canalizaba en los senderillos de la vertiente y se precipitaba hacia la casa desbordando el agujero descubierto del desagüe y volvía a salir hasta verse tragada por grandes gargantadas espumosas. Entretanto, el ruido de la tormenta era ensordecedor. El golpeteo de la lluvia repicaba en los tejados y resonaba en los canalones, azotando las maderas de los vanos y batiendo en las campanas, que sonaban descompasadamente, como asustadas, y enroscándose y bramando en las escalerillas del campanario, como para invadir alocadamente la ermita. Mila, extrayendo de aquel terremoto una especie de alegría sosegante, acudió con diligencia a taponar la puerta de la cocina, por cuyo umbral, sin protección, entraba el agua como un torrente; cogía con la bayeta la que inundaba el cuarto pequeño; ponía palanganas y lebrillos sobre la cama, para recoger la de las goteras que se habían abierto en el tejado del cuarto grande... En medio de aquel ir y venir recordó que, de mañana, había tendido un delantal en la barandilla del balcón de la sala. ¡Sabe Dios dónde estaría ya! Fue hacia allí en seguida. El delantal estaba aún, pues lo había atado a la barandilla. Rota una de las cintas, se debatía enloquecido en el aire, sujeto aún por la otra. Pero, si no lo retiraba en seguida, la cinta que lo sujetaba se rompería también y no lo volvería a ver. Fue a quitar la tranca del pasador, pero, apenas lo había sacado de su encaje, el viento, con un empujón que estuvo a punto de tirarla de espaldas, abrió la puerta de par en par, los batientes golpearon contra la pared y de tres o cuatro ventoladas todos los cristales cayeron hechos añicos. Con la cabeza y un brazo fuera, y ahogándose con el embate del huracán, Mila tendió la mano para deshacer el nudo, pero la cinta, húmeda, se había esponjado y no quería salir, y, en cambio, la lluvia golpeaba a la mujer, y algunas gotas frías, entrando por el cuello del vestido, le resbalaban

por la espalda. En aquel momento, el rugido del viento le trajo un tintineo metálico.

—¡Santa María! —exclamó la mujer, conmovida—. ¡El mudo de Murons.

En Murons había un mendigo mudo que llevaba una campana colgando del cuello. Subía a veces a la ermita y era muy amigo de Mila porque ésta, junto a las rebanadas de pan, le daba siempre unos tragos de vino.

Hacia muchos días que no lo veían por las cumbres, y ahora, al oír la campana, la mujer pensó que le habría cogido de lleno la tempestad mientras subía.

—¡Espérame, mudo! ¡En seguida bajo! —gritó tan fuerte como pudo para hacerse oír desde abajo, y sin darse cuenta de que él no la podría oír. Y, entrando en la casa, cogió una bufanda de Matías, se cubrió con ella la cabeza, y salió de nuevo para deshacer el nudo del delantal. Mientras se esforzaba, se inclinó sobre la barandilla y lanzó una rápida mirada a la plaza entera. No vio al mudo en ninguna parte.

—¡Ay, madre! —dijo sorprendida—, juraría que lo he oído...

Y, deshecho ya el nudo del delantal, iba a retroceder, cuando de nuevo el tintineo metálico se repitió más claro, más perceptible, arriba, sobre su cabeza, como si bajara del cielo; un sudor frío inundó a la mujer, se le aflojaron los dedos, y el delantal, alzado de un soplo de viento, voló. Dios sabe adónde. Con las manos sin fuerza, encajó la barra como pudo, atravesó la sala apoyándose en las paredes, cogió los fósforos en la cocina, y, por la escalerita del cuarto pequeño, bajó a la capilla. También allí había entrado el agua, extendiéndose por las losas, pero ella no hizo caso. Encendió dos cirios del altar y, cayendo de rodillas en la piedra, tendió fervorosamente los brazos hacia la imagen de San Poncio.

—¡San Poncio!, ¡San Poncio glorioso!... ¡Que no le pase nada! ¡Que no lo cojan! ¡Libradme de esta afrenta, San Poncio glorioso! —y, retorciéndose los brazos como si le viniera el mal de San Pablo, dejó ir el busto y quedó medio desvanecida sobre la tarima del presbiterio.

En su última entrevista con el pastor habían hablado de Matías, y aquél, moviendo la cabeza, le había dicho que corrían malos vientos y que si no andaba con cuidado, su marido se iba a meter en un lío.

—Hay quejas por el pueblo... De arriba han llegado órdenes... Los alguaciles andan vigilando, y esperan sólo una ocasión para echarles el guante... Si no dejan la timba —y no lo harán—, lo sé de buena fuente, los atraparán a todos... y su marido, el primero, porque es

el más cegado, porque gana, y no se mueve de la mesa ni de noche ni de día.

Mila, casi indiferente a todo, no hizo entonces mucho caso de aquellas palabras, pero ahora, al oír el sonido misterioso del cencerro del Cimalt, fue como si hubiera oído de nuevo caer la predicción sobre su cabeza como un castigo del cielo. Porque ahora no tenía duda de que era el cencerro del renegado lo que había resonado en los aires, y de que la desgracia que anunciaba iba a caer de lleno sobre ella.

Y sus ojos relucientes se alzaban implorantes hacia San Poncio, encaminando las plegarias angustiadas de la voz.

— ¡Que no le pase nada! ... ¡Que no lo cojan! ...

Nunca como en aquellos momentos había sentido el corazón devorado por una llamarada de devoción tan limpia y verdadera y, como para excusarse ante el santo por pedirle socorro y amparo para el ladrón de sus limosnas, le decía de pensamiento que éste era su marido, un extraviado, pero no un mal hombre, que su suerte iba unida a la de él y que la afrenta sería horrorosa... Si lo cogieran, los echarían de la ermita y ¿adónde iban a ir, despreciados por la gente de bien, y sin casa, sin abrigo, sin norte ni guía?

Él volvería a buscar un rincón en la taberna, donde acabar de perderse, pero ¿y ella?, ¿y ella?... Y volvía a su ruego fervoroso, insistente:

— ¡Que no lo cojan! ¡Que no lo cojan!... Si se ha ganado un castigo, que le venga una enfermedad, cualquier cosa oculta, por grave que sea, ¡pero no la pública vergüenza!

Cuando la mujer salió de la capilla, tuvo que coger uno de los cirios encendidos. Todo estaba oscuro: antes de las cuatro se había ido el día, y en aquel cierre anticipado de la noche resonaban aún, percutiendo largamente, los truenos, los bramidos silbantes del viento y el fragor sordo de las aguas furiosas que se despeñaban ladera abajo, mientras por las rendijas y las aberturas pasaban los resplandores verdes de los rayos coleando de manera siniestra. Pero cuando, después de cenar, abatida y ojerosa, la mujer se metió en la cama, ya la tempestad parecía alejarse, con lentitud de ejército devastador, dejando el espacio lleno de ruidos reales y el oído obsesionado por otros mil ruidos ficticios. Así, junto a los acostumbrados rumores del Bram de Sant Ponç, de la lechuza del campanario y del reloj de pared, la mujer sintió que se mezclaban, en las confusiones del sueño pesado, el parloteo roncón de las arroyadas, ladridos lejanos de un perro, lastimosos balidos de oveja... Toda una turbulencia de ecos que, aun dormida, le rondaban por la cabeza como una pesadilla.

Se levantó sin saber cuándo, con una sola idea entre ceja y ceja: ir a saber qué había pasado, a quitarse el temor del alma. Y, si aún

estaba a tiempo, a hablar con Matías, explicarle el aviso del cielo, meterle el miedo en el cuerpo, hacer el último intento para encaminar su vida. Sabía sólo que dormía en casa del Ánima, y allí decidió ir a buscarlo.

Salió para cuidar a los animales. Ante la puerta tuvo que apartar una gran rama desprendida de un ciprés. Las balsas estaban rasas de agua verde en la que nadaban la maleza y los caracoles boca arriba; la escalerilla de los bancales cegada por el fango, la tierra desgarrada, sin rastro de cultivos; los almendros con un resto de capullos nacientes... El chaparrón se lo había llevado todo, como un nuevo día de San Poncio.

— ¡Castigo sobre castigo! —pensó la mujer; y sin querer ver nada más, cogió el cestillo y el chal y tiró derecho hacia Murons.

Tras el desbarajuste del día anterior, todo en las alturas había vuelto a su situación anterior, como si nada hubiera pasado: pero en el suelo quedaban los rastros bien visibles. A cada paso, Mila encontraba nuevos barrizales, nuevas torrenteras abiertas por las aguas, masas de piedra y fango, matorrales desenterrados, enseñando las raíces, leños desconocidos, y, más abajo, en las tierras cultivadas, olivos deshojados y con los brotes por el suelo, como si les hubieran dado una vareada definitiva... A su vez, el torrente de la Mala Sangre, lleno hasta desbordar, bajaba más precipitado y turbulento que nunca y, no pudiendo enhebrar su caudal entero por el ojo del puente, se alzaba envenenado y babeaba sus aguas lodosas sobre las márgenes.

Cuando Mila llegó a la vista del mas de Sant Ponç, recordó con un nudo en el alma la actitud de aquella gente. Ella estaba limpia, como el día de su nacimiento, de cualquier falta, y, pese a todo, allá, lo mismo que el Ánima, la tenían por una mala mujer, y como a una mala mujer la trataban. Pero ahora, volviendo una y otra vez a aquel pensamiento, Mila presintió de manera incierta que la abuela, momia destruida por la vejez y confinada ya para siempre en un rincón de la cocina, más que la supuesta bajeza lo que no podía perdonarle era su juventud y su poder de agradar aún; y Arnau, el hombre vencido y subyugado por su encanto, no le perdonaba tampoco el derecho a negársele para entregarse a otro...

— ¡Ruines, malvados! ...

Y Mila, airada y rencorosa, iba a pasar de largo por el pasadero, cuando oyó que la llamaban desde el rodrigón. Se volvió sorprendida. Marieta, la joven, bajaba corriendo hacia ella, poniéndose el pañuelo en la cabeza y diciéndole a voz en grito:

— ¡Espérame! ¡Voy también!

Mila esperó, más sorprendida aún por aquella decisión. Cuando se

reunieron, Marieta, haciéndose un nudo en el pañuelo, exclamó en seguida, sin dar siquiera los buenos días:

—¡Quién lo iba a decir! ¿Verdad? ¡Ayer, que estábamos tan tranquilos, creyendo que estaba en la ermita!...

La muchacha estaba muy agitada. Mila, sin entender nada, se la quedó mirando.

—Pero cuando de madrugada llegó el perro ladrando y arañando la puerta como un loco, ya nos dio mala espina. Estaba todo él empapado y cubierto de fango, y en cuanto abrimos salió corriendo hacia el puente, moviendo la cabeza y aullando. Después, viendo que no nos movíamos, volvió por tres veces atrás y adelante, como diciéndonos que fuéramos tras él. ¡Este animal nos viene a buscar! ¡Ha pasado algo!, dijo mi marido, y él y el chiquillo agarraron la manta y la escopeta y lo siguieron... Ahora están con la justicia, para llevarlo, ¿sabes?

—¿A quién? —preguntó Mila con un hilo de voz, quitándose al fin la mordaza que parecía llevar en la boca.

Marieta la miró sorprendida.

—¡Dios mío! ¡Al pastor, mujer! —y viendo que Mila abría desorbitadamente los ojos, como herida por el rayo, le preguntó asombrada:

—¿Es que no sabes nada?

Mila movió la cabeza con esfuerzo.

—¡Se ha despeñado! ¡El pastor!... ¡Se ha despeñado en las Lloses!

La ermitaña creyó morir de la impresión. Sin pulso, sin color en los labios, sin que las piernas la sostuvieran, se arrojó de espalda al margen. El recuerdo del cencerro del Cimalt le pasó por el cerebro como una niebla espesa.

Marieta, al verla así, murmuró asombrada.

—¡Creí que lo sabías! ¡Si todo el mundo está allí!... —pero notando que Mila torcía levemente el cuello, alzó el brazo y, con un movimiento resuelto, le dio una bofetada.

El bárbaro reactivo hizo su efecto. Mila recobró los sentidos de inmediato, y se pasó la mano por la frente húmeda.

—¡Perdona! —dijo la muchacha—, ha sido para calentarte las sangres... Quedaste tan pálida...

—¡Me ha sorprendido tanto la noticia!... —murmuró Mila, estremeciéndose.

Y con las sangres calientes de nuevo, y mientras seguían hablando hacia las Lloses, pudo oír el relato de la desgracia que, a borbotones, le hizo Marieta.

—¿Sabes? Dicen que estaba con las ovejas en el Badador... Como se puso el tiempo así, sin avisar, para que no se le mojaran las ovejas tenía que pasar por el canchal... Las losas estaban mojadas, y ¡como

hay tanta pendiente, y son tan lisas! ... Resbaló, y de cabeza a la hondonada... Se la ha abierto toda, pobrecillo...

Mila buscó un poco de aliento para preguntar:

—¿Y... está muy mal?

—¿Mal, dices? ¡Ojalá! ¡Muerto, mujer, muerto! ¡Como los del cementerio!

Mila la cogió del brazo, horrorizada.

—¿Muerto?

—Sí, cuando llegaron los de casa, ya estaba rígido. Por eso fueron a dar parte inmediatamente... ¡Dios le haya perdonado, pobre pastor! La justicia hizo que le pegaran un tiro al perro, que parecía loco y no quería que ningún forastero se acercara a la hondonada, e hizo encorralar las ovejas, que habían vagado toda la noche por la montaña...

Mila recordó entonces los ladridos desaforados y los balidos quejumbrosos que había tomado por figuraciones de pesadilla. Luego, contó a la muchacha el terrible y misterioso sonar de la carlanca.

—¡Era el aviso! ¡Era el aviso! —aseguró Marieta.

Mila pensó, mientras caminaba cabizbaja:

—¡Quién se lo hubiera dicho, pobre pastor, cuando hace pocos días me contaba aquella historia! ¡Quién le hubiera dicho que pronto sonaría indicando su propia muerte! No han sido historias y figuraciones esta vez... ¡Ya la desgracia ha completado su camino! ¡Ya está!... ¡Ya está!...

¡Y ella que temía por Matías! Ya no tenía que temer nada... Pero ¿por qué sólo por Matías, como si no hubiera nadie más en el mundo?... ¡Qué extraño!... Y a la mujer, aún completamente trastornada, le entró como un remordimiento por no haber pensado también en el pastor, por no haber rezado por él. ¿Quién sabe si quizá sus preces hubieran detenido el resbalón?

Antes de llegar al camino de las Lloses oyeron voces lejanas y vieron a un grupo de gente que se acercaba. Era la comitiva que había ido a recoger el cadáver. En medio del grupo de curiosos, se veía al juez, al alcalde, a dos médicos y al señor cura, todos de Murons. Tras ellos, un sereno, y el marido de Marieta, llevando una camilla cubierta con una capa de estameña: la capa del pastor.

En un rellano de la bajada, los dos hombres posaron la camilla en el suelo, y la comitiva se detuvo a descansar.

Mila y Marieta se aproximaron.

—Buenos días —dijo la joven.

—Buenos días —le respondieron todos.

Mila, temblándole las piernas y con el corazón oprimido, no había podido abrir la boca.

Bajo la capa de estameña, el cuerpo del difunto formaba como

una montañita abultada aquí y allá. La capa estaba oscura por la mojadura, y sucia de fango.

Alrededor de la camilla, la gente hablaba en voz baja, como en una iglesia.

Mila oyó que alguien preguntaba:

—¿De qué pueblo era?

Y otro respondió:

—No sé... de la montaña... La cédula lo dirá...

Mila levantó la cabeza y se topó con la mirada de Arnau fija en ella. En el rostro del hereu de Sant Ponç había una media sonrisa salvaje. La mujer, con profundo dolor de su corazón, sintió que, por ella, aquel muchacho se alegraba de la muerte del pastor. Acto seguido, algo túbio rozó su mano, y Mila se dio cuenta de que Baldiret estaba a su lado. El niño tenía la cara encendida y los ojos hinchados de tanto llorar. Abrazó estrechamente un brazo de Mila, mirándola, y luego miró la camilla.

—¡Pobre! —y rompió en un grito de dolor.

Una mirada severa de su padre le cortó en seco el sollozo.

—¿No sabes qué te he dicho?

Al tener noticia de la muerte del pastor, el chiquillo había corrido como loco hasta las Lloses, y allí mostró un gran desconsuelo. Para calmarlo, su padre le tuvo que reñir seriamente, advirtiéndole que si decía una palabra más lo mandaría a la escuela a toda prisa. El niño, desde entonces, intentaba reprimirse como podía.

Mila le pasó el brazo por el cuello y le dio un beso, no menos afectada que él.

Marieta preguntó en voz baja a su marido:

—¿No se lo dejas ver?

El hombre se encogió de hombros.

—Mostrádselo —ordenó el juez, que la había oído.

Todos se acercaron a la camilla.

El marido de Marieta levantó un paño de la capa, y quedó al descubierto el rostro del cadáver.

Mila sintió que le brotaban las lágrimas, una tras otra, resbalándole cara abajo.

Como la capa, como las vestiduras, aquel rostro inmóvil estaba lleno de fango. Le costó trabajo reconocerlo. Tenía las mejillas verdes y hundidas; la frente, de una palidez apagada de sebo; y los ojos, abiertos y con las pupilas veladas, carecían de mirada. A Mila le recordaron los ojos de la liebre, cuando la desollaban en el Órgano. Sobre la ceja derecha había un bulto violeta —seguro que un golpe en la caída— y, un poco más arriba, entre el cabello, unas manchas negras que Mila pensó que serían de sangre. *Aquello*, aquella extraña figura yerta que

todos contemplaban, calladamente ¿era el pastor?... se preguntó extrañada, como, días atrás, se había preguntado mirando al mar. A un gesto del juez, cayó el paño de la capa, y los hombres, una mano en cada varal, alzaron la camilla. La comitiva se puso en movimiento.

—¿A dónde lo llevan? —preguntó Mila a uno de los que, como ella, iban rezagados.

—Al hospital —respondió éste volviéndose; y se la quedó mirando de hito en hito.

Arnau, un poco adelantado, se volvió y la miró, fijamente también, y luego escupió al suelo.

La mujer sintió que las piernas ya no podían sostenerla más. Al llegar la comitiva al Pont del Cop, dijo a Marieta:

—¡Adiós!

—¿Te vas? ¿A dónde?

—A casa... No me encuentro bien... —y atravesó el puente para tomar el camino.

Baldiret, al oír que no se encontraba bien, se detuvo, con intención de acompañarla. La miró, miró a la camilla, permaneció un instante sin decidirse, y luego echó a correr tras la comitiva.

## Capítulo XVI

### SOSPECHAS

Cuanto más días pasaban desde la muerte del pastor, más afectada estaba Mila. Al principio, con la desgracia aún reciente, le había causado más extrañeza, más asombro que otra cosa. La manera de darle la noticia, su ida con Marieta al encuentro del cadáver, la vista de éste en la camilla, tendido, desfigurado, sin movimiento, sin palabras, sin mirada, sin nada de lo que era el pastor que ella conocía, fueron todas ellas impresiones que, aun afectándola profundamente, le eran en cierta medida extrañas, algo así como escenas de una comedia dolorosa en la que todo el mundo se ajustaba a un papel convenido y que, por eso mismo, tenían más de externo que de íntimo. Aun hiriendo su sensibilidad, habían pasado de largo rozando el verdadero sentimiento sin tocarlo. Hasta el día siguiente de la desgracia, el día del entierro, mientras con todos los otros acompañaba el cuerpo al cementerio, aquella impresión de frialdad, de lejanía, le pareció a ella misma fuera de tono. Su corazón estaba tranquilo, sin chispa de angustia, sus ojos secos y muy abiertos para ver todo lo que le rodeaba: la cara cómicamente compungida de las mujeres; la punta de la nariz de la Marieta de Sant Ponç, roja como una cereza por el frío y por el lloriqueo; Matías, que iba un poco adelantado, entre los hombres, amarillo, ojeroso, como enfermo, con su sombrero de fieltro extraño como siempre y su chaleco negro de las fiestas, que ya no le tiraba en las axilas como antes, sino que le quedaba tan holgado que toda la espalda le llenaba de bolsas... Y la mujer, pasando su atención dis-

traída de una cosa a otra, oía cómo su vecina de la derecha decía a la de más allá, hablando de la desgracia:

—¡Ay, hija! ¡Fui a verle al hospital!... ¡Aquel golpe en la cabeza, y la cara tan aplastada! —Y decía la de más allá: —¡Y todo despechugado y con la faja deshecha, como si hubiera querido agarrarse a algo! —Y volvía la primera: —¡Sí, pobrecillo! ¡Cómo iba a poder agarrarse a nada, en aquel despeñadero, liso como la palma de la mano! —Y, de nuevo la de más allá: —El médico dijo que del trastazo y de aquel golpe, había muerto en seguida!...

Las mujeres seguían hablando, mientras Mila procuraba descubrir de dónde le venía aquella tranquilidad e indiferencia... ¿Acaso no le dolía la muerte del pastor? ¿Era que no lo quería, o que no lo había querido nunca, a aquel hombre que tan bueno había sido para ella? —No, no —pareció responderle al fin una voz interior—. Es que todo eso que hizo no tiene nada que ver con el pastor... —Y, entonces, ella lo imaginó en la ermita, erguido en el umbral del patio, esperando a que ella volviera y preguntándole al verla: —¿Qué tal, ermitaña? ¿Viene ya del entierro? ¿Y qué tal? ¿Qué tal?

Una semana después, aún perduraba aquella impresión, aún le parecía menos cierta y verdadera la muerte de aquel hombre. Siempre, en todo momento, esperaba que apareciera para decirle esto o aquello o para pedirle un favor o un consejo.

Un día en que, yendo de prisa, los rosarios se le engancharon en la cerradura de una puerta y se rompió la cadenilla, ella pensó maquinalmente: —Le diré al pastor que me lo arregle—. Otro día, revolviendo en un armario, encontró un pañuelo que él había metido distraídamente entre la ropa de Matías, y murmuró entre dientes: —El domingo se lo bajaré... —Y así siempre: no podía acabar de asumir la idea de que el pastor no era ya de este mundo. Pero eso no impedía a la mujer encontrar en falta aquella mirada llena de sosiego que la apoyaba en sus desfallecimientos, aquella risa divertida que desvanecía sus inquietudes, aquella palabra mágica que le hacía verlo todo más bonito; al contrario: sentía un temor extraño, nebuloso, como el dolor mortecino de una enfermedad naciente, que poco a poco había de ir determinándose y gravitar siempre para siempre sobre su alma peserosa como algo agobiador y aplastante.

Para más tristeza, tampoco Baldiret subía, como si también Baldiret se hubiera muerto. No subía más que Matías, para llevarle los encargos que, de vez en cuando, solía hacerle. Pero estar con Matías era lo mismo que estar sola: no le hacía compañía. Sentado en un extremo del banco, de codos en la mesa y encajando las mandíbulas en las palmas de la mano, pasaba todo el rato hundido y meditabundo. Ella, aburrida de los eternos soliloquios mentales a que estaba condenada,

buscaba conversación, le tiraba de la lengua, quería que le contara algo del mundo, aunque fuese de aquel mundo apestado de la taberna donde invernaba, de la misma manía tenebrosa que lo consumía. Pero Matías respondía de mala gana, distraído, con frases cortadas... parecía que ya no supiera hablar, como si hubiese perdido el hábito de hacerlo, que no se le ocurrieran siquiera las exageraciones y mentiras a que siempre, a lo largo de toda su vida, había sido tan dado... ¡Era una agonía para la mujer! Pesarosa, cansada de estar así, llegó al punto de sentir verdadera hambre, verdadera sed de ver gente, de escuchar una voz humana y, de repente, tuvo la inspiración de bajar a Sant Ponç. No había estado en la masía desde el día de la desgracia, pero, ahora, la manzana de la discordia, el motivo de enfrentamiento, había desaparecido: estaba ya muerto, lo mismo para ellos que para ella, el pobre pastor... A ver cómo la recibirían. Antes de bajar fue a recoger algo de la terraza, y mientras lo hacía, miró a lo lejos y logró ver entre los pinares del Bram algo que los cruzaba.

—¡Ay, ay! —pensó—, ¡Una mujer sola! —pero puso más atención—: No; es un cura... ¡Virgen Santa! ¡El señor cura de Murons!

¡Adiós salida! Entró en casa, tendió un mantel nuevo sobre la mesa, y sacó longaniza, chocolate y bizcochos. Luego, bajó la saya, que llevaba remangada, y esperó. Pero, espera que esperarás, pasó una hora, pasaron dos, y el señor cura que no venía. Mila no paraba de asomarse a la terraza —¿Por qué tardará tanto? ¡No hay tanto del Bram aquí! Bajó incluso un poco por la solana para salirle al camino. En vano: en toda la tarde no vio al señor cura. La mujer se sintió mortificada por aquel desaire. ¡Subir hasta el Bram y no entrar en la ermita! ¡Lástima de tarde que había perdido!

Al día siguiente, bajó hasta Sant Ponç. Los hombres estaban trabajando, Baldiret en la escuela y la vieja en cama, enferma. Mila se alegró de encontrar sola a Marieta. Esta estaba remendando ropa, al rayo de sol que entraba por la ventana de la cocina, con el cestillo de caña al lado y las gafas pasadas con una cinta negra sobre el pañuelo de cabeza. Tenía la vista cansada, y para coser se ponía gafas. Al oír el «Ave María» de Mila, alzó los párpados y miró por encima de la oxidada montura.

—¡No te muevas, Marieta! —dijo la ermitaña; y cogiendo otra silla se sentó ante ella y le preguntó por todo el mundo. Marieta fue contestándole a todo poco a poco, y Mila supo que la novia del hereu había comprado ya la cómoda, «una cómoda que vale un potosí»; que Baldiret era monaguillo y, como comía en la casa del cura, no lo veían hasta la tarde; que la abuela tenía piedras y el médico había dicho que tendrían que sondarla; que el *segundo* entraba en quintas y que estaban todos muy preocupados; que la *Vermella*, la

yegua francesa, había *ido mal* y le salió el potrillo muerto... Pero, pese a aquellas explicaciones, Mila percibía la misma reserva de semanas atrás, y una voz de dentro que le decía que a Marieta no le causaba su visita ningún placer. Aquella impresión se le ciñó al alma, pero, con todo, no sabía moverse de allí, como si esperara a alguien. Hasta que alguien llegó.

Hablando, hablando, Marieta había mentado al pastor, y Mila, sin recordar lo pasado, lamentó en seguida su muerte, diciendo que lo echaba tanto en falta. Entonces, en el rostro de Marieta apareció una expresión gélida que Mila no le había visto nunca y que le hizo daño.

—¡Vamos! —había dicho la joven—. ¡Ojalá pudieran todos llorar por vuestros ojos!

—¿Qué quieres decir? —dijo Mila, sorprendida.

—¡Vosotros, nada! ¡A vosotros sí que os quería!...

—Como a vosotros, Marieta...

Marieta levantó la cabeza, un poco enfadada:

—¡Pruebas ha dado, a fe! —pero, de inmediato, recuperándose—: Es decir... ¡Dios lo haya perdonado! ¡Quién sabe quién tendrá la culpa!

Mila notó vibrar un nuevo misterio en aquellas palabras y, acobardada sin saber por qué, quiso decir algo.

—Si no te explicas mejor... No sé de qué me hablas, Marieta...

—¡Vamos, mujer, vamos! ¡No te hagas la inocente!... —y se echó a reír con una sonrisa tan helada como la expresión de antes—. Si él lo hizo de buen grado, al fin y al cabo era suyo, y mira, no puedo decir nada... El sabría por qué lo hacía... Los hombres tienen sus obligaciones ocultas... Lo que sí me molesta es que la gente piense de nosotros... Hasta el cura: —¡que si él me había dicho esto, que si me había dicho lo otro!...— ¡Eso, nada! A nosotros también nos lo había dado a entender, si es que no nos lo había dicho, ¡pero el caso es que no hemos visto ni un céntimo!

Mila, pasmada, empezó a vislumbrar el misterio: ¿A que aquella mujer estaba hablando de dinero?

—¡Virgen Santa! —exclamó entonces—. ¿Es que crees que el pastor nos ha dejado algo?

—¡Ya sé que no hizo testamento! ¡Pero, dejado o... o... todo es uno! Aún se ahorra el tanto del gobierno...

Mila se sintió agraviada.

—¡Ni dejado ni de ningún modo nos ha llegado nada del pastor! Vosotros decís que era suyo lo que tenía: pues sabéis más que nosotros: ¡Ni siquiera sabíamos que tuviera nada!

Fue tan entero, tan vibrante, el acento de Mila, y tan firme su

mirada, que Marieta, un poco confundida, bajó los ojos. Pero su voz insistió, obedeciendo a una idea invariable:

—Pues, no sé... El caso es que a él nada se le ha encontrado, y no podía llevárselo con el alma al otro mundo...

Realmente indignada por esta respuesta, Mila se engalló.

—¿Y de eso deducías que nos lo hemos quedado nosotros?

Marieta retrocedió un poco.

—¡No digo tanto!... Pero como las voluntades hacen obligaciones... Si él hubiera tenido alguna... mira...

Entonces, de pronto, comprendió Mila todo el pensamiento de la muchacha: el pastor *debía de haber pagado voluntades* que, para ella, quería decir determinados servicios.

—¡Virgen Santísima! —gimió sofocadamente, y cubriéndose la cara con las dos manos, rompió en sollozos.

Marieta, apurada, dejó en la sillita baja lo que estaba remendando.

—¡Válgame Dios! ¿Qué te pasa ahora? En definitiva ¿qué he dicho para que te pongas así?...

Pero Mila, en medio de su trastorno, pensaba:

—¡He aquí sus celos! ¡Por esto estaban así! ¡Temían que nos dejara algo!... ¡Qué mezquinos! ¡Qué malpensados!...

Y cuando, un poco calmada ya, pudo dominar sus sollozos, dijo a la joven, con resentimiento:

—Marieta, creía que erais diferentes, tú y los tuyos... pero habéis pensado de mí unas cosas que no tienen perdón de Dios —y levantándose, añadió con dignidad dolorida—: ¡Tenedlo bien presente, y quede yo aquí muerta ahora mismo si digo mentira! Nunca he sido la querida del pastor ¿lo oyes, Marieta? ¡Nunca lo he sido; y de lo que tuviera o no tuviera, él sabrá qué hizo, que nosotros estamos tan limpios de esto como la Virgen de pecado!

Y se dirigió a la puerta, sin más palabras; pero un gesto de Marieta la detuvo junto a la puerta.

—¿A dónde vas con esa cara? Cálmate primero... ¿Qué van a pensar si te ven?... Además... si una habla, es porque la hacen hablar...

Mila se la quedó mirando otra vez.

—Y si —añadió Marieta, aguantándole la mirada, ahora sí— estabais comidos de deudas... tú misma nos lo dijiste... Pues, si no os dejó nada ¿cómo las pagasteis inmediatamente después de su muerte?

Mila quedó boquiabierta, como si le hubieran disparado a boca-jarro.

—¿Qué dices?... ¿Que nosotros?... —y, recuperándose—: ¡Alabado sea Dios! —y sonrió con amargura resignada.

—¿También esto lo quieres negar? ¡Si me lo han dicho las mismas de las tiendas!...

Mila abrió la boca para replicar, pero Marieta, exasperada, no le dio tiempo.

—A la muerte del pastor, y viendo que no le habían encontrado nada, todo el mundo pensó: «Lo tendrán en la ermita»; y le pidieron a tu marido que pagara las deudas ¡y tu marido, ahora a uno, luego a otro, las fue pagando una a una, en dinero contante!... Di, pues: ¿qué ha de pensar ahora la gente?... ¿Si no os los ha dado, de dónde sacáis los cuartos ahora, así, de repente?

Mila sintió que por la cabeza le pasaba un ataque de furia ¿Por qué la perseguía tan despiadadamente la fatalidad? ¿Por qué todo se volvía contra ella?

Miró fijamente a la Marieta de Sant Ponç; le temblaban los labios... quiso decir algo... pero, de repente, se metió el pañuelo en la boca, empapado en lágrimas, y lo mordió enloquecida.

—¡Adiós! —sollozó después; y huyó de la masía de Sant Ponç, dejando a Marieta plantada en la puerta.

Llegó a la ermita como llevada por los diablos.

¿Por qué, por qué habría pagado ahora Matías? ¿Por qué Dios no le había dado un poco de inteligencia y de malicia? O, aún más: ¿Por qué, por qué se había muerto el pastor? ¿Por qué él, que la quería tanto, le había dejado aquella herencia de penas en vez de lo que la gente creía? El le había dicho que Dios imponía siempre al fin la verdad... ¡Pues vaya manera de imponerla!... Y, presa de un acceso nervioso, se tiraba de los pelos, se mordía las manos...

Como el animal que se siente herido y se refugia, para morir, en lo más profundo de la cueva, resolvió no volver a bajar de la montaña. De la misma manera que la habían tratado los de Sant Ponç, transformada en gente ruin y miserable por puro interés, la tratarían los demás. Las malas palabras son como la grama: arraiga por todas partes y jamás se puede arrancar del todo... ¡Correría el rumor, la señalarían con el dedo, la tendrían en lenguas, con suposiciones vergonzosas!... No se vio con ánimo para resistirlo. ¡Si suponían algo, que no lo hicieran a la cara; si tenían algo que decir, que no llegara a sus oídos! ¡Que volviera Matías a hacer de furriel, que subiera lo que necesitaran, y ella permanecería allí, oculta para siempre, muerta en vida!

Este era su propósito, pero dos días después subió Baldiret, a romperlo. No venía esta vez por propia voluntad, sino por orden del señor cura, y con el encargo de decirle a Mila que, cuando pudiera, hiciera el favor de bajar a la parroquia. La mujer, que ahora siempre veía mal por todas partes, le preguntó al chiquillo si sabía qué le

quería el señor cura, y como el niño no lo supiera, sacó a toda prisa la olla del fuego y, preocupada, y con el corazón oprimido, lo siguió hasta Murons.

El señor cura estaba en su cuarto, solo y hundido en su sillón de brazos, al otro lado del escritorio. Hizo entrar a Mila y le rogó que cerrara la puerta.

—Siéntese, siéntese, ermitaña... He mandado a buscarla porque, me pareció necesario hablar un rato con usted... Yo ya subí un día, pero, francamente, no quise entrar, no quise... Hay cosas que resultan muy difíciles, que son difíciles de decir así como así... pero, ayer, volvió a hablarme la madre del monaguillo...

Apenas oyó mencionar a Marieta, Mila quedó yerta, sin color... Se sentó en un borde de la silla como un reo a quien van a leer la sentencia. ¿Qué había pasado entonces? ¿Qué habían dicho en aquella conversación con el señor cura, que tanto le había influido? No habría podido decirlo. Sólo sabía que estaba sometida a un interrogatorio minucioso, de juez, lleno de preguntas y repreguntas intencionadas, de sorpresas y de revelaciones crueles. De toda aquella malla de trampas y sutilezas, Mila sacó algo en claro: que el pastor tenía dinero, «mucho dinero»; que lo llevaba siempre bajo la faja de lana, en un doble cinto de cuero; que, de palabra, le había dicho al párroco que, en caso de muerte, dejaría la mitad a la iglesia, «en memoria de la mujer y el hijo», y la otra mitad al chiquillo, a Baldiret; que, cuando la desgracia, el señor cura había estado presente desde el levantamiento del cadáver hasta darle sepultura, y que ni él ni nadie habían visto por parte alguna ni el cinturón ni el dinero; que era cierto que Matías había ido pagando sus deudas, y que, en fin, si *alguien* sabía adónde había ido a parar el dinero, tenía la obligación de decirlo, bajo pena de pecado mortal, porque callar era robar a la Iglesia y a «un inocente de Nuestro Señor...», mientras que, revelándolo, «todo sería perdonado, pues Dios es misericordioso con los que pecan y se arrepienten de todo corazón...»

Durante el largo parlamento, más largo que su substancia, por las vaguedades y repeticiones en que solía caer el señor cura, Mila había estado siempre con el alma en un hilo, notando que un sudor le iba y otro le venía, pues, pese a todas las seguridades de que aquel interrogatorio venía por «si, habiéndolo tenido tanto tiempo en casa, sabían algo cierto», ella había advertido con todo claridad que en la parroquia, lo mismo que en la masía de Sant Ponç, habían desconfiado de ella en seguida. Negó de nuevo; jugándose el todo por el todo, y, sin tener en cuenta el respeto debido, negó con una intrepidez altiva, espoloneada por la magnitud de la afrenta. — ¡No, no y no! ¡No sabían nada, no tenían nada del pastor, podían decirlo

en todas partes y con la cabeza bien alta! ¡Y quién sabe si todo el mundo podía hacer lo mismo!... Quizá quien más protestaba estaba más enterado que ellos... Al fin y al cabo, el pastor hacía ya días que no vivía en la ermita cuando ocurrió la desgracia... —Y, agitada, con la voz descompuesta por infinitos cambios de tono, y con toda el alma echando chispas por sus ojos claros, decía y repetía con tenacidad maniaca que ella era una mujer honrada y que Dios del cielo Todopoderoso era testigo... Hasta que el párroco, que la había escuchado con atención y mirándola siempre fijamente, haciéndole con mano insegura un gesto apaciguador, acabó por declararle que «por mujer de bien la tenía, y que él no hablaba nunca por el solo decir de la gente». Pero cuando ella, un poco calmada por aquella declaración, confesó francamente, como última prueba exculpadora, la locura de Matías y la fuente de donde quizá habrían salido los dineros pagados, el gesto trémulo del señor cura se detuvo en seco y la expresión de su cara se llenó de reserva.

—Algo de eso sabía, algo; y por eso, precisamente... Porque, vamos a ver: ¿qué se puede esperar de un hombre cegado por un vicio?... El jugador es capaz de todo... y ya dice el adagio: «Se empieza robando una aguja y se acaba matando a la madre...» Verdad es que ahora no juegan... con la ayuda de Dios hemos logrado impedirselo, porque era una perdición, una perdición para las almas... Pero ya volverán, ya volverán, porque esta gente no escarmienta nunca... Volverán, ermitaña... y entonces, usted, usted, sin decir nada, vigile... vigile... Yo ya sé que... Pero una mala idea sí pueden haberla tenido... Y si fuese el caso que usted viera algo... Usted es mujer de bien... sin temor, ¿me entiende?... Porque un confesor, un confesor...

Mila salió de la casa rectoral más abatida aún que de la masía de Sant Ponç. ¡Ladrones! ¡Santo Dios!... ¡Sospechosos de robar, por las malas mañas de Matías, y sin posibilidad de hacer resplandecer su inocencia como el sol del mediodía! ¡Porque no podían hacerla resplandecer, y la sospecha planearía siempre sobre sus cabezas! ¿No le había recomendado incluso el señor cura que se convirtiera en espía y denunciara a su marido?

Por mala suerte, éste subió aquella noche a dormir. Venía más a menudo que antes, y ahora ella comprendía por qué. Se sentó junto al fuego, y la mujer, viéndolo tan silencioso y ensimismado, pensó:

—¡Ya ves por qué se volvía cada día más extraño! Desde que no puede jugar, sufre y va menguando como un niño destetado...

Y sintió ganas de decírselo todo, de soltarle en plena cara la verdad como un fustazo silbador, pero se contuvo en seguida. ¿Qué iba a ganar? Nada, sin duda. Y, además, él era tan nulo que, una vez

enterado, aún sería capaz de echarse más tierra a los ojos con alguna torpeza de las suyas.

Hacía tiempo que la mujer había aprendido a guardar para sí las impresiones, y se las guardó una vez más, pero aquella vez definitivamente.

Todo había ido huyendo de ella poco a poco: primero, la consideración; luego, el afecto; más tarde la paciencia. Ahora acababa de rompersele el último eslabón de la cadena: la resignación. No le quedaba hacia aquel hombre más que un desprecio feroz que en veinticuatro horas se convirtió en violencia. Su paso, su mirada, su voz, hasta su respiración, se le hicieron tan abominables, que sólo de oírlos se ponía fuera de sí y a punto de hacer cualquier disparate. Ya en este estado, de una agudeza extrema, la vida en común se le hizo insoportable. De día, entre la ausencia de él y las labores de la casa, se sentía más tranquila; pero, por la noche, en la oscuridad recatada del lecho matrimonial, sus torturas llegaron a no tener fin. Apenas se quedaba dormida, un pequeño roce, el más leve contacto, la despertaba súbitamente y, de manera instintiva apartaba sus carnes de las del hombre, y se tapaba las orejas para no oír sus ronquidos.

Hacía tiempo que él no dormía ya con su sueño pacífico de animal satisfecho, sino con otro sueño, agitado y quebradizo, de neurótico, que lo hacía dar vueltas y más vueltas, rascarse, soltar patadas y lanzar aullidos ahogados de criatura que sueña que la estrangulan. Y a cada uno de aquellos movimientos, la mujer pensaba: «¡Ahora, ahora despierta!» Y, presa de angustias y de repugnancia, arrastrándose, arrastrándose imperceptiblemente, iba haciéndose allá, hasta casi caer de la cama, y luego permanecía quieta, con el corazón oprimido, sin atreverse a respirar por miedo a provocar la catástrofe, el temido despertar del marido... Hasta que, con las primeras luces penetrando por las grietas de la ventana, saltaba de la cama y, con la ropa en la mano, iba a vestirse a la cocina.

Se marchitó de nuevo, como tiempo atrás, y sus grandes ojos verdes parecían crecerle extraordinariamente como sí, al igual que al señor de Llisquents, quisieran ocuparle toda la cara.

## Capítulo XVII

### LA NOCHE AQUELLA

Mila supo por Matías que era la fiesta pequeña de Murons, y la tarde del primer día bajó a ver el baile. La plaza antigua parecía una colmena, por el ronroneo y la abundancia de gente, y en los balcones, guirnaldas de señoras, todas muy puestas, miraban olímpicamente las sardanas.

Mila se refugió, un poco encogida, bajo los porches bajos y acanalados, de pilastras cuadradas, cuyas bases, constantemente regadas por perros y criaturas, despedían un hedor ingrato de albañal.

Por el lado de fuera, dos o tres filas de hombres y mujeres, eruidos todos, le daban la espalda, impidiéndole ver la plaza, y por el lado de dentro, una hilera continuada de gente que pasaba y repasaba pisándole las sayas y dándole empujones, pronto la echó de allí. Encajonada entre aquella gente parada de delante y la inquieta de atrás, y con las emanaciones hediondas bajo la nariz, la mujer empezó a sentirse molesta y aburrida al poco rato. ¿Aquello era divertirse? ¡Para no ver nada, mejor era respirar aires más saludables y no tener en cada instante una docena de pies encima! Y, abriéndose camino como pudo, fue a hacer algunas compras antes de regresar a la ermita.

Al embocar la calle de Francia se dio de cara con los músicos que, acabada la primera parte, iban a beber algo. Eran los mismos que habían tocado en Sant Ponç, y el fiscornio de la cobla sonrió muy jovial y le gritó de lejos: «¡Adiós, guapa!» El fiscornio tenía una cabeza como una hucha y guiñaba siempre el ojo derecho con un aire

de picardía cómica. Mila, a su vez, no pudo contener la risa, recordando que el día de San Poncio aquel muchacho había estado muy amable y la había nombrado madrina del grupo. Con aquel encuentro inesperado se le pasó un poco el malhumor que tenía en la plaza y, una vez acabadas las compras, y pensando en la cómica expresión del fiscornio, bajó por la calle de Francia.

Matías, que la vigilaba, se le unió a la salida del pueblo.

—¿Qué? ¿Te vas ya?

—Sí. ¿Vienes tú?

Matías se rascó el cogote.

—¿Ahora?... Es muy temprano aún... Acabado el baile... es decir, después de cenar... dicen que hay un desfile de antorchas muy bonito...

Mila lo entendió en seguida.

—Y te quieres quedar ¿no?... —dijo, mirándolo fríamente.

—Sólo un rato...

—¡Quédate! —le respondió sin sequedad—. ¡Adiós! —y se alejó con paso ligero y decidido.

—Ya subiré ¿oyes? —le gritó aún él; y cuando pensó que estaba lo bastante lejos para no poder reprocharle nada, añadió de un tirón: —Como será tarde, no me esperes ¿eh? ¡Ya llamaré!

¿Esperarle? ¡Qué descanso! ¡Una noche sola, una noche libre! Y, trim... tram... trim..., empezó a subir, pensando aún en el fiscornio.

Seguro que era hombre de buen carácter; aquella cara debía de predisponerlo a la alegría, como predisponía a los demás: a ella, por ejemplo. Mirarlo y echarse a reír, era todo uno, y sabía que si lo tuviera delante durante cien años, durante cien años le pasaría lo mismo. ¿Por qué la habría elegido por madrina aquel hombre? Ella no veía que diera el tipo. Aún hoy la había llamado guapa, y tampoco se sentía ella hermosa hoy. Pero, iba pensando, seguro que era un hombre de buen carácter, contentadizo, que todo lo encontraba bien; era una suerte tener un carácter así.

Y, distraída con estos pensamientos vacíos de sustancia, llegó a la ermita casi sin darse cuenta. Relampagueaba. Entró en el corral y, a tientas, sacó los huevos de los nidos. Había dos... tres... seis, siete... Siete. Con las manos llenas subió la escalera y fue a ponerlos en el cestillo, en el cuarto del campanario. Los contó todos: faltaba uno para tres docenas. A cinco reales, como se estaban vendiendo, eran cinco... diez... quince. No quedó descontenta de la semana.

Tapó los huevos y fue al otro cuarto para desnudarse; luego, de paso, cerró las contraventanas de la sala y fue a la cocina, a encender el fuego y un quinqué. Tenía hecha la cena y sólo había que calen-

tarla. Volvió a bajar para cerrar la puerta del patio. Un grillo cantaba fuera, con un ric-ric continuo y penetrante. Al oírlo, sin saber por qué oculta relación, le vinieron ganas de comer caracoles. —Mañana los haré —pensó, haciéndosele la boca agua; y, cruzada la cadena de cierre, se volvió. Al instante soltó un grito. Y dio un salto. Miedosa como era, le había parecido de pronto ver moverse algo en la sombra del corredor. Se fijó bien. —¡No! ¡Nada!... Una ilusión, que habría dicho el pobre pastor... — Subió la escalera, pero cuando aún no había llegado a la mitad, el miedo la obligó a volverse otra vez. ¡Oh, Dios! Entonces ya no fue un grito, ni un salto, sino un chillido ahogado, y una carrera desenfrenada escaleras arriba. ¡Aquello, saliendo de la sombra, se precipitaba tras ella!... Ni ánimo tuvo para ajustar la puerta de la cocina. Erguido en el umbral estaba un hombre. Ella sollozando, se dejó caer sobre la mesa.

—¡No tengas miedo!... —dijo una voz carrasposa; y, a la claridad del quinqué, vio en la oscuridad muelle una máscara blanca.

Si hubiesen pinchado a Mila, no le habría salido una gota de sangre. Pero como el hombre avanzara lentamente dos pasos, a ella se le escapó un grito:

—¿Qué quiere?

El se detuvo.

—No tengas miedo... ¡Hu... hu... hu!... —y metió la mano en el bolsillo del pantalón y escarbó allí como un animalillo.

—¡Qué quiere, le digo! —repitió ella, aún más asustada.

El tragó saliva, vaciló, se estremeció todo él.

—¡Hu... hu... hu!... Yo... te quería decir... yo... si quisieras...

Y el balbuceo ronco se le apagó como si se le pusiera un velo en la garganta.

Mila temblaba como una hoja. Con gran esfuerzo, pudo decir aún:

—¡Váyase!... ¡Váyase en seguida!

Pero él no se movió: parecía plantado en el suelo; alargó sólo la manaza de mono en cuya palma negra relucía un chispazo amarillo.

—Si quieres... ¿verdad que sí?... ¿eh?... —y tiró a los pies de la mujer una moneda de oro. La moneda rebotó con un tintineo sonoro.

La mujer, al verla, había retrocedido hasta la pared, como si acabara de aparecer un monstruo. A él, los ojos invisibles le relucieron bajo el bardal de las cejas, como aquel día en que la despertaron bajo los almendros.

Viendo que Mila no decía nada:

—¿Quieres dos?... Te doy dos... —murmuró; y otra moneda cayó y fue rodando hasta debajo de la mesa.

—¡No, no! —chilló la mujer, casi incrustada de espaldas en la pared— ¡Váyase!... ¡Váyase!...

Pero él, en vez de irse, dio un paso más. Resoplaba ruidosamente por las narices abiertas, y temblaba como picado por la tarántula.

—¿Qué? ¿Quieres?... ¿Todas?... ¿Las quieres todas?... —y, rápidamente, fue tirando monedas y más monedas a los pies de la mujer.

Esta no se movía ni decía nada: había perdido la palabra y la acción, como si la hubiera cegado la caída vibrante de aquella lluvia de oro. Pero, de repente, la misma fuerza del terror la desencantó y, sintiendo que le brotaban alas en los pies, de un solo impulso enloquecido se lanzó hacia la sala oscura.

Sintió claramente el bramido de la fiera burlada, y, en seguida, su ladrido entrecortado tras ella. Perseguida por él, y denunciada por el mismo embate de su huida, pasó como un rayo por la sala del campanario, subió por la escalera de la capilla, bordeó ésta, e, incluso en medio de las tinieblas, llegó a la puertecilla del trasaltar; pero, de pronto, al atravesarla, alguien le cerró el paso, y la mujer, lanzando un aullido, rodó de un vuelco sobre las losas...

Vio una gran luminaria y creyó que se le iba la vida; pero, antes de perder del todo el conocimiento, sintió aún caérsele encima, y hundirse en sus carnes la garra peluda y el jadeo ardiente de la fiera.

Tras mucho rato de estar sentada en el suelo, la mujer pudo ponerse en pie: tenía la cabeza llena de niebla, y los ojos de luces y sombrajos. Tanteando el suelo con los zapatos, pasó por el trasaltar y por la otra habitación, llena de trastos, y empujó lentamente la puerta del corral. Al otro lado, los vislumbres de la noche serena recortaban en la oscuridad la arcada que daba al patio. La puerta de éste estaba abierta de par en par. En la soledad encantada de la noche, aquella puerta abierta daba pavor. Al otro lado de la puerta, el grillo, incansable, cantaba aún con su ric-ric obstinado. Mila subió la escalera. En el extremo del pasillo-balcón, la puerta de la cocina también estaba abierta. Su mancha amarillenta, recortada por la claridad del quinqué, parecía un sello de oro estampado en el muro turbiamente blanquecino. Aquel oro trajo a la memoria de Mila otro oro que había visto caer a sus pies.

Entró en la cocina: el suelo estaba limpio, sin un brillo. El asesino había recogido de nuevo su caudal antes de irse. No quedaba más señal de él que la huella de una alpargata junto al umbral... Mila, sintiendo las manos resbaladizas, las miró: las tenía llenas de sangre; mirando de lado, vio también rojo por completo el pañuelo

blanco que llevaba al cuello. Encendió un cabo de vela que tenía en un rincón del fregadero y fue a la sala. Una... dos... tres... huellas de alpargata mojada en las baldosas. Alzó la vela para mirar el reloj: señalaba las nueve y cuarto. Su ti-tac, continuo y obstinado como el cantar del grillo, le pareció ahora a la mujer que tenía algo de burla.

Entró en el cuarto y se acercó al espejito. Las nubes de la cabeza se enrojecieron como las nubes del crepúsculo. Cerró un instante los ojos y luego volvió a mirar: la cara, como las manos, como el pañuelo y como las nubes del cerebro, estaba ensangrentada, y entre el rojo vio una herida que le marcaba media mejilla hasta la mandíbula. Ahora comprendió la causa del intenso dolor que había sentido al caer. Debía de haber tropezado con el perno de hierro que salía de un viejo retablo arrinconado en el trasaltar... Se lavó con alcohol la herida, y éste le mordió la carne viva con tanta rabia que le cayeron las lágrimas una tras otra. Por miedo a desvanecerse, dejó la cura y volvió a mirarse. La herida no era muy profunda, pero le quedaría una buena marca para toda la vida. Se cambió los pañuelos de la cabeza y del cuello, y se lavó las manos. Algo la punzaba, empujándola fuera de la casa. Apagó la vela y atravesó la sala. La noche era casi dulce como una noche primaveral, y, tan serena, que vio en lo alto del muro de la cocina la cara redonda del reloj del sol, riendo como una tonta con la risa de hucha del fiscornio. La puerta del patio, abierta aún de par en par, parecía llamarla: salió por ella. El firmamento parecía girar rápidamente alrededor de ella... Estaba maravillosamente estrellado, y los luceros tenían un brillo tan inusitado que se habría dicho que todo el espacio se estremecía con un inefable temblor lumínico.

Mila, en línea recta y sin temor, fue a sentarse a la orilla de un regato apartado de la solana. Ella, tan miedosa siempre, había perdido repentinamente el miedo. ¿Qué podía pasarle peor que lo que ya le había pasado?... Con las piernas abrazadas y el codo sobre la rodilla, cubrió la herida con el pañuelo, sosteniéndose la cabeza.

Ante ella, el Roquedal Grande parecía un trozo de cielo más oscuro y sin estrellas, y más abajo, grandes masas de formas vagas nadaban en una penumbra parda, llena de misterio; de aquella penumbra parecía brotar suavemente, con las aromas del pebetero, aquel profundo silencio lleno de armonías inauditas que lo invadía todo. Mila se encontró en paz, envuelta en aquel silencio. Sabía que, en aquel momento, cualquier ruido le habría hecho daño, con un dolor casi físico, y le agradeció al grillo obstinado el haber enmudecido. Quizá lo había aplastado al salir de la casa... Y se le ocurrió un pensamiento: ¿sería pecado matar a un grillo? Los grillos tienen vida, y una vida, aunque sea la de un grillo, es una vida. Romper una

vida antes de su fin natural, es lo peor que se puede hacer, porque cada grillo, cada animal que se cría sobre la tierra, no tiene más que una... ¡Una vida sólo! ¡Bien poca cosa!... ¿Y si se tronza sin querer? ¿Y si la rompen a la mitad, como ella podía haber roto la del grillo? ¿No habría manera de arreglarlo? ¿No habría remuneración alguna?... Quizá sí, quizá era pecado matar un grillo, y quizá un pecado mayor que otros que le habían parecido pecados grandísimos hasta entonces...

Lo que era o no era pecado había preocupado siempre a Mila, y ahora, pensándolo de nuevo, le parecía que su pensamiento crecía poco a poco, se apartaba de ella, alejándose hacia el infinito y tomando la forma semiesférica de la bóveda constelada; y ella, punto central de aquel pensamiento dilatado que parecía abrazarlo todo, comprendía sin esfuerzo lo que hasta entonces no había comprendido nunca, y veía claro el lado oscuro de todas las cosas, y con una claridad tan nítida, tan diáfana, que se hacía cruces de su pasada ceguera. Por ejemplo: ¿cómo no había entendido desde hacía tiempo que la mala bestia le iba a hacer alguna? ¿Cómo no se dio cuenta de que la acechaba desde el día mismo en que la conoció, un instante después de haberla sorprendido en la capilla, cuando bajaba de limpiar la piernecita del angelote de madera? Ahora lo veía de nuevo, ante ella, contemplándola en silencio y como pasmado ante su presencia; ahora leía el nacimiento del designio traidor en las pupilas hundidas. Y, arrancando de este momento, en cualquier instante que lo recordara, encontraba en sus actos, en todo su ser, la terrible profecía. El pastor había dicho: —No tema nada mientras yo viva...— Pero ¿cómo no había adivinado que el otro, equivocado, igual que ella, sobre la actitud del pastor, se lo quitaría de enmedio para echársele encima a la primera ocasión?... ¿Por qué ella y *el otro* se habían equivocado tan completamente? El pastor nunca la había querido con deseo de hombre. Ahora se daba cuenta. No habían sido los años, no había sido el amuleto preservador, no era una virtud o una prudencia mayor que la de los otros hombres lo que se había interpuesto entre ellos, no: había sido una memoria, una sombra, un respeto; había sido el recuerdo de la otra mujer, de su mujer, la antigua criada de Sant Ponç.

Ahora, en la claridad nueva que iluminaba su pensamiento, ella los veía, al uno vivo, a la otra muerta, marchar aparejados a través del tiempo, como si estuvieran vivos los dos; ahora ella percibía de manera muy clara el connubio inextricable de sus almas.

Un largo silbido de la lechuza del campanario interrumpió las meditaciones de la mujer. Aquel silbido le pareció que desgarraba el éter de un horrible error, tal como el perno del retablo había des-

garrado su mejilla. ¿Quién sabe si en el éter no iba a quedar también el costurón de aquel desgarró como quedaría en su mejilla? Le parecía que cualquiera cosa ocurrida tenía que dejar señal: y si era así, ¡cuántas señales imperceptibles debía de haber por todas partes!...

La mujer irguió el cuerpo sin quitarse la mano de la cara. El codo que había tenido clavado en la rodilla había mazedo la carne, y le dolía el hueso. Puso en medio la otra mano a modo de cojín, y volvió a quedarse inmóvil como una perlática.

La noche, de una belleza mítica, dejaba caer sobre ella sus innumerables velos de calma sin que ella lo percibiera, como si toda su sensibilidad hubiese quedado reducida al toque doloroso de la rodilla y al grumo de fuego que le quemaba las entrañas.

Había salido la luna, y, poco a poco, todo se fue difuminando, coloreándose melancólicamente de un azul-verdoso temperado de agua-marina. De aquel tono general destacaban, sin romperse ni desenfocarse, las cosas más notables. Allá, cerca, las albercas de agua de lluvia, encantadas, como colosales esmeraldas; los dos cipreses que a la entrada de los bancales, más largos y andrajosos que nunca, se abrazaban silenciosamente en la altura como dos viejos gigantes despidiéndose para la eternidad; el Roquedal Grande, de un azul intenso y continuado, destacado vagamente sobre el cielo, gracias a una pálida fosforescencia, a un incierto resplandor poético que parecía brotar de todo (misterioso fulgor, quizá, de sus leyendas enterradas); el muro blanco de la cocina de la ermita, pintado ahora de pálido azul eléctrico por la luna, dando una clarísima nota fría, y casi nada más, pues pinares, pedregales, escarpes, lejanías, todo se hundía y se disolvía en la gran mar cuajada y silenciosa que parecía no tener orillas...

Pasó un pajarraco nocturno con vuelo susurrante de alas fuertes. Casi al mismo tiempo, una estrella fugitiva, trazando una raya luminosa de un cuarto de círculo en el firmamento, fue a caer lejos, hacia la Nina. Mila pensó:

—El pastor ya habría inventado un cuento con este pájaro y esta estrella... Era un sabio, el pastor... Parecía que Floralba le hubiera hecho a él el don que prometía al penitente que no había conocido jamás mujer nacida... Sí; era un sabio y no se equivocaba nunca, como si supiera por adelantado todo lo que había de ocurrir...

Y recordó luego las veces que él advirtió, con la frente marcada por las preocupaciones de su videncia: — ¡Cuidado con este hombre, ermitaña: es la cosa más ruin de la montaña...; y, luego:— La verdad es que es lo único que me hace andar con el ojo abierto... Si me pudiera coger, no me perdonaría... —La mujer, en el fondo,

siempre se había reído un poco de aquellos temores; sólo ahora se daba cuenta de lo que valían, ahora que ya no estaba a tiempo, ahora que, tanto ella como él... Porque el pastor había muerto a manos del Ánima; ahora la mujer estaba completamente segura, aunque no lo hubiera visto con sus ojos; el tintineo de aquellas monedas de oro que cayeron a sus pies se lo había dicho, y aquel tintineo no mentía... Y hacía memoria de detalles dispersos que le habían quedado de cuando la desgracia: «todo despechugado...» «la faja deshecha...» «la cabeza abierta...» «la cara aplastada...» «muy sucio de fango...» y «sin cinto...» ¡*Sin cinto!*... No, el pastor no había resbalado: ella conocía suficientemente la seguridad de aquella cabeza y la prudencia que guiaba todos sus pasos... El pastor no había resbalado: había sido atacado por la espalda y lanzado de arriba abajo por una mano perversa... Sí, atacado por la espalda; también él lo presentía: —No sé por qué, pero me tiene más miedo que el diablo a la cruz... Nunca se ha atrevido a mirarme a la cara. —Había hecho como en lo del tiro de la Cresta del Follet: a traición... Había sido el salto de la fiera al acecho; el golpe certero que le había abierto el cráneo, que lo había precipitado por aquel canchal «liso como la palma de la mano...» Había caído de cara en lo profundo de la hondonada... De ahí el golpe y el fango en la cara... «Muerto en el acto», había dicho el médico... Y, una vez muerto ¿qué costaba darle la vuelta para robarle el cinturón?... ¡Pobre pastor! ¿Cómo nadie se dio cuenta, tan claro como estaba?... Todo el mundo, «¡Se ha despeñado!, ¡Se ha despeñado!», y nadie atinó a nada más... Y la mala bestia, para siempre, libre por la montaña... hasta que encontrara otro pastor y otra ermitaña...

La mujer se estremeció convulsivamente y sintió de nuevo aquel grumo de fuego quemándole las entrañas con más furor que el alcohol acababa de quemarle la carne en vivo de la mejilla. Y, de pronto, con el alma helada, acudió a ella un nuevo recuerdo: el de aquella plegaria fervorosa alzada en el Bram, chorreante de agua milagrosa, y luego, las carcajadas burlonas del santo, agitando, en la opacidad del sueño, su vientre repulsivo de mujer gorda... ¡Oh! ¡Jamás había podido ver a San Poncio! —y, con un sobresalto mayor, cerró los ojos despavoridos y se abrazó frenéticamente las piernas ajustadas.

¡Ric, ric, ric! Allá, junto a ella, al pie mismo de las albercas, el grillo volvió a cantar, repitiendo obstinadamente su única nota, seca, penetrante, ingrata, como de clarín.

La mujer volvió la cabeza buscándolo en vano por la penumbra azul. No lo había aplastado... ¡mejor! ¿Era una vida?... ¿Era cierto?... Pero volvió a recordar al pastor. El pastor siempre hablaba

de otras vidas, de vidas pasadas que perduraban en aquélla. Todo lo de siglos atrás permanecía vivo, según sus cuentos; todo el mundo estaba lleno de visiones y de espectros que vagaban entre cielo y tierra, despojados de la carne y huesos que un día les dieron forma perceptible, pero, así y todo, se mezclaban aún secretamente en todo lo que ocurría...

Y, recordando, la mujer percibió, con una percepción puramente interna, la llamarada azul de un fuego fatuo que atravesaba rápidamente la vaguada; vio el alma de aquel viejo, viejísimo condenado, en medio del eterno escarnio de las Llufes, en la eterna añoranza de los amores imposibles... Y luego le pareció percibir, allá, abajo de todo, ecos tétricos y difusos de voces de muertos: los gemidos doloridos de las cabezas cortadas que rebotaban por los peñascos del Pont del Cop, tamborileando entre el borboteo de las aguas enrojecidas con su misma sangre... Sí, todas aquellas fábulas hablaban de otras vidas, de una supervivencia misteriosa de todo lo que ha existido; pero eran fábulas, fábulas que encantaban el oído y el entendimiento, pero sólo fábulas... Y el espíritu escéptico de la mujer se negaba a dar crédito a todo lo que no testimoniaban sus sentidos, hasta que encalló al fin en la última fábula: la del cencerro del Cimalt.

¿También ésta era sólo una fábula?... No, no, ¡Esta no!... En medio de la tempestad había oído el tintineo sobre su cabeza, como si bajara del cielo, y volvía a oírlo cada vez que pensaba en ello... No, desde luego, aquélla no era una fábula... —¿Qué era, pues?...— La mujer, perpleja, hundió lentamente la mirada más allá, en aquel mar irreal de aguas azul-verdosas, como si quisiera anegar en ellas la claridad, ya inútil, de su pensamiento sobreexcitado, que empezaba a debilitarse poco a poco...

Mientras tanto, la luna iba haciendo vagar desmayadamente sobre aquel inmenso mar, vislumbres argentados, parecidos a los hilos de la Virgen que las arañas tejen sutilmente para adornar la quietud de las grandes soledades que los hombres no han de turbar con sus ingratas quimeras.

## Capítulo XVIII

### LA BAJADA

Las horas, imperturbables, habían rodado mansamente sobre Mila, aún sentada e inmóvil como una estatua vigilante, en su regato de la solana.

La noche había dejado caer sobre ella sus mantos de sirena, sin que a ella se le hubiera ocurrido, ni por un solo instante, volver a la ermita. Al contrario: si alguna vez sus miradas imprecisas se habían dirigido hacia aquel lugar, la mujer las desviaba en seguida, movida toda ella por una prolongada conmoción.

¿Qué hacía allí? Esperaba a Matías. Él le había prometido que subiría, y ella lo esperaba. —Será tarde —había advertido el hombre, y ahora la mujer entendía por qué tenía que ser tarde. Matías estaba jugando. Era la fiesta pequeña de Murons, y en todas las fiestas se jugaba fuerte, y no había peligro de que subiera hasta que hubieran levantado la timba. Pero luego, sí, subiría. También de este detalle estaba segura hoy. Por eso permanecía en la solana.

Mila, pues, estaba esperando, y mientras la noche seguía su curso con una aparente lentitud de cosas indiferente, que tardaba demasiado en pasar; pero, con lentitud o no, como tenía su tiempo medido, acabó de pasar la noche entera, porque ya era de día cuando resonaron allá, hacia el fondo de la collada, los pasos de Matías, y luego, a la manera de una visión turbia de espejismo, surgió su figura, aún borrosa por el escaso resplandor del alba.

Subía apresurado y cabizbajo, rumiando quizá alguna idea para engañarla a ella, a la mujer, disfrazándole el motivo verdadero de aquella larga noche en blanco. Ella lo iba siguiendo con la mirada,

sin el menor movimiento, y cuando lo vio torcer hacia la ermita lo llamó con voz natural. El se detuvo sobresaltado, mirando vivamente a un lado y a otro. Al descubrirla, se acercó poco a poco, receloso y sorprendido. Su cara fatigada verdeaba como la del *Ánima*.

—¡Vaya! ¿Levantada ya?

—No me he acostado aún...

Y luego, sin gritos, sin gestos, sin lágrimas, con una sobriedad trágicamente despojada, la mujer le contó punto por punto lo que había ocurrido. Su relato tenía la concisión y la nitidez de una inscripción lapidaria, y en sus inmensos ojos verdes había la tranquilidad misteriosa de los profundos abismos.

Cuando acabó, en el rostro de Matías se revelaba la consternación más grande que hubiera sufrido en su vida: una cruel, espantosa consternación muda.

Viendo que no abría la boca, ella le indicó la ermita.

—Ahora, piénsalo... ¡Yo, ahí, nunca más! Pero no he querido irme sin decírtelo...

El rostro cadavérico del hombre se desenchajó absolutamente bajo la acción de aquellas palabras.

—¿Qué? —murmuró con voz aterrada—. ¿Que te quieres ir? ¿Y a dónde?...

Ella respondió con esfuerzo:

—No lo sé... Adonde Dios quiera... ¡Lo más lejos posible!

Entonces, él, igual que el *Ánima* horas atrás, vaciló como sorprendido por los embates de una tempestad inesperada. Por un momento pareció vacilar, como si quisiera suplicar o revolverse, pero, de pronto, le faltó el aliento y se sometió sin protesta, bajando la cabeza y diciendo sordamente:

—¡Vamos, pues!...

Pero, en este instante, la tranquilidad de abismo profundo desapareció de súbito, y algo furibundo, demoníaco, resplandeció en los ojos verdes de la mujer.

Alargó nuevamente el brazo con un gesto fatídico.

—Contigo, no. ¡Jamás!... No intentes seguirme... Te... mataría...

Y, resuelta, lo miró de hito en hito, como queriendo hacerle penetrar hasta el alma la terrible amenaza.

Luego, bajó lentamente del regato, y sin añadir otra palabra, sin volver la cara, sin nada más que la ropa a la espalda, la mujer, rígida y grave, con la cabeza alta y los ojos sombríos, emprendió sola la bajada.

Las filtraciones de la soledad habían cristalizado amargamente en su destino.

*Febrero 1905*



## UNAS PALABRAS

(A la quinta edición de *Solitud*)



Cuando la revista *Joventut*, portavoz de las inquietudes literarias de principios de siglo, nos pidió, por boca de su ilustre director, un libro para incluirlo en la publicación simultánea de cuatro folletines que tenía en proyecto, le preguntamos si prefería un conjunto de cuentos o una novela. Nos respondió diligente que, ya que le dábamos a elegir, preferirían una novela, pues ya contaban con un conjunto de narraciones cortas del maestro Joaquim Ruyra.

Por aquel entonces no hacía aún mucho que habíamos publicado *Drames rurals* y como, con referencia a ellos, parte de la crítica nos hubiese acusado de concentrar en exceso el elemento dramático, de incluir demasiada sustancia en poco espacio, y reconociendo que, en efecto, temerosos de fatigar el interés del lector, buscábamos una avara eliminación de detalles, despojando excesivamente de retórica el cuerpo de las obritas, pensamos, a fin de corresponder a la gentileza de *Joventut*, hacer un drama rural más, pero sin limitar el vuelo de la fantasía, sin ceñir en exceso las descripciones, sin esquematizar en desmesura. Y como nos gustaron más las cifras redondas que las cerradas, planeamos la novela en veinte capítulos, de la extensión y envergadura que los temas a tratar en los mismos exigiesen.

De acuerdo con esta idea inicial, emprendimos la tarea. Pero nuestro optimismo y confianza fallaron también; porque, apenas dejamos ir la pluma a su aire, fue llenando hojas y más hojas con enojosa prodigalidad. En efecto; bajo el doble aguijón áureo se multiplicaban los puntos de vista que convenía captar, se resquebrajaban los con-

ceptos para dar paso a conceptos nuevos, se bifurcaban como ramas las frases hasta alcanzar indeseados espesores...

Este espesor, esta prodigalidad, nos asustó, y de nuevo sentimos el temor al abuso... De nuevo había que cortar, poner coto. Y no viéndonos con ánimo de trasbalsar arbitrariamente la estructura general de la novela, pero decididos a hacer menos denso, menos apretado el conjunto, y no pudiendo volver atrás para estructurarlo todo de nuevo (íbamos escribiendo y entregando el original a la imprenta para su inmediata inserción) optamos por sacrificar dos capítulos enteros, los que nos parecieron menos esenciales para el desarrollo de la historia. Así, *Solitud* apareció con dieciocho capítulos en total, en lugar de los veinte que hubiéramos deseado darle.

Así salió, y de ella se hicieron varias ediciones, hasta que un día, a punto de imprimirse otra, y hablando con Lluís Via de los trozos amputados, que le eran desconocidos a él y a todos, este buen amigo se interesó fuertemente en que fuesen reintegrados al cuerpo de la obra y los mencionó en el magnífico prólogo con que iba a encabezarla.

Pero, la guerra fratricida, que tantas cosas arrojó al olvido, paralizó de momento la publicación, con obstáculos y estorbos imprevistos, y cuando volvimos a nuestra tierra, nos esperaba una desagradable sorpresa. La de que, con el curioso pretexto de... ¡buscar armas!, un registro efectuado por manos torpes había trastornado la casa entera. Las ropas, arrojadas fuera de los armarios, eran pasto de la polilla, y los papeles, arrancados de estantes y cajones, estaban dispersos en el mayor desorden por el suelo y sobre mesas y sillas.

Como cuerpo del delito habían desaparecido la escopeta del bisabuelo —que había ayudado a rechazar al invasor cuando la guerra del francés— y el sable de un general que había hecho también la gloriosa campaña de Africa. Con estas dos reliquias y un puñado de francos, sobrantes de excursiones a la vecina República, habían desaparecido también los dos capítulos inéditos de *Solitud*. Y, por más que buscamos y rebuscamos, no pudimos dar más que con unas hojas sueltas y dispersas por lugares inverosímiles, hojas que contenían el fragmento que hoy se imprime por primera vez; y no porque nosotros creamos que valga la pena ni que haga falta en la novela, sino como un pequeño detalle anecdótico, y como testimonio de respeto a la voluntad y al deseo manifestados por el gran amigo perdido, cuya memoria nos ha merecido siempre la más alta estima.

EL AUTOR

## INDICE

Cafetería Albert: Un retrato ... .. .	i
Capítulo I. La subida ... .. .	7
Capítulo II. Oscuridad ... .. .	18
Capítulo III. Claridad ... .. .	27
Capítulo IV. Limpieza ... .. .	38
Capítulo V. Sumando días ... .. .	52
Capítulo VI. Cuentos ... .. .	63
Capítulo VII. Primavera ... .. .	73
Capítulo VIII. La fiesta de las rosas ... .. .	79
Capítulo IX. Alboroto ... .. .	87
Capítulo X. Reliquias ... .. .	96
Capítulo XI. Mal de montaña ... .. .	105
Capítulo XII. Vida atrás ... .. .	114

Capítulo XIII. El cimalt ... ..	125
Capítulo XIV. En la cruz ... ..	142
Capítulo XV. El resbalón ... ..	156
Capítulo XVI. Sospechas ... ..	168
Capítulo XVII. La noche aquélla ... ..	177
Capítulo XVIII. La bajada ... ..	186
Unas palabras. (A la quinta edición de <i>Solicitud</i> .) ... ..	191











**M**ace la Biblioteca de Cultura Catalana para poner al alcance de los lectores de lengua española los mejores títulos de la literatura catalana, desde Ramon Llull hasta los autores actuales, y para dar una visión suficiente de la historia, las ideas, el arte y la realidad catalanas que contribuya, más allá de su ámbito lingüístico, al mejor conocimiento de una de las culturas europeas de mayor personalidad.

**Soledad**, publicada en 1905, constituye una de las obras maestras de la novela de principios de siglo. Víctor Català, seudónimo de Caterina Albert (1869-1966), nacida en una acomodada familia de L'Escala, es uno de los hitos de la moderna literatura catalana. Influida por el naturalismo de Zola a través de Narcís Oller, actúan también sobre ella otras corrientes, incluidos los últimos ecos del romanticismo. Como señala Baltasar Porcel en su introducción, **Soledad** "es una novela de gran intensidad, de un insólito equilibrio entre desmelenamiento y contención. Los contrastes, sí, la jalonan; hay en ella tanta sencillez como complejidad. Incluso su idioma está hecho de dualidades: pericia y torpeza se alían, así como dialectismo y elaboración cultista".

Biblioteca de Cultura Catalana

DEPT 951      SKU  
EUROPA VND      PID TEXT



PRICE \$17.95



P7-CTP-059

